PARIS > NUEVA YORK > COPENHAGUE



Audrey Carlan

TODO ES POSIBLE

1

esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
París
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Skyler
Nueva York
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Skyler
Copenhague
1
2
3
4
5
6

7
8
9
10
Skyler
Biografía
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Amo a las mujeres. A todas las mujeres. Me he preparado para saber qué es lo que cada mujer necesita. ¿Quieres algo y tienes el dinero para perseguir ese sueño? Hablemos. Por el precio adecuado, todo es posible.

Parker Ellis es el CEO de International Guy Inc y su trabajo consiste en asesorar a la gente más rica del mundo sobre la vida y sobre el amor, aunque a veces no pueda evitar que salte la chispa entre él y su cliente… Sabe que hay todo un mundo allí fuera esperándole, pero lo que no sabe es que quizás también se cruce con alguien que le acabe robando el corazón…

TODO ES POSIBLE

París
Nueva York
Copenhague

Audrey Carlan

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

PARÍS

Para el equipo de Hugo & Cie, pero especialmente

para Hugues de Saint Vincent, el orgulloso nuevo director de

New Romance, y para mi preciosa y encantadora editora,

Benita Rolland. Nunca podré daros las gracias como

os merecéis por haberme regalado la belleza de París.

Es mi ciudad favorita del mundo entero con diferencia.
Ésta os la dedico.

Je vous adore tous les deux.

Avec tout mon amour.

NUEVA YORK

Para el señor Eric Rayman, mi abogado.
Me hiciste reír.
Me llevaste a comer buena comida italiana.
Me protegiste.

Me salvaste.
Gracias.

COPENHAGUE

Para Susanne Bent Andersen y
Christina Yhman Kaarsberg,
por creer en mis historias y
compartir conmigo vuestros hermosos corazones.
Vuestra amabilidad me honra.

Para el resto del equipo de Lindhardt y Ringhof.
Nunca podré daros suficientemente las gracias
por llevarme a vuestro precioso país.

París

1

Me encantan las mujeres. Las jóvenes y las viejas; las altas y las bajas. Las empollonas ratas de biblioteca y las sensuales y explosivas. No le hago ascos a nada, ya sean altas y esbeltas o con unas buenas curvas a las que agarrarse. Menciona cualquier tipo de mujer y seguro que he tocado, hablado, besado y follado con alguna. Los filósofos dicen que todos tenemos un don, algo que nos hace únicos. ¿Cuál es el mío? Yo entiendo a las mujeres. Me llamo Parker Ellis y soy un cabrón con suerte.

A pesar de todo, la auténtica recompensa está en ser capaz de usar ese don para ayudar a los demás. Poder trabajar todos los días en algo que te apasiona no es muy normal. Al contrario. Yo me fijé como objetivo en la vida no trabajar ni un solo día en algo que no me apasionara. Y mi pasión son las mujeres. Todas las mujeres.

He descubierto que son criaturas complejas; no son fáciles de entender y no hay dos iguales. Precisamente por eso creé la empresa International Guy. El mundo está lleno de mujeres que necesitan la ayuda de un hombre fuerte, seguro de sí mismo y detallista, un hombre como yo.

Me llaman el Forjador de Sueños.

¿Deseas algo que parece imposible y tienes el dinero suficiente para hacer ese sueño realidad? Hablemos. Todo es posible si hay suficiente dinero, y yo soy la persona indicada para ayudarte a conseguirlo.

En International Guy nos ocupamos de atender las necesidades de nuestras clientas. Ninguna petición es demasiado exigente ni demasiado rara. Siempre y cuando no sea ilegal, la aceptamos.

Empecemos por el equipo. Dicen que hace falta una aldea entera para criar a un niño; en el caso de International Guy, nos encargamos mis dos colegas y yo. Bogart *Bo* Montgomery y Royce Sterling. Conozco a estos caballeros desde el primer año de facultad en Harvard; desde el primer día formamos un trío de malotes.

Desde siempre quise hacer algo importante con mi vida. Mi padre me decía que, si quería llegar a algo en la vida y ganar más que ellos, tenía que tomarme los estudios en serio. Él era camarero y mi madre bibliotecaria, así que, sí, definitivamente, quería ganar más que ellos. No es que me faltara de nada en la infancia. Mis padres me querían y me apoyaban. Crecí sin problemas: no escaseaba la comida y siempre tuve ropa que ponerme, pero tampoco es que fuéramos sobrados de dinero. Era raro que pudiéramos permitirnos algún extra.

Me crie en las afueras de Boston, donde los Red Sox marcaban su ley y los Patriots eran los reyes absolutos. Nuestra casa, de ladrillo, era pequeña pero cálida. Más que pequeña podríamos decir que era diminuta. Sólo tenía dos habitaciones, así que mi hermano y yo compartimos cuarto

durante toda la vida. Mi madre siempre dice que eso nos unió. No obstante, yo no acabo de estar muy convencido de ello porque, en cuanto se graduó, mi hermano se alistó en el ejército y allí sigue, dedicado a la carrera militar. Estamos tan unidos como pueden estarlo dos hermanos que viven en continentes distintos.

Mi relación con Bo y con Royce es todo lo contrario. Daría mi vida por ellos, y sé que ellos harían lo mismo por mí. Nuestro vínculo se basa en el trabajo duro, la solidaridad y la amistad verdadera. En nuestro caso, el truco para lograr una amistad duradera fue que deseábamos las mismas cosas al mismo tiempo.

Mujeres.

Dinero.

Poder.

Los tres seguimos una serie de reglas que aplicamos tanto a nuestra amistad como al negocio: siempre tenemos en cuenta los intereses de los otros dos, actuamos con la honestidad por bandera y nunca follamos con la misma mujer. Jamás.

Hace ya casi cinco años que nos embarcamos juntos en la empresa y, cada día que pasa, los contratos que cerramos son de más categoría. Nuestro modelo de negocio es sencillo, basado en el lema «Divide y vencerás», aunque unimos fuerzas cuando es necesario. Si uno de nuestros clientes tiene un problema para el que uno de los tres está mejor preparado que los demás, ése es el elegido para llevar a cabo la misión.

Por ejemplo, Bo es nuestro gurú del amor residente. La mayoría de nuestras clientas se enamoran de él hasta las tetas, pero es que, además, él las ayuda a encontrar el amor. Su experiencia seduciendo al sexo opuesto no tiene rival. Royce y yo nos defendemos, pero nada comparable con el talento de Bogart. Si una clienta necesita sacarle brillo a su *sex-appeal*, avisamos a Bo. Si necesita un acompañante que quede vistoso a su lado para cerrar un trato comercial, también. Bo es un camaleón; puede ser cualquier cosa que una mujer necesite.

Luego está Royce, el gurú del dinero. Todo lo que toca lo convierte en oro. Es capaz de detectar cosas en las cifras sin despeinarse, como, por ejemplo, cambios de tendencia financiera, en la Bolsa, en la economía mundial y todo lo que tenga relación con el dinero. Roy nos hizo a todos muy ricos desde muy jóvenes. Gracias a él pudimos establecer nuestro propio negocio menos de una década después de salir de la facultad. Si una clienta tiene problemas económicos o necesita un cambio de enfoque en su negocio, enviamos a Roy.

Y ¿yo qué? Yo soy un tres en uno, valgo un poco para todo. Mi talento especial consiste en comprender a las mujeres. Sé captar lo que las motiva, lo que necesitan, lo que realmente se esconde detrás de su demanda específica.

Puede ser que una mujer nos pida una consultoría amorosa, pero en realidad ella ya tenga a un candidato en mente y lo único que necesite sea un empujón. O tal vez tengamos que hacer que ese hombre se dé cuenta de que ella existe. O ayudarla a que se sienta más segura de sí misma. O

tal vez necesite ayuda para encontrar al hombre adecuado. En cualquier caso, mi misión es llegar hasta el fondo de sus necesidades.

Cuando Bo, Royce y yo decidimos establecer nuestro propio negocio después de licenciarnos en Harvard, todos aportamos nuestra parte. En aquel momento, mi aportación consistió en el plan de negocio, el concepto y la filosofía empresariales. Los tres acordamos que me recompensarían esa contribución con un uno por ciento más que mis colegas. Es decir, que ellos son los propietarios del treinta y tres por ciento del negocio y yo del treinta y cuatro, lo que me convierte en el jefe. Yo me encargo de las operaciones del día a día y viajo casi tanto como ellos, ya que me ocupo de la primera toma de contacto con las clientas. Durante los últimos cinco años nos hemos convertido en una máquina bien engrasada. No hay nada comparable con ser el amo de tu propio destino, y eso es lo que los tres hemos encontrado en International Guy.

El bar de mi padre tiene luces de neón verdes. Cuelgan de los toldos e iluminan las aceras, dándoles un brillo fantasmal, como de luz de plasma. Mientras rodeo el edificio hasta llegar a la puerta principal pienso en que le he dicho una y mil veces que cambie la iluminación, pero no le da la gana. Dice que le confiere al local un aire de misterio, pero es que el Lucky's no necesita intriga; lleva cincuenta años abierto y nunca le ha faltado clientela. Desde los inconfundibles hombres de negocios con sus trajes y corbatas hasta los obreros con sus gorras de los Red Sox. Este lugar es como mi segunda casa; aquí me he criado desde que empecé a andar. De pequeño, mi padre me traía al bar cada día al salir del colegio. Me sentaba en un taburete y se pasaba la tarde contándome cosas de la vida mientras yo hacía los deberes hasta que mamá salía de trabajar.

Cuando fui lo bastante mayor para colaborar, me hacía fregar los vasos, limpiar las mesas, barrer la acera o sacar la basura. Nunca me importó hacerlo, sobre todo porque me lo recompensaba con algo de dinero que yo me gastaba siempre en alguna chica.

Aparte de su familia, este bar lo es todo para mi padre. Y precisamente por eso fue lo primero que adquirí cuando International Guy empezó a generar beneficios. El día que fui capaz de comprárselo a su dueño y de ponerlo a nombre de mi padre fue uno de los más felices de mi vida. Nunca lo olvidaré, por muchos años que viva. Mi padre siempre ha sido un tipo orgulloso, pero jamás lo he visto tan orgulloso de mí como el día en que le entregué la escritura a su nombre.

No lo hice por eso. Lo hice porque formaba parte de mi plan. Me gradué en el instituto con las mejores calificaciones, además de ser una estrella del béisbol; continué los estudios en Harvard con una beca, obtuve la licenciatura con honores, fundé mi negocio y luego devolví un poco de lo mucho que había recibido a mi padre, el hombre al que admiro y al que admiraré hasta que uno de los dos deje de respirar. Él podría haberse negado a aceptar el bar, pero lo aceptó con orgullo y amor. Ése es el hombre que me enseñó a ser como soy.

En la actualidad, los chicos y yo siempre celebramos los casos en el Lucky's tomando

cervezas frías y cacahuetes y, si ha sido una jornada especialmente positiva, con un buen plato de *fish and chips* regado con vodka. Depende del día y del caso. Esta noche, el caso es de los grandes, por eso los he citado aquí. Va a ser el caso más lucrativo de los que hemos atendido hasta ahora. Esta clienta nos supondrá unos beneficios equivalentes a lo que ganaríamos en un mes, o más. Sin embargo, quiere algo a cambio: total disponibilidad, y eso es algo que no solemos ofrecer.

Me estremezco mientras agarro el tirador de hierro forjado y abro la sólida puerta de madera que da acceso al Lucky's. El local está abarrotado, y eso que son las siete de un martes. Miro a mi alrededor, contemplando las vigas de caoba y los reservados con bancos altos que recorren la pared, separados por mamparas de cristal tintado. Durante la tarde y las primeras horas de la noche, el pub sirve algunos platos, cosas para picar mientras uno se toma unas cervezas o ve el partido de los Red Sox o los Patriots.

Mi padre está detrás de la barra, con su camisa de franela, como siempre. La de esta noche es azul, y debajo lleva una camiseta térmica blanca. Se ha echado un trapo sobre el hombro. Cuando entro levanta la cabeza y me dirige una sonrisa. Tiene cincuenta y cinco años, muy bien llevados. Tiene algunas canas, pero lo que más llama la atención de él es su sonrisa brillante, la misma que hace que los clientes siempre vuelvan en busca de alguna de sus perlas de sabiduría. Los camareros actúan muchas veces como psiquiatras. Mi padre siempre bromea diciendo que se equivocó de carrera.

Lo saludo y me dirijo a la mesa de la parte trasera del local donde nos sentamos siempre. Desde que mi padre es el dueño, mantiene esa mesa libre en todo momento, reservada para los miembros de la familia. Es donde se toma un respiro de vez en cuando o donde mamá lee cuando le apetece estar a su lado pero sin molestarlo. Y es donde mis «hermanos de madres distintas» y yo nos reunimos para relajarnos después de una larga semana de trabajo o de un caso particularmente duro.

—Eh, Park, ¿cómo la llevas, tío? —me saluda Bo mientras me acerco. Viste su cazadora de cuero negro favorita sobre una camiseta ajustada, vaqueros del mismo color y botas de motorista.

—Me cuelga hasta las rodillas, tío, como siempre.

Royce se levanta y su piel de color chocolate brilla a la luz de la lámpara del techo. Me ofrece la mano y el ónix negro de un gemelo asoma bajo la manga de su traje hecho a medida. Su sonrisa es tan amplia como brillante.

Le estrecho la mano y, además, lo saludo con varias palmadas en la espalda.

Mientras tomo asiento, mi padre se acerca y deja una pinta de cerveza sobre la mesa.

—He traído algo nuevo. Es una Sculpin IPA, de la casa Ballast Point. No es de por aquí, es de San Diego, pero la encuentro jodidamente buena. Ya me diréis qué os parece.

—Claro, papá. Gracias.

—De nada, hijo. Chicos, ¿otra ronda?

—Yo estoy bien. —Bo le da un trago a su cerveza, que aún está por la mitad.

—Sí, gracias. Otro whisky, sin hielo, señor —responde Royce.

Mi padre responde con una inclinación de barbilla antes de irse a atender otras mesas.

—¿Y bien?, ¿quién es esa clienta misteriosa de la que quieres hablarnos? —Bo, como siempre, directo al grano.

Doy un trago a la cerveza helada y paladeo las notas cítricas con la lengua antes de pasármela por los labios y suspirar, librándome de la tensión del día y dejando que la sensación de estar en casa se apodere de mí.

—Hemos recibido la llamada de una heredera.

Bo hace girar su cerveza.

—¿Cómo?

—Hace un rato he recibido la llamada de Sophie Rolland.

Royce suelta un silbido.

—¡Joder! ¿La auténtica Sophie Rolland?

Asiento con la cabeza y doy otro trago a la refrescante IPA.

—¿Quién coño es Sophie Rolland? —pregunta Bo con el ceño fruncido. Tiene ese punto de tipo duro que vuelve locas a las mujeres, pero a nosotros no tanto. A él lo que le molesta es no estar al corriente de todo.

Royce levanta una ceja, oscura y marcada, y fija la mirada en nuestro socio.

—Sophie Rolland es la heredera del imperio empresarial Rolland Group. Son los dueños de la empresa de perfumería más grande de Francia. Según mis últimas informaciones, la compañía vale miles de millones. Tendría que consultar los últimos datos.

—Y ¿a nosotros eso cómo nos afecta? —lo interrumpe Bo.

—El viejo Rolland acaba de morir de un ataque al corazón —replico sin emoción. No lo conocía en persona, así que la noticia no me ha afectado.

—No me digas... —A Royce se le abren mucho los ojos y alza el vaso de whisky hacia el cielo—. Salud —murmura, y vacía el contenido de un trago. La nuez se le mueve arriba y abajo por el esfuerzo—. ¡Jo... der!

Yo no lo habría expresado mejor. Sacudo la cabeza y sonrío.

—*Sip*.

—¿Qué me he perdido? ¿Alguien podría informarme? —refunfuña Bo, cada vez más molesto con nosotros.

—Sophie Rolland pasará al mando del negocio. —Doy otro trago mientras espero a que se sitúe.

—Y ¿no sabe distinguir un perfume de la flor que tiene en el culo? —insiste, haciéndonos reír a Royce y a mí.

—No exactamente. Al parecer, lo suyo son los aromas; es un talento que se pasan de padres a hijos en su familia. Sin embargo, lo de dirigir una empresa, ser la jefa y que no se note que no tiene ni idea es otra historia. —Alzo mi copa hacia Royce, que me sonríe.

—Y ¿quién mejor que nosotros para ayudarla a tomar el timón de la compañía tras la muerte de su padre? —aporta Royce.

—Ah, ya os sigo. —Bo sonríe.

Mi padre nos trae otra copa para Royce y otro botellín para Bo, anticipándose a sus necesidades.

—¿Qué tal está la IPA?

—Buenísima, muy refrescante. Me gusta, creo que funcionará muy bien entre tus clientes.

Papá le da una palmada a la mesa.

—¡Eso era lo que quería oír! Gracias, hijo. —Se aleja apresurado a servir otras mesas.

—¿Cuál es la oferta inicial? —pregunta Bo.

Normalmente el cliente nos hace una oferta inicial con el precio que cree que merecen nuestros servicios. Nosotros consideramos su oferta y, si estamos de acuerdo, la aceptamos y, si no, aumentamos la cantidad. Esta cantidad ya vino grande desde el principio.

—Entre un cuarto y medio millón, dependiendo del tiempo que necesite nuestros servicios —respondo como quien no quiere la cosa, aunque estoy tan nervioso que las entrañas se me mueven a la velocidad de la luz—. Además, corre con todos los gastos: vuelos, comidas, consultores externos, reformas...

Los dos hombres guardan un silencio sepulcral. Cada uno puede oír la respiración de los otros dos en la privacidad del reservado.

Como de costumbre, Royce es el primero en romper el silencio.

—¿En quién has pensado? ¿Cuáles son sus principales necesidades?

—Por esa cantidad de dinero, vamos a ir los tres. Tú te ocuparás de asesorarla en los temas financieros y en los temas de empresa cuando llegue el momento. Bo se encargará de hacer milagros con su guardarropa y su *sex-appeal*. Yo la ayudaré a ganar confianza y a moverse en entornos de negocios.

Bo se tira de la perilla, que lleva combinada con un bigote. Ahora lleva el pelo bastante corto por los lados y escalado por arriba. Yo también lo llevo escalado, pero más largo. Mi pelo es castaño claro y me lo suelo peinar hacia atrás, con un poco de gel. Las mujeres siempre me dicen lo mucho que les gusta mi pelo, aunque a mí lo que me gusta es cómo lo agarran, tirando de las raíces mientras yo hundo la cara entre sus piernas.

Bebo un poco más de cerveza mientras espero sus reacciones. Bo se saca el teléfono del bolsillo y teclea algo. Frunce los ojos y desliza el dedo varias veces por la pantalla.

—Sí, es mona, pero muy sosa. La mayoría de las fotos que salen son antiguas, de cuando era adolescente. Aquí dice que tiene veinticuatro años y que acaba de salir de la universidad.

—Exacto. Y no sólo está de luto por el único progenitor con el que se crio, sino que además le ha caído el problema de dirigir la empresa. —Miro por encima de su hombro para ver la imagen de nuestra clienta. Está al lado de su padre, en una conferencia de prensa. Es alta y esbelta; lleva un vestido negro, sencillo; el pelo peinado con la raya en medio y no lleva maquillaje.

Debajo de toda esa sencillez se oculta un bellezón, estoy seguro de ello, y por cómo la está mirando Bo —inclinando la cabeza y examinándola como si fuera una de sus modelos fotográficas—, él también se ha dado cuenta. Juntos encontraremos la manera de hacerla brillar.

—Podría decirle al director financiero que se ocupara de todo. —Royce da golpecitos en su copa con el dedo índice.

—Podría, pero por la conversación que hemos mantenido, diría que siempre ha tenido la intención de ocuparse del negocio familiar en persona. Ahora más que nunca quiere demostrarle al mundo de qué pasta está hecha. Es la clienta perfecta. Tiene dinero para rellenar una catedral, belleza escondida debajo de esos trapos sin gracia y un negocio escandalosamente rentable. Sólo nos necesita para que la ayudemos a llegar a lo más alto. —Apoyo el puño en el centro de la mesa—. ¿Qué me decís? ¿Aceptamos el desafío de París o no?

—¿Tenemos que ir a París? —pregunta Royce.

—*Sip*. —No oculto mi sonrisa.

Bo alza el puño y toca el mío.

—Por esa cantidad de dinero aceptamos el desafío que haga falta —dice riendo.

—¿Por qué no? He estado dándole vueltas a la idea de comprarme un Porsche 911 descapotable. Esta clienta hará que mi bebé plateado esté mucho más cerca de convertirse en realidad. —Royce se besa el puño.

Yo pongo los ojos en blanco mientras Bo gruñe.

—Tú y tus coches, tío. Si estás con nosotros, levanta el puño.

Royce obedece y los tres los hacemos chocar.

—Nos vamos a París —digo.

—Nos vamos a París —repiten ellos dos.

París es precioso en primavera. Y no es sólo un refrán, es la pura verdad. Hay cerezos en flor, el Sena está rebosante de barcos que se desplazan de un lado a otro y las mujeres van todas con faldas y vestidos. Dios, cómo me gustan unas buenas piernas al aire. Es como un bufet libre de piel suave que espera ser besada y acariciada. Y esos bufets están por toda la ciudad.

—La torre Eiffel, tío. ¡Está ahí mismo, joder! —Bo señala por la ventanilla de la limusina que la empresa ha enviado al hotel para que nos recoja.

Sophie Rolland no ha escatimado en el alojamiento ni en el servicio. La empresa nos ha reservado tres suites completas, una para cada uno, en un hotel de cinco estrellas. Están equipadas con neveras donde hay comida precocinada y todo tipo de utensilios de cocina, en previsión de que nuestra estancia se alargue. Con un servicio como éste, lo que va a ser difícil será convencer a Bo para irnos de aquí algún día. Los tres somos solteros convencidos, pero lo de Bo ya está a otro nivel.

A mí al menos me gusta volver a casa, pasar tiempo en mi apartamento, ir a ver a mis padres o batear unas cuantas bolas con compañeros de trabajo de vez en cuando. Pero Bo podría pasarse

la vida entera viajando por el mundo sin tener la necesidad de volver a casa. Tiene un apartamento en el mismo bloque que yo, pero casi nunca se pasa por allí.

—Es más pequeña de lo que imaginaba. —Royce también mira por la ventana.

Echo un vistazo por los cristales tintados de la sección central de la limusina.

—Pues a mí me parece bastante grande. Recia. Sólida. Básicamente, tal como me la imaginaba. A los franceses se les da bien lo de crear estructuras artísticas, como la estatua de la Libertad o el Cristo Redentor de Brasil.

Bo frunce el ceño.

—¿Hicieron el Cristo de Río?

—Sí, lo aprendí en clase de comunicación internacional. Eh, tú también estabas en esa clase, tío.

Bo sonríe como un canalla.

—Me temo que estaba más concentrado mirando a Melissa Thompson y calculando el tiempo que me llevaría colarme bajo sus bragas que aprendiendo detalles sobre esculturas modernas.

Royce se tapa la boca con la mano y se echa a reír.

—Siento que perdieras el tiempo. Me tiré a Melissa a las dos semanas de empezar las clases. Y fue una de las chicas con las que más veces repetí durante el segundo curso.

Bo me mira entornando la mirada.

—¡Mierda! ¿Por eso nunca me dejó entrar? Esa chica jamás se mostró interesada en mí; lastimó mi confianza. —Pone morritos y comprendo que las mujeres siempre se enamoren de él. Hasta yo me siento tentado de hacer algo para que vuelva a sonreír—. Muchas gracias, tío. Podrías haberme avisado de que te la tirabas.

Yo niego con la cabeza.

—Era demasiado divertido verte ir detrás de ella y fracasar una y otra vez. Considéralo una lección de humildad gratuita, tío.

Bo hace un ruido a medio camino entre un gruñido y un resoplido.

—¿Humildad? ¡Bah!

El vehículo se detiene bruscamente frente a un gran edificio. Bajamos del coche y nos recibe una mujer diminuta con una melenita recta de color castaño y una sonrisa sincera.

—¿El señor Ellis? —pregunta dirigiéndose a los tres.

Levanto la mano y avanzo hacia ella.

—*Bonjour*.

Se ruboriza un poco mientras se acerca a mí y me besa en las mejillas, sin tocarme.

—Soy Stephanie Moennard, la asistente de la señora Rolland, y me ocuparé de todas sus necesidades durante su estancia aquí.

Le paso un brazo alrededor de los hombros para decirle al oído:

—¿De todas nuestras necesidades? —Le guiño el ojo y su rubor pasa de rosado a rojo intenso. Le aprieto el hombro y me vuelvo hacia los chicos—. Él es Bogart Montgomery y él Royce

Sterling.

—Encantada. Sí, bien, síganme. La señora Rolland tiene muchas ganas de conocerlos.

Nos conduce por una escalera hasta un ascensor de paredes transparentes. Subimos a la octava planta y, una vez allí, recorremos un montón de pasillos. Llama a una puerta que podría tener quinientos años por el ruido que hace cuando la abre con gran esfuerzo.

Los tres la seguimos y nos encontramos con una oficina sorprendentemente grande. Una morena de aspecto tímido cuelga el teléfono, se levanta y sale de detrás de su mesa de despacho. Lleva un vestido negro, liso, que muy bien podría haber sido comprado en un puesto de ropa de segunda mano y que no sienta bastante mal. Mientras se acerca, el tacón se le engancha en la alfombra persa y sacude los brazos como si fuera un molino al perder el equilibrio.

Con reflejos felinos, la sujeto por el brazo y tiro de ella, pegándola a mi pecho para impedir que se caiga. Luego le paso el otro brazo por la cintura para estabilizarla.

Ella ahoga una exclamación y una bocanada de aire escapa de sus morritos fruncidos. Unos ojos de color chocolate me miran a través de unas pestañas escandalosamente espesas y largas. Tiene la barbilla redondeada, el complemento perfecto para su nariz larga y delgada. Sophie Rolland no lleva ni una gota de maquillaje encima y, sin embargo, su piel tiene un ligero brillo bronceado. Sigue llevando la raya en medio. Su melena, larga y castaña oscura, no tiene vida ni gracia. A pesar de todo, por poco que uno se fije, se da cuenta de que es un auténtico diamante en bruto.

Sonrío, la sujeto por la nuca, hundo los dedos en su melena espesa y uso el pulgar para animarla a que levante la cara y me mire. Ella aparta la mirada con timidez. Una fragancia deliciosa flota a su alrededor mientras la mantengo sujeta. Me inclino hacia su cuello y lo recorro con la nariz, aspirando hondo y capturando la esencia de su aroma. Gimo con la nariz pegada a su piel, para que no le queden dudas de lo mucho que me gusta su olor.

Las mujeres necesitan saber que no importa la ropa que vistan, el maquillaje que lleven o el peinado que se hagan, hay algo en ellas capaz de captar la atención de un hombre. En mi caso, esto queda más que demostrado, porque su aroma me está volviendo loco. Se me hace la boca agua y tengo que esforzarme mucho para no probar su piel con los labios. Cuando me aparto, ella suspira y abre los ojos, pestañeando casi como si acabara de despertarse.

Royce tose a mi espalda y Bo se aclara la garganta, pero no me vuelvo hacia ellos ni la suelto. Ella es lo importante; este momento es importante. Estos segundos marcarán el tono de nuestra relación a partir de ahora, y tengo la sensación de que dentro de muy poco tiempo esta mujer y yo vamos a convertirnos en mucho más que conocidos de trabajo. Me apostaría mi cuenta corriente, pero no es momento de apuestas; tenemos trabajo que hacer.

La agarro un poco más fuerte, dejando que note mi cuerpo pegado al suyo, desde el pecho hasta las rodillas, antes de sellar el trato.

—*Ma chérie*, creo que eres la mayor preciosidad con la que he tenido el placer de trabajar. Me muero de ganas de demostrarte que eres una auténtica obra de arte.

2

Sophie da un paso atrás y se frota las manos como si las tuviera húmedas. Tal vez otras partes de su cuerpo estén húmedas en este momento, pero las manos seguro que no.

—Eh..., gracias. El señor Ellis, supongo. —Me besa en las mejillas, casi sin tocarme—. Y ¿ellos son...?

Bo se adelanta. En vez de darle la mano o saludarla con dos besos, al estilo francés, se tira de la perilla y da vueltas alrededor de la señora Rolland, examinándola. Hace un escrutinio de su cuerpo y su ropa, observándola con ojos de fotógrafo, de artista, que es lo que es, tanto dentro como fuera de su estudio privado.

—Miembros largos y elegantes, unos zapatos de mierda. —La cara se le contrae en una mueca horrorizada—. El vestido le va por lo menos dos tallas grande. Diría que está entre una cuatro y una seis, y no entre una ocho y una diez. ¿Me equivoco? —pregunta mientras sigue dando vueltas a su alrededor. Casi veo girar las ruedas dentadas que hacen mover su cerebro. Bo siente una auténtica necesidad de crear belleza y capturarla con su cámara.

Sophie frunce el ceño.

—No lo entiendo. —Con toda probabilidad porque Bo le ha hablado de tallas estadounidenses y ella está acostumbrada a las tallas europeas.

Pero Bo ignora sus palabras y se centra exclusivamente en su cuerpo.

—El pelo es fuerte y abundante, pero le quedaría mucho mejor si lo llevara escalado y, desde luego, necesitaría reflejos para darle brillo. El maquillaje es obligatorio. ¿Acostumbra a salir de casa sin maquillar? —Se detiene frente a ella, le sujeta la mejilla y examina su rostro con más detalle, moviéndolo a lado y lado. Ella se estremece, lo que no me sorprende. Bo suele tener ese efecto en las mujeres. Sigue hablando—: Una piel fantástica. Y la estructura ósea también es muy buena. Conozco a mujeres que matarían por tener una piel tan suave, aunque no le vendría mal hacerse la cera en las cejas. ¿Se hace la cera en el resto del cuerpo?

A ella se le abren mucho los ojos. Retrocede con brusquedad y se tambalea durante unos pasos hasta topar de culo con la mesa de despacho.

—¡Au! —Se lleva una mano al pecho, sobre el corazón—. *Mon Dieu!*

Me dirijo a su lado y apoyo el culo en el escritorio, junto al suyo.

—No tema. Recuerde que nos paga por ofrecerle un servicio completo. Bo es experto en darles a las mujeres un aspecto profesional a la vez que *sex-appeal*, usando ropa, peluquería, maquillaje, lo que sea necesario. Es un auténtico artista. En sus manos se sentirá como un lienzo de valor incalculable.

—¿Creen que necesito un cambio de imagen? —Se acaricia el cuello con sus delicados dedos. Es un gesto muy discreto y sexy, pero ella ni se da cuenta de que lo ha hecho. Mi trabajo consiste en hacérselo notar para que pueda utilizar ese recurso más a menudo.

—Bueno, depende. ¿Quiere limitarse a dirigir la empresa o desea dar la imagen de una eficiente y exitosa directora? Gran parte del éxito en cualquier negocio depende de la imagen. Si sus empleados perciben que es una mujer segura de sí misma, la respetarán. Mi equipo y yo nos ocuparemos de que lo consiga, empezando por su aspecto físico. Lo que se pone para venir a trabajar demuestra a sus colegas que los considera lo suficientemente importantes para arreglarse para ellos. Una vez que tenga las herramientas, le enseñaremos a desenvolverse con ellas para que llegue a ser lo que quiere ser.

Ella asiente.

—¿Qué tengo que hacer? No sé cómo va esto. Cuando los contraté sabía que necesitaba ayuda. Me sentía insegura con lo que se avecinaba, pero ahora ya no sé ni qué necesito. —Se me rompe un poco el corazón al notarla tan vulnerable. Toda mujer se merece sentirse segura y bien asentada en su papel.

Le cojo la mano, me la llevo a los labios y deposito un suave beso en el dorso. Sus mejillas se cubren con un ligero rubor. Qué bonita es.

—Lo primero que tiene que hacer es ponerse en manos de Bo para que trabaje con la imagen externa. Luego Royce se encargará de afianzar su presencia en la junta directiva, ayudándola con cualquier metedura de pata y reuniéndose con su equipo ejecutivo para determinar el estado general de la empresa. Lo último que necesita mientras se asienta es un motín interno. Su plantilla y, sobre todo, los miembros de la junta directiva querrán conocer sus planes para el negocio. Es importante que todos perciban su seguridad, no sólo manteniendo las cosas que deban permanecer igual, sino también cambiando lo que deba cambiarse.

—Yo le cubro las espaldas, querida. —Royce se mete las manos en los bolsillos y alza la barbilla.

Sophie inspira hondo y traga saliva antes de aclararse la garganta.

—Tengo miedo de no ser capaz de hacerlo. Mi padre creó la empresa y la dirigió sin ayuda de nadie durante treinta años. Se suponía que, al acabar la carrera, yo entraría a trabajar en un puesto ejecutivo inferior y aprendería el oficio desde abajo. Pero ahora... —sacude la cabeza—, no lo tengo nada claro.

—¿Quiere dirigir esta empresa o no? —Esta pregunta vale un cuarto de millón de dólares, el precio que va a pagarle a International Guy para que lo haga realidad.

Sus ojos buscan los míos. En ellos veo tristeza teñida por una chispa de esperanza.

—Ha sido mi sueño desde siempre.

—Pues, en ese caso, nosotros nos ocuparemos de que se convierta en realidad. Paso a paso.

El estómago de Sophie protesta con un gruñido de hambre, y me echo a reír. Le rodeo la cintura con el brazo para ayudarla a levantarse.

—Primero vamos a comer. Luego Royce se reunirá con su director financiero y su director ejecutivo mientras Bo y nosotros vamos a ocuparnos del vestuario.

Ella se pasa la lengua por sus bonitos labios rosados, consiguiendo que mi polla se ponga en posición de firmes. Algo tan simple como su lengua asomando entre sus labios y ya me estoy poniendo como una piedra. Esta mujer es mucho más de lo que aparenta, y no pienso parar hasta liberarla por completo del caparazón aburrido tras el que se esconde.

—Y ¿cuál será su papel exactamente? —Se acerca a mí y su irresistible aroma se apodera de mis sentidos.

Le ofrezco mi sonrisa más canallesca, le tomo la mano y enlazo nuestros dedos.

—Yo me encargaré de darle la mano durante todo el proceso, *ma chérie*.

Ella sonríe.

—En ese caso, lo mejor será que nos tuteemos.

Después de comer, nos dirigimos directamente a la avenue Montaigne, donde sé que encontraremos un festival de tiendas de diseñadores de alta costura como Gucci, Christian Dior, y mi favorito: Jimmy Choo.

Sostengo la puerta abierta para que pasen Sophie y Bo.

—¿Vamos a empezar por los zapatos? —El acento francés de Sophie hace que todo lo que dice suene a puro sexo. Podría pasarme horas escuchándola hablar.

Le rodeo los hombros con un brazo y examino los estantes hasta que doy justo con lo que estoy buscando: unos zapatos de tacón de ocho centímetros, de color rojo y sexys como un demonio. La punta es clásica, pero lo que les da personalidad son las tiras de piel que se atan al tobillo, rematando el efecto con un lazo muy femenino sobre el pie.

—Si algo tengo claro es que el primer paso para que una mujer se sienta sexy es que lleve zapatos de tacón.

Ella mira el zapato pensativa.

—Es muy bonito, pero no sé si será práctico para la oficina.

Sonrío.

—No, no lo será, pero eso es exactamente lo que buscamos. —Invado su espacio personal, apretándome contra su pecho para susurrarle al oído—: Imagínate lo que será saber que todos los hombres de la sala de juntas te desean y que todas las mujeres querrían ser tú. Eso es lo que International Guy va a hacer por ti.

Se estremece y dejo que mi barbilla roce su mandíbula antes de retirarme.

—Mmm, me los probaré. —Pestañea con inocencia y se muerde el labio inferior.

Sí, ella también ha notado que las cosas entre nosotros se están calentando. Lo nuestro es sólo cuestión de tiempo. Me di cuenta en cuanto oí su voz y deseé que me dijera cochinadas en francés con ese acento tan sensual. Pronto la tendré comiendo de mi mano y clavándome los tacones de esos zapatos en mi blanco trasero. Aunque... es una clienta. No es que tengamos la

regla de no mezclar los negocios con el placer, pero hasta este momento no habíamos tenido una clienta tan importante. No creo que sea muy sensato ir por ese camino con ella.

Me acomodo la erección, lo que añade un poco de presión a mi pobre amigo. Hace unas cuantas semanas que no lo dejo divertirse, para mi desgracia. Últimamente he estado volcado por completo en el trabajo. No he tenido tiempo para salir al recreo, y no puedes jugar si no sales al patio.

—¿Qué número calzas, *ma chérie*? —Me aclaro la garganta y me sacudo la chaqueta, antes de abotonarla para disimular cualquier evidencia de mi creciente erección.

—El treinta y ocho, que en Estados Unidos es un siete.

—El siete es el número de la suerte. —Le guiño el ojo y levanto el zapato que cuesta seiscientos treinta euros en dirección a la vendedora—. Un treinta y ocho, *merci*.

Sophie coge el zapato y lo examina por todos los lados como si nunca hubiera visto nada igual.

—El zapato se llama Vanessa. Bonito nombre para un bonito zapato —comenta.

—Tiene sentido, porque cuando lo lleves puesto te vas a sentir como si fueras una mujer distinta.

Ella se ruboriza y se sienta mientras la dependienta nos trae su número.

—Nos llevaremos también estos cinco pares en el treinta y ocho, preciosa. —Bo le entrega un montón de zapatos de tacón y la mujer sonríe al oír el piropo.

Sacudo la cabeza y me centro en la dulce Sophie. Me arrodillo y la ayudo a ponerse el zapato. Cuando tiene los dos puestos, le ofrezco la mano y la acompaño hasta el espejo. Una vez allí, me coloco a su espalda.

Con la barbilla apoyada en su hombro, le gruño al oído:

—Te hacen unas piernas larguísimas, joder.

Sophie hace girar el pie ante el espejo, examinándolo desde todos los ángulos. Mientras la observo, ella se endereza y estira el cuello. La mujer tímida que acabo de conocer desaparece ante mis ojos, y en su lugar aparece otra versión mucho más fuerte y sexy.

Le apoyo las manos en su diminuta cintura y le rozo la oreja con los labios.

—Pocas cosas hacen más sexy a una mujer que unos preciosos zapatos de tacón acabados de estrenar.

Mientras veo a Sophie florecer ante mis ojos, me siento cada vez más seguro de esto: las mujeres y los zapatos son como Adán y Eva, como el yin y el yang. Dos partes de un mismo todo.

—Me encantan. —Me dirige una sonrisa amplia, una sonrisa capaz de derribar al suelo a cualquier hombre que se cruce en su camino—. ¿Qué toca ahora? —Da una vuelta completa, radiante de felicidad.

—Ahora toca renovar el vestuario, cariño. —Bo menea las cejas mientras la dependienta deja el resto de los zapatos a los pies de Sophie para que se los pruebe.

Acaba comprándoselos todos menos un par. El chófer mete las bolsas en el maletero al tiempo que yo sostengo la puerta para que Sophie y Bo entren.

—¿Adónde vamos ahora, señor Ellis? —pregunta François, el chófer.

—A Christian Dior, buen hombre.

Me siento al lado de Sophie, que se ha llevado los zapatos rojos puestos. Tiene las piernas cruzadas y los zapatos hacen que parezcan inacabables. Tanta piel suave a la vista resulta de lo más sugerente.

Frunzo los labios y miro el paisaje mientras Bo le da conversación a nuestra nueva clienta.

Clienta.

Clienta.

Es mi clienta, no la siguiente candidata a calentarme la cama, aunque estaría mintiendo si no reconociera que estoy pensando en todas las cosas que haría con esas piernas si las tuviera conmigo en la cama.

Alrededor de mi cintura.

Abiertas.

Levantadas en el aire.

Mi mente se ve bombardeada por las imágenes de las mil maneras distintas en que me gustaría tirarme a Sophie Rolland. Quien dice mil dice un millón. Lo sé, necesito acostarme con alguien. A poder ser, con una francesa a la que le guste decir guarrerías en la cama.

El coche se detiene y bajo de él como si estuviera en llamas.

Bo me sigue y alarga la mano para ayudar a Sophie a descender.

A Sophie, nuestra clienta.

Pienso seguir recordándomelo hasta que se me grabe en el cerebro. Con las anteriores clientas no he tenido que hacerlo porque ninguna de ellas me había despertado estas ganas de clavarme en ellas hasta las pelotas, hasta que gritaran mi nombre con su chispeante acento francés. Pero la dulce Sophie posee algo que me ha alterado la libido, y tengo que controlarla antes de que sea tarde.

Bo la acompaña hasta la tienda. Aunque nadie lo diría, a juzgar por los sencillos pantalones vaqueros, la camiseta entallada y la cazadora de cuero que lleva a todas partes, la ropa es la especialidad de Bo. Suele bromear diciendo que ha quitado tanta ropa a las mujeres que se convirtió en un experto en saber qué les sienta bien. Sea cierto o no, el caso es que es capaz de transformar un diente de león en una rosa con cuatro trapos.

—Empezaremos por los vestidos, las faldas y los pantalones para el trabajo. —La acompaña hasta una silla y espera a que se siente antes de dirigirse hacia la vendedora.

Sophie juguetea con los pulgares y se muerde el labio.

Me acomodo a su lado y le cojo la mano entre las mías. Contiene el aliento, pero luego se relaja y se echa hacia atrás en la silla. Es evidente que mi contacto la ha relajado, y eso me satisface más de lo que me gustaría admitir, pero guardo esa idea en un compartimento cerrado

para volver más tarde a darle vueltas. Por el momento, haré lo que sea necesario para que ella esté cómoda mientras ponemos su mundo patas arriba.

—¿Confías en mí, Sophie?

—Apenas te conozco.

Chica lista. Le aprieto la mano.

—Y, a pesar de eso, estás en una tienda de ropa aferrada a mi mano como si fuera un salvavidas en vez de salir huyendo.

Ella se pasa la lengua por los labios, baja la vista hacia los zapatos y vuelve a mirarme a los ojos.

—Usa la intuición. Me has contratado. Estamos aquí y todo va a cambiar... a mejor. Durante este período de tu vida tú eres lo importante, *ma chérie*. Es tu momento. Brilla, demuéstrale al mundo que estás hecha de oro puro.

Sophie inspira hondo y suelta el aire lentamente antes de asentir.

—Confío en ti, Parker.

Sonriendo, le doy palmaditas en la mano.

—Bien, Sophie. Muy bien. Voy a enseñarte un montón de cosas sobre ti, voy a desenterrar cosas que ni siquiera tú sospechas que forman parte de ti.

—Y ¿cómo vas a conseguirlo? —me pregunta, y el temblor que noto en su voz me despierta el instinto protector. Quiero rodearla con los brazos, abrazarla con fuerza y asegurarme de que es feliz a todos los niveles: mente, cuerpo y alma.

Me vuelvo hacia ella, cojo un mechón de su pelo y se lo retiro por detrás de la oreja para poder sostenerle la mejilla sin nada que se interponga entre mi mano y su piel.

—Una capa tras otra. Empezaré convirtiéndote en una ejecutiva rompepelotas y terminarás siendo la empresaria más sexy del mundo.

Ella se echa a reír, pero se tapa la boca con la mano.

Yo se la retiro.

—No se te ocurra esconder tu sonrisa. Hazme caso: cuando haya acabado contigo, los hombres harán cola para tener el privilegio de pintar esa sonrisa en tu preciosa cara.

Sophie se ruboriza y aparta la mirada con timidez. Dios, cómo me gustan las mujeres tímidas. Su timidez hace que la partida sea más interesante. El desafío de lograr sacar de ella todo lo que lleva dentro se vuelve más divertido.

Bo y la encargada regresan.

—Nos han preparado un vestidor —comenta él, señalando con el pulgar por encima del hombro un punto de la tienda, a su espalda.

—Guíanos. —Alargo el brazo y cojo la mano de Sophie. Me encanta notar su calor en la palma.

Mientras nos acercamos al vestidor, se apoya contra mi costado.

—¿Qué habrá elegido? ¡Qué nervios!

Sonrío al verla ilusionada.

Bo la toma de la otra mano y tira de ella para que entre en la habitación. Examino el área mientras él le indica qué conjuntos probarse primero y qué combina con qué. Sacudiendo la cabeza, regreso a la zona de colgadores para echar un vistazo a los trajes *prêt-à-porter*. Encima de una hilera de trajes me llama la atención la imagen de un ángel, un ángel sexy como un demonio.

Rubio.

Curvas inacabables.

Puro sexo vestido con traje.

Mi polla vuelve a la vida al ver la campaña publicitaria de Skyler Paige, la famosa de la que llevo enamorado toda la vida, con un traje perfecto de Christian Dior.

No puedo evitar quedarme embobado ante la melena ondulada y rubia que contrasta con la chaqueta de color negro azabache.

Sus piernas, enfundadas en unos pantalones ajustados, parecen no tener fin. Los tobillos son delicados y mataría por besarlos y mordisquearlos. Si tuviera una mujer como Skyler bajo mi cuerpo, la provocaría durante días y días, haciéndola gemir de mil maneras distintas antes de darle lo que desea, lo que sólo yo puedo darle.

Joder.

Sacudo la cabeza para librarme de los pensamientos lujuriosos que me provoca la chica de mis sueños y me centro en el caso que nos ocupa. Puedo pensar en Skyler en cualquier otro momento, por ejemplo, cuando estoy a solas y necesito un poco de inspiración. Recordaré esa imagen y la usaré para jugar con ella en mi mente a jefe autoritario y secretaria sexy. La inclinaré sobre mi escritorio y le daré un ascenso.

Riéndome de mis propias tonterías, elijo unos pantalones de pitillo negros y un *blazer* a juego. La chaqueta tiene un cuello amplio de satén negro y un único botón. A Sophie le quedará genial.

Me vuelvo y busco a la dependienta que estaba con Bo.

—¿Puede traernos estas dos piezas en la talla que mi amigo ha elegido para ella?

—Por supuesto.

La vendedora busca la talla y entro tras ella en el vestidor justo cuando Sophie acaba de probarse una falda de tubo de cuero negro y una blusa de seda blanca. Con los zapatos de tacón rojos parece una chica mala a punto de darle una paliza a quien se atreva a ponérsele por delante.

Aplaudo al verla.

—Nos lo quedamos.

Bo da una vuelta a su alrededor, mesándose la perilla.

—Habría que entrarle un poco la costura aquí, un centímetro más o menos. —Le pasa las manos por las caderas—. Para que se te marque un poco más ese culito respingón —añade dirigiéndose a ella y, si antes Sophie estaba ruborizada, ahora sus mejillas son del color de los tomates cherry.

Frunzo el ceño.

—Pues yo la veo perfecta tal como está. —La voz me suena ronca, como si acabara de levantarme, aunque hace horas que he salido de la cama.

Bo se aparta de ella y suelta el aire de golpe. Me examina con atención y se acerca a mí para decirme en voz baja:

—Estoy seguro de ello. No has dejado de mirarle el culo y las piernas desde que la hemos conocido. ¿Te la pides?

¿Me la pido?

En vez de responderle, me pico. Noto la piel sudorosa, estoy francamente incómodo.

—Limítate a hacer tu trabajo y no la toques tanto —refunfuño entre dientes.

Él se echa hacia atrás, levantando las manos en señal de rendición. Da la vuelta sobre un talón para volver con nuestra clienta.

—El conjunto te queda muy bien. ¿Cómo te sientes tú, cariño?

Sophie se pasa las manos sobre las caderas y mi polla decide que es un buen momento para volver a la vida.

—Es distinto de lo que suelo llevar, pero me gusta.

Mueve las caderas a un lado y a otro, meneándose, sintiendo el tacto de las piezas nuevas.

—Pues vamos a probar con un vestido —sugiere Bo.

—No. —La palabra sale de mis labios con decisión, sin dar pie a réplicas—. El dos piezas.

Bo frunce los labios y señala el probador.

—Tú eres el jefe. Sophie, adelante.

Ella se baja de la plataforma y entra en el probador. En cuanto se cierra la puerta, Bo se encara conmigo.

—Estás perdiendo los papeles, tío. —Me señala el pecho.

Yo le aparto el brazo de un manotazo.

—Imposible, estoy totalmente entregado al caso.

Él se aguanta la risa.

—Sí, sí, tú lo que estás es totalmente entregado a la francesita.

—Que te den. —Frunzo el ceño.

—¿Acaso me equivoco?

—Te equivocas.

Enderezo la espalda y me aseguro de tener la chaqueta bien abrochada, para mantener mi erección fuera de miradas indiscretas. Ver el culo de Sophie cubierto por la falda de cuero negro, sus piernas desnudas y esos zapatos de tacón rojos me la ha puesto dura.

—No lo creo, pero seguiremos tus reglas. —Chasquea la lengua—. Si quieres suicidarte acostándote con una clienta, tú mismo.

—Como si tú no lo hubieras hecho —replico apretando los dientes, revelando en esas palabras mi deseo de acostarme con ella.

Bo se cruza de brazos.

—Exacto, lo he hecho, un montón de veces; cada vez que he pensado con la polla. Por eso mismo sé que es una idea de mierda.

—Ah, ¿es que alguna vez no piensas con la polla?

Bo sacude la cabeza y se acerca al probador, soltándome por encima del hombro:

—Luego no digas que no te lo advertí.

3

Vamos cargados hasta arriba de bolsas de Dior, Gucci, Prada y Valentino, y todavía nos quedan un par de paradas que hacer. Sophie bosteza y se deja caer sobre mí en la parte trasera de la limusina.

—¿Estás cansada, *ma chérie*? ¿Prefieres que lo dejemos para mañana?

Ella niega con la cabeza.

—No, pero una copa de champán me sentaría de miedo —responde señalando el minibar.

Yo sonrío y doy una palmada para mostrar mi aprobación.

—Mi especialidad.

Encuentro una botella de auténtico champán francés en la nevera camuflada. La saco y examino la etiqueta como si entendiera el francés escrito. Entiendo bastantes cosas cuando me hablan, pero por escrito, casi nada.

Sophie se echa a reír y, juguetona, levanta la pierna que tiene cruzada sobre la otra. Tengo unas ganas locas de agarrarle esa pierna, recorrerla de arriba abajo con los dientes y clavárselos luego en los muslos, que parecen estar extraordinariamente bien torneados. He visto lo suficiente para saberlo porque Bo le ha hecho probarse un vestido ceñido en la tienda de Gucci. Según él, es perfecto para el trabajo. Si eso es lo que él considera adecuado para ir a la oficina, no quiero ni imaginarme cómo estará con alguno de los veinte vestidos de cóctel que le ha hecho probar.

Me estremezco y trato de no pensar en ello porque ese tipo de pensamientos sólo conducen a las aguas pantanosas del desastre laboral. Descorcho la botella y sirvo tres copas de champán.

Sophie gime al dar el primer sorbo.

—Joder —murmuro cruzando las piernas en un intento de mantener a raya el deseo que me atraviesa el pecho y se lanza en caída libre hacia mi polla.

El día ha sido una auténtica tortura. Necesito una ducha caliente y un rato a solas con mi mano derecha. O, mejor aún, buscaré en algún bar de la zona a alguna voluntaria para calentarme la cama esta noche. Tiene que haber algún sitio por aquí; seguro que Bo lo sabe. Luego se lo preguntaré con disimulo. Ese hombre cambia tanto de *chiquita* —como él las llama— que seguro que ya ha hecho un reconocimiento del terreno antes de llegar. Claro que también podría recordar la caliente imagen de Skyler Paige vestida de secretaria. Eh..., no. Esa idea es pésima. No soy capaz de pensar en Skyler ni siquiera un segundo sin ponerme como una piedra. Y si se juntan las imágenes de mi famosa favorita con las piernas de Sophie..., estoy bien jodido. Tengo que coger un cubito de hielo de la nevera y pasármelo por la nuca para controlar la lujuriosa reacción de mi cuerpo.

Sophie se acaba la copa justo cuando el chófer se detiene enfrente de la tienda insignia de las Galerías Lafayette, en el boulevard Haussmann. Según Google, es uno de los centros comerciales más importantes de París.

Esta vez es el chófer el que abre la puerta mientras Bo y yo nos acabamos el champán. Él corona la jugada con un eructo que alcanza un diez en su eructómetro particular.

Se da un golpe en el pecho.

—Joder, mejor fuera que dentro.

Cuando me llega el olor, me apresuro a salir del coche.

—Será mejor que ventile —le susurro a François, y fulmino a mi amigo con la mirada.

—¿Qué pasa? —Bo levanta las manos haciéndose el inocente.

Sacudo la cabeza y le doy la mano a Sophie.

—Prepárate —me susurra.

Hago una mueca.

—¿Por qué?

—Esta tienda es monumental. Uno puede perderse ahí dentro.

Bo nos abre la puerta y al momento me doy cuenta de que su advertencia no es exagerada. Es como si acabáramos de entrar en un mundo paralelo, un mundo hecho de opulencia y amor por los dorados. Me detengo en el centro y miro hacia arriba. No puedo evitarlo. El techo es una impresionante cúpula de cristal. Las plantas son abiertas y muestran los productos a través de balcones que se abren al espacio central. El lugar está lleno de parisinos y de turistas. Bo avanza mientras yo sigo observándolo todo maravillado.

—¡Uau! —exclamo, y me agarro al brazo de Sophie para no perder el equilibrio.

Siento lo mismo que cuando entro en una catedral católica. Es un lugar magnífico y muy recargado. El estilo *art nouveau* se centra mucho en los detalles decorativos. No recuerdo la última vez que estuve en un sitio tan impresionante. Las sensaciones me recorren de arriba abajo, como si estuviera presenciando un espectáculo que nunca podré olvidar. Es increíble, no se parece a nada que haya visto antes.

—*Magnifique, n 'est-ce pas?* —comenta Sophie en francés, y mi reacción carnal no se hace esperar.

Es instantánea, directa, una locura.

El fuego abre una brecha en mi cuerpo. La excitación, el deseo y la lujuria rugen en mis oídos mientras le sujeto la cara con las dos manos, sorprendiéndola cuando está contemplando la cúpula de cristal. En cuanto mis palmas rozan sus mejillas, entro en acción. No pienso, sólo actúo.

Dejando las consecuencias aparcadas en la puerta, uno mi boca a la suya con un beso.

Un beso con el que le arrebato la sorpresa.

Le arrebato las ideas.

Me desprendo de mis buenas intenciones.

Sólo la beso. Durante mucho tiempo. Tanto que su cuerpo reacciona fundiéndose con el mío.

Me clava las uñas en los hombros atravesando la tela del traje, pero no me importa. Nada importa, excepto compartir este momento con la hermosa mujer que tengo al lado. Cuando abre la boca, mi lengua se cuela dentro, jugueteando con la suya. Sabe a champán seco y su aroma, como siempre, es divino. Su perfume dulce y embriagador da vueltas alrededor de mi cabeza, empujándome a hundirme más en su boca. Sophie ahoga una exclamación y se aferra a mí con más fuerza mientras la beso. Su cuerpo es un peso muerto, como si se hubiera entregado por completo al beso.

Me retiro a mi pesar, mordisqueándole el suculento labio inferior y asegurándome de que está firmemente apoyada en los dos pies antes de soltarla. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta. Le acaricio la mejilla con delicadeza.

—Vuelve a mí, *ma chérie*. —Me echo a reír y ella por fin abre los ojos y pestañea como si acabara de despertarla de un precioso sueño—. Borracha de besos. —Le agarro la barbilla y le acaricio el labio inferior con el pulgar—. ¿Estás bien?

Ella asiente, aún atontada.

No puedo evitar echarme a reír otra vez.

—Lo siento, me he dejado llevar, pero es que un espectáculo como éste necesitaba ir ligado a un beso. Uno siempre recuerda los primeros besos. ¿No crees?

Sophie se ruboriza.

—*Oui. Merci.* La verdad es que será un recuerdo muy bonito.

—A eso es justo a lo que me refería. —Le paso el brazo por encima de los hombros—. Seguro que encontraremos a Bo en la sección de vaqueros. —Señalo hacia delante con mi brazo libre.

Ella frunce el ceño.

—No suelo llevar vaqueros.

—SoSo, hay cinco cosas que tengo muy claras sobre cómo conseguir que una mujer se sienta sexy. Tienes que confiar en mí.

—¿SoSo? —Repite el apodo que acabo de ponerle. No tenía previsto hacerlo, pero me siento conectado a esta mujer de un modo especial. Estoy muy cómodo a su lado, supongo que se nota. Tan cómodo estoy que le he puesto un mote y la he besado en medio de un centro comercial; no es mi *modus operandi* habitual, eso seguro.

Más tarde ya me reñiré por haberla besado, pero del apodo no me arrepiento. Le queda perfecto.

—No te distraigas —la riño ignorando su pregunta—. Te estaba diciendo que hay cinco cosas que hacen que una mujer se sienta sexy.

—Vale, señor Ellis, ilumíneme. Soy su alumna más aplicada.

Las palabras *alumna* y *aplicada* vuelven a causar estragos en mi libido, pero las entierro en lo más hondo de mi mente para poder seguir con la lección.

—Hoy ya has experimentado la primera y la segunda.

—¿Los zapatos?

Chasqueo los dedos.

—Bingo. Un par de zapatos de tacón bien seductores. Dime que no te sientes más sexy desde que los llevas puestos..., y no me mientas; no les has quitado el ojo de encima durante todo el día.

—Ya somos dos. —Alza una ceja.

Me muerdo el labio inferior para contener las ganas de volver a besarla. ¡Será descarada la mosquita muerta!

—Yo no te miento. Que estás impresionante es evidente, pero lo que yo quiero saber es si tú te sientes sexy.

Frunce los labios y sigue andando. Voy tras ella y monto en una escalera mecánica que nos lleva a la primera planta.

—*Oui.*

—Vale, pues la segunda prenda que hace sentir sexy a cualquier mujer es un LBD o un traje de chaqueta negro.

Sophie frunce el ceño.

—¿Un LBD?

Me había olvidado de la barrera del idioma.

—Un *Little Black Dress*, un vestido corto negro.

Ella asiente.

—En tu caso, lo más indicado es un traje de chaqueta negro, una prenda que te dé confianza y te haga olvidarte de las inseguridades que puedas tener mientras te diriges a los miembros de la junta directiva o de la junta de accionistas de tu padre. Bueno, tus accionistas ahora.

—Me ha gustado el traje.

Por cuatro mil dólares, ¿a quién no? Por supuesto, eso último no lo digo en voz alta porque, aunque dinero no le falta, no creo que deba sentirse culpable por la fortuna que su familia ha conseguido trabajando duro. Aun así, cuatro mil dólares me parecen un montón de dinero para gastar de un plumazo en un traje. Algo necesario en el mundo en que ella se mueve, pero a mí aún me cuesta de digerir.

No es la primera vez que trabajamos con clientas ricas, pero ninguna del calibre ni con el pedigrí de Sophie Rolland. Este caso ha sido un golpe de suerte para International Guy, y espero que sea el primer escalón para subir aún más alto. A menos que la cague haciendo algo absurdo como besar a la clienta en medio de un centro comercial en el corazón de París.

Le doy la mano porque me gusta sentirme conectado físicamente a ella. Cuando llegamos a la sección de vaqueros, encontramos a Bo, que ya ha seleccionado unos cuantos. Está en su elemento, perdido en su mundo; espero que no haya visto el beso.

—Hola, chicos. Sophie, pruébate éstos, ¿vale? He elegido varios modelos para diferentes

momentos del día y para combinar con distintos zapatos. Hay para llevar con botas, con la pernera amplia, estrecha o *skinny*, tan ceñidos que parecen *leggins*.

Se los entrega a Sophie y señala los probadores.

—Gracias, Bo. Eres muy bueno en esto.

—Normal. Mi madre es diseñadora de moda. Aprendí a coserme un botón en los pantalones antes de aprender a batear. —Bo se encoge de hombros—. Soy el único chico de mi familia. Crecí sin padre, con tres hermanas muy femeninas y una madre diseñadora. ¿Qué puedo decir? Lo llevo en la sangre. —Le guiña el ojo y le hace un gesto para que se ponga en movimiento.

En cuanto ella desaparece tras la puerta, siento como si hubiera vuelto al instituto y estuviera en el vestuario hablando con mis compañeros sobre si he llegado a primera base o no con alguna de mis novias temporales.

—¿Un morreo en el centro comercial? —Bo alza las cejas y me dirige una sonrisa canalla—. Eso es tener estilo, sí, señor.

Frunzo el ceño y me llevo las manos a la cintura, porque tiene razón y me da rabia. Ha sido una tontería por mi parte y, en vez de llevarle la contraria o de contraatacar con algún comentario ofensivo, me limito a decirle que se calle, porque, la verdad, no sé qué decirle.

Él se echa a reír, se acerca y me da una palmada amistosa en el hombro.

—Tío, si quieres ir a por ella, ve a por ella, pero asegúrate de que no nos jodes el negocio a los demás, ¿vale? Confío en ti, haz las cosas bien y ya está.

Suspiro y me paso las manos por el pelo; me ha salido el agotamiento de golpe. Hemos viajado de noche. El vuelo Boston-París ha durado siete horas. Hemos dejado las bolsas, nos hemos refrescado un poco y hemos ido directamente a conocer a nuestra clienta. Creo que el *jet lag* está pasándome factura.

—Gracias, tío. Lo haré lo mejor que pueda.

Él menea las cejas como un obseso sexual.

—Estoy seguro de ello. —Mueve las caderas en círculo, imitando el acto sexual.

Le doy un puñetazo en el hombro justo cuando Sophie sale del probador con unos vaqueros ceñidísimos de la marca 7 For All Mankind. El corazón deja de latirme y la polla se me pone como una piedra una vez más.

—Jo... der... —Bo suelta un silbido y da una vuelta a su alrededor mientras yo me quedo embobado mirándole el culito respingón que cubren los vaqueros más ajustados que ha visto la humanidad. Alabados sean los dioses de la marca 7, porque ellos saben cómo vestir el cuerpo femenino—. Los *slim fit,* bien ajustados. Perfecto, cielo. Los vas a volver a todos locos. Cuando salgas de paseo con estos pantalones, los hombres se van a tragar la lengua a causa de la impresión.

Ella se echa el pelo hacia atrás y me mira a través del espejo. Por supuesto, me pilla con la vista clavada en su trasero, esa jodida obra de arte.

—*Vous aimez?*

—Amén, amén. ¡Ya lo creo! —Ladeo la cabeza para examinarle las piernas de arriba abajo. La tela vaquera le recoge las nalgas y le abraza los muslos y las pantorrillas a la perfección. Imposible encontrar unos vaqueros que sienten mejor. Imposible. De ninguna manera.

Sophie se echa a reír, lo que provoca un curioso *staccato* en mi corazón.

—Te he preguntado si te gusta; no he dicho «amén». —Se ríe un poco más.

—Ajá. —Me acerco, me coloco a su espalda, la agarro por las caderas y presiono mi dura erección contra sus suaves nalgas.

Mi pelo castaño se ve más claro al lado de su melena oscura. Con los ojos brillantes, examino de arriba abajo su precioso cuerpo; aprieto los dientes y me arrimo a ella un poco más.

Sophie ahoga una exclamación, contiene el aliento y noto cómo sus pupilas se dilatan, oscureciendo sus ojos. La agarro con más decisión para asegurarme de que me nota bien pegado a su culo.

—Creo que podrás apreciar la evidencia de lo mucho que me gusta verte embutida en esos vaqueros. —Tras un leve empujón más, ella suelta el aire que había estado conteniendo y se pasa la lengua por los labios.

Mierda. Ahora quiero besarla.

Trago saliva, le clavo los dedos en las caderas y trato de redirigir la conversación. Acerco los labios a su oreja y espero a que ella me mire a través del espejo.

—Y ahora dime, dulce Sophie, ¿te sientes sexy con esos vaqueros? —Ella se estremece entre mis brazos—. Los vaqueros son la tercera pieza de mi lista de imprescindibles. Un par de vaqueros ceñidos que muestren bien tus atributos. Y por Dios bendito que estos vaqueros hacen maravillas con... tus atributos. —Bajo las manos y le agarro las nalgas. Ella se tensa y echa el pecho hacia delante, como si me lo estuviera ofreciendo.

Si estuviéramos a solas en el hotel, ahora mismo mis manos no se limitarían a palparle las nalgas. Le habría deslizado una por la parte delantera de los vaqueros y estaría acariciándole el clítoris mientras con la otra le agarraría una teta.

Le quitaría los vaqueros, haciéndolos deslizar por sus largas piernas, la inclinaría sobre el brazo del sofá o el tocador o la mesa del desayuno y me la tiraría por detrás, de manera brusca y rápida. Sé que ella está pensando lo mismo que yo, porque suspira, presiona contra mi erección y se muerde el labio inferior.

—Parker, es injusto que te arrimes tanto a mí. Casi no puedo respirar con tu cuerpazo tan cerca, y con esa cara que me mira en el espejo. ¿Tú te has visto? Esa mandíbula cincelada, esa sonrisa matadora..., no hay quien pueda resistirse. —Sacude la cabeza como si estuviera en trance.

Pues sí, la dulce Sophie está saliendo del cascarón a marchas forzadas. Que admita que la excito es un enorme paso adelante. No es que me coja por sorpresa. No estoy ciego y sé que buena parte de mi éxito profesional se lo debo a los genes que me transmitieron mis padres. Las mujeres me han dicho un montón de veces que soy guapo. Y, aunque mucha gente se niegue a

aceptarlo, una cara bonita, unos músculos definidos —que me encargo de mantener en forma— y respeto por el sexo opuesto te llevan muy lejos en la vida.

Doy un paso atrás, tambaleándome, y ella se desploma hacia delante.

—Creo que por hoy es suficiente. Mañana, después de reunirnos con Royce y con tu equipo, seguiremos donde lo hemos dejado, ¿te parece bien? —Cruzo las manos ante la bragueta porque sigo fuera de control.

Sophie Rolland es dulce, besa muy bien y tiene un cuerpo esbelto y precioso. Me muero de ganas de tirármela hasta reventar.

Espacio.

Lo que necesitamos ahora mismo es poner espacio entre los dos. Yo al menos necesito espacio para controlar mi libido y poder hacer el trabajo para el que me ha contratado.

—Cámbiate, cielo, te esperamos —sugiere Bo.

Bo.

Me había olvidado de su presencia. Otra vez. Ver a Sophie con esos vaqueros, tan ceñidos que me estaban pidiendo a gritos que se los quitara; presionar mi polla contra su culito... Uf, he perdido el control. Acabo de perder el control por segunda vez en un sitio público.

Bo se sacude la cazadora de cuero y se mete las manos en los bolsillos.

—Tío, estás fatal. ¿Cuándo fue la última vez que te acostaste con alguien?

—¿En serio me estás preguntando eso?

—No podría preguntártelo más en serio, joder. Tienes que tirarte a alguien, pero ya. Hacía siglos que no te veía ponerte así con una mujer. Y, cuando digo «siglos», me refiero a cuando te volviste loco por la zorra de Kayla McCormick. —Pone cara de tener ganas de vomitar.

—¿A qué viene sacar ahora a mi ex? Han pasado años, Bo. ¡Años!

—Exacto. Hacía años que no te veía ponerte así por culpa de una chica.

—No es nada.

—No es verdad, es algo. No digo que sea lo mismo que con Kayla, pero, tío, como no metas la serpiente en algún sitio, creo que te va a explotar un huevo.

Estoy cansado y sus palabras me agotan como si fueran pesas de dos toneladas.

—Lo que necesito es que te calles la boca. Y tal vez una IPA bien fría, una ducha caliente y una hamburguesa con patatas. ¿Qué te parece si te ocupas de conseguírmelas para que pueda relajarme un poco?

Él se echa a reír y se saca el teléfono del bolsillo.

—Yo me encargo, tío. Sin problemas. Te consigo todo eso y tal vez te consiga también una chiquita.

—¡Ah, no quiero chiquitas! —Me tiro del pelo y lanzo el grito hacia la cúpula de cristal.

—¿Estás bien? —Sophie me apoya una mano cálida en el antebrazo.

Asiento con la cabeza.

—Sí, no es nada; un poco de *jet lag*. ¿Ya sabes qué vaqueros te vas a quedar?

Ella sonríe con timidez y se mira los pies antes de levantar la mirada hacia mí.

—Me llevo los que te han gustado, en dos colores distintos.

—Buena elección, SoSo. Vamos a pagar.

Echa a andar delante de mí y mis ojos vuelven a clavarse en su culo. No es tan espectacular bajo el vestido como con los vaqueros, pero no está nada mal.

¿Qué demonios me está pasando?

Ya sé que hace tiempo que no mojo, pero yo nunca me comporto así. Sophie es una buena chica, y no suelo salir con chicas como ella. Normalmente salgo con chicas a las que les apetece divertirse un rato. Las que se van después del polvo o, como mucho, dejan que les prepare el desayuno y después se van. Esas chicas saben de qué va el juego. Son mujeres que saben lo que quieren y salen a buscarlo. Y yo soy el tipo con suerte que se beneficia de las mujeres liberadas. Ellas desean compartir su cuerpo conmigo y yo las trato lo mejor que sé. Sin excepciones.

Lo que nunca hago es seducir a las clientas con la idea de clavarme entre sus piernas y olvidarme hasta de cómo me llamo, pero Sophie me afecta de un modo tan fuerte que no puedo concentrarme en el trabajo.

Aunque tal vez Bo tenga razón. Tal vez lo que necesito es acostarme con ella, pero sobre todo tengo que ser honesto con ella. A las mujeres no les gusta que les mientan. El problema es que no es tan sencillo como parece: si hablas de más, se ofenden; si hablas de menos, se sienten traicionadas.

No tengo claro dónde estará el límite de Sophie, y precisamente por eso no pienso hacer nada..., al menos hasta que tengamos más confianza y aceptemos las condiciones. No creo en las relaciones a distancia, con un océano de por medio. Nunca he creído en ellas y nunca lo haré.

Pero la atracción está ahí. No soy el único que la siente. Si hubiera sido otro tipo de hombre, habría seguido a Sophie al probador y me la habría tirado contra la pared. Pero ella se merece más que un polvo apresurado. Se merece una cena romántica, con flores y todo tipo de cosas que no estoy preparado para ofrecerle.

Bo me da un golpecito en el hombro, sacándome de la ensoñación en la que había vuelto a caer.

—Tío, no te preocupes; lo verás todo mucho más claro por la mañana. A menos que estés arrancándote el brazo a mordiscos para evitar despertar a alguna fresca, todo irá bien, ¿vale? —Sonríe, enseñándome todos los dientes.

Yo toso y río a la vez. Sólo Bo es capaz de ponerle humor a una situación que me tiene del todo confuso. Pero tiene razón. Mañana lo veré todo de color de rosa. La felicidad es opcional. Cada uno elige cómo será el día desde el instante en que se levanta. Y a Dios pongo por testigo de que mañana me despertaré en la cama solo.

Solo.

4

Me pica la nariz. No, ahora me pica el pezón derecho. Un momento, algo se desliza con suavidad por mi esternón, recorre mis abdominales y se dirige directamente a mi dura...

Abro los ojos y alzo las caderas para acercarme más a la mano cálida que rodea mi erección matutina.

—*Levanté y espabilé*, semental.

Una norteamericana preciosa y morena destroza la lengua francesa al intentar saludarme de buena mañana. Mi francés no es nada del otro mundo, pero hasta yo presté la suficiente atención en el instituto para saber que los franceses no reciben así el día. No me parece demasiado grave, ya que la norteamericana tiene unos ojos de color azul muy pálido y una expresión descarada y provocadora en la cara.

—Mierda...

Dejo caer la cabeza hacia atrás cuando Ojos Azules me araña el pecho y desciende hasta hundirme las uñas en el vello púbico. Su mano endemoniada se cierra con más fuerza alrededor de la base de mi polla mientras cubre la punta con la suavidad celestial de su boca.

—¡Me cago en la hostia! —Hundo los dedos en su melena para atraparle la cabeza al tiempo que ella se me traga enterito.

Mientras mueve la cabeza arriba y abajo, trato de recordar las circunstancias que me trajeron hasta este aprieto —bastante agradable— en el que estoy metido. Recuerdo vagamente que acepté salir con Royce y con Bo para cenar y tomar un par de cervezas. Luego me convencieron para que me quedara un rato más despierto para adaptarme antes al horario parisino, y yo, como un idiota, les hice caso y ahora estoy aquí, mientras una mujer de la que no sé ni el nombre me chupa la polla. A ver, hay cosas peores en la vida, ya lo sé.

Me vienen *flashes* de momentos de la noche pasada, como si pertenecieran a una peli porno de serie B.

Me veo riendo con los colegas en el pub que hay cerca del hotel.

Las cervezas no dejan de correr.

La diosa morena se me sienta en el regazo.

La beso en el taxi.

Aprisiono sus curvas contra la pared de mi suite. Nos magreamos por todas partes.

La ropa cae como si fueran fichas de dominó y queda esparcida por el suelo del hotel mientras nos acercamos al dormitorio.

Me la follo por detrás.

Luego hacemos el misionero.

Y la vaquera a la inversa.

—¡Joder! —grito cuando ella me succiona con tanta fuerza que no puedo controlar la reacción de mi cuerpo. Ahora recuerdo por qué anoche le puse el apodo de *Diosa*: hace unas mamadas espectaculares.

Me corro bruscamente, con rabia. Le follo la boca como si fuera un caballo desbocado. Ella no se altera. No me suelta y mantiene el ritmo hasta que acabo de correrme en su boca mientras gruño haciendo mucho ruido. Trato de recuperar el aliento, jadeando hondo.

Cuando no me queda ni una gota dentro, ella se echa a reír, se seca el labio inferior con el pulgar y se desliza por mi cuerpo como una sexy encantadora de serpientes. Los dos estamos desnudos. Su húmeda raja entra en contacto con mi vientre y tengo que apretar los dientes para evitar una nueva erección.

—No vuelvas a empalmarte; no tengo tiempo. Tengo una *master class* esta mañana y no quiero llegar tarde.

—¿Vas a la universidad? —Los ojos se me abren hasta alcanzar el tamaño de bebés elefante. ¡Mierda! ¿En qué demonios estaba pensando? Si este año voy a cumplir los treinta—. Por favor, dime que tienes al menos veinte años.

Ojos Azules se echa a reír y asiente.

—Calma, semental, tengo veinticuatro. Me lo preguntaste anoche, pero está claro que no te acuerdas.

Menea las caderas, despertando a la bestia una vez más. Levanto la pelvis mientras ella se inclina hacia mí y me besa. La abrazo y le devuelvo el beso, disfrutando del tacto de sus curvas femeninas contra cada centímetro de mi piel. ¡Dios, me encantan las mujeres! Son suaves, flexibles y huelen siempre divinamente. Claro que, en este momento, ella huele un poco a mí y un mucho a sexo, pero por debajo de esos olores me llegan retazos de su aroma floral, que inhalo hondo mientras le beso la mandíbula, el cuello y, tras levantarla un poco, las tetas.

La diosa desnuda me agarra la cabeza y me hunde los dedos en el pelo.

—Venga, vale, un asalto más, pero luego cada uno por su lado. Tengo una especie de relación intermitente con alguien en Estados Unidos.

Le dirijo una sonrisa canalla y le doy un mordisquito en la punta húmeda del pezón antes de apartarme.

—Y yo tengo la polla lista para hacer que te olvides de él durante una hora más.

Me doy la vuelta y, cuando ella está debajo, le separo las piernas con las rodillas. De reojo veo el montón de envoltorios de condón usados. Menos mal que no nos hemos olvidado de la seguridad. Veo uno sin utilizar y me felicito en silencio por haberlos traído antes de cogerlo y abrirlo con los dientes.

Ojos Azules agarra la goma y baja las manos, colocándola en mi erección más que dispuesta. Luego me rodea las caderas con las piernas.

—Dámelo —me ruega haciendo un mohín.

—Antes, Diosa, dime tu nombre.

Ella me dedica una encantadora sonrisa irónica.

—Y ¿qué más da, si no nos vamos a ver nunca más?

Frunzo los labios y recorro con las manos sus deliciosas curvas mientras le doy vueltas a su pregunta. Al final llego a la conclusión de que tiene razón.

—Es verdad, no importa. —Me coloco en posición, apunto y me clavo en su interior. Ella se tensa hasta formar un arco con la espalda y gime de placer.

—¡Dios, sí! ¡Duro, dame duro!

¿Qué clase de hombre sería si no le diera a la dama lo que desea?

Abro la puerta de la suite. La chica de ojos azules, piernas largas y melena sexy se detiene, me apoya una mano en el pecho y me besa. Su lengua se enreda con la mía durante un par de minutos. Al final, con un gemido que le nace en lo más hondo de la garganta, se separa de mí.

—Nos has dado un buen meneo a la cama y a mí, semental. Me has dejado un buen recuerdo entre las piernas. Gracias.

Le agarro las nalgas con fuerza.

—Que te vaya bonito. —Le doy un pico de despedida.

—Y a ti también. —Me guiña el ojo y se aleja caminando sensualmente hacia el ascensor. Me apoyo en el marco de la puerta, sintiéndome mucho mejor que ayer. Bo tenía razón. Necesitaba follar igual que ahora necesito una botella de agua para mí solo.

Alguien se aclara la garganta al otro lado del pasillo. Me vuelvo hacia allí y veo a Royce acompañado de una mujer.

Nuestra clienta.

Sophie.

Hago una mueca horrorizada y me tenso como una tabla. No sé por qué me asusto tanto. Es una reacción absurda porque no he hecho nada de lo que deba avergonzarme. Y, sin embargo, una sensación muy incómoda se desliza por mi espalda y acaba alojándose en algún lugar entre mi corazón y mi polla distraída.

Ayer besé a Sophie en medio de un centro comercial, le manoseé el culo y le dejé claro que me sentía atraído por ella y, a la mañana siguiente, ella me encuentra despidiéndome de mi rollo de una noche con un beso en la puerta de la habitación del hotel.

Soy un imbécil.

—Hola, chicos. Estoy casi listo, pasad. —Les hago un gesto para que entren y evito el contacto visual con Sophie a toda costa.

Royce y SoSo entran en la suite. Royce va muy elegante, pero informal. Los trajes le sientan muy bien y, al igual que Sophie, se gasta un montón de dinero en ropa. Suele vestir de Armani o de Tom Ford. Yo prefiero variedad en mi guardarropa o un buen sastre. Hoy se ha puesto unos

pantalones chinos, un *blazer* de Ralph Lauren de color gris oscuro con finas franjas de cuadros escoceses, camisa blanca y corbata de rayas amarillas de Ermenegildo Zegna. Royce es la única persona del mundo que conozco que lleva gemelos en los puños de las camisas. Hoy lleva sus favoritos, los de ónix negro, y completa el conjunto con su Breitling, el reloj de pulsera que le costó seis mil dólares y del que no se separa nunca.

Me tiro del *blazer* hacia abajo y me abrocho el botón.

—¿Alguien quiere café? —Señalo la cafetera que he preparado para Ojos Azules y para mí, y sólo entonces me atrevo a establecer contacto visual con Sophie. ¡Está espectacular! ¡Impresionante, una auténtica belleza!

Se ha puesto uno de los conjuntos de falda y blusa que Bo eligió para ella. Se la ve decidida, lista para conquistar el mundo. Se ha recogido el pelo en una cola de caballo que deja a la vista su delicado cuello, que me recuerda al de un cisne. Lleva unos Louboutin de punta redondeada, la suela roja de rigor y al menos diez centímetros de tacón. Mi polla habría reaccionado de no ser porque, con tanto follar y tanta mamada, necesita recuperarse un poco. Mi mente, por el contrario, es muy consciente de que nuestra clienta está floreciendo ante nuestros ojos. Mi corazón también se da cuenta.

—Estás increíble, Sophie. —Le dirijo una sonrisa, esperando no haber destrozado el inicio de una amistad o una relación profesional.

Ella se ruboriza.

—*Merci*, aunque Bo y tú sois los responsables, por supuesto. —Me devuelve un instante la mirada antes de mirar de nuevo al suelo.

Se me cae el corazón al ver que es incapaz de sostenerme la mirada más de un par de segundos. Me acerco a ella con el rabo entre las piernas y miro por encima de su hombro para asegurarme de que Royce, que ha ido a prepararse una taza de café, no nos está escuchando. Sophie frunce los labios a medida que me voy acercando.

—SoSo, siento lo que has visto. Anoche me emborraché.

Ella me interrumpe:

—No me debes nada. —Su voz es un susurro, pero su tono me sorprende por su sinceridad, aunque no estoy seguro de si es muy buena disimulando el enfado o si en realidad no le importa lo que ha visto.

Endereza la espalda, alza la barbilla y se acerca a mí.

—Parker, no espero nada de ti. Si en algún momento decidimos dar rienda suelta a nuestra atracción, debemos tener muy claro que será algo temporal. Tú vives en América y yo nunca me iré de Francia. Tengo un negocio que dirigir, igual que tú. Eso es mucho más importante que... —señala al uno y luego al otro—, ¿cómo lo decís en América? ¿Un revolcón en las calles?

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada. No puedo evitarlo.

—Un revolcón en el pajar o entre las sábanas, decimos. Vale, lo entiendo, me alegro de que no estés...

—¿Acojonada? —Vuelve a intentar usar una expresión coloquial.

—Cabreada. Lo de los cojones déjamelo a mí. —Echo las caderas hacia delante—. Me alegro mucho de que tú no tengas.

Ella da un salto hacia atrás y se echa a reír con ganas. Es la primera vez que la oigo reír de verdad. Sophie podría iluminar una habitación con su belleza cuando ríe. Algún día hará muy feliz a algún hombre, un hombre que no soy yo, aunque la atracción que me despierta sigue siendo innegable.

—Entonces ¿estamos bien? ¿De verdad? —insisto.

—*Oui.* Pero dejaré que me invites a cenar para condensarme si te vas a sentir mejor.

Me cubro la boca con el puño para disimular la risa.

—Compensarte. Para compensarte. —Sacudo la cabeza y me siento mucho mejor que cuando la he visto en el pasillo.

Ella frunce el ceño.

—Los estadounidenses habláis muy raro.

Le paso un brazo por los hombros.

—Somos muy raros, pero tú quédate a mi lado, nena, y todo irá bien.

—Eso pienso hacer, señor Ellis.

Me da unas palmaditas en la tripa en plan colega y siento un alivio enorme, acompañado del optimismo del nuevo día que se abre ante nosotros. Cuando he despertado, algo me ha dicho que el día iba a ser épico. Lo he empezado con la polla entre los labios de una diosa y lo acabaré llevando a cenar a una dulce heredera.

Eso sí que es una dieta equilibrada.

Royce da una palmada y se frota las manos.

—Estamos listos para hacer negocios. —Sonríe—. Yo estoy más que listo para ensuciarme las manos con tus bienes mobiliarios e inmobiliarios.

—La limusina nos espera. ¿Bo viene con nosotros? —pregunta Sophie.

Royce la toma del brazo y coloca la mano en el hueco de su codo.

—No, pastelito, el dinero es mi territorio. Bo no sabría qué hacer con su propio dinero; por suerte para él, yo me ocupo. Además, esta mañana está acompañado. —Sonríe, me mira y alza las cejas varias veces.

Lo que Royce quiere decir es que a Bo le gusta dormir hasta tarde, y que si tiene compañía femenina no saldrá de la cama hasta el mediodía.

—Park y yo nos encargaremos de las cuestiones de negocios —confirma Royce—. Bo se unirá a nosotros...

—Mañana, para las clases de peluquería y maquillaje —añado yo, que conozco bien el programa.

—¡Qué ganas! —Sophie está radiante.

Royce le da unas palmaditas en la mano.

—¡Ésa es la actitud!

—Sophie, mira esto. —Royce coloca una carpeta llena de hojas de cálculo, gráficos y números delante de ella, en su escritorio. Yo bostezo y me echo hacia atrás en el sofá, respondiendo a un email con la oreja puesta en la conversación.

Royce señala un grupo de cifras.

—Éste es el análisis de costes-beneficios de los tres últimos productos. ¿Ves éste de aquí? —Da unos golpecitos en el papel—. No está obteniendo los resultados deseados. —Coge otra carpeta—. Y aquí está el plan de marketing de este producto. El equipo no está a la altura en innovación, planificación y seguimiento. Tu padre otorgó al producto un buen presupuesto porque tenía potencial para ser un éxito de ventas. De hecho, es un producto impecable.

—Sí, lo sé. No lo entiendo. Es una línea de perfume intergeneracional, válida para adolescentes, madres y abuelas.

Royce asiente y se ajusta las finas gafas sin montura antes de darle una nueva hoja de papel. A través de las lentes, su mirada es dura como el acero.

—Mira esta idea de una de tus becarias.

—¿Becaria? —Sophie frunce el ceño, coge el papel, y lo examina rápidamente—. Los becarios por lo general entregan sus ideas al jefe de equipo. Si al jefe le gustan, el becario pasa a formar parte del equipo que se ocupa del lanzamiento. Es una manera de promocionar a los que muestran más talento. Mi padre creía en aprovechar el potencial de la juventud. ¿Por qué no se usó esta idea? Es brillante —añade apretando los labios.

Royce asiente y se cruza de brazos.

—Me he informado, y el director usó el proyecto pero poniendo su nombre. Esa misma becaria es la responsable de los dos últimos éxitos de la empresa. Sin embargo, por alguna razón no se le ha reconocido el mérito. Al contrario, he visto que su superior le ha puesto tres puntos negativos en su expediente. Creo que deberías llamarla y hablar con ella. No sólo porque parece que tiene las mejores ideas de tu equipo de Marketing, sino también porque ella es la razón del éxito de los otros dos productos. No sé por qué su última idea no se utilizó, pero el caso es que el producto no despega.

Frunciendo el ceño, Sophie descuelga el teléfono y pulsa un botón.

—Stephanie, ¿podrías decirle a Christine Benoit, del Departamento de Marketing, que suba a verme inmediatamente? *Merci.*

Sonrío porque me gusta que hable en inglés para que entendamos lo que dice.

Royce se inclina hacia ella.

—Me temo que vas a tener que hablar con uno de los miembros de la junta directiva. El director de Marketing que te he comentado es hijo de Louis Girard.

Sophie no se esfuerza por ocultar el desprecio que siente al oír ese nombre.

—Ese hombre no le ha dado a mi familia más que problemas desde que invirtió en la

empresa. Mi padre contrató a su hijo Enzo como muestra de buena voluntad, pero al parecer le salió el tiro por la culata. —Suspira y apoya la cabeza en la mano. Su mirada desenfocada me dice que está pensando en el mejor modo de resolver el problema.

Royce revisa más documentos y frunce el ceño.

—Me temo que las cosas están a punto de complicarse. En el expediente de Enzo hay siete quejas de siete mujeres por conducta sexual inapropiada. En las siete ocasiones, el jefe de Personal se limitó a darle un aviso. Parece que el tal señor Moreau lo está protegiendo. Mucho, por lo que veo aquí. ¿Cuál es la política de la empresa en cuanto a acoso sexual?

—Es muy estricta. Un aviso la primera vez; una notificación oficial la segunda y, si se repite una tercera, despido.

—Pues a este hombre se le han dado siete avisos en dos años. Me temo que este tipo es un problema para la empresa, Sophie. —Royce le entrega el expediente.

—*Oui. Très mauvaise nouvelle, en effet.*

Mentalmente, echo mano de mi francés del instituto. Creo que ha dicho algo sobre malas noticias.

—Me temo que ya sabes lo que te va a tocar hacer —comento.

Sophie se da unos golpecitos en el labio inferior.

—No es tan fácil. No puedo asesinarlo así como así.

Me aguanto la risa.

—¿Quieres decir cargártelo, a nivel laboral?

—*Oui*, eso he dicho.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Si ese tipo tiene siete avisos —responde Royce—, ¿cuántas empleadas más habrá que no se han atrevido a denunciarlo a Recursos Humanos? Me apostaría mi reloj Breitling a que hay un montón de mujeres que han sufrido su acoso, pero que no se han atrevido a decir nada por miedo.

Ella inspira hondo, poco a poco.

—Su padre es uno de los miembros más polémicos de la junta directiva. Voy a tener que pensar bien cómo enfocar este tema.

Me levanto y me coloco a su espalda. Le masajeo los hombros hasta que los relaja y la expresión de su cara pierde la tensión de momentos atrás.

El teléfono que hay sobre su mesa suena y oímos la voz de su asistente:

—La señorita Benoit está aquí.

—Que pase —replica Sophie.

Regreso al sofá y Royce sigue revisando papeles mientras ella se levanta para recibir a su empleada en la puerta.

Una mujer de aspecto tímido entra. Me recuerda a un hada. Es diminuta y muy bonita. Lleva el pelo recogido en una trenza tan larga que le roza el culo. Viste unos pantalones azul marino de cintura alta y un *blazer* blanco, corto. Va sencilla pero elegante.

Sophie le ofrece la mano.

—Encantada de conocerla, señorita Benoit. Soy Sophie Rolland. —Se dirige a ella en inglés, y se lo agradezco mucho—. Ellos son mis colegas, el señor Ellis y el señor Sterling, de una empresa estadounidense que he contratado, y estarán presentes durante la conversación.

La becaria reacciona bien. Se sienta ante ella y le responde en un perfecto inglés:

—Es un placer conocerlos a todos. ¿Podrían decirme de qué trata la reunión? Reconozco que me ha sorprendido que me citaran en el despacho presidencial. —Aunque intenta disimular los nervios, veo que una de las piernas ha empezado a temblarle.

Supongo que debe de sentirse como yo aquella vez que me llamaron al despacho del director cuando estaba en primaria. Con la diferencia de que a mí me llamaron por mirar por debajo de la falda de una compañera. Ya en aquella época de mi vida sentía una gran curiosidad por conocer las diferencias entre niños y niñas.

—Señorita Benoit, tengo entendido que ha estado pasando sus proyectos al jefe de su equipo de Marketing, el señor Girard.

Su rostro se tensa. Aprieta los dientes y los labios.

—Sí.

—Y también que dos de sus ideas han ayudado mucho a los productos. —Sophie sigue hablando, directa y profesional.

—¿Sabe que las ideas eran mías? —Christine abre mucho los ojos sorprendida.

—Gracias a mi investigador. —Señala hacia Royce, que le guiña el ojo a nuestra clienta. ¡Ligón!

Hago una mueca porque sé que él no está interesado en Sophie. No por nada, simplemente sé que no es su tipo. Le gustan las mujeres que tengan donde agarrar por detrás y lo mismo por delante. Le da igual que sean caucásicas, afroamericanas, hispanas, asiáticas o de alguna isla del Pacífico, el tema étnico a Royce le trae sin cuidado, lo que le interesa son las curvas. Como al tipo aquel de la canción *Baby Got Back*, Sir Mix-a-Lot.

Christine juguetea con los dedos y a Sophie no se le escapa el gesto.

—También sé que su jefe ha hecho pasar ideas suyas como propias y que se ha comportado con usted de un modo inadecuado. Estoy hablando del caso de acoso sexual.

La empleada tose y aparta la vista, con el ceño fruncido por el disgusto.

—Puede hablar libremente conmigo, señorita Benoit. Yo no soy mi padre y no me rijo por sus normas.

—Ya, bueno, es que tal como lo ha dicho parece que sólo haya sido un caso.

—Y ¿no es así? —Sophie frunce el ceño.

Christine endereza la espalda y aprieta las manos con tanta fuerza que se le ponen blancos los nudillos.

—Me ha acosado tantas veces que faltarían dedos en mis manos y mis pies para contarlas. Una vez que me arrinconó a la salida del trabajo tuve que darle un rodillazo en los genitales.

Sophie palidece y su boca se tuerce en una mueca de disgusto.

—¿Puedo tutearte?

—Sí, por favor.

—¿Te ha puesto las manos encima?

Christine asiente y aparta la vista.

—¿Más de una vez?

Vuelve a asentir.

—¿Dónde exactamente? —Aunque las palabras de Sophie son calmadas y contenidas, su modo de apretar los puños me dice que está cualquier cosa menos relajada.

Christine contiene el aliento, me mira y luego mira a Royce.

—¿Estaría más cómoda si salimos? —Me levanto del sofá.

Ella niega con la cabeza.

—No hace falta, es sólo que... me da vergüenza.

—No debe sentirse avergonzada. Estamos aquí para ayudarla, pero necesitamos conocer los detalles antes de enfrentarnos a él. Su padre está en la junta directiva.

Christine hace un sonido con la garganta, como si sintiera ganas de vomitar.

—Oh, ya lo sé. Por eso sabía que no le pasaría nada aunque lo denunciara ante el señor Moreau cada vez que me metía mano.

—¿Le ha metido mano? —interviene Royce con los dientes apretados.

Mierda. Si hay algo que Royce no tolera es que alguien toque a una mujer sin su consentimiento. Su madre sobrevivió a un maltratador y no puede soportar que otras mujeres pasen por lo mismo que ella.

—Roy —le advierto, para que se calme.

—Christine. —Sophie usa su nombre de pila. Me parece muy inteligente por su parte hacerlo y tutearla. Estos temas es mejor tratarlos de un modo personal y cercano—. ¿Dónde te tocó?

La becaria traga saliva y hace un gesto impreciso con la mano por la zona del pecho.

—Por aquí. Y he perdido la cuenta de las veces que me ha agarrado el trasero. Aunque lo peor fue la vez que me arrinconó, aunque como ya les he dicho, yo misma me encargué de darle un rodillazo.

—Y ¿le contaste todo esto al señor Moreau?

—Sí, todas las veces.

—Christine. —Sophie se levanta bruscamente y su empleada la imita—. Muchas gracias por tu tiempo y por tu sinceridad. Seguiremos en contacto. Tu implicación con la empresa y tus ideas innovadoras no han pasado desapercibidas. En un plazo de unas dos semanas te llegará una propuesta formal para integrarte en la plantilla. Necesito un poco de tiempo para ponerme al día con todo, ya sabes, las circunstancias... —Sophie deja la frase a medias, pero todos sabemos que se refiere a la muerte de su padre.

—*Merci, merci, madame.* Nunca soñé con...

—Nunca dejes de soñar. —Sophie la interrumpe con una sonrisa—. Se pondrán en contacto contigo para hablar de tu cargo, el sueldo y otros beneficios.

—¡Gracias! *Merci!* —Christine se levanta y sale de la oficina con una sonrisa radiante.

—Bien hecho. —Me acerco a Sophie, le tomo la mano y le beso los nudillos—. Estoy orgulloso de ti.

—Sí, sin duda has actuado como una auténtica líder —corrobora Royce.

—Gracias, caballeros. —Me da unas palmaditas en la mano—. Es evidente que tengo mucho trabajo por delante. —Con decisión, levanta el auricular del teléfono—. Stephanie, quiero al señor Moreau en mi despacho dentro de media hora. Y, media hora después, quiero que el señor Girard esté en mi puerta, esperando.

—Brillante. —Sonrío—. Júntalos como si fueran bolos...

—¡Y haz *strike*! —Royce acaba por mí.

Sophie se lleva las manos a las caderas y me parece estar viendo a una superheroína. Está motivada al cien por cien, y me encanta ver cómo se alza en todo su potencial ante nuestros ojos.

5

—Señor Moreau, por favor, tome asiento. —Sophie, que está de pie detrás de una silla, señala un sofá.

Si tuviera que adivinar, diría que el hombre ha cumplido ya la cincuentena. Va vestido para impresionar, con traje, el pelo corto y bien arreglado, gafas sin montura y unos zapatos caros y tan brillantes como una moneda recién acuñada.

Se desabrocha la americana, se sienta en el sofá, cruza una pierna sobre la otra y apoya la mano en la rodilla. Por su postura, uno pensaría que es el señor del castillo.

—¿A qué debo el placer de tu invitación, *ma chérie* Sophie?

Hago una mueca al oír la expresión cariñosa. Sophie no ha dicho nada que haga pensar que el jefe de Personal y ella tienen una relación cercana. Tampoco me ha parecido que las noticias que le hemos dado la entristecieran. Se ha mostrado enfadada, lívida incluso. La observo y veo que entorna los ojos y coloca las manos en el respaldo de la silla. Está de pie mientras él permanece sentado en el sofá. Eso le confiere una posición de poder. Buena chica.

Durante los últimos treinta minutos, Royce y yo le hemos dado instrucciones sobre cómo manejar la situación, teniendo en cuenta que se trata de un empleado de alto nivel. Hemos ensayado con ella, poniéndonos en el lugar de Moreau y anticipando cuáles podrían ser sus reacciones. Hemos hablado de las distintas opciones que tenía y de cómo podría afectar esta situación a la empresa. También hemos confirmado cuáles son las políticas de la compañía en temas como éste y hemos dialogado sobre la mejor manera de tratar con un cabrón como Moreau. Al acabar, ha enderezado la espalda, ha levantado la barbilla y nos ha dicho que estaba lista.

Los observo desde mi sofá, al otro lado del despacho, y compruebo que, sí, realmente lo está.

—No soy su «querida Sophie». Se dirigirá a mí como «señora Rolland» o de ninguna manera.

El hombre se pone en alerta.

—Por favor, discúlpeme si me he extralimitado.

—Lo ha hecho —responde en un tono que no admite réplica, y me gustaría aplaudirle, pero permanezco callado mientras le canta las cuarenta.

—Discúlpeme —repite Moreau con la mandíbula muy tensa, como si le costara pronunciar la palabra.

Ella asiente con sequedad.

—Lo he hecho llamar porque ha llegado a mis oídos que un empleado de la empresa ha recibido no una, ni dos, sino siete quejas por conducta sexual inadecuada.

Él frunce el ceño.

—No es posible. Habría sido despedido después de la tercera.

Sophie frunce los labios y se dirige a su escritorio, donde se encuentra el expediente de Girard. Lo coge y se lo lleva a Moreau.

Un gesto de sus labios muestra el fastidio que siente al haber sido descubierto.

—Se trata del hijo de uno de los más respetados miembros de la junta. Pensé que su padre, y ahora usted, querrían que se lo tratara de un modo especial debido a su relevancia en la empresa.

Sophie inclina la cabeza hacia atrás y se echa a reír a carcajadas.

La cara de Moreau se vuelve del color de las remolachas ante esa reacción y su boca se tuerce en una mueca desagradable.

—¿Le parece gracioso?

Cuando ella baja la cabeza, la mujer que tenemos delante se muestra fiera, formidable.

—El señor Girard tiene siete quejas. Siete.

—Pero no provienen de la misma mujer. Me tomé la libertad de tomar ese hecho en consideración. Tras los avisos, ninguna de esas mujeres volvió a quejarse, salvo la señorita Benoit. Está claro que el señor Girard tiene los ojos muy largos y cierta inclinación por la grosería, pero ¿es eso suficiente para castigarlo? ¿No es mejor darle una lección? —pregunta en tono desenfadado, casi jocoso.

—¿Está disculpando su actitud? —le reprocha.

Punto para Sophie.

Dios, ese hombre es un idiota. Los capullos como él son los culpables de que los directivos tengan tan mala fama. Como director de mi empresa, y como hombre que adora y respeta a las mujeres, me gustaría sacarlo a la calle, meterlo en un callejón oscuro y demostrarle qué piensa un hombre de verdad sobre su filosofía barata. Con mucho gusto le daría una lección que tardaría en olvidar.

Moreau carraspea y se levanta.

—¿Acaso no es mi misión proteger a la empresa de posibles escándalos? No creo que una queja merezca la reacción violenta que sin duda tendría el padre del señor Girard.

Error. Una denuncia por acoso sexual puede suponer la ruina económica de una empresa.

—No es usted quien debe tomar esa decisión. Su misión, señor Moreau, es cumplir con las obligaciones de su trabajo.

Aunque alza el tono de voz, no está gritando. Bien, es fantástica.

—Y eso hice.

—¿Dándole al señor Girard permiso tácito para seguir acosando a todas las mujeres de la empresa? Y ¿qué me dice de la mujer que ha declarado que ha sido acosada no sólo verbalmente, sino también físicamente en más de una ocasión? ¿Por qué no aparece nada de eso en el expediente de Girard?

Moreau se hincha indignado, y se acerca a Sophie. Royce se coloca a su lado, con los brazos

cruzados sobre el pecho, sin decir nada. Ni falta que hace. Cuando un hombre corpulento, de metro noventa y tres de altura, te mira y tú mides casi treinta centímetros menos —y pareces esquelético al lado de los músculos de Royce—, te retiras. Enseguida.

Moreau se aleja en dirección contraria. Yo permanezco relajado en mi sofá, pero no le quito los ojos de encima.

—Ha pasado por alto las quejas sobre acoso sexual de manera reiterada —insiste Sophie.

—Si se refiere a la becaria, la señorita Benoit, se lo merecía. El señor Girard me lo contó todo. Me dijo que era ella la que lo buscaba a todas horas, pero luego se hacía la ofendida cuando él respondía a sus coqueteos.

Joder, menuda sarta de mentiras. Ese hombre está tratando de salvar el pellejo como sea. Me da escalofríos pensar que un tipo así está al frente de la sección de Recursos Humanos.

—¿Se entrevistó con ella? Y tenga cuidado con lo que dice, porque ya he hablado con la señorita Benoit —añade Sophie mientras mi repugnancia por ese individuo aumenta a toda velocidad.

Él abre mucho los ojos durante un instante, pero luego su cara adquiere una máscara de indiferencia.

—Sí, varias veces. Ya le expliqué que todo había sido un malentendido. Además, ni siquiera es empleada oficial de la empresa. ¿A quién debería creer? ¿Al hijo del miembro de la junta directiva que lleva años trabajando para nosotros, o a la becaria inmadura que acaba de salir de la facultad? Creo que la respuesta es obvia. —Hace un gesto en el aire con la mano, quitándole hierro al asunto—. Y creo que su padre pensaría lo mismo que yo.

—¿Alguna vez habló con mi padre de esto? Según las fechas de las quejas, la situación se ha alargado durante dos años.

Moreau frunce el ceño, levanta la cabeza e hincha el pecho, fingiendo una seguridad que no siente en realidad.

—No tenía por qué hacerlo. Su padre me dejaba hacer mi trabajo como viera conveniente. Yo sé cómo habría actuado él en esta situación: exactamente igual que yo lo hice.

—Se equivoca. Mi padre creó la política contra el acoso sexual. Tenía una única hija y no quería que nadie me acosara en mi lugar de trabajo. Y lo que no quería para mí tampoco lo quería para el resto de las mujeres que trabajan en la empresa. No soportaba que se tratara a las mujeres como si fueran objetos. Las respetaba, a todas. Trataba a sus empleados con gratitud y con respeto por el trabajo que realizaban, sin importarle su género.

¡Sí, señor! Qué ganas de chocar la mano con ella desde la otra punta de la habitación. Miro a Roy y la sonrisilla que tiene en la cara me dice que él también se siente orgulloso de Sophie.

—No sé qué quiere que le diga, *ma chérie*. Estamos en un *impasse*, ya que su padre no está aquí para aclarar las cosas.

En ese momento, la mujer de negocios que hay dentro de Sophie araña desde el interior y sale a la superficie. Me encanta ver cómo endereza la espalda, aprieta los dientes y ladea la cabeza.

—Es la segunda vez que me llama «querida». No soy su «querida», soy su jefa. Soy la dueña de esta empresa y responsable, por tanto, de las personas que trabajan aquí. Y eso implica que, si alguien no hace su trabajo y no se ajusta a las políticas creadas para mantener al personal a salvo, tengo que tomar decisiones duras. Así que lamento comunicarle, señor Moreau, que queda apartado de su cargo en las empresas de Rolland Group.

El tipo da un par de pasos atrás y se lleva la mano al abdomen como si se hubiera quedado sin aire. Es probable que se sienta como si acabaran de darle un puñetazo.

—No puede hablar en serio.

—Oh, sí puedo, señor Moreau. Está despedido, con efectos inmediatos. Contabilidad se encargará de enviarle la liquidación por despido en las próximas cuarenta y ocho horas.

Royce se acerca al hombre y lo agarra por el bíceps.

—Lo acompañaré a su despacho para que recoja sus objetos personales. —Su voz es como un trueno, profunda y poderosa.

—¡Esto es absurdo! Llevo veinte años trabajando en esta empresa. Su padre me contrató personalmente. ¡No puede hacerme esto!

Sophie se cruza de brazos.

—Puedo hacerlo y lo he hecho. No lo ponga todo más difícil montando una escena. El señor Sterling lo acompañará a su escritorio para que recoja sus cosas antes de marcharse. Un mensajero le llevará la indemnización a casa. Gracias por sus años de servicio a la empresa. Le deseo lo mejor, señor Moreau.

—¡Se va a arrepentir de haber tomado esta decisión! ¡Me aseguraré de ello! —grita él desde la puerta mientras Royce lo saca del despacho.

—Lo dudo mucho. —Sophie le sonríe con dulzura. Es como si un Oso Amoroso o una de las princesas Disney le diera un puñetazo en la cara.

—Vamos, muévase o lo llevaré a rastras. Y no le conviene que se me arrugue el traje. —La voz de Royce recuerda al gruñido de una pantera—. Si se me arruga, pagará las consecuencias. —Lo saca del despacho de un empujón y cierra la puerta.

Sophie inspira hondo y deja caer los hombros. La miro a la cara, que pronto se llena de lágrimas.

La abrazo con fuerza y le acaricio el pelo.

—Lo has hecho muy bien, dulce Sophie. Has estado increíble; estoy muy orgulloso de ti.

Ella sorbe el aire con la nariz pegada a mi camisa, mientras el cuerpo se le sacude a causa de los sollozos.

—¿Lo estás?

Asiento y le doy un beso en la sien. Dejo la boca pegada a su piel para que pueda sentir mis palabras al mismo tiempo que las oye.

—Sí. Jodidamente orgulloso. Has tomado las riendas de la situación, has defendido lo que era correcto y has dejado claro cómo quieres que funcionen las cosas en la empresa a partir de ahora.

Y lo has ejecutado de inmediato. Has hecho todo eso tú sola, SoSo.

Me rodea la cintura con los brazos y apoya la oreja en mi pecho. Es tan cálida, y la siento tan menuda entre mis brazos que podría quedarme así un siglo. Haría cualquier cosa para protegerla de todo mal. En muy poco tiempo, se ha convertido en alguien importante para mí. La verdad, no entiendo cómo ha podido pasar.

—No podías hacer las cosas de otra manera. —Quiero que esto le quede muy claro—. No se merecía quedarse. Rompió las reglas de la empresa y protegió a un hombre que acosaba a las mujeres..., que llevaba años haciéndolo, y eso es inexcusable. Has hecho lo correcto, ¿no lo sientes? —Necesito saber qué está sintiendo.

Ella afirma con la cabeza.

—Sí, pero ha sido duro. Nunca había despedido a nadie.

Le acaricio el pelo de la coleta. Es suave y sedoso, justo como me gusta sentir el cabello de una mujer entre los dedos.

—Para presidir una empresa tan grande como ésta, vas a tener que tomar decisiones desagradables. Has de tener en cuenta a miles de empleados cada vez que actúes. Todos ellos tienen vidas, casas, facturas que pagar. Y todos ellos merecen venir a trabajar en un entorno seguro. Eso es lo que has conseguido hoy; ahora ya sólo queda hablar con el señor Girard.

—Stephanie me ha enviado un mensaje de texto hace un rato. Girard ha llamado diciendo que está enfermo, así que tendremos que esperar.

—Mejor. Necesitas un poco de tiempo para procesar lo que ha pasado. ¿Qué te parece si te llevo a cenar? Te he prometido que iríamos a cenar.

Sophie apoya la barbilla en mi esternón. Tiene los ojos empañados, sin brillo.

Le tomo la cara entre las manos y le seco las lágrimas con los pulgares.

—Todo va a salir bien; las cosas cada vez serán más fáciles.

—Gracias por estar a mi lado, por ayudarme en estos momentos.

Contra mi buen juicio, me inclino hacia ella y uno nuestros labios. Es la segunda mujer que beso hoy.

¿Qué demonios me está pasando?

Me separo de ella antes de que el deseo de profundizar el beso se vuelva irresistible.

—¿Qué me dices de esa cena?

Ella me dirige una pequeña sonrisa.

—Que sí. Cena. Y vino. Mucho, mucho vino.

—Cuando me dijiste que me llevarías a cenar, no me imaginé que iríamos al famoso restaurante Julio Verne de la torre Eiffel. —Sophie me aprieta la mano mientras un empleado nos hace pasar por la entrada secreta que sólo pueden usar los clientes del restaurante.

Estamos en el vientre de la bestia, rodeados de barras de hierro y remaches por doquier, mientras esperamos el ascensor que nos conducirá poco a poco desde el suelo hasta los ciento

quince metros de altura a los que está situado el restaurante.

—Por aquí, *messieurs-dames*. —El empleado, elegantemente vestido con un traje negro, señala las puertas abiertas del ascensor.

Es compacto y coqueto, y tiene una pared de cristal. El sol se está poniendo en el horizonte mientras ascendemos por el monumento más icónico del país.

—¡Es increíble! —exclama Sophie, apoyándose en mí.

Frunzo el ceño.

—¿No habías estado en la torre Eiffel?

—Sí, pero de niña; la visitamos en una excursión del colegio. Y he estado al pie un montón de veces, paseando por los jardines, pero no había vuelto a subir de adulta.

Le rodeo la cintura con el brazo.

—Pues me alegro mucho de que estemos compartiendo esta experiencia.

—¿Más primeras veces y recuerdos especiales?

Se acuerda de lo que le dije.

—Sí, y con una hermosa mujer a mi lado, nunca lo olvidaré.

—En ese caso, deberíamos besarnos, ¿no crees? —Se vuelve, pega su pecho al mío y me rodea la nuca con los brazos—. Las primeras veces deberían celebrarse siempre con un beso.

Me inclino hacia ella y le apoyo la mano en la mejilla.

Ella se pone de puntillas, lo que deja sus labios a un centímetro de los míos.

—No pienses en ello, tan sólo hazlo.

No necesito que me anime más. Uno mis labios a los suyos y me apodero de ellos en un beso lento, intencionado. Ella abre la boca de inmediato, invitándome a entrar. Acepto su invitación, hundiendo la lengua profundamente y devorándola. Su aroma, dulce y picante, me rodea, trasladándome al instante al paraíso.

Su lengua danza con la mía mientras le muevo la cabeza a derecha e izquierda por la necesidad de entrar más aún en ella. Quiero más. El beso se calienta. Nuestros cuerpos presionan con fuerza contra el otro, necesitan estar más cerca. Piel, necesito piel..., la suya.

Bajo la mano desde su mejilla hacia su cuello, la apoyo sobre su pecho por encima del vestido y sigo bajando hasta encontrar el dobladillo. Un instante después, estoy disfrutando del muslo sedoso de Sophie. La empujo hasta apoyarla en la pared de cristal mientras sigo devorándole la lengua.

Ella gime en mi boca justo cuando el ascensor se detiene y una campanilla anuncia que hemos llegado a nuestro destino. Me cuesta mucho apartarme de su maravillosa boca y su precioso cuerpo, pero lo consigo, y ella se pasa las manos por el vestido para asegurarse de que está presentable.

Las mujeres lo tienen mucho más fácil que nosotros. Sólo tienen que respirar hondo y ya pueden controlar el deseo. No tienen un palo de hockey formándoles una tienda de campaña en los pantalones cuando se excitan. El rubor de las mejillas se puede achacar al calor o a las

hormonas, ¡pero los hombres no podemos usar esas excusas cuando tenemos una erección del tamaño de la propia torre Eiffel!

Me abrocho la americana para disimularla y hago pasar a Sophie delante de mí mientras el empleado nos pide los nombres y busca la reserva que he hecho esta mañana al llegar a Rolland Group. He tenido suerte de encontrar mesa, aunque supongo que no debe de ser tan difícil si estás dispuesto a gastarte varios cientos de euros por plato un día entre semana.

Nos sentamos a una mesa perfecta para dos, junto a los ventanales que van del techo al suelo y que nos ofrecen una maravillosa vista de París al anochecer.

—¿Sabías que el chef que cocinará para nosotros esta noche es Hugues de Saint Vincent? Es un genio culinario. —Sophie me dirige una amplia sonrisa, y me juro que intentaré mantener esa sonrisa en su cara cueste lo que cueste.

—¿Ah, sí?

—*Oui.* Mi padre contaba maravillas sobre él. Comía aquí a menudo cuando yo estaba en la universidad. Amaba a su país, amaba todo lo francés. Me prometió que vendríamos a cenar aquí cuando acabara la carrera, pero no pudo ser. —Mira por la ventana para disimular la tristeza que se ha apoderado de su expresión, borrando su anterior sonrisa.

Le cubro las manos con las mías por encima de la mesa.

—En ese caso, brindaremos por el señor Rolland y tomaremos una gran cena en su honor.

Ella asiente y sonríe.

—Me encanta la idea.

El sumiller se acerca a la mesa y nos ofrece el primero de los seis vinos que maridan con los platos que vamos a tomar esta noche. Es un vino blanco, fresco, que tiene un nombre francés muy complicado pero que sabe igual que el sauvignon blanc de Nueva Zelanda.

Disfrutamos del primer maridaje y contemplamos la vista mientras el cielo se tiñe de tonos rosados y morados. En todos los rincones de la ciudad empiezan a encenderse luces, tanto en *châteaux* de las afueras como en bloques de pisos, como si fueran luciérnagas en un prado cercano a casa, en Massachusetts.

Nos traen el segundo maridaje, que incluye un platillo de besugo en salsa de acedera. Cuando Sophie da un bocado, gime de placer y mi polla toma nota, volviendo a la vida inmediatamente. Debería estar molida después de haberse pasado la noche jugando con Ojos Azules y, sin embargo, Sophie tiene toda mi atención (y la de mi polla). Me acomodo los pantalones, tratando de obtener más espacio, y de paso me tapo con el mantel blanco para asegurarme de que no asome nada vulgar.

—Háblame de ti, SoSo. ¿Qué se siente al ser una heredera francesa?

Ella da un sorbo de vino y frunce los labios.

—No es tan interesante como podría parecer. He pasado los últimos seis años en la universidad para sacarme la carrera y el máster en Economía y Empresa. Y antes iba al instituto

y tenía un montón de actividades extraescolares, como idiomas o clases de piano. Mi padre insistía mucho en que debía hablar las principales lenguas utilizadas en el mundo empresarial.

—¿Ah, sí? ¿Cuántos idiomas hablas?

Ella levanta la mano.

—Inglés, obviamente. —Señala un dedo—. Italiano, español y alemán. También un poco de japonés, pero no mucho. Me temo que las lenguas asiáticas se me resisten.

Pestañeo impresionado.

—¿Hablas cinco idiomas?

—Seis, si cuentas el francés. Y algún día lograré defenderme en las lenguas asiáticas.

—Sophie, me matas; eres impresionante. —Me echo a reír y luego me acabo el vino de un trago.

Cuando ella me imita, nuestro fiel amigo el sumiller regresa con un nuevo vino delicioso de otra región francesa. Es aterciopelado y tiene unas notas de fondo cítricas que me recuerdan a un chardonnay de California.

—¿Puedo preguntarte por tu madre? —Pellizco un trozo de panecillo y me lo meto en la boca. Suelto un gruñido cuando el aceite de romero que forma parte del panecillo me alcanza las papilas gustativas. Está de muerte.

Sophie espera a que me recupere del pequeño orgasmo que me ha provocado el pan antes de responder.

—Mi madre murió al darme a luz. No la conocí, pero mi padre la quería mucho. No volvió a casarse nunca. Pienso que, cuando encuentras a la persona destinada para ti, no importa el tiempo que pases con ella. Nunca querrás a ninguna otra persona salvo a ella. Al menos, eso es lo que siempre decía mi padre.

—Caramba. Aunque creo que tenía razón. Mis padres se hicieron novios en el instituto. Se casaron enseguida y tuvieron a mi hermano, Paul, y dos años después me tuvieron a mí. Y llevan felizmente casados treinta y seis años. Papá siempre me dice que cuando encuentre a la mujer indicada para mí lo sabré. Dice que lo sentiré en lo más hondo de los huesos y del corazón, como si fuera un dolor físico.

—Y ¿tú lo crees? —Sophie hace girar el vino dorado en la copa.

Asintiendo, me echo hacia atrás en la silla. Estoy relajado gracias al vino y la buena compañía.

—No tengo ninguna razón para no creerlo. Mi padre es mi referente; me parezco mucho a él.

—Y ¿has notado esa sensación alguna vez? ¿Esa especie de dolor?

Niego con la cabeza.

—No, aunque a veces pienso que es porque no me abro lo suficiente. He estado tan centrado en levantar International Guy con mis colegas durante estos últimos años que no le he prestado atención a nada más. ¿Y si mi media naranja pasó ante mí y no me di cuenta?

Sophie se echa a reír.

—No lo creo. Como dice tu padre, lo sabrás. Yo estoy abierta, pero me sucede lo mismo que a ti: el trabajo es lo primero. Mantener el legado de mi padre es más importante que cualquier otra cosa.

Me mordisqueo el labio inferior.

—Lo entiendo. Supongo que encontrarás a tu media naranja en alguna reunión de negocios en el futuro. —Le dirijo una sonrisa y ella alza la copa.

—Por encontrar el amor, en el puesto de trabajo o donde sea. —Se echa a reír.

Hacemos chocar las copas.

—Por encontrar el amor en el momento adecuado.

Sophie frunce el ceño.

—No creo que haya un momento adecuado para nada; las cosas llegan cuando llegan.

Doy vueltas a lo que acaba de decir y llego a la conclusión de que tiene razón.

—*Touché*. —Vuelvo a levantar la copa—. Por encontrar el amor cuando llegue.

6

La comida es tan deliciosa que se le hace a uno la boca agua, la vista es extraordinaria, el vino no para de llegar, y la compañía de Sophie es maravillosa. No recuerdo la última vez que me reí tanto con una mujer.

—Es muy divertido salir contigo.

Clavo el tenedor en otro exquisito trozo de *confit* de pato acompañado por una salsa increíblemente sabrosa. Llegados a este punto, me limito a devorar lo que me ponen delante, porque hasta este momento cada plato que nos han servido ha estado más bueno que el anterior.

—¡Estás como una cubana!

Me echo a reír a carcajadas y le doy un golpe a la mesa, haciendo que un montón de copas se tambaleen tintineando. Por suerte, ninguna se cae, o me convertiría en la cita más mal educada de Sophie. Aunque algo en ella me hace sospechar que no le importaría demasiado; esta chica lo acepta todo con naturalidad.

Le falta algo de experiencia en los negocios, sí, pero tiene instinto. Royce y yo la ayudaremos a pulir su talento natural, y estoy seguro de que las cosas le irán bien. Su gusto en cuanto a ropa deja mucho que desear, y es una lástima porque vive en una de las capitales de la moda a nivel mundial y puede permitirse comprar los modelos de cualquier diseñador sin despeinarse. Lo que más me gusta de ella es que es poco convencional, que tiene ganas de aprender y que lo pilla todo al vuelo.

—Estoy como una cuba, no como una cubana. —Me río un poco más, pero trato de controlarme.

Ella también se ríe mientras bebe de la cuarta copa de vino que nos han traído. Es un chianti italiano que va perfecto con el pato. De momento, cada vez que nos traen una copa nueva, el vino tiene más cuerpo y es más oscuro. No tengo queja. Me encanta el vino y me encanta la comida. Si unimos las dos cosas, ya tenemos la fiesta montada.

—Dime, dulce Sophie, ¿qué hace una encantadora mujer como tú cuando quiere divertirse?

Ella apoya la cabeza en la mano.

—Leo y veo series estadounidenses en Netflix.

Yo abro la boca de manera exagerada para dejar clara mi sorpresa.

—Sí, hombre.

Ella asiente con la cabeza.

—Que sí. Me encanta «Las reglas del juego», la serie en la que un equipo de ladrones con muchas habilidades roban cosas para dárselas a los pobres. Es como un Robin Hood moderno.

—¡La he visto! Me encanta esa serie. ¡Y una de las protagonistas se llama Sophie!

—¡Y también hay un Parker! —grita ella encantada.

—¡Ostras, tienes razón! Aunque, en la serie, Parker es la rubia que hace acrobacias y se mete por cualquier rincón, por estrecho que sea.

Sophie asiente con la cabeza.

—*Oui, oui!* Apuesto a que te admitirían como miembro del equipo. Eres muy guapo y das el perfil. Además, ¡estoy segura de que tienes algún comodón en la manga!

—¡Se dice «comodín», tontita, no «comodón»!

Ella se cubre la boca con la mano para aguantarse las carcajadas. Cuanto más bebe, más sonrosadas tiene las mejillas.

—¿Y tú? ¿Qué haces en Estados Unidos para divertirte?

Da otro sorbo de vino y una gota carmesí le queda colgando del labio inferior. Si estuviera sentado a su lado y no enfrente, se la habría arrebatado con la lengua. Estoy seguro de que sus labios mezclados con vino tienen que ser deliciosos. Finalmente es ella la que se pasa la lengua por el labio y yo gruño y me conformo con pasarme la mano por el pelo.

El vino me ha calentado las entrañas y me ha relajado tanto que siento que nada en el mundo podría alterarme. A pesar de que Sophie es una clienta, lo que percibo no se parece en nada a estar en una comida de negocios. Aunque tampoco debería extrañarme, teniendo en cuenta cómo me he comportado con ella desde el primer momento. Ayer la besé y le metí mano en el culo, y hoy he vuelto a hacer algo muy parecido en el ascensor. No es un comportamiento profesional que digamos.

Sophie y yo vamos lanzados hacia una etapa mucho más compleja de nuestra relación y, aunque sé que debería pisar el freno, ella ha puesto las cartas sobre la mesa en su despacho. Si nos lanzamos y tenemos una aventura en París, nuestra historia será corta.

Son sus palabras, no las mías, pero no puedo estar más de acuerdo. No consigo quitarme de la cabeza la idea de pasar unas cuantas noches entre sus piernas.

—Eh..., ¿Parker? ¿Adónde te has ido? —Me mira con el ceño fruncido.

Sacudo la cabeza para librarme de los pensamientos lujuriosos.

—A ninguna parte. Sólo estaba pensando. ¿Yo? ¿Divertirme?

—*Oui.*

—Mi padre tiene un pub que se llama Lucky’s. Los chicos y yo quedamos allí una o dos veces a la semana para cenar o tomar una copa. Le damos a la lengua, jugamos al billar, esas cosas.

—Suena entretenido. Estás muy unido a ellos, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Sí, son mucho más que socios; son mi familia. Los considero mis hermanos.

—Eso es importante en una empresa pequeña.

—Lo es. Entre los tres nos ocupamos de todo. Yo me encargo de la organización general; ellos suelen hacer los desplazamientos y, para clientes importantes como tú —alzo una ceja—,

sacamos la artillería pesada.

Ella suelta una risita.

—¿La artillería pesada? Me estoy imaginando una película de guerra, con cañones y cascos.

Cada vez que abre la boca me hace reír.

—No, nada de eso. Me refería a que, si nos ves a los tres en el mismo sitio, es que la clienta es muy importante. Y tú lo eres, para los tres.

Sus ojos brillan cuando el camarero se acerca con un nuevo plato.

—*Mon Dieu!* Me estás cebando. ¡Me voy a engordar!

Sacudo la cabeza.

—En absoluto. Estás perfecta como estás, así que come. Creo que éste es el penúltimo plato. Falta el plato fuerte y luego ya el postre. —Meneo las cejas para hacerla reír.

Pero ella me sorprende inclinándose hacia delante y pasándose la lengua por los labios antes de susurrar:

—Pensaba que el postre lo tomaríamos luego, en la cama de tu hotel.

No me explota la cabeza, pero poco le falta. No era ésa la reacción que esperaba.

—Sophie, no pienso meterte en mi cama esta noche, por mucho que me apetezca.

¿Qué coño acabo de decir?

Ella frunce los labios en un mohín y se echa hacia atrás en la silla.

—No lo entiendo. A ti te apetece; a mí me apetece. No soy ninguna florecilla delicada, si es eso lo que te preocupa.

Le busco la mano y la sujeto entre las mías.

—Sophie, tú eres mucho más que un polvo rápido.

—Pero la mujer de esta mañana... Ella sí era lo bastante buena para ti.

No la dejo seguir por ese camino.

—Sophie, como te he comentado antes, anoche bebí mucho. Demasiado. Y, por si fuera poco, el *jet lag* me alteró mucho. Te aseguro que en circunstancias normales no me habría llevado a una mujer a la habitación después de haberte besado. Para serte sincero, el tema me da bastante vergüenza. Ni siquiera sé cómo se llamaba esa mujer.

Ella abre mucho los ojos.

—¿Te acostaste con ella sin saber cómo se llamaba?

Le aprieto la mano y me imagino que debo de parecer arrepentido, porque me siento como un saco de mierda.

—Mira, no quiero mentirte diciéndote que era la primera vez que me llevaba una mujer a casa para un polvo de una noche, porque no es verdad. Lo he hecho, más veces de las que puedo recordar ahora mismo, pero tú no eres como esas mujeres. Tú eres una clienta y te estás convirtiendo en una amiga. Alguien que se merece mucho más que una cena tras un par de días duros en el trabajo.

Ella retira la mano y la coloca sobre su regazo.

—Lo que tú digas.

—Sophie Rolland, tú vales oro, cariño, y mereces que te traten así. Nunca dejes que nadie te trate de otro modo, ¿me oyes?

Sospecho que lo que le apetece es apartar la mirada, pero en vez de eso me mira a los ojos.

—¿Crees que merezco más?

Sonrío y la contemplo. Tiene las mejillas sonrosadas, los ojos de color chocolate, un cuello largo y delicado y una boca creada para ser besada.

—Sí, lo creo, y voy a enseñarte qué entiendo por «más» durante la próxima semana.

Me dirige una sonrisa ladeada y sexy.

—Me muero de ganas.

Me muerdo el labio inferior.

—Yo también.

A la mañana siguiente, Bo entra en el salón de belleza como si fuera el dueño del lugar. Se dirige al auténtico dueño y le da una palmada en el hombro con una mano mientras con la otra le estrecha la suya. Luego se vuelve y extiende el brazo.

—Y ésta es la dama de la que le hablé, la señora Sophie Rolland.

Sophie se acerca con la cabeza alta; no se parece en nada a la mujer a la que conocí el otro día. Saluda al hombre con un par de besos de cortesía. El tipo lleva el pelo muy cardado, pero no le queda mal. Viste un suéter muy fino de color negro con las mangas enrolladas y pantalones del mismo color. El conjunto se completa con mocasines, también negros, que lleva sin calcetines. Lo sé porque los pantalones le llegan por los tobillos. No es un estilo que me convenza para mí, pero a él le queda bien.

—Vas a ser mi obra maestra, *chérie*. Cuando haya terminado contigo, tu novio caerá rendido a tus pies.

Ella frunce el ceño.

—No tengo novio.

Él se echa a reír de un modo bastante grosero.

—No te preocupes, cuando acabe contigo lo tendrás. Vamos, siéntate, siéntate. Deja que te ponga las manos encima.

Le apoyo una mano en el hombro huesudo y lo aprieto con la fuerza suficiente para que le quede claro el mensaje.

—Calma, amigo. —Echo una ojeada al cartel de la puerta, que anuncia en una tipografía esbelta: DORIAN PETIT HAIR DESIGNS—. Dorian, supongo...

Él asiente, sin moverse.

—Trátela como lo que es, una dama, ¿queda claro?

—Monsieur Montgomery ha contratado los servicios más exclusivos para una clienta muy especial, y eso es lo que le daré si me deja trabajar. —Se libra de mi agarre, coge una capa, la

extiende como si estuviera frente a un toro de lidia y se la ata al cuello para protegerle la ropa.

Bo me agarra del brazo y me lleva hacia una esquina.

—Siéntate aquí y no te metas. Éste es mi terreno, confía en mi criterio.

—Ha dicho que iba a ponerle las manos encima.

Bo asiente y se frota la barbilla.

—Es probable que tenga que hacerlo para cortarle el pelo, ¿no crees? ¡Relájate, joder! Pensaba que la noche que habías pasado con la chica del pelazo y las tetazas te arreglaría tu problemilla. ¿Sigues colado por nuestra clienta?

Suspiro.

—No es asunto tuyo.

—Mierda, lo estás. Bueno, ¿qué le vamos a hacer? Lo único que te pido es que te controles. Yo me ocupo de ella mientras esté aquí. De hecho, ¿por qué no te vas a dar un paseo? Puedes revisar el correo o uno de esos currículums de más de treinta páginas que nos envía el cazatalentos para el puesto de ayudante. Quítate ese tema de encima de una vez. Tenemos a la gallina de los huevos de oro comiendo de nuestra mano, literalmente. De momento, todo va bien. Venga, vete un rato —señala hacia la puerta—. Yo me ocupo de Sophie.

Levanto las manos en señal de rendición.

—Vale, vale, ya me voy. Aprovecharé para hacer un recado.

—Perfecto. Haz el recado y, de camino, llama al cazatalentos. Ese idiota no para de llamarme y a mí me da igual a quién nos envíe. Contrata a alguien.

—Ya, como si fuera tan sencillo dar con alguien adecuado para una empresa como la nuestra. Lo que nosotros hacemos no es el típico trabajo de escribir informes y enviar circulares. Tengo que encontrar a alguien que sea discreto. Que sepa comprar lencería femenina sin despeinarse. Que sea capaz de llamar por teléfono y preguntarle a una alta ejecutiva cuál es su talla de sujetador. Por no hablar del trabajo de investigación sobre nuestras clientas antes de reunirnos con ellas. Para ese tipo de cosas no puedo contratar a alguien leyendo un anuncio en los periódicos.

—Precisamente por eso aceptamos la exorbitante tarifa del cazatalentos. Deja de darle largas al tema y lee los currículums. Yo tengo que hablar de mechas y reflejos para el pelo de Sophie. ¿Me dejas hacer mi trabajo?

Le respondo con un puñetazo en el hombro.

—¡Au! Eso ha dolido, tío. No me des ahí —se señala el bíceps—, sino aquí. —Se dibuja un círculo en el corazón y hace un mohín.

—Vete a la mierda.

Bo se echa a reír y me empuja hacia la puerta.

—Largo. Y no se te ocurra volver hasta dentro de dos horas, por lo menos; tiene para un buen rato.

Sin decir más, salgo del salón de belleza. El chófer me abre la puerta de la limusina.

—¿Adónde vamos, señor?

—Necesito volver a las Galerías Lafayette a por un par de cosas. ¿Le importa dejarme allí y esperar? Si no, puedo llamar un taxi.

Él niega con la cabeza y me señala el interior del vehículo para que entre.

—No es ninguna molestia. Estoy aquí para servirlos a usted y a la señora Rolland, y me imagino que ella estará ocupada un buen rato. Lo llevaré encantado.

—*Merci beaucoup.*

Encuentro las galerías tan impresionantes como el otro día. Me cuesta creer que hace tan sólo dos días besara a Sophie por primera vez en medio de estos impresionantes grandes almacenes. A pesar de que fue una solemne tontería, no me arrepiento de haberlo hecho. No sólo abrió la puerta a que ella adoptara una actitud sexualmente activa, sino que además hizo que me diera cuenta de que puedes sentirte atraído sexualmente por alguien y querer ser su amigo tanto o más que meterte entre sus piernas.

Lo que vendría a ser un amigo con derecho a roce.

Nunca he tenido una relación de ese tipo en el pasado. O he salido con alguien de manera exclusiva, en relaciones que no suelen superar las dos semanas por culpa del trabajo, o no salgo con nadie. Por eso le dije anoche a Sophie que había tenido muchas relaciones de una noche. Por mi trabajo, conozco a muchas mujeres y me encanta todo de ellas. Sobre todo, follar con ellas. No sería un soltero de veintinueve años si no me gustara perderme entre las piernas de una mujer... con frecuencia. Lo que pasa es que no suelo hacerlo con la misma mujer durante demasiados asaltos. No las considero mis amigas ni se me pasa por la cabeza llamarlas por teléfono cuando lo que tenemos entre manos llega a su fin.

Sin embargo, la idea de no mantener el contacto con Sophie cuando nos marchemos de Francia me causa una extraña sensación de inquietud en el pecho. Me gusta Sophie. Disfruto mucho hablando con ella y pasando el rato a su lado. Es muy guapa y sexy como una diablesa, aunque ella no lo sabe. Pero para eso estoy aquí, entre otras cosas. Para mostrarle que es una mujer muy deseable. Para darle la confianza que necesita para dirigir todos los aspectos de su vida sabiendo que se merece lo mejor en todas las circunstancias. Para enseñarle a dirigir una empresa multimillonaria, a enfrentarse de igual a igual con los grandes tiburones de la junta directiva, a controlar el lado sensual y el lado sexual de su feminidad. A ser libre para explorar cosas nuevas. Para recordarle que es joven y debe divertirse de vez en cuando. Éstas son algunas de las cosas que espero enseñarle. Y si a todo eso quiere añadir unos cuantos asaltos de sexo salvaje..., por mí que no quede. Al fin y al cabo, soy un hombre de palabra.

Sonriendo, me dirijo al departamento de cosmética y busco el *stand* de la casa MAC. Los pintalabios en varios tonos de rojo y carmesí me llaman como si fueran un faro en una tormenta. Elijo uno llamado Ruby y lo pruebo en el dorso de mi mano, imaginándome que es la cara de Sophie. No, ese color no es el adecuado. Un poco más lejos hay un expositor destacado. El

pintalabios es negro mate por fuera y rojo por dentro. El anuncio me indica que se llama «Viva Glam Red».

Saco la barra del probador y lo pruebo dibujando una línea al lado de la primera. El atrevido tono de rojo es suntuoso y me recuerda a las glamurosas chicas de los años cincuenta. Es perfecto.

—*Superbe couleur!* —Una mujer muy delgada vestida totalmente de negro se acerca a mí. Lleva el pelo muy corto, a lo *pixie*. Al ser tan menuda, le queda bien. Ella también lleva un pintalabios rojo muy atrevido.

—*Parlez-vous anglais?* —Recuerdo las nociones básicas de francés del instituto, pero, aunque lo hablo con Sophie en algunos momentos, me siento más cómodo hablando en inglés con alguien a quien no conozco.

—Sí, claro. Decía que ha elegido un gran color.

—Creo que le quedará muy bien a la mujer para la que lo compro.

—Qué bonito detalle. Y, por si no lo sabe, todos los beneficios de la venta van directamente a la asociación MAC AIDS, que lucha contra el sida.

—¿En serio?

Ella asiente.

Oui, quiero decir, sí.

—Fantástico, pues me llevaré tres, por favor.

—¿Algo más?

Niego con la cabeza.

—No, gracias.

Después de que la dependienta me cobre, me dirijo a la sección de lencería. Ha llegado el momento de comprarle a Sophie algo bonito y travieso. Saco el teléfono y llamo a Andre Canton, el cazatalentos que hemos contratado.

El teléfono suena una única vez antes de que conteste:

—Canton Global, al habla Andre.

—Hola, Andre. Soy Parker Ellis, devolviendo su llamada.

—Querrá decir *llamadas*. La verdad, señor Ellis, es que sus socios y usted son difíciles de localizar. Pensé que se habían olvidado de que me habían contratado para ayudarlos a encontrar al perfecto asistente.

Me río mientras subo otro tramo de escalera mecánica. Me abro camino entre compradores y turistas que exclaman al descubrir la magnificencia de la arquitectura. Sé lo que sienten. Si te quedas mirando mucho rato, sientes que se te empieza a derretir el cerebro.

—Lo siento. Es que estamos de viaje de negocios en Francia. Me alegro de hablar con usted al fin. Al parecer, nos ha encontrado un montón de posibles candidatos.

—Así es. He enviado los currículums. ¿Alguno le ha parecido adecuado?

Me paso las manos por el pelo, rascándome la cabeza.

—¿Sabe qué pasa? No querría parecer un idiota, pero sólo he podido mirarme unos cuantos. De momento, ninguno de ellos es lo que estamos buscando. Me gustaría que dejara la lista resumida en cinco potenciales candidatos.

—¿Sólo cinco?

—Sí, no tenemos tiempo de ponernos a examinar treinta y pico currículums de gente que podría encajar. Lo que necesito es que usted elija a una persona que entienda nuestras prácticas poco ortodoxas y nuestro modelo de negocio. ¿Tiene un bolígrafo?

—Sí, dispare.

—Busque a alguien con estas características: que pueda viajar dentro del país o al extranjero en cualquier momento. Que sea capaz de desenvolverse a las órdenes de tres jefes que pueden tener filosofías contradictorias a la hora de enfrentarse a algunos temas. Que no tema hacer preguntas demasiado personales a las clientas. Y que sepa hackear.

—¿Hackear?

—Tal vez no es la palabra correcta. Que tenga dominio del ordenador y que sepa obtener información. Necesitamos a un cerebrito informático que nos haga el trabajo de investigación previa de las clientas. De dónde saque la información será su problema. A mí no me interesa saberlo de momento.

—Vaaaaaale. —No suena muy convencido, pero yo sigo hablando igualmente.

—Y que sea capaz de trabajar solo. ¿Sabe qué pasa, Andre? Que algunas semanas no habrá nadie más en la oficina. Tendrá que concertar citas y llamadas de negocios, reservar vuelos y hoteles, ayudarnos con los presupuestos y con los trabajos administrativos en general.

—Supongo que la persona deberá estar dispuesta a instalarse en Boston... Tendrá que trabajar desde las oficinas centrales de IG, ¿no?

—Exacto, es imprescindible. Quizá alguna vez tenga que acompañarnos en algún viaje, o tal vez viajar solo para atender las necesidades de alguna clienta. La persona que entre a trabajar en International Guy tiene que estar dispuesta a trabajar duro y crecer con el equipo. Tendrá que empezar de cero, porque no hay nadie ocupando su puesto ni lo ha habido nunca. Es una plaza de nueva creación y vamos designando las características por el camino. Eso sí, pagaremos bien.

—Tengo la sensación de que necesitan a un chico para todo.

—¡Bingo! —Sonrío, porque eso es exactamente lo que necesitamos, justo cuando veo el cartel que anuncia la marca de lencería Aubade.

Una vez más, la chica de mis sueños forra las paredes de la sección. La dichosa Skyler Paige. En una de las fotos lleva un sujetador de encaje negro muy provocativo, braga y liguero. Se lleva una mano a la cara, y tiene el dedo índice doblado sobre el labio carnoso, voluptuoso. Esa mujer rezuma sexo desde sus ojos dorados como la cerveza hasta las uñas de sus pies, que lleva pintadas de rosa. Dios, hasta los pies los tiene bonitos.

—¿Nivel de estudios requerido? —La voz de Andre interrumpe mis pensamientos lascivos, devolviéndome al asunto que tengo entre manos.

—Ninguno. Me da igual si nuestro ayudante teclea a toda velocidad o si ha ido a una universidad exclusiva. Lo que busco es una persona inteligente, innovadora, que tenga ideas propias, que sea creativa, que sepa improvisar y que no tema mancharse las manos a la hora de meterse en la vida privada de otra persona.

—De acuerdo, olvídese de los currículums que le he enviado; no sirve ninguno. Tal vez tarde un poco en encontrar lo que busca.

Acaricio un camisón de color azul marino con encaje negro; sé que a Sophie le quedará impresionante. Miro las tallas y elijo la que creo que le irá bien.

—Tenemos tiempo —le confirmo.

—De acuerdo, me pondré en contacto con usted cuando tenga más información. ¿Le importaría devolverme las llamadas en un plazo razonable de tiempo, algo así como en unos días en vez de en unas semanas?

Hago una mueca y aspiro el aire entre los dientes porque sé que el tipo tiene razón. Le he estado dando largas como si fuera un pesado de esos que no puedes quitarte de encima en toda la noche.

—Sí, lo siento.

—No pasa nada. Llamaré cuando encuentre a alguien.

Nos despedimos y veo un picante conjunto de shorts de color rosa pastel con un top de tirantes a juego. Noto que la entrepierna se me calienta al imaginármelo sobre la pálida piel de Sophie. Tras pagar por las compras, llevo los artículos a la zona de envoltorios para regalo.

Para cortejar a una mujer se empieza por invitarla a comer o a cenar.

Luego vienen los regalos.

Esta noche voy a mimar a Sophie. No puedo seguir impidiendo que el tren de la atracción entre en la estación. Ella me ha dejado claro que le apetece tanto como a mí. Cuanto más rato paso a su lado, más la deseo.

7

François, el chófer de la limusina, me abre la puerta y me deslizo sobre la tapicería de cuero. Al oír un aviso de entrada, miro el teléfono. Es un mensaje de Bo.

> De: El Amante de Ensueño
> Para: Parker Ellis
> El pelo está listo. Está guapa que te cagas. Ahora estamos con las uñas, en la puerta de al lado.

Cada vez que leo el apodo de Bo, me parto de risa. Es el cargo que aparece en la web de la empresa, junto a su foto y su biografía. El de Royce es *la Fábrica de Dinero* por motivos obvios, y yo soy *el Forjador de Sueños*. Nos pusimos esos nombres durante una noche de borrachera y póquer en Harvard y los seguimos usando. Lo curioso es que son útiles a la hora de explicar a las potenciales clientas lo que hacemos.

—Volvemos al salón de belleza, François.

El chófer asiente.

Cuando llegamos, miro los dos edificios que flanquean Dorian Petit Hair Design y me dirijo al de la derecha. Al abrir la puerta de cristal, me asalta el olor acrílico de la laca de uñas.

La recepcionista me saluda:

—*Bonjour.*

—*Bonjour.* Estoy buscando a mis amigos. Una morena de esta estatura —pongo la mano a la altura aproximada de Sophie— y un grandullón norteamericano vestido de cuero, con barba y sonrisa arrogante.

Ella me dirige una sonrisa irónica y señala un lugar a la vuelta de la esquina.

—*Merci beaucoup.* —Las palabras suenan no muy convencidas. Cuando hablo francés, los sonidos que salen de mi boca no se parecen en nada a la cadencia tan sexy de la voz de Sophie. Si me acerco a ella y me fijo en cómo mueve los labios al hablar, podría correrme en los calzoncillos como si fuera un adolescente con una revista *Playboy* delante.

La oigo reír antes de verla. Esa risa se cuela en mi corazón y lo llena. Al doblar la esquina, veo a Bo y a Sophie con los pies metidos en recipientes de agua azul y los culos bien asentados en butacas de cuero de las que dan masajes. Los dos tienen una copa de champán en la mano.

Bo tiene pinta de loco con los vaqueros doblados por encima de los tobillos y los pies descalzos. Una francesa menuda se está ocupando de sus pies. Se ha quitado la chaqueta, y la camiseta, bien ceñida, le marca todos los músculos. Los chicos y yo entrenamos juntos

regularmente. Ninguno de los tres vamos al gimnasio a pasar el rato, los tres nos metemos caña; por eso me choca tanto ver que le hacen la pedicura a un tiarrón tan bruto como él.

Me detengo ante ellos y me los quedo mirando.

—Tío..., ¿qué haces?

Él me dirige una mirada extrañada.

—¿Qué parece que esté haciendo? Me están haciendo la pedicura. ¿Cuándo fue la última vez que te la hicieron? —me pregunta como si fuera lo más normal del mundo.

—Eh..., pues nunca, porque no soy una chica.

Suelta aire con lentitud, como si fuera un gran globo con un pequeño pinchazo.

—Quítate los zapatos y los calcetines, tío, y pon el culo en la butaca. Vamos a arreglar eso ahora mismo.

Inclino la cabeza hacia atrás bruscamente y Sophie se echa a reír antes de darle un sorbito a su copa de champán. Está fingiendo no estar pendiente de nosotros, pero lo está. No se pierde detalle.

—Ni de coña —murmuro.

—¡Serás gallina! ¿Te da miedo que te hagan cariñitos en esos pies tan feos?

Frunzo el ceño.

—Mis pies no son feos. Yo me ocupo de ellos.

Y es la verdad. Me corto las uñas una vez a la semana y me enjabono bien los pies cada vez que me ducho. Ninguna mujer se ha quejado nunca de mis pies hasta hoy.

Bo sacude la cabeza.

—Eres un gallina.

—No lo soy.

—Tienes miedo, admítelo. —Se encoge de hombros y da un sorbo al champán.

—Tío... —le advierto con los dientes apretados.

—Que sientes el culo en la butaca. Prueba algo nuevo. Tómate una copa de champán; vive un poco, por Dios. Si me costara tanto convencer a las clientas, ya habría cambiado de negocio —refunfuña.

Una empleada levanta el reposabrazos de una butaca, invitándome a sentarme al lado de Bo. Yo niego con la cabeza y señalo la que está junto a Sophie.

—¿Ah, sí? Vale, vale. Total, yo tampoco quería sentarme a tu lado —dice Bo, sintiéndose muy listo—. Espera y verás. Me vas a dar las gracias cuando lo pruebes. Dentro de nada me preguntarás dónde me depilo la jungla que tengo entre las piernas.

Me quito los zapatos y los calcetines y doblo los bajos de los chinos con cuidado. Lo último que me apetece es que se me arruguen.

—Ni en sueños —replico, y esta vez Sophie se echa a reír en voz alta. Tiene las mejillas sonrosadas, tal vez por el alcohol, aunque probablemente sea culpa de la compañía. Sospecho que Bo lleva toda la mañana haciéndola reír.

—No me dirás que no vas a que te depilen ahí abajo... —Bo saca un pie del agua y lo coloca donde le indica la pedicura.

—No, no voy a que me depilen nada. Yo me ocupo de mi higiene personal, como la mayoría de los hombres.

—¿No te haces la cera ni te afeitas, al menos? —insiste.

—¿Y tú? —contraataco molesto. Nos duchamos juntos en el gimnasio, pero no me dedico a mirar las pollas de mis amigos. Al contrario, apartamos la mirada por aquello de respetar la intimidad de los demás. No obstante, ahora voy a tener que mirar la próxima vez que coincidamos en la ducha para saber de lo que habla.

Bo sacude la cabeza y se acaba el champán de un trago.

—Voy a necesitar otra, cariño —le dice a la empleada.

Ella asiente, le dirige una sonrisa radiante mientras recoge la copa y se marcha, supongo que a la cocina o la sala de descanso.

Mi amigo se echa hacia delante, se apoya en los reposabrazos y se vuelve un poco para hablar conmigo.

—No tengo ni un pelo ahí abajo y a las damas les encanta. Pruébalo algún día; no te arrepentirás. —Mira a Sophie y le guiña el ojo.

Cabrón.

—¿Te gustaría que lo probara, SoSo? —susurro para que sólo lo oiga ella.

Ella pestañea lentamente y asiente.

—*Oui.* Suena sexy.

—Ya, pues no pienso hacerlo, así que olvídate.

De momento no voy a hacerlo, me digo. Tengo que investigar un poco más de qué va todo esto antes de negarme en redondo.

—Tío, hazme caso. No hay nada como entrar en una mujer cuando los dos estáis depilados. La conexión es una puta locuuuuuura. —Hace rodar las caderas, imitando el acto sexual—. Mierda, voy a tener que buscarme una chiquita para esta noche.

Finjo tener ganas de vomitar.

—¡Oh, cállate ya, Bo! Sophie, no le hagas caso. Es un guarro.

Ella se echa a reír.

—Me gustas, Bo. Siempre dices lo que piensas, eres honesto. —Le da palmaditas en la mano.

—No sabría ser de otra manera, nena. —Le guiña el ojo y ella se ruboriza un poco más.

Maldito Bo. Tiene que parar de flirtear con todo lo que lleve faldas y mantener su libido y su encanto bajo llave. Al menos, mientras Sophie esté cerca. Lo último que necesita es caer en su red de lujuria y sexo sin sentimientos.

—Atrás —le advierto con un gruñido.

—No estoy intentando ligar con ella. Si quisiera, no tendrías nada que hacer.

Inspiro hondo por la nariz, poco a poco, y suelto el aire aún más despacio. Bo me está

provocando por pura diversión. Siempre hace lo mismo. Es un bromista y le encanta tomarme el pelo, pero lo quiero igual y sé que él nunca intentaría nada con una mujer que me interese de verdad. Pero si puede reírse de mí un rato, lo hará.

El recipiente de agua ya está lleno y la pedicura me ordena que meta los pies en remojo. Los chorros siguen abiertos y pongo los empeines a su altura. La silla me masajea la espalda, las piernas y la nuca; los chorros se encargan de relajarme los pies. Empiezo a relajarme y a disfrutar.

La chica que se ocupa de Sophie le masajea las piernas, trabajándole las pantorrillas. Sophie alarga la mano y toma la mía. Me vuelvo hacia ella y me fijo en su cara por primera vez desde que he llegado. Lleva el pelo en capas largas que le rodean la cara. Las más largas le llegan por debajo de los hombros, casi rozándole los pechos. Sigue llevando la raya en medio, pero el corte es mucho más moderno. Unas cuantas mechas de color caramelo le dan un brillo y cuerpo al cabello que no tenía antes.

—Sophie, estás preciosa. El pelo te queda genial. ¿A ti qué te parece?

Ella me dirige una sonrisa enorme, una sonrisa que hará que algún día un hombre se ponga de rodillas ante ella para poder verla durante el resto de su vida.

—Me encanta. Me hace sentir fuerte, poderosa. ¿Es normal?

—Es el paso número cuatro para hacerte sentir sexy. Un nuevo corte de pelo y un cambio de *look*. Hace maravillas en la mente de una mujer. Y en el hombre también causa un efecto interesante. Nos gustan las mujeres seguras de sí mismas. Los hombres las persiguen para hacerlas suyas.

—¿Y a ti?

Le dirijo mi sonrisa más canalla y me acerco a ella.

—A mí me encantará enrollarlo en mi muñeca mientras te penetro por detrás.

Ella ahoga una exclamación y veo que se le dilatan las pupilas. A mi pequeña le gusta la idea. Esta noche la haremos realidad. No puedo pasar un día más sin entrar en ella.

—Promesas, promesas. Mucho de boquilla, pero luego... —Chasquea la lengua, supongo que acordándose de la noche pasada, cuando le negué lo que quería.

En cuanto acabamos de cenar, la llevé a su casa, la acompañé hasta la puerta y la besé hasta dejarla sin respiración, pero lo que no hice fue aceptar su oferta de entrar a tomarme la última copa ni nada más que pudiera ofrecerme. Ahora me estoy arrepintiendo de haberme negado, porque lo cierto es que estaríamos los dos mucho más tranquilos si nos hubiéramos desahogado un poco. Esta noche va a pasar a la historia, estoy seguro.

Bo gruñe, rompiendo la burbuja de intimidad que se había creado entre nosotros dos.

—Eres una diosa —suspira mientras la empleada le masajea los músculos de las piernas.

Sophie y yo nos miramos y nos echamos a reír. Me dan una copa de champán y brindo con ella.

—Por las primeras veces. —Como, por ejemplo, que te hagan la pedicura en París mientras te

tomas una copa de champán. Algo que nunca imaginé hacer, eso seguro.

Ella choca su copa con la mía y bebemos a la vez. Las burbujas me hacen cosquillas en la lengua. Cierro los ojos y me entrego a disfrutar de la pedicura al máximo, mientras pienso en todas las maneras en las que voy a disfrutar de Sophie esta noche.

De: Parker Ellis
Para: Sophie Rolland
Ponte el vestido de tirantes rojo y los zapatos a juego. Te recogeré a las siete.

De: Sophie Rolland
Para: Parker Ellis
Algo me dice que el rojo es tu color favorito. Nos vemos entonces.

Sonrío releyendo los mensajes que nos hemos intercambiado después de que haya dejado a Sophie en la oficina, en las expertas manos de Royce. Tenía un montón de temas que consultar con ella sobre Rolland Laboratories, la división científica del negocio, que según él requerían atención inmediata. Ya me pondré al día después, con Roy o con Sophie.

Cuando el dinero llama a la puerta, yo salgo por la ventana y punto. Royce no usa la expresión «atención inmediata» a menos que haya un problema importante. Y, mientras él se ocupa de esos asuntos, yo me he dedicado a preparar las cosas para esta noche. Tengo planes: una cena íntima y una noche de seducción con la heredera más deseada de toda Francia.

Me guardo el teléfono en el bolsillo de la americana y llamo a la puerta de Sophie. Según los estándares parisinos, es una minimansión. Tras investigar un poco, he encontrado que su padre vivió aquí toda su vida, por lo que entiendo que no quiera mudarse. Supongo que tiene que ser duro saber que el único miembro de tu familia jamás va a volver a casa. Cuando un mayordomo me abre la puerta, pienso que Sophie casi no me ha mencionado a su padre ni ha mostrado señales de duelo. Se ha lanzado de cabeza a los negocios sin darse tiempo para llorarlo antes de ponerse al timón del transatlántico que es la empresa.

El mayordomo me guía hasta una sala de visitas y me ofrece una bebida.

—Un gin-tonic sería perfecto, gracias.

Él asiente y me prepara la bebida mientras observo la lujosa habitación. Hay dos sofás con tapicería de terciopelo de color vino colocados uno frente al otro. Un mueble bar muy *vintage* está cargado de botellas de multitud de colores y tamaños; las hay para todos los gustos. Hay un piano de cola pequeño en una esquina, frente a un ventanal que da a la ciudad y desde el que se disfruta de una vista perfecta de la torre Eiffel, que ya está iluminada.

La persona que se encargó de diseñar esta habitación tenía gusto para las antigüedades y un toque de elegancia conservadora. Me gusta. Me recuerda a Sophie; reservada hasta que llegas a conocerla. Absolutamente elegante. Preciosa, con un alma vieja. Su manera de adaptarse a nosotros y de aplicar las lecciones que le estamos dando a su vida personal demuestra que estamos ante una persona muy inteligente, ansiosa por triunfar.

El mayordomo me ofrece la bebida.

—¿Dónde está Sophie?

—La señora Rolland está en sus habitaciones. Enseguida estará con usted; la he avisado de su llegada.

Asiento y me meto la mano en el bolsillo, balanceándome sobre los talones hasta que el mayordomo se retira. En cuanto sale, voy en busca de mi dulce Sophie, acariciando con los dedos los pintalabios que llevo en el bolsillo.

Al llegar a un pasillo, me llega de inmediato el aroma dulce y especiado de su perfume y sigo su rastro hasta encontrarme frente a una doble puerta. Una de las dos hojas está entreabierta; su aroma me llega con más fuerza. Abro la puerta y contemplo el espacioso dormitorio.

Los armarios, de madera de cerezo oscura, flanquean la habitación como dos centinelas gigantes que protegieran a su ocupante. El centro de la estancia está ocupado por una cama *king-size* con husos de madera decorativos en las cuatro esquinas. La madera es más sólida en la base y se retuerce, volviéndose cada vez más fina a medida que se eleva hacia el techo. La madera está tallada creando un diseño floral que le va perfecto a la personalidad de Sophie. La colcha es de color lila oscuro con filigrana dorada, y distingo al menos seis almohadones en el cabecero. Algunos son dorados, otros con estampados florales, veo que algunos tienen pompones y flecos, como un guiño a su lado más femenino.

En el suelo, una gran alfombra persa en tonos lila, dorado, blanco y borgoña aporta un ambiente cálido a la estancia, como de cuento de hadas.

Oigo que se abre un grifo a mi izquierda. La puerta del baño también está entreabierta y veo algunos *flashes* de rojo pasar por delante de la abertura. Abro un poco más la puerta y me quedo en el umbral, bebiendo mi gin-tonic mientras Sophie se peina.

—Estás preciosa —susurro, sin ocultar la admiración que me despierta verla tan guapa y arreglada.

Ella da un brinco sobresaltada, pero se relaja enseguida al darse cuenta de que soy yo.

—Vuélvete hacia mí —le ordeno.

Sophie lo hace y me regala su belleza sin obstáculos. El vestido es un simple trozo de tela que se amolda a todas sus curvas. Es imposible que lleve ropa interior debajo. Lo notaría. Y ésa es la razón por la que le he pedido que se ponga este vestido. Bajo la vista desde su cara hasta su pecho. Los pequeños senos, libres del sujetador, presionan los pezones erectos contra la tela, en un despliegue de feminidad. Sigo descendiendo por su estrecha cintura y recorro sus inacabables y brillantes piernas. Me paso la lengua por los labios y doy un buen trago a la bebida burbujeante para calmar la súbita necesidad que se ha despertado en mí, la necesidad de asaltarla y copular con ella.

—¿Te gusta? —Alza una ceja.

—Joder, me encanta —gruño, y recorro los dos pasos necesarios para pegar su cuerpo al mío con un abrazo decidido y entregado.

Ella contiene el aliento al notar el choque de nuestros cuerpos, pero enseguida me rodea el cuello con los brazos. Me libro de la bebida, la agarro por la cadera y hundo la otra mano en los largos mechones ondulados de su pelo, que me hace cosquillas en los dedos hasta que logro agarrarlo bien. Le ladeo la cabeza y me apodero de su boca en un beso ardiente. Ella separa los labios de inmediato, dejándome entrar, necesitándome tanto como yo la necesito a ella. Sophie no puede reprimir un gemido ronco, y noto cómo me endurezco. Profundizo el beso, que sabe a menta, mientras inhalo su aroma especiado.

Cuando su cuerpo es casi un peso muerto, la levanto sujetándola por su trasero respingón y la siento en el mármol del lavabo. Joder, necesito mantenerme a distancia o la llevaré a la cama y se habrá acabado la cita. Ni siquiera llegaré a darle los regalos que tengo para ella, y eso sería un crimen porque quiero que se sienta como una princesa esta noche.

Abre los ojos embriagados por el deseo. Son dos charcos de chocolate que me saludan. Podría pasarme la noche mirándola a los ojos.

—Te he traído la quinta de las cinco cosas que harán que te sientas la mujer más sexy del universo.

Ella se echa a reír y acaricia la solapa de mi traje. Me he puesto mi traje más caro especialmente para ella. Es un Armani negro azabache que Royce me obligó a comprar la temporada pasada.

«Para esas ocasiones especiales en que quieras impresionar a alguien —me dijo con su tono de experto—. Hazme caso, tío.»

Saco del bolsillo los tres pintalabios y le doy uno.

—Los otros dos son de repuesto —le comento—. Uno para el bolso, otro para el cajón del maquillaje y el tercero puedes guardarlo donde quieras.

—¿Pintalabios? ¿Me has comprado pintalabios? —La extrañeza hace que le aparezca una arruguita entre las cejas.

Me acerco a ella y se la hago desaparecer con un beso, sosteniéndole la cara por la barbilla.

—No es un pintalabios cualquiera. Es lo último en glamur. Dámelo. —Meneo los dedos, reclamándoselo. Ella me lo entrega con una brusca palmada.

Necesito acercarme más, así que le levanto el vestido y le separo las piernas para situarme entre ellas. Quito el tapón y hago girar la base hasta que asoma unos centímetros de su caparazón.

—Abre la boca como si quisieras respirar hondo.

Le sujeto la barbilla y con la punta del pintalabios le recorro el carnoso labio inferior varias veces hasta que queda bien cubierto. Luego repito el proceso en el labio superior —primero la mitad derecha, luego la izquierda— hasta que está tan bien cubierto como el inferior.

Pintada de rojo, su boca es tan follable que inspiro bruscamente y suelto el aire como si fuera el aliento de un dragón. Mi semierección pasa a estar como una piedra en cuestión de segundos. Trago saliva y trato de calmarme, aclarándome la garganta.

—Vuelve a abrir la boca —susurro.

Ella obedece de inmediato y yo gruño, deseando que fuera mi polla lo que estuviera a punto de entrar en su boca y no el dedo. Le meto el pulgar y le presiono la lengua.

—Ciérrala alrededor del dedo.

Por supuesto, ella sube las apuestas y me rodea el dedo con la punta de la lengua. Vuelvo a gruñir y me muerdo la mejilla hasta hacerme sangre. Retiro el dedo y le muestro el anillo rojo que ha dejado marcado en la base.

—Es un truco para eliminar el pintalabios de la parte de dentro de los labios y no manchar los dientes. —Aunque soy yo el que habla, apenas reconozco mi voz, rasposa como el papel de lija. El truco lo aprendí de mi madre, pero no pienso decírselo para que el momento no pierda morbo.

Sophie se ríe, me rodea la cintura con las piernas y me clava los tacones en el culo. Vuelve a echarse hacia atrás, buscando el espacio que le permite colar la mano entre los dos y desabrocharme el cinturón.

—¿Qué haces?

Mueve los dedos a gran velocidad y, antes de que pueda reaccionar, me ha desabrochado el botón, me ha bajado la cremallera, ha colado la mano por dentro de los calzoncillos y se ha apoderado de mi polla.

—Jo... der —digo entre dientes.

Su mano es el cielo y el infierno al mismo tiempo. Me acaricia y desliza el pulgar por la gota de humedad que ha asomado por la punta.

Sin previo aviso, se convierte en una fiera hambrienta de sexo. De un empujón, me aparta para bajar del mármol, sin soltar mi polla en ningún momento. Se pone de rodillas ante mí y se la mete en la boca.

Apoyo una mano en la encimera y le agarro el pelo con la otra. Me recuerda a una actriz bombón de los años cincuenta, con el pelo largo y ondulado, la piel pálida y labios rojos como fresas. Esos labios que están haciendo magia alrededor de mi polla, deslizándose por toda su longitud mientras me devora. Le presta especial atención a la sensible piel de la punta, pasándole la lengua por encima.

Me estremezco de arriba abajo. Siento que la piel me arde, de repente el traje me sobra. Es como si me pasara la corriente por la columna y no puedo evitar echar las caderas hacia delante buscando su boca celestial. Gime y noto su gemido a lo largo de mi erección. Esos labios rojos están acabando conmigo. Una de sus manos me rodea las caderas y me agarra el culo, obligándome a entrar en ella más profundamente.

—No quiero ahogarte —le digo con esfuerzo.

Ella me deja a cuadros y liquida los restos de mi autocontrol cuando empieza a decirme cochinadas en francés.

—Prends-moi sauvagement. Tu sais que t’en as envie. Sers-toi de moi, Parker. Sers-toi de ma bouche pour ton plaisir.

O lo que vendría a ser más o menos: «Tómame con fuerza. Sabes que te apetece. Úsame, Parker. Usa mi boca para tu placer».

Y sigue devorándome sin parar.

—Sophie, nena, si no quieres que me corra en tu garganta, para ahora mismo —la aviso, porque el cosquilleo de la parte baja de mi espalda cada vez es más difícil de controlar.

Pero, en vez de detenerse, ella gime, me sujeta la base con fuerza y me la menea en perfecta sincronía con su boca, que no deja de succionarme.

No puedo más. La agarro por la cabeza y empujo las caderas. Ella me acepta en su boca una y otra vez hasta que empiezo a temblar. Mi parte inferior se tensa sin remedio. Las bolas se alzan, pidiendo unirse a la fiesta. El chisporroteo familiar que precede al orgasmo se apodera de mi polla un instante antes de dejarme ir. Chorros y chorros de semen le cubren la lengua y ella se los traga como una campeona, apretándome la polla y succionando todo lo que tengo hasta que no me queda nada más. Estoy seco, vacío, física, emocional y mentalmente.

Me agacho y tiro de ella. La abrazo y mi polla cuelga flácida y saciada entre los dos, palpitando contra su vientre.

—Joder, Sophie, ¿es que no haces nada mal? —exclamo maravillado, entre jadeos.

Ella se ríe y me besa el cuello.

—¿Te ha gustado la *mamasita*?

Me río con la cabeza en su cuello y la beso allí.

—Nena, se dice «mamadita».

—¿No te ha gustado? —me pregunta con una sonrisa de diablesa—. Te he lamido, te he besado y te he succionado.

Me recorre la mandíbula con los labios hasta llegar al mío inferior. Cuando me pasa la lengua por él, gruño y me apodero de su boca, probando mi propio sabor en ella. Su sabor, naturalmente especiado, se mezcla con el regusto almizclado, y la combinación es perfecta. Si la embotellara, la compraría y me la echaría por encima todos los putos días.

—Tienes razón, te has ganado el derecho a llamarla como quieras, pero ahora quiero devolverte el favor. —Echo las caderas hacia delante para demostrarle que mi polla ha empezado a recuperarse.

—¿Ya? —Abre mucho los ojos y se aparta de mí.

—¿Qué le voy a hacer? Estás muy buena.

Ella me dirige una sonrisa pícara mientras le echa un vistazo a mi polla.

—Creo que mi manera de eliminar los restos de pintalabios es mejor que la tuya. ¿No te parece?

Sigo la dirección de su mirada y veo que hay un anillo rojo perfecto en la base.

—Mierda.

Aprieto los puños, pero no consigo evitar que mi polla se alce poco a poco ante nuestros ojos.

—Tengo hambre.

Sophie da un paso atrás y luego otro, haciendo sonar los tacones en el suelo de cerámica.

—Yo también —replico con los dientes apretados.

La miro de arriba abajo y sólo puedo pensar en tumbarla y darme un festín entre sus piernas. Me paso la lengua por los labios y voy a por ella.

Sophie levanta la mano y niega con un dedo.

—No, no. Me prometiste una cita, una cita de verdad. No he ido a ninguna y tengo muchas ganas. —Frunce los labios formando un mohín pequeño pero decidido.

Suena tan sincera que me detengo en seco, me la vuelvo a meter en los calzoncillos y me abrocho los pantalones.

—Arréglate el carmín. No puedo mirarte tal como estás sin pensar en ti de rodillas ante mí.

Ella abre más los ojos y una sonrisilla triunfal se apodera de sus labios.

—*Oui*, señor Ellis. —Meneando las caderas, se acerca al espejo.

Gruño, me tiro del pelo y miro al techo.

—Joder, esta noche se me va a hacer eterna.

8

Cuando François nos deja en la zona que da acceso al Louvre, Sophie se da una vuelta en sus tacones sexys, con una brillante sonrisa en la cara y el vestido moviéndose con el viento. Menos mal que le dije que se pusiera una chaqueta encima, o tendríamos a una jauría de hombres salidos babeando como perros delante de un grueso bistec. Y no quiero que nadie la mire. Esta noche, no.

Esta noche es para nosotros; para llevar esta amistad que ha surgido entre nosotros a un plano más físico. Ambos sabemos que esto no va a durar eternamente, y al menos yo tengo intención de zambullirme en esta relación tanto como pueda. Y sospecho que Sophie piensa como yo. No se ha opuesto y a mí eso ya me vale. Además, la locura de mamada que me ha hecho antes sigue alterándome la libido.

—Me has traído al Louvre, señor Ellis, que es el destino más turístico de París si no contamos la torre Eiffel, adonde también me has llevado —comenta con una risita adorable.

Sonriendo, le paso el brazo por la cintura y la guío hacia el arco de piedra y la pirámide de cristal.

—En mi defensa diré dos cosas. Una: que yo no había estado nunca en el Louvre hasta hace un rato, cuando ha venido a prepararlo todo. Y dos: dudo que una cena privada rodeados por algunos de los cuadros más exquisitos del mundo pueda considerarse una visita turística corriente.

—¿Vamos a cenar aquí? —Sus ojos se encienden entusiasmados.

—*Sip.*

La conduzco hacia la corta cola que hay en la entrada del edificio de cristal. A estas horas, el museo está a punto de cerrar, lo que implica que ya muy pocos van a entrar y, en cambio, muchos van saliendo. He contratado la visita a las pinturas y esculturas más apreciadas y también una cena privada en un área del museo reservada sólo para nosotros. Por suerte, los chicos y yo estudiamos con uno de los comisarios, o no lo habría logrado. Además, me habría costado un ojo de la cara. También fue de gran ayuda comentar quién era mi acompañante a la cena. Cuando mi amigo se enteró de que Sophie iba a venir, hizo hasta el pino puente para tener contenta a una posible mecenas de su calibre. Me habló de un chef que tiene una empresa de catering y con eso tuve resuelto el tema de la cena y las bebidas.

Bajamos dos plantas por la escalera mecánica hasta el área abierta donde uno elige si quiere visitar las exposiciones temporales, comprar entradas o dirigirse a la entrada principal del museo. Cuando he venido antes, para conocer el lugar de primera mano y comprobar que todo estuviera

bien, me ha chocado que la mitad del museo estuviera bajo tierra. También hay tiendas exclusivas o de franquicia, locales de comida ¡y una parada de metro! No se puede negar que los franceses son ingeniosos.

Sophie no me suelta la mano mientras yo me salto la cola y me dirijo a la empleada que me ha presentado mi amigo Mark. Ella nos saluda y nos hace pasar sin problemas. Observo a la gente que se desplaza en todas direcciones por las inmensas escaleras de mármol. El edificio es enorme y parece un laberinto, por eso he venido antes. Ahora ya sé exactamente adónde vamos y cómo llegar allí.

—¿Adónde vamos primero? —me pregunta Sophie con un entusiasmo que me encanta.

—No me preguntes nada sobre esta noche, sólo sobre nosotros.

Le apoyo la mano en la espalda y la dirijo hacia un ascensor privado. Hace falta una llave especial para usarlo y yo la tengo, porque Mark me la ha dado. Subimos a una zona del museo que todavía no está abierta al público. Es una exposición sobre la obra de la fallecida Georgia O'Keeffe, una paisana mía.

Los tacones de Sophie golpean los suelos de mármol hasta que giramos una esquina. Se lleva la mano a la boca para ahogar una exclamación. En el centro de la sala hay una mesa para dos. A un lado hay una cubitera de pie, donde una botella de champán se mantiene fresca. La mesa está perfectamente engalanada, con flores frescas, velas, platos y copas. El chef y su empresa de catering lo han dado todo. Voy a tener que agradecérselo a Mark haciendo una donación al museo de parte de International Guy.

Al entrar, un hombre vestido con un traje negro y una servilleta blanca sobre el brazo nos saluda y retira la silla de Sophie.

Ella se quita la chaqueta, la cuelga de la silla y se sienta. Yo la imito.

—¿Les apetece una copa de champán con el primer plato? —nos pregunta.

Asiento.

—Por favor.

Sophie mira a su alrededor con los ojos muy abiertos por el entusiasmo.

—¡Esto es increíble! Y los cuadros son... ¡Oh, Dios mío!

—Es una exposición que aún no está abierta al público. Se inaugura la semana que viene. Por suerte, la he clavado con la fecha.

Entorna los ojos al fijarse en un cuadro muy famoso de una flor blanca con el fondo verde, igual que el centro de la flor.

—Son de Georgia O'Keeffe. —Señalo la obra que está contemplando.

—*Oui.* Creo que había visto ese cuadro antes.

—Es famosa por sus flores y por los paisajes de Nuevo México, aunque ella era de Wisconsin. Se la conoce como la madre del modernismo norteamericano. Hemos tenido mucha suerte al conseguir un pase privado.

El camarero nos sirve el champán y nos deja a solas.

—Coge la copa, vamos a verlos más de cerca. Pero ten cuidado. Ese cuadro de ahí —señalo uno de los más famosos— fue vendido por cuarenta y cuatro millones de dólares. Los dueños lo han prestado para la exposición.

Abre la boca sorprendida y no puedo evitar acordarme del bonito anillo rojo que tengo alrededor de mi polla. Inspiro hondo, muy despacio, y me centro en el cuadro. La tenue luz que ilumina la obra desde arriba resalta las pinceladas y la paleta de colores.

—Éste es *magnifique* —susurra, como si estuviera demasiado impresionada para hablar en voz alta.

Los tonos rojos y anaranjados prácticamente saltan del lienzo. Me inclino hacia la placa dorada situada a la izquierda del cuadro.

—*Amapolas orientales*, 1928 —leo—. Tiene casi un siglo, pero las flores parecen estar vivas aún.

Ella asiente con los labios cerrados y luego da un sorbo al champán antes de pasar al siguiente cuadro, un paisaje de Nuevo México. Los intensos tonos verdes y azul Klein parecen hincharse y rodar entre las colinas y los valles de un modo remoto pero, al mismo tiempo, muy real.

Sigo a Sophie hasta un cuadro que representa el cráneo de un toro. Su cara se contrae en una mueca de disgusto.

—¿No te gusta el toro?

—No me gusta la muerte —murmura.

Bien, no pienso tocar ese tema, sobre todo cuando la de su padre está tan reciente.

Cuando llega frente a una gran concha marina con fondo rojo, ladea la cabeza, se encoge de hombros y sigue adelante.

Su reacción me hace gracia.

—¿Y a las conchas qué les pasa?

—Nada, son un poco aburridas.

Cuando llega al siguiente cuadro, se queda inmóvil ante él. Se trata de otra de las flores de O'Keeffe; ésta es roja, rosa y blanca.

—*Flor de vida II*, pintada a principios de 1920 —anuncio en voz alta mientras leo la plaquita.

Sophie se limita a observar el cuadro, perdida en sus pensamientos.

Me pego a su espalda y le rodeo la cintura con la mano que me queda libre para acercarla más a mí. Suspira antes de apoyar parte de su peso en mi pecho. Con la boca pegada a su oreja, susurro:

—Hay quien dice que sus creaciones parecen genitales, porque se centraba mucho en la anatomía sexual de las flores, que se encuentra en su centro. Se dice que pretendía transmitir un mensaje sobre su género. ¿A ti qué te parece? —Dejo mi boca rozando su oreja y luego le recorro el cuello con la barbilla hasta apoyarla sobre su hombro.

Sophie se estremece y su temblor se traspasa a mi cuerpo, enviando mensajes placenteros a mi cerebro y a mi polla que prefiero ignorar por el momento. Ya habrá tiempo para eso más tarde.

Mucho más tarde.

Ella no ha apartado la mirada del cuadro, que contempla fascinada.

—Me hace pensar en sexo. Sexo bonito, lascivo, glorioso.

Le beso el hombro desnudo y la abrazo con más fuerza. Lo que me apetece en realidad es morderla, pero me obligo a controlarme.

—Voy a necesitar sentarme un rato y tomar otra copa antes de seguir viendo la exposición.

Ella se ríe y se vuelve entre mis brazos para plantarme un dulce beso en los labios.

—Gracias por traerme aquí. Ésta ya es la mejor cita de mi vida.

—Pero si acaba de empezar, *ma chérie*.

Ella se ruboriza, como cada vez que la llamo «cariño mío».

—Bueno, pero por si acaso se me olvida decírtelo luego, estoy disfrutando mucho, *chéri*.

La rodeo con los brazos, sosteniendo la copa vacía entre los dedos.

—Yo también.

Se dirige a la mesa y la sigo. Le sirvo más champán justo cuando el camarero llega con el primer plato, una tabla de quesos y embutidos.

Cojo una galleta salada, le pongo un trozo de jamón encima, extiendo un poco de queso de cabra y añado un dado de membrillo para darle un toque especial. Se lo tiendo a Sophie antes de prepararme otro para mí. Tomamos el primer bocado a la vez, y ambos gemimos al mismo tiempo, lo que nos provoca un ataque de risa.

—Venga, va, como los dos sabemos cómo va a acabar la noche, hablemos de sexo —propongo con una sonrisa, para aumentar la anticipación—. ¿Cuál es el mejor sitio en el que lo has hecho?

Sophie frunce los labios.

—Los franceses son bastante abiertos con su sexualidad. —Se da golpecitos en el labio inferior mientras piensa—. Me temo que te voy a decepcionar. Creo que mi experiencia más atrevida fue en la piscina de mi casa, con mi novio del instituto.

—Bien. —Meneo las cejas—. Me gusta.

Ella sacude la cabeza, riendo.

—Te toca a ti.

Vaya. Nota mental: no hacer preguntas que puedan volverse en tu contra.

—Pues diría que en una noria, en una feria.

La expresión sorprendida de Sophie lo dice todo.

—¡Detalles! ¡Quiero detalles! —exclama antes de darle un buen sorbo al champán.

Me aguanto la risa.

—Vale. Estaba en el primer año de universidad. Estaba colado por una chica y los dos estábamos muy salidos. Con esa chica todo giraba alrededor del sexo. Le ponía mucho hacerlo en los sitios más raros. ¡Resultó que era una exhibicionista y casi me meten en la cárcel por escándalo público!

Ella se ríe tapándose la boca.

—*Mon Dieu!* ¡No me imagino cómo se puede hacer en una noria!

Echándome hacia atrás en la silla, hincho el pecho de forma teatral.

—Si se quiere, se puede.

Mantengo la cara seria durante un par de segundos antes de acabar rindiéndome a un nuevo ataque de risa, al que se une Sophie.

—¡Ahora yo! ¿Cuál es tu postura sexual favorita? —me pregunta meneando los hombros, lo que hace que la vista se me vaya a sus pechos bailarines. Joder, qué ganas de poder ponerle las manos y la boca encima. Pienso morder y torturar esos apetitosos pezones.

—¡Uau! —Sacudo la cabeza, volviendo al tema de conversación—. Mmm... —Inspiro lentamente—. No sabría decidirme. Me encanta hacerlo por detrás, porque el control que me da sobre el cuerpo de la mujer es..., como decís vosotros, *magnifique*. —Junto los dedos y apoyo las yemas en mis labios—. Pero, por otro lado, también me encanta ver la cara de la mujer cuando se corre. Es un momento muy especial, único en cada mujer.

—Estoy de acuerdo. Deberíamos probarlo de las dos maneras —admite sin rastro de humor en su voz, lo que me hace reír.

Preparo otro montadito. Esta vez combino pan, queso y fruta. Cuando la dulcísima pera se derrite en la lengua, mezclándose con el brie extracremoso, gruño de placer.

—¡Joder, qué bueno!

Ella asiente.

—*Oui*, y esto es sólo el aperitivo.

Tras unos cuantos minutos más en los que ambos competimos por conseguir las mejores combinaciones, el camarero trae el siguiente plato. Ensalada y *filet mignon* con puré de patatas al ajillo.

Ansioso por descubrir más cosas sobre Sophie, sigo haciéndole preguntas.

—¿Cuál es tu color favorito?

—¿Te parecerá tonto si admito que es el rosa?

Rosa. Delicado, precioso, femenino. Me encanta.

—No, SoSo, no me parece tonto, te pega mucho. Aunque, ahora que lo pienso, no te hemos comprado nada rosa; vamos a tener que arreglar eso. —Saco el teléfono en ese mismo instante. A la chica le gusta el rosa, pues rosa va a tener.

De: Parker Ellis
Para: El Amante de Ensueño
Cómprale a Sophie alguna blusa rosa. Es su color favorito.

—¡No hacía falta! —Sophie me da una palmada en la mano.

Me apodero de ella y le beso los dedos uno por uno.

Bo responde de inmediato:

De: El Amante de Ensueño
Para: Parker Ellis
Por supuesto. Mañana mismo. ¿Necesita algo más?

Levanto el teléfono y le muestro la pantalla a Sophie.

Sonriendo, niega con la cabeza.

—Creo que ya habéis hecho bastante, aunque aún estoy nerviosa por la reunión de la junta del fin de semana, sobre todo después de lo que descubrió Royce. Además, el señor Girard se reincorporará mañana a su puesto. Ha estado de baja los últimos días. Dudo que haya estado enfermo, la verdad. Supongo que ha estado preparando su defensa, pero yo también me he estado preparando. Me temo que su padre no estará contento.

—Son temas desagradables, pero la clave está en no dejar que controlen tu día a día. ¿Qué ha encontrado Royce?

—Un tema grave con los productos químicos. Hemos estado usando uno que estaba caducado. El jefe de equipo decidió utilizarlo para no pasarse del presupuesto, y eso nos puede acarrear problemas a varios niveles. Puede alterar la composición química del perfume, cambiar la reacción con la piel, un montón de cosas. Los científicos están enfadados, no aceptaron entrar en la empresa para trabajar en esas condiciones. Es otro cabo suelto que voy a tener que atar y no me apetece nada hacerlo.

Me acerco a ella, moviendo la silla, y le apoyo una mano en el hombro.

—Eh, mírame. —Me busca con sus ojos de color chocolate—. Tú puedes con todo eso. Recuerda que eres la hija del gran Jacques Rolland. Él creó este imperio, y tú, dulce Sophie, vas a conservar su legado y a hacerlo crecer. Cree en ti. Puedes hacerlo. Yo lo sé, Royce lo sabe, Bo lo sabe, y tu plantilla y los miembros de la junta lo sabrán muy pronto.

Ella niega con la cabeza y frunce el ceño.

—Yo no lo tengo tan claro. Llevo dos meses tratando de ponerme al día, desde la muerte de mi padre, pero no dejan de aparecer problemas.

—Y tú te encargarás de resolverlos uno detrás de otro. Eso es lo que hacemos todos. ¿De qué crees que se ocupan los demás directores ejecutivos? ¿No te das cuenta, cariño? Ya estás haciendo tu trabajo.

Entorna los ojos con la mirada fija en nuestras cenas ya casi acabadas antes de que una sonrisa se apodere de su cara.

—Lo estoy haciendo, ¿verdad?

—Sí, *ma chérie*, lo estás haciendo y muy bien, permíteme que te diga. Ahora cuéntame cómo has pensado resolver el tema del producto químico caducado y qué tienes pensado con respecto al jefe de equipo.

Ella me cuenta en detalle lo que Royce ha descubierto y cómo piensan abordar el tema. Tras escuchar el plan, que básicamente consiste en hacer un comentario negativo en el expediente del

jefe de equipo, explicarle los principios de la empresa y asegurarse de la calidad del producto, sé que lo tiene por la mano. Sophie lleva la dirección en la sangre; no en vano es hija de su padre. Pase lo que pase, eso no va a cambiar. El destino de esta mujer ha sido liderar su empresa desde el día en que nació. Lo único que le falta es confianza y experiencia, y eso sólo podrá dárselo el tiempo. Mientras tanto, tiene al equipo de expertos de International Guy al completo respaldándola. A tope. A estas alturas, ya se nota nuestra mano. Le hemos dado la confianza que necesita, el sentido de empresa para investigar y no quedarse en la superficie, y el coraje para seguir siempre adelante. Y, además, le hemos demostrado que es una mujer sexy, de armas tomar, capaz de enfrentarse a quien sea en la sala de juntas y —por el amor de Dios, que sea así — en el dormitorio. No puedo esperar para comprobarlo de primera mano.

El último trozo del filete me sabe tan bien que me echo hacia atrás en la silla y suelto un gruñido mientras me palmeo el estómago.

Bebo un poco del vino de Borgoña que nos han servido para acompañar la carne mientras contemplo a la belleza que se sienta ante mí.

—¿Sabes qué, Sophie? Estoy disfrutando mucho de esta conversación.

—Y ¿por qué te sorprende?

Noto que empiezo a ruborizarme. Me limpio la boca con la servilleta, me echo hacia delante y le abro mi alma.

—Hasta ahora nunca había tenido una amiga. Cuando tengo citas, por llamarlo de alguna manera, con mujeres, no me entretengo en conocerlas.

Ella frunce el ceño.

—Y ¿por qué?

Me muerdo los labios y vuelvo a echarme hacia atrás en la silla mientras me paso la mano por el pelo.

—Joder, supongo que porque tengo miedo de que se hagan una idea equivocada, que esperen una relación a largo plazo; no me siento preparado para eso.

Ella acaricia la servilleta, la deja en la mesa y coge la copa de vino.

—Tal vez no se trata de que no estés preparado. Tal vez no te sintieras lo suficientemente conectado a esas mujeres como para pasar a un nivel más profundo.

—Contigo siento una conexión muy profunda —replico sin pensar. Joder, no quiero que piense lo que no es. Ya estamos, otra vez estoy preocupándome por las consecuencias.

Sophie se echa a reír.

—A mí me ocurre lo mismo. Sin embargo, ambos nos damos cuenta de que lo nuestro es una amistad —sus labios se curvan en una sonrisa de gata traviesa— con un poco... o un mucho... de sexo escandaloso para rellenar el hueco.

—¿Qué hueco?

—No quiero parecer una remera, pero tengo muchas ganas de ponerle fin a este período de sequía.

—*¡Remera!* —No puedo aguantarme la risa—. Quieres decir «ramera». Creo que vas a tener que ver Netflix un poco más.

Cuando se da cuenta de lo que ha dicho, hace un gracioso mohín.

—Sí, supongo.

—Háblame de ese período de sequía. ¿De cuánto tiempo estamos hablando? Porque la chica que me ha comido el rabo hace un rato no parecía estar fuera de circulación.

Ella sonríe.

—Te ha gustado, ¿eh?

—SoSo, aún llevo un anillo de pintalabios rojo como recuerdo.

Ella se muerde el labio inferior y mi polla reacciona volviendo a la vida una vez más. Mierda, tengo que clavarme en ella antes de que me explote un huevo.

Sophie se apoya la barbilla en la mano.

—Más de un año.

—¿Llevas más de un año sin sexo?

—*Oui, triste mais vrai.*

—¿Qué significa?

—«Triste pero cierto.» —Frunce el ceño.

—Un año. Estamos hablando de trescientos sesenta y cinco días sin un buen meneo.

—*Oui.* —Con la mirada apagada, pasa el dedo índice por el borde de la copa.

¿Cómo es posible que transcurra una sola semana sin que una mujer como ella reciba invitaciones para salir a cenar, o a bailar o, sin duda, para que se la follen hasta que se olvide incluso de su nombre? En cualquier caso, no pienso permitir que esta absurda situación se alargue un minuto más de lo necesario.

Me levanto bruscamente, la agarro de la mano, tiro de ella y la acerco a mí.

—¿Qué pasa?

—Vamos a ocuparnos de este asunto, ahora mismo. Vamos.

Tiro de su mano y ella se apresura a seguirme el ritmo. Esto se ha convertido en una misión, y nada va a interponerse en mi camino.

—Parker, ¿qué mosca te ha picado? —Respira hondo para recobrar el aliento mientras aprieto el botón del ascensor que nos devolverá a la planta baja y le envío un mensaje al chófer para que se prepare.

—Sophie, quédate quieta o te follaré contra la pared del ascensor. Y lo digo muy en serio.

—¿En el Louvre? No... —susurra.

—*Oui!* Esta sequía tiene que acabar ya.

9

El aroma dulce y especiado de Sophie me inunda la nariz mientras le recorro el cuello con la lengua. La he empotrado contra la puerta de entrada de su casa y le he agarrado el culo a dos manos.

—No me canso, no logro saciarme de tu olor, dulce SoSo. —La muerdo en el punto en que acaba su cuello y empieza el hombro, tratando como un loco de capturar su esencia con los dientes.

Sophie gime y me quita el abrigo, que cae al suelo. Yo ya le había quitado la chaqueta antes de que saliera de la limusina. Habíamos empezado a meternos mano en el coche y habíamos perdido el control de tal manera que ha sido el propio François quien ha hecho subir el panel divisorio.

—*S'il te plaît. Emmène-moi au lit* —maúlla Sophie, recorriéndome la espalda con las uñas. Desde la punta de cada uno de esos diez dedos nacen agujas de deseo que se me clavan y me atraviesan hasta llegar a los pies.

Respiro en el hueco de su clavícula y deslizo la barbilla entre la tela del vestido y su piel. Enrollo un dedo en el tirante y lo hago bajar por su brazo. Ella misma se encarga de hacer caer el otro tirante.

—Estoy casi seguro de que has dicho «por favor» y «cama». El resto me importa una mierda. —Alzo uno de sus menudos pechos y cubro todo lo que puedo con la boca, acariciando la punta con la lengua.

—*Oui.* Cama. Ahora. —Deja que el vestido le caiga, pero queda detenido en la cintura.

Me echo hacia atrás sin apartar las manos de sus caderas, con los ojos clavados en su pecho.

—Eres preciosa, nena. Ahora, ofréceme esas tetas.

Ella se arquea, ofreciéndome sus pechos desnudos, con la espalda clavada en la puerta y las manos a los lados, apretadas contra la madera. Su cuerpo se ondula seductor mientras recorro con un dedo una línea que nace en su clavícula y desciende, pasando entre sus pechos y deteniéndose en su ombligo. La provoco, metiéndole el dedo dentro y frotándolo hasta que su cuerpo tiembla.

—Lo sientes en el clítoris, ¿verdad? —Insisto clavándole la uña en el ombligo hasta que su cuerpo se convulsiona y echa las caderas hacia delante—. Oh, sí. Lo sientes. —No puedo evitar chulear un poco.

—*Oui. Oui. S'il te plaît, Parker... S'il te plaît.*

—No tenemos prisa, *ma chérie*. Pienso adorarte. Quiero que olvides ese período de sequía.

Voy a sustituirlo por algo que puedas recordar mucho tiempo.

—Parker, ¡no me tortures! —me reclama entre dientes y cierra los ojos cuando tomo uno de sus pezones entre los labios y succiono.

Sophie me agarra el pelo y me sostiene la cabeza para que no me aleje. No tendría por qué hacerlo; pienso consagrarme a sus preciosos pezones hasta que esté tan mojada que pueda beber de su coño. No le hago caso y me dedico a pellizcarle el otro pezón. No sabe qué hacer con las manos hasta que se da cuenta de que ella también puede jugar. Y entonces me busca el cinturón. Como antes, sus manos son muy ágiles y, entretenido como estoy con sus pechos, no me doy cuenta de que me tiene agarrado por las pelotas. Literalmente. Ha colado la mano por mis pantalones y me está apretando las pelotas.

—SoSo, tranquila, cariño. —Trato de liberarme, pero ella me agarra con más fuerza, dejando claras sus intenciones. Me acerco y me pego a su cuerpo, necesitando la fricción.

—Llévame. A. La. Cama. Ahora —gruñe mostrándome los dientes. Es como si cada vez que pronunciara una palabra chasqueara un látigo que golpeara directamente en mi polla. Así es como lo siento.

—Pide y se te dará, *ma chérie*.

Le quito la mano de mis pantalones y la levanto en brazos, como si fuera una princesa. Sus pechos se mueven de un modo muy atractivo mientras me dirijo a grandes zancadas hacia su habitación.

Sophie no pierde el tiempo. En cuanto la levanto, me busca el cuello. Me lame, me muerde, me succiona y me vuelve loco del todo. Tanto que, cuando llego a la habitación, cierro la puerta de una patada y la lanzo sobre la cama como si fuera un saco de patatas.

Ella se ríe mientras rebota entre la nube de almohadones lila y dorados.

—Desnúdate.

Una de sus cejas se alza al verme desabrocharme los pantalones y dejarlos caer a mis pies. Me quito los zapatos, luego los calcetines, y me libro de los pantalones con los pies mientras me desabrocho la camisa. Mientras tanto, ella se deshace del vestido, quedando completamente desnuda ante mí. No me equivoqué con la ropa interior.

—Vales oro, nena. Mírate. Expuesta ante mí como el tesoro más valioso. Ya es hora de demostrarte lo que vales.

Me acerco a ella como un depredador. Sophie se frota las piernas, y no hace falta ser un genio para saber que está presionando el pequeño botón de terminaciones nerviosas que estoy a punto de conocer.

—Abre las piernas. Quiero verte hasta el último rincón.

Ella no protesta, no se niega, no se queja. Separa los muslos, ofreciéndome su tesoro más dulce.

Apoyo una rodilla en la cama, le mantengo las piernas abiertas con una mano en cada una y agacho la cabeza. El aroma almizclado natural de su sexo se mezcla con los tonos dulces y

especiados de su perfume, que me vuelve loco. La polla se me convierte en una tubería de acero que se interpone en mi camino y me molesta. Ignoro a la bestia, me inclino un poco más y la recorro con la lengua desde el ano hasta el clítoris, donde me entretengo un rato dibujando ochos. Ella trata de cerrar las piernas, pero no se lo permito.

—No las cierres mientras te pongo cachonda, mojada, y hago que te corras como no te has corrido en un jodido año. Joder, SoSo..., ningún hombre ha probado este precioso coño en un año. ¡Es una puta vergüenza!

Y lo creo de corazón. Sophie sabe a azúcar y a canela y a todas las cosas buenas. Su sabor es tan delicioso como su olor. Divino. Le meto dos dedos, formo un gancho con ellos, encuentro el punto que la hará retorcerse de placer y ataco.

Un montón de lo que me imagino que son palabrotas en francés me llena los oídos mientras yo me lleno la cara con su sexo.

—*Parker, Oui, oui... Plus fort. Plus fort...*

—¿Quieres más? ¿Lo quieres más fuerte?

Ella responde levantando las caderas. Es lo mejor que me han ofrecido esta noche. Le agarro las redondeadas nalgas de su prieto culito, hundo la lengua lo más hondo que puedo y pruebo la joya escondida. Ella se sacude inquieta, me agarra de nuevo por el pelo y me cabalga la cara. Casi no puedo seguirle el ritmo a la yegua salvaje que tengo debajo.

Tras unos minutos de lamerla con ganas y de penetrar con los dedos en su hendidura empapada, ella me atrapa la cabeza con las piernas, arquea el cuerpo y empieza a gritarles a Dios y a todos los santos. Yo no dejo de lamerla en ningún momento, besándole el coño y ayudándola a descender del que sé que ha sido la madre de todos los orgasmos. Se ha quedado laxa y desmadejada por completo.

Asciendo por su cuerpo y le doy un rápido lametón a cada pezón antes de apoderarme de su boca, dejando que pruebe su propio sabor.

—¿Ves cómo vales oro? Toda tú eres oro. Sabes a miel y a sol.

Ella gime, se aferra a mí, mete una mano entre los dos y me la menea.

Gruño y me muevo en su mano. Tengo que entrar en ella... ya... ¡Ayer!

Sophie se la lleva hacia su sexo para metérsela, pero se lo impido.

—Necesito un condón, *ma chérie*.

—No hace falta. Estoy limpia y tomo precauciones.

—Yo también, pero luego querré volver a devorarte, y aunque me gusta compartir tu sabor contigo, no me gusta el mío. ¿Me pillas?

Ella se aguanta la risa y, mirándome con picardía, me agarra la polla mientras dice:

—Te pillé.

—Muy graciosa, pero ahora suelta a la bestia para que pueda taparla.

Sophie se estira lánguidamente mientras yo bajo de la cama, recojo los pantalones del suelo y saco la tira de condones que he guardado ahí antes.

—Vaya, vaya. Alguien estaba ansioso —comenta echándole un vistazo a la tira de cinco que dejo en la cama, junto a sus piernas.

—Podríamos decir *esperanzado*, aunque, sí, creo que la palabra *ansioso* es más adecuada. —Le recorro la pantorrilla con la mano mientras vuelvo a ascender por su cuerpo. Paso por el muslo y llego al pecho, que empiezo a retorcer y a estirar hasta que el pezón se endurece aún más.

—*Tellement bon* —murmura cuando cambio de pecho, dedicándome al otro pezón hasta que los dos parecen fresas maduras.

Antes de alcanzar su boca, la dulce Sophie se convierte en una tigresa. Con una fuerza que no imaginaba que tuviera en su cuerpo esbelto, me da la vuelta, me tumba de espaldas en la cama y se sienta sobre mis caderas.

—Ahora me toca a mí jugar —me dice con una sonrisa traviesa, echándose el pelo por encima del hombro.

—Ataca, *ma chérie*. —Cruzo los brazos detrás de la cabeza y dejo que me haga lo que quiera.

Empieza por besarme la mandíbula y el cuello mientras me acaricia los pectorales. Sus dedos se deslizan con suavidad, dibujando círculos alrededor de mis pezones y resiguiendo el contorno de los abdominales.

—Eres tan masculino..., tienes los músculos más grandes que he visto nunca. —Me pasa las manos por el pecho, como si realmente nunca hubiera visto nada parecido.

Sonrío.

—Sigue así, estás haciendo que se me hinche... el ego.

Ella baja la vista hacia mi polla y la agarra por la base.

—¿Es así como llamáis los norteamericanos a una polla erecta? ¿Un ego?

Me echo a reír, pero cuando Sophie frota su sexo húmedo y caliente contra mi erección cada vez que mueve las caderas formando círculos, la risa se convierte en un gruñido.

Sin mirar, busco los preservativos con la mano, los encuentro, rompo un envoltorio con los dientes, saco la goma y se la doy.

—Cúbreme, nena. Quiero entrar dentro de ti —le ordeno con firmeza.

Ella sonríe, pone el condón en la punta y disfruta haciéndolo descender hasta la base. Estoy tan excitado que noto sus movimientos hasta en las pelotas.

—Salta.

—Encantada —susurra Sophie. Se alza sobre las rodillas, busca la posición y me desliza en su interior.

Le agarro las caderas mientras las paredes de su sexo estrangulan mi polla.

—Joder, te aseguro que este año de sequía ha merecido la pena sólo por poder disfrutar de cómo me agarras la polla, nena —logro decir con los dientes apretados, clavándole los dedos en las caderas.

Ella maúlla, echa la cabeza hacia atrás y hace girar las caderas en círculo hasta que sus

paredes se relajan y me dejan pasar. Incluso después de un orgasmo está prieta como un puño. Empujo hacia arriba mientras ella lo hace hacia abajo, hasta que queda sentada sobre la base. Su cara es una máscara de placer y de dolor mezclados. Quiero que lo disfrute plenamente, así que deslizo el pulgar entre nuestras carnes unidas y busco el clítoris. Lo aprieto para darle la presión que necesita. La respuesta es instantánea. Su rostro muestra sorpresa, las piernas se tensan, el coño se contrae y yo suelto un rugido de éxtasis.

—Muévete, Sophie, o tomaré el control —le advierto con los dientes apretados.

—*Oui. Mon Dieu*... Me llenas por dentro.

Sonrío porque me gustan sus palabras y cómo se ondula sobre mi cuerpo, pero sus movimientos no son suficientes, ni de lejos.

Me incorporo y me pongo de rodillas, con ella pegada a mi pecho, con las piernas alrededor de la cintura y los brazos rodeándome el cuello. La levanto un poco y la empalo. Ella echa la cabeza hacia atrás y siento un estremecimiento que baja por mi columna hasta llegar a la base de mi polla.

—Joder, Sophie, voy a follarte duro. Agárrate fuerte, nena. Vas a notarlo hasta... —la levanto de nuevo y ella me clava las uñas en la espalda, perforándome la piel, como me gusta—, ¡hasta la semana que viene! —La empujo hacia abajo. Una y otra vez salta sobre mi polla como si fuera una muñeca de trapo.

—Oh... me voy... *Mon Dieu!* —Su cuerpo se contrae y su sexo me aprieta con tanta fuerza que apenas puedo contenerme.

Mientras el orgasmo la derriba, la tumbo en la cama, aparto una de las piernas de mi cintura, la levanto en dirección a su axila, bien abierta sobre el colchón. En esa postura, puedo clavarme un par de centímetros más en ella y disfruto de esas nuevas profundidades como si nunca más pudiera volver a estar ahí.

Sophie suelta una letanía de insultos en francés, pero sigue corriéndose. Me clava las uñas con tanta rabia en la espalda que acabo sujetándole los brazos, entrelazando nuestros dedos y fijándole las manos en la cama, por encima de la cabeza. Sigo penetrándola hasta que mi cuerpo entero está en llamas, un infierno incandescente. El sudor gotea por mi espalda y cae por una de mis costillas.

—No. Quiero. Parar. De. Follarte —gruño, dándole duro.

La cara de Sophie se contrae en una expresión de agonía placentera. Tiene la boca abierta y los párpados apretados con fuerza.

—Me encanta tu polla —susurra.

Y eso era lo que necesitaba oír. Es la gota que colma el vaso. O la brizna de paja que rompe el espinazo del camello. Aunque en este caso sería más adecuado hablar de un semental, que está embistiendo a su yegua con todas sus fuerzas.

Las pelotas se me contraen y se levantan, listas para estallar. Arqueo la espalda y presiono con las caderas hacia delante, aplastándole el clítoris con la pelvis mientras la explosión detona en la

parte baja de mi espalda y se extiende, destrozándome con su esplendor. Me clavo en ella todo lo que puedo, con el pecho pegado al suyo, y la agarro por los hombros; no la suelto. Me corro, disparando chorros de semen contra el condón. Estoy tan perdido en el orgasmo que al principio no me doy cuenta de que Sophie me abraza con fuerza, susurrándome dulcemente al oído mientras yo tiemblo y me convulsiono contra ella. Cuando me estremezco por última vez, ella carga con todo mi peso. Suelto el aire y, con él, la tensión que había acumulado por las ganas que tenía de follarme a esta mujer. Por fin... alivio.

Ella me acaricia la espalda arriba y abajo, calmándome. Me besa la sien, la mejilla y la frente. Todo lo que encuentra. Al final logro respirar con más facilidad y la polla se me ablanda hasta el punto de que sé que tengo que retirarme. Cuelo la mano entre los dos y agarro el condón para que no se escape. Me retiro y ella me deja ir, con los ojos entornados y la expresión de una mujer que acaba de disfrutar del polvo de su vida.

—Ahora vuelvo. —La beso con suavidad y me dirijo al baño para ocuparme del tema.

Cuando regreso, la encuentro bajo las sábanas. El otro lado de la cama tiene el edredón bajado, a modo de invitación. Me cuelo a su lado, la rodeo con los brazos y presiono mi polla blanda contra su culo desnudo.

—¿Estás bien, *ma chérie*?

Ella bosteza.

—Mejor que nunca.

—Duerme. Mañana será otro día.

A la mañana siguiente, en las empresas Rolland, estoy sentado en el sofá de su despacho mientras ella se alza sobre el señor Girard.

—¿Comprende las consecuencias de sus actos, señor Girard? —Sophie parece tranquila, serena, al mando de la situación.

El cantamañanas —que es cómo he decidido llamarlo— sonríe con ironía. Juro que lo romperé como si fuera una ramita si mantiene esa actitud. Capullo.

—Su sonrisa me dice que no, no las comprende, así que emplearé términos más claros: tiene siete quejas por acoso sexual. Una de las mujeres que lo ha denunciado afirma que dicho acoso se ha repetido múltiples veces. Y eso es causa de despido inmediato.

El tipo rubio, delgado, que al parecer piensa que su mierda no apesta, sacude la cabeza y se ríe. Se ríe. Aprieto las muelas con fuerza, conteniendo las ganas de partirle la cara para borrarle la sonrisa.

—No vas a despedirme —afirma, muy seguro de sí mismo.

Sophie ladea la cabeza y lo fulmina con la mirada.

—¿Ah, no?

—No, mi padre está en la junta directiva. Es accionista de la empresa. Y una mierda me vas a echar. —Se levanta y se abrocha la americana.

Sophie aprieta los puños en silencio.

«Bien, SoSo. Mantén la calma. Puedes hacerlo», la animo mentalmente.

—Lamento decirle, señor Girard, que ya lo he hecho. La empresa prescinde de sus servicios. Como no me fiaba de usted, he ordenado que recogieran sus objetos personales. —Señala una caja situada en la mesa—. Ahí los tiene.

—*Espèce de salope!* —grita llamándola «jodida zorra», y se lanza a por ella.

La empotra contra la pared, le agarra el cuello con una mano y aprieta. Cuando se lo quito de encima, el muy desgraciado ya le ha dado dos puñetazos en la cara.

Cuando ella, aturdida, se deja resbalar por la pared, él trata de atacarla otra vez.

—¡Hijo de puta, te voy a matar! —Le doy un puñetazo con tanta fuerza que la cabeza se le va hacia atrás y se tambalea.

Cae sobre la mesita auxiliar y derriba una lámpara que se rompe al chocar contra el suelo. Me lanzo sobre él antes de que se levante y le golpeo la cabeza contra la alfombra.

—¡Le has puesto las manos encima a una mujer, pedazo de mierda!

La puerta se abre y veo la sombra de Royce. El aire se carga de tensión cuando él ve a Sophie en el suelo, ensangrentada.

—¡Joder! —Entra en la habitación con otro hombre pegado a sus talones.

—¡Park! ¡Suéltalo, tío! —grita Bo.

Niego con la cabeza y vuelvo a golpear al cabrón, oyendo con satisfacción el ruido del hueso al romperse. Me he pelado los nudillos, pero me da igual. Me importa una mierda; lo veo todo rojo, y lo único que quiero es volver a pegarle.

Alguien me agarra el brazo y tira de mí. Huelo a cuero y a pino. Es Bo.

—No vale la pena, tío. Ya le has enseñado que ha metido la pata. Le has roto la nariz, tío. Va a tener que respirar por la boca durante una temporada.

Sigue con los brazos alrededor de mi pecho, para inmovilizarme, mientras yo jadeo y gruño, lanzando miradas asesinas al tipo ensangrentado que se retuerce a mis pies.

—No es suficiente —digo con los dientes apretados, tratando de seguir agrediéndolo con los pies—. Preferiría que respirara a través de un tubo.

Bo me da una palmada en el pecho con tanta fuerza que resuena y lo frota dibujando varios círculos para que me calme.

—Te entiendo. Tienes razón, pero igualmente, no vale la pena.

Un sollozo se abre camino en mi cabeza sedienta de sangre. Vuelvo la cabeza con brusquedad, buscando a Sophie.

—SoSo.

Bo me suelta mientras Royce levanta a Sophie del suelo y la lleva en brazos hasta el sofá, susurrándole al oído y acariciándole el pelo.

—Ya está, ya está, pequeña, todo irá bien. Park se ha cobrado su libra de carne. No te preocupes por nada, pequeña —murmura mientras ella se encoge y esconde la cabeza en su

cuello.

Aprieto los dientes con rabia al tiempo que otro hombre, más mayor, con un traje azul marino y el pelo blanco entra en la contienda con el ceño fruncido.

—¿Qué demonios está pasando aquí? Su secretaria me ha avisado. He tenido que cruzar la ciudad, y cuando llego me encuentro a mi niño sangrando en el suelo. Que alguien me diga lo que ha pasado o llamo a la policía —amenaza furioso.

Bo vuelve a inmovilizarme antes de que pueda lanzarme sobre Girard padre.

—¡Su niño acaba de atacar a Sophie! —siseo.

Echa la cabeza hacia atrás y junta las cejas mientras pasea la mirada entre su hijo, que sigue encogido en el suelo tras la paliza que le he dado, y Sophie, que lo está mirando con sangre en la nariz, el labio y el ojo izquierdo hinchados. Ver cómo se infla ese rostro inmaculado me provoca una nueva oleada de rabia tan intensa que noto que los pies se me levantan del suelo y los puños se me cierran de las ganas de abalanzarme sobre ese saco de mierda que sigue en el suelo.

—Ya, tío, cálmate. Ya se ha llevado su merecido y, además, le espera un juicio —declara Bo.

—¿Perdón? ¿Dice que mi hijo la ha atacado? —le pregunta Girard padre a Sophie—. ¿Por qué demonios iba a hacer eso? —Su voz ya no suena indignada.

Sophie baja las piernas al suelo y deja que Royce la ayude a levantarse. Un anillo rojo le rodea el cuello. Probablemente, por la noche estará amoratado. Cuando habla, tiene la voz ronca:

—Lo he despedido.

—¿Por qué? —Girard se acerca a ella, pero Royce se interpone entre ambos y levanta el brazo para que no continúe avanzando. Bo me sigue agarrando con los dos brazos.

—No se acerque. Acaban de atacar a esta mujer. ¿Cree que le apetece que otro hombre se le aproxime de esa manera? Me parece que no, así que ¡atrás! —Aunque lo dice en voz baja, su actitud promete un mal rato a quien se atreva a desobedecerlo. El señor Girard parece entenderlo así y retrocede varios pasos—. Y ahora, diría que lo mejor será que se calme para que podamos aclarar la situación.

Girard aprieta los labios, pero asiente con la cabeza.

—Adelante, Sophie. —Royce se echa a un lado, pero permanece junto a ella.

Tengo los mejores amigos del mundo, joder.

—Su hijo lleva acosando a mujeres en la empresa desde hace dos años. Uno de los casos es tan grave que la empleada podría presentar denuncia al juzgado, no sólo contra él sino también contra la empresa. El señor Moreau lo ha estado encubriendo durante ese tiempo, pensando que así lo ayudaba a él y a usted. También ha sido despedido. —Sophie inspira y se aclara la garganta—. He hablado con las mujeres acosadas. Con sólo una de ellas llegó a los tocamientos, pero con una basta para arruinar a la empresa. Ha aceptado no presentar denuncia si no vuelven a molestarla. Me estoy asegurando de que no vuelva a suceder y, de paso, me aseguro de que su hijo no vuelva a importunar a ninguna otra empleada de la empresa. Sin embargo, yo sí voy a denunciarlo por esta agresión.

El señor Girard palidece. Sabe que si su nombre se ve involucrado en un escándalo de esta magnitud, no será bueno para sus negocios.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Estoy seguro de que podemos arreglar las cosas sin involucrar a las autoridades.

—No sé cómo. Su hijo es una amenaza para las mujeres y para la sociedad en general.

—Le aseguro que me ocuparé de él. Mi castigo será más duro que el de cualquier jurado. Dígame qué tengo que hacer para que este asunto no llegue a los tribunales ni a la prensa.

Sophie hace una mueca de asco, pero enseguida recupera una expresión digna y una serenidad admirable, sobre todo después de que hayan tratado de estrangularla y le hayan dado un par de puñetazos.

—Dejará su puesto en la junta voluntariamente. Me venderá su diez por ciento de acciones de la empresa y no volveré a verles el pelo a ninguno de los dos nunca más.

—Sophie...

—Ésas son mis condiciones. —En su mirada no hay rastro de titubeos—. Quiero que los Girard salgan de la compañía y se alejen de mí.

—No puede arrebatarle a un hombre las inversiones que tanto le ha costado conseguir.

Ella endereza la espalda.

—Puedo y lo haré. Si me da su palabra de que me venderá sus acciones y renunciará a la junta, este asunto queda resuelto. Llévese a su despreciable hijo y salgan de mi vida los dos. Es ahora o nunca. —Se dirige a su escritorio y descuelga el teléfono—. ¿Llamo a la policía para presentar cargos o a mi abogado para que redacte los papeles? Usted elige.

En este momento me doy cuenta de que nuestro trabajo aquí ya ha terminado. Sophie no va a tener ningún problema dirigiendo las empresas de Rolland Group. Acaba de demostrar que es fuerte, aguda e implacable incluso en la situación más comprometida. Justo lo que necesita para dirigir unas empresas de este calibre. Aunque me voy a asegurar de que, a partir de ahora, llame a seguridad cada vez que tenga que dar a algún hombre una mala noticia, como, por ejemplo, que está despedido.

Sé que voy a tardar años en superar la sensación de culpabilidad. No he actuado con la suficiente rapidez para impedir que Girard la agrediera y eso me hace sentir muy mal. Si hubiera pensado que iba a reaccionar así, me habría sentado a su lado, no en la otra punta del despacho, tan tranquilo, revisando el correo electrónico. Inspiro hondo. Bo me suelta y me da una palmada en la espalda. Con el pie, empuja a Girard.

—¿Está muerto? —le pregunta dándole una patada en la espinilla, floja, para llamarle la atención, no para hacerle daño. Él gruñe y se aovilla un poco más—. Ah, pues no, no está muerto.

—Dejen a mi hijo en paz. ¡Ya han hecho bastante! —Girard padre me dirige una mirada asesina.

—Ni de lejos. Se merecería mucho más por haber estrangulado a Sophie y haberle dado

puñetazos mientras le golpeaba la cabeza contra la pared.

Girard padre cierra los ojos.

—Lo siento, Sophie. No hay ninguna razón que justifique ponerle las manos encima a una mujer.

Royce interviene:

—Eso mismo. Y ahora, ¿va a firmar esos papeles o qué? Me estoy hartando de esta situación.

—*Oui*, firmaré. —Deja caer los hombros derrotado.

—Mi abogado redactará la cesión de las acciones y lo avisará mañana por la mañana —le confirma Sophie.

—Bien. ¿Puedo llevar ya a mi hijo al hospital? —Me mira a mí y después a Roy. Ahora mismo, se lo ve más temeroso de él que de mí, lo que es lógico porque Royce es un tipo amenazador cuando quiere, y en este instante parece capaz de vencer a Evander Holyfield.

—Si quiere... Aunque, teniendo en cuenta lo que ha hecho, yo lo dejaría retorcerse un rato más. Que aprenda algo, que ya tiene edad. —Royce se mete las manos en los bolsillos y baja la mirada hacia el despojo humano al que le he dado una paliza.

El señor Girard se acerca a su hijo. Bo se aproxima por el otro lado y entre los dos lo levantan.

—Lo ayudaré a sacar la basura —dice Bo con una sonrisa. El tacto no es su fuerte.

—Adiós, señor Girard —añade Sophie mientras salen de su despacho y de su vida.

Abro los brazos y ella se refugia en ellos.

10

Los moratones de la cara están casi curados. Miro su imagen en el espejo mientras la abrazo por detrás.

—Aunque ya estás bien, SoSo, sigo sintiéndome fatal por no haber llegado antes a quitarte a ese patán de encima.

La beso en el cuello mientras se prepara para meterse en la cama.

Ha transcurrido una semana y he pasado con ella todas las noches, durmiendo en su cama. He perdido la cuenta de las veces que hemos follado, cimentando nuestro vínculo y disfrutando de la compañía del otro. Nunca había tenido una amiga como ella. Es dulce, amable, compasiva y muy buena en la cama. Es generosa con su boca y le gusta follar tanto como a mí.

Royce ha trabajado con ella cada día, asegurándose de que está totalmente preparada para enfrentarse a los problemas en todos los departamentos de todas las empresas.

Bo ha comprobado de que su vestidor esté equipado del todo. Sophie ha recibido clases de maquillaje y ha aprendido a combinar la ropa, los zapatos y las joyas para cada ocasión. Cada noche, Bo ha acabado con una chiquita distinta. Dice que las francesas son dulces por dentro y por fuera, y yo puedo dar fe de ello.

Mañana nos vamos; volvemos a Estados Unidos.

—Estás triste. —Se vuelve hacia mí y me echa los brazos al cuello.

—No pensaba que me ocurriría. Quiero decir que siempre me alegro de volver a casa tras pasar dos semanas fuera, pero...

Ella sonríe.

—Me echarás de menos.

Pues sí. Mi dulce Sophie yendo siempre al grano con su dulzura habitual.

—Sí, SoSo, te echaré de menos.

Ella me pasa las manos por el pelo, apartándolo de la frente.

—Yo también te echaré de menos.

Me recorre el pecho desnudo y acaba con mi polla en la mano.

—Sobre todo, voy a echarlo de menos a él, *chéri*.

Me echo a reír y le doy un golpecito en la frente con la cabeza mientras Sophie me suelta el miembro, que empieza a endurecerse. Me inclino hacia ella y la beso en el cuello, inspirando su aroma divino, tratando de grabármelo a fuego en el alma.

—Te gusta mi olor, *n'est-ce pas?* —me pregunta de repente.

—Creo que te lo he demostrado durante estos días, *ma chérie*. Me parece que nunca me voy a

hartar de él. —Lo primero que hago al levantarme es hundir la cara en su cuello y aspirar hondo, y eso es también lo último que hago por las noches.

Me dirige una sonrisa radiante, pero me aparta, empujándome el pecho.

Yo frunzo el ceño y protesto:

—Eh, me gustaba tenerte cerca.

Sophie se echa a reír, se cuela por debajo de mis brazos y se escapa a su habitación. Le miro el culo, que se menea enfundado en unos minúsculos shorts rosa pálido a conjunto con la camisola. Busca algo en su armario y vuelve al baño.

—Llévatelo contigo cuando te marches mañana. —Me muestra una botella de su perfume—. Es mi marca personal. Lo hago yo misma en el laboratorio y no está a la venta. No lo encontrarás en ninguna parte. Cuando me eches de menos y quieras acordarte de tu amiga parisina, puedes olerlo.

Acaricio el envase dorado en forma de corazón, que tiene el tamaño aproximado de una pelota de golf. Le quito el tapón e inhalo. Su aroma penetra en mi nariz, y sonrío.

—*Merci beaucoup.*

Su sonrisa crece, me rodea el cuello con los brazos y me besa. Dejo la botella en el mármol y la abrazo. Cuando los dos estamos ya jadeando y mi polla se clava con firmeza en su vientre, le mordisqueo los labios mientras le pregunto:

—Y tú, ¿qué quieres que te deje de recuerdo?

—Con media docena de orgasmos para el camino me conformo.

Al oír la palabra *orgasmo*, mi polla palpita y me pide salir del bóxer, que de pronto se ha convertido en una jaula muy estrecha.

—¿Seis? Un poco avariciosa, ¿no, *chérie*?

Ella se encoge de hombros.

—Ese perfume es muy caro; tienes que ganártelo.

Mi dulce Sophie ya no es una mujer tímida. La mujer que tengo ante mí es fuerte y confía en sí misma. Sabe lo que quiere dentro y fuera de la cama. Me encanta. La adoro.

Me apodero de sus nalgas sedosas y la empujo hacia su cama.

—En ese caso, será mejor que empiece ya. —Como en nuestra primera vez, la levanto del suelo y la lanzo sobre la mullida cama. Me encanta oír sus gritos ilusionados.

Cuando acabo de poner su mundo patas arriba, la abrazo. Está medio recostada sobre mi pecho con un muslo encima de mis piernas.

—¿Me he ganado el sueldo? —bromeo para quitarle hierro a una situación que cada vez cuesta más mantener ligera.

No puedo dejar de pensar que, cuando me despierte al cabo de unas horas, será para marcharme de su lado. Sin embargo, nos va a pagar un cuarto de millón de dólares, así que necesito asegurarme de que está satisfecha, no sólo conmigo, sino también con International Guy.

Sophie es inteligente y capta enseguida lo que quiero saber.

—Ya he recomendado tus servicios a un montón de conocidas; creo que eso responde a tu pregunta.

—Me alegra saberlo. Y ¿ha valido la pena intimar conmigo? —No reconozco mi voz por la emoción que me embarga.

Cuando empecé a tontear con Sophie, no me imaginé que conectaría tanto con ella. No es que quiera dejar mi vida atrás, casarme con ella y tener hijos, no es eso. Pero, desde luego, quiero mantener una relación con ella y seguir conociéndola más a fondo.

Quiero ser su amigo.

Ser amigo de una mujer.

De esta mujer.

De Sophie.

Ella me aprieta el pecho.

—No importa lo que pensaras tú cuando llegaste o lo que tuviera yo en mente cuando te contraté, Parker. Lo importante es que las cosas entre nosotros han evolucionado. Me has dado mucho más que confianza y herramientas para dirigir la empresa. Los tres me habéis cambiado; me habéis convertido en una mujer nueva, una de la que me siento muy orgullosa. —La abrazo y froto su melena alborotada por el sexo con la barbilla—. Te has convertido en alguien importante para mí, Parker, en un amigo. Ahora eres alguien especial, alguien que me interesa. Deseo que seas feliz, deseo que algún día encuentres una mujer que consiga hacerte feliz..., y yo también querré encontrar la felicidad al lado de un hombre algún día. Pero eso no quita que te hayas convertido en mi mejor amigo, casi en un miembro de mi familia. Me queda tan poca gente a la que considerar familia... No quiero perder tu amistad, así que no te creas que mañana te irás y no volverás a saber de mí nunca más. Pienso llamarte a menudo, y más te vale hacer lo mismo. Las amistades son como una cuenta corriente. Los dos hemos de hacer el mismo número de aportaciones y retiradas si no queremos que caiga en números rojos. A menos, claro, que tú no quieras. —Levanta la cabeza y apoya un brazo en mi pecho para mirarme a los ojos.

—Yo también te quiero, Sophie, como un amigo, y deseo conservar tu amistad.

Ella me besa en los labios.

—Me alegro. Yo también. Pero ésta es la última noche que nos acostamos. A partir de mañana ya no seré tu amiga con derecho a roce. Seré simplemente Sophie.

Sonrío, la abrazo y le beso la espalda.

—Pues más me vale aprovechar el último asalto.

El teléfono vibra sobre la encimera del lavabo mientras acabo de hacerme el nudo de la corbata. Miro la pantalla.

De: La Fábrica de Dinero
Para: Parker Ellis

Te estamos esperando abajo, en el coche. Despídete de nuestra chica por nosotros.

El mensaje de Roy me clava una daga en el corazón. Me apoyo en el lavabo con los hombros en tensión y la mente confusa mientras me miro en el espejo. Mi pelo castaño claro, que ya necesitaba un corte la semana pasada, sigue demasiado largo. Ojeras bajo los ojos azules por la falta de sueño y barba de dos días que he pasado de afeitarme, ya que eso habría significado menos tiempo junto a SoSo. Y necesitaba ese tiempo para despedirme de su cuerpo para siempre.

Abro el cajón y saco una de las barras de pintalabios Viva Glam rojo que le compré. Recuerdo cuando le apoyé la punta en sus bonitos labios.

«Preciosa.»

Sonrío mientras destapo el carmín y hago subir la barra. Elijo la esquina superior derecha del espejo para escribirle un mensaje. Aprieto con fuerza y le dejo un buen manchurrón rojo para que se acuerde de mí.

Ma chérie:
Eres oro puro.
Con amor,

Yo

Cuando acabo, tiro el pintalabios inservible a la papelera. Al fin y al cabo, le quedan dos más. Cojo la botellita de perfume con el aroma de Sophie. Me levanto un poco la manga de la camisa y aprieto, rociándome su esencia antes de volver a taparla y guardármela en el bolsillo superior. Su aroma dulce y especiado se extiende en el aire y me rodea, haciéndome sentir feliz y seguro. Sé que acabo de ganarme una amiga. Tal vez viva a un océano de distancia, pero estoy seguro de que Sophie es una mujer de palabra y no dejará que la distancia se interponga en nuestra amistad.

Cojo mi equipaje de mano y vuelvo en silencio a la habitación. Sophie está desnuda, durmiendo de lado, y la melena castaña le cae por la espalda. Aunque la sábana le cubre el pecho, tiene toda la espalda al descubierto. Parece un ángel y no puedo resistir el impulso de sacar el móvil y llevarme un recuerdo secreto de su belleza. Saco la foto, me guardo el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y me acerco a la cama. Me siento en el borde y le acaricio el brazo, desde el hombro hasta la mano, que enlazo con la mía. Ella parpadea soñolienta, y me dirige una pequeña sonrisa.

—¿Te vas ya? —me pregunta en voz baja, ronca.

Asiento con la cabeza.

—Me voy ya.

Sophie se incorpora, dejando que la sábana se caiga, y me abraza.

—Cuídate en tus viajes. Llámame cuando hayas llegado para que sepa que estás en casa.

Me río con la cara pegada a su cuello. Aspirar su aroma directamente de la fuente es mucho mejor que hacerlo de la botella, pero me conformaré con lo que tengo.

—Sí, mamá.

Ella se ríe, frota la nariz contra mi cuello y me planta un beso antes de separarse. Me sujeta la cabeza con ambas manos y me dice:

—Amigos para siempre. —Sus palabras están cargadas de esperanza, confianza y amor.

Apoyo la frente en la suya.

—Amigos para siempre, SoSo.

—Vale, Park. —Usa el apodo que los chicos emplean. Se aparta un poco más y me da dos besos en las mejillas, no en los labios. Me doy cuenta de que ninguno de esos gestos es casual. Ahora somos amigos; ya no somos amantes—. *Au revoir*.

Entiendo por qué lo hace, así que, en vez de besarla en los labios, me despido con un largo beso en la frente.

—Adiós.

Me levanto y me dirijo a la puerta del dormitorio sin mirar atrás. Los adioses son una mierda, incluso en las mejores circunstancias.

La cerveza que se desliza por mi garganta está helada. Mi padre me apoya la mano en el hombro y aprieta.

—Me alegro de volver a teneros por aquí. ¿Ha ido bien el viaje?

Llevamos ya dos días en casa y mi padre tenía ganas de vernos. O eso es lo que ha dicho cuando me ha visto entrar.

Royce responde con una gran sonrisa.

—Siempre nos quedará París.

El grandullón machote y calvo tenía que citar *Casablanca*.

Le lanzo un cacahuete, pero él tiene buenos reflejos. Lo esquiva y alza una ceja, como provocándome a que vuelva a hacerlo.

—París es lo mejor. Las mujeres... —Bo sacude la cabeza y se frota la perilla—. Las parisinas saben lo que hacen. —Menea las cejas en un gesto seductor—. Ya tengo ganas de volver. —Levanta la jarra de cerveza y le da un buen trago.

Yo me río.

—Tío, no has dejado ni una mujer para la próxima vez.

Él sonríe canalla.

—Lo sé, pero me gusta repetir.

Roy sonríe a su vez y sacude la cabeza.

—Chaval, esa polla tuya te va a meter en un lío algún día. Que Dios ayude a la mujer que tire la caña y te pesque por el pito.

—Voy a necesitar un tequila para ponerme a tono con la conversación —comenta mi padre, echándose el trapo por encima del hombro. Le da una palmada a la mesa y vuelve a su lugar habitual detrás de la barra.

Miro a mi alrededor y me fijo en los pequeños detalles que hacen de este sitio algo más que un lugar de trabajo, un segundo hogar. Sin duda, me siento más en casa aquí que en mi apartamento.

—¿Qué piensas? —Roy levanta la barbilla—. ¿Ya la echas de menos?

Suspiro.

—Sí y no. Nos despedimos, pero quedamos como amigos.

—¿Amigos? ¿Con una chiquita? —Bo abre mucho los ojos y sacude la cabeza—. Eso no es posible, tío. La amistad y las mujeres no son compatibles. Son como el agua y el aceite, tío.

—No, el que es incompatible para ser amigo de una mujer eres tú. Sophie mola muchísimo. Nos divertimos tanto charlando como follando. —Sonrío y recuerdo el último polvo, cuando la tomé por detrás, con su mano entre sus piernas y las mías en sus nalgas—. Aunque el sexo fue espectacular.

—Y ¿no te enamoraste de ella? —pregunta Royce con franqueza, sin juzgar.

Niego con la cabeza.

—No, fue otra cosa. Conectamos a un nivel más profundo y nos divertimos mucho en la cama, sin más. Ya hemos hablado una vez desde que volvimos. Todo va bien. Me contó un montón de cosas del trabajo. Está metida hasta el cuello en un proyecto que le hace mucha ilusión. Somos amigos, eso es todo. De hecho, la considero una de mis mejores amigas.

Bo me mira extrañado.

—¿En serio?

—Sí. Me encanta ser su amigo, tío. Nunca había sido amigo de una mujer. Es una experiencia diferente, pero me gusta. Me da un punto de vista distinto sobre las cosas. Las mujeres son únicas para ver las situaciones desde un punto de vista emocional. Creo que se va a convertir en una confidente. Y espero ser lo mismo para ella.

Roy asiente.

—Lo veo, tío. Se notaba que te gustaba, pero no me pareció que fuerais a llegar al altar.

—Ella estaba en la misma onda —añado, disfrutando de otro trago de cerveza.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunta Bo—. ¿Adónde vamos?

Abro la agenda del teléfono y no puedo evitar que la muñeca me tiemble un poco. No se van a creer quién es nuestra próxima clienta potencial. Yo aún no me lo creo. Para centrarme en el trabajo —porque en cuanto descubran el nombre de la clienta no va a haber quien se concentre —, empiezo por lo más fácil.

—Lo primero y principal es comenzar a entrevistar a los cinco candidatos que Andre me ha pasado para el puesto de asistente.

Royce asiente y sorbe su whisky lentamente. Bo frunce el ceño y refunfuña.

—Tú también vas a tener que entrevistarte con ellos. —Le señalo el pecho con un dedo acusador.

—Tío, elige tú y luego ya me reuniré con él o con ella. Es mi mejor oferta. —Bo se mete un

pretzel en la boca y mastica.

Ser socios implica ocuparse de mierdas que al otro no le apetece hacer. A Bo ese tipo de cosas lo aburren soberanamente, pero sé que no pondrá problemas y aceptará a cualquiera que yo elija, así que de momento lo dejo pasar. Me lo guardaré para cuando haya algo que yo no quiera hacer, y le tocará a él porque me deberá una.

—Vale.

—Gracias, tío. —Se acaba la cerveza de un trago.

—Y ahora, la sorpresa. Ha llegado un correo asombroso —logro decir con la voz bastante serena.

—¿Ah, sí? —pregunta Royce mientras Bo se echa hacia delante.

—Sí, de una agente. —Me aclaro la garganta.

—¿Qué clase de agente? —quiere saber Bo.

—De los que representan a actores de primera categoría. —Hago girar la cerveza.

—¿Primera categoría? —Royce levanta mucho las cejas.

—Resulta que la agente de Skyler Paige quiere que la ayudemos con algo especial.

—¡Joder! ¿Skyler Paige? ¡Me tomas el pelo! —Bo golpea la mesa y el bol de *pretzels* sale volando, llenando el suelo de galletitas.

—¡Iré a por la escoba! —grita mi padre desde la barra.

—Gracias, papá.

—¡La madre que me parió! Skyler Paige es lo más..., y tú has estado enamorado de ella toda la vida —comenta Royce con una enorme sonrisa.

Frunzo el ceño y lo señalo con un dedo.

—¡No me toques los cojones! ¡Si llamara la agente de Halle Berry y nos pidiera que le hiciéramos un trabajito, te echarías a llorar como un niño de teta!

Royce se ríe.

—Ni de coña. Me tiraría al suelo de rodillas y le daría gracias al Señor. Y luego pondría en marcha todos mis trucos hasta que esa mujer llevara mi anillo en el dedo. ¡Jo-deeer! Anda que no molaría.

Esta vez soy yo el que se echa a reír.

Cuando hemos acabado de declarar nuestro amor eterno por todo lo que esté relacionado con Skyler Paige y Halle Berry, Bo se une a la conversación.

—Y ¿por qué una mujer que lo tiene todo (fama, fortuna y un físico matador) nos necesita?

—Buena pregunta. Sobre todo teniendo en cuenta que ha generado cien millones de dólares sólo con las películas. —«Gracias, Google»—. Aún no lo sé. —Niego con la cabeza—. Tengo una reunión con su agente.

Las cejas de Roy están haciendo horas extras y vuelven a elevarse.

—¿Una reunión, en Boston? No creo que la agente viva aquí.

—No, viene de Nueva York. Al parecer, allí es donde la señorita Paige tiene su residencia

habitual. Y su agente quiere llevar las cosas con discreción.

Bo extiende el brazo sobre el respaldo del banco de nuestro reservado.

—Skyler Paige... Esa mujer es preciosa, tiene talento y está cargada de millones. He visto todas sus películas.

Lo miro con los ojos entornados.

—Casi todas sus películas son para chicas.

—¿Y qué? Tengo polla y me gusta meterla en remojo. Así que, si alguna mujer que me interesa quiere ver una peli, la llevo. Los cines me permiten empezar temprano con los preliminares. Ya sabéis, la oscuridad y todo eso. —Nos mira y hace una mueca traviesa.

Bo nunca deja de sorprenderme, pero dejo pasar su comentario y sigo con el tema que nos ocupa.

—Lo único que sé es que la agente quiere contratar a IG.

—¿Cómo nos ha conocido? —quiere saber Roy.

Sonrío satisfecho, y les doy un nombre:

—Sophie.

—¿Esa chica ya nos está recomendando? Debes de haberle dado lo suyo con ganas —me alaba Royce.

Me echo a reír.

—Sea por lo que sea, el caso es que Sophie tiene un montón de contactos en el mundo de la belleza, y eso incluye a la señorita Paige, que acaba de grabar un anuncio para Rolland Group. Cuando la agente habló con Sophie, ella nos recomendó para el problema que la señorita Paige tenía. No sé de qué se trata, pero no iba a decir que no a una reunión.

—¡No, claro! —exclama Bo—. ¡Joder, me encantaría conocer a Skyler! —Su sonrisa lo dice todo.

Se me disparan todas las alarmas. Niego con la cabeza. Es mía. Lo pienso, pero no lo digo en voz alta. Los chicos ya saben que la superestrella rubia me pone muchísimo.

—Ni hablar. No pienso dejar que te acerques a Skyler Paige hasta que sepamos de qué va el trabajo. Incluso después, las manos quietas. Al igual que Sophie, Skyler no es una de tus chiquitas. Es una clienta; una clienta muy rica que necesita nuestros servicios.

Él gruñe y refunfuña en voz muy baja, pero aun así oigo lo que dice.

—Ya veo de qué va la cosa. Tú puedes tirártelas, pero yo no.

—Exacto. ¿Ves que Sophie esté llorando sobre su *espresso* por mi culpa? —Espero, hasta que Bo pilla por dónde voy—. No, no lo ves. —Bo me mira mal—. ¿Ves que esté maldiciendo International Guy?

—Vale, vale. —Mueve la mano en el aire—. Sigue hablando.

Bo sabe que cuando ha mezclado el trabajo con el placer nos ha traído problemas, aunque, en general, las cosas suelen acabar bien.

—¿Cuándo es la reunión? —me pregunta Roy mientras mi padre se acerca con la escoba y

una bandeja con un whisky para Roy, una pinta para mí y un botellín para Bo.

Mi padre deja las bebidas en la mesa y Bo se levanta de un salto y le quita la escoba.

—Yo me encargo, tío. Yo lo he tirado, yo lo recojo.

Royce y yo cogemos las bebidas y mi padre vuelve a la barra.

—A finales de esta semana. Os mantendré informados. Mientras tanto, nos ocuparemos de cerrar algunos temas menores. Revisaré peticiones y concertaré citas, además de quedar con los candidatos para las entrevistas.

—Vale, pero ahora a relajarnos. —Royce se echa hacia atrás y saborea su whisky. Cierra los ojos y se relaja, transmitiendo serenidad.

—Brindemos. —Levanto la jarra.

Roy abre los ojos y hace chocar su bebida con la mía. Bo deja la escoba, coge el botellín y da un golpecito a nuestras copas.

—Por conseguir otra clienta de las buenas, que me acerque un poco más a mi niña plateada —dice Roy, refiriéndose al Porsche 911 por el que lleva tiempo babeando.

—Yo brindo por conseguir a Skyler Paige como clienta —añade Bo.

Trato de ignorar el comentario de Bo sobre Skyler; no quiero que me moleste, pero lo hace. La palabra *conseguir* al lado del nombre de Skyler en boca de Bo me pone muy nervioso.

—Por otro éxito junto a mis hermanos. —Hago chocar las bebidas, centrándome en lo importante.

Los hermanos siempre tienen prioridad.

—IG hasta el fondo..., nena —replica Roy.

—IG. —Bo se une al brindis.

—Joder, sí... ¡Por International Guy!

Skyler

—¡Sal de la cama! ¡Lo digo en serio, Skyler! —El timbre agudo de la voz de Tracey me taladra los oídos. Me tapo con la colcha y escondo la cabeza debajo de la almohada para amortiguar el ruido—. ¡Maldita sea, Skyler! —oigo justo antes de que me arrebaten la colcha que cubre mi cuerpo casi desnudo. Siento escalofríos en brazos, piernas y en la espalda por culpa del aire acondicionado. Me gusta poner el aire bien frío, helado. Me recuerda que sigo viva, es una de las pocas cosas que aún me lo recuerdan.

Indignada, permanezco tumbada fingiendo estar dormida, aunque ella sabe que no lo estoy. Tracey es mi agente tocapelotas, pero también mi mejor amiga desde primaria. Mientras yo me lanzaba de cabeza a las clases de teatro e interpretación en Nueva York, ella fue la primera de su promoción en Administración de Empresas. A mí me costó mucho acabar los estudios. Entre los trabajos como modelo de fotografía, los anuncios, las apariciones en televisión y los pequeños papeles que conseguí para el cine, tuve que arrastrarme y suplicar para conseguir el título.

Mis profesores se enrollaron. La mayoría estaban extasiados por tener en clase a una actriz que estuviera en activo. Gracias a un montón de fechas de entrega aplazadas y puntos extras, conseguí mi diplomatura en Arte. Algo es algo. De hecho, es una de mis posesiones más preciadas.

La vida era mucho más sencilla antes de triunfar. Me preocupaba de actuar, me interesaba por la historia, por saber cómo interpretar a un personaje, qué rasgos aportarle, encontrar ese lugar en mi interior desde el que darle vida y llevarlo a la gran pantalla.

Ahora mi preocupación es conseguir el tono perfecto de rubio. O si mis dientes están lo bastante blancos. O si he ganado medio kilo y si puedo perder uno para compensar. O qué diseñador va a vestirme. O si el tipo con el que salgo me pone los cuernos. Siempre lo hacen. Al menos, eso es lo que dice la prensa.

No he tenido un novio de verdad, un hombre de mi vida, desde la facultad. Un par de intentonas me enseñaron la lección a golpes. Me entregué a ellos y ¿cómo me lo pagaron? Me traicionaron y vendieron mis secretos al mejor postor.

Paso. No más mentiras. Se acabaron los hombres para mí.

Echo mucho de menos el sexo, eso es verdad. Ya ni siquiera recuerdo la última vez que tuve un orgasmo compartido. No estoy exagerando, no me acuerdo. ¿Para qué? Lo hago yo misma y mis orgasmos son rápidos, vacíos y sin sentido, como mi vida.

Una bofetada resuena en el aire de la habitación cuando Tracey me palmea la nalga por encima de mis diminutas bragas. El calor y el dolor ascienden por mi cuerpo como un

relámpago. Me incorporo, rápida como un cohete de reacción. Mis tetas rebotan libres, y los pezones se endurecen al contacto con el aire frío.

—¡Au! ¡No me puedo creer que me hayas pegado! —grito, y me froto la nalga dolorida.

Tracey me señala con una uña perfectamente cuidada. Lleva el pelo castaño claro recogido en una coleta tirante, y su expresión es letal.

—Si te portas como una niña pequeña, tendré que tratarte como tal. Ahora, levanta el culo de la cama, vístete y vámonos. El rodaje de Versace es... —Se levanta la manga del *blazer* y comprueba la hora en el Rolex— dentro de dos horas.

Sacudo la cabeza, cojo la almohada y me cubro con ella. No es que tenga nada que no haya visto ya, pero es raro mantener una conversación con alguien que va vestido de ejecutivo agresivo mientras yo sólo llevo las bragas.

—No voy a ir, Trace. Yo... —Se me rompe la voz y noto acidez en el estómago sólo de pensar en volver a hacer el numerito de la mujer perfecta. Yo no soy perfecta. Ni de lejos—. No puedo —susurro—. Tienes que cancelarlo; que se busquen a otra.

Tracey se lleva las manos a las caderas.

—Skyler, pensaba que ya lo habrías superado a estas alturas. Por lo general te llega con dos semanas entre trabajo y trabajo para recuperarte. —Baja el tono de voz y me dice, más amable —: Pajarillo, estoy preocupada por ti.

Pajarillo.

El apodo que me pusieron cuando era niña. Los pájaros viven en el cielo, y yo siempre he tenido la cabeza en las nubes. Siempre he necesitado notar el viento bajo las alas para sentirme libre. Además, me llamo Skyler, y *sky* es «cielo» en inglés.

—Flor, no puedo hacerlo. No sé si podré volver a trabajar alguna vez.

Hace una mueca al oír que yo también uso su apodo de la infancia. La llamamos Flor porque está anclada al suelo y disfruta estando en contacto con la tierra en la que la plantaron. No usamos los apodos a menudo, sólo cuando queremos recordarnos que lo importante somos nosotras: Sky y Trace; no la *it girl* más famosa de Hollywood y la directora de la agencia de artistas más importante de Nueva York. Simplemente nosotras, Pajarillo y Flor.

Tracey se sienta en la cama y me coge la mano.

—Sabes que esto es bastante habitual. Es agotamiento. Se lo llama «estar quemado».

Me muerdo el labio inferior y me paso la mano por los rubios mechones alborotados. Tengo las extensiones hechas un desastre después de pasarme la noche dando vueltas en la cama. Me cuesta mucho dormirme por las noches y cuando lo hago me despierto enseguida, por eso casi siempre me encuentra dormida durante el día. Tengo que recuperar el sueño cuando puedo, y me niego a automedicarme. Lo último que necesito es apagar un mundo que cada día pierde más su brillo.

—Trace, yo no sé si puedo seguir trabajando en esto. Esa parte de mí que se emocionaba cuando conseguía un nuevo papel, que no veía el momento de descubrir un nuevo guion..., ya no

existe. Ha desaparecido. No sé dónde está ni cómo encontrarla. Sólo sé que ya no tengo ganas de actuar. —Al reconocerlo, siento que las lágrimas se agolpan en mis ojos.

Mi mejor amiga me aprieta la mano para darme ánimos.

—Las recuperarás, te lo prometo. Esto siempre ha sido tu sueño y al fin estás viviéndolo.

Hago una mueca de incredulidad.

—¿En serio? ¿Mi sueño es hacer cientos de entrevistas falsas en las que le cuento a la prensa cosas que no son verdad? ¿Soltar todas las mierdas que mi publicista me dice que diga para que se vendan más entradas de mi última película o para que mis fans no pierdan el interés en mí?

—Tus fans te quieren.

—Y yo los quiero a ellos, pero no me conocen. ¡No a mi auténtico yo! —Golpeo la almohada que me cubre el pecho.

Tracey tiene el detalle de bajar la mirada, y noto una pizca de vergüenza o de culpabilidad en su modo de agachar la cabeza y encorvar los hombros.

—Puede ser, pero tu trabajo consiste en darles ilusión. Darles esperanza, algo que vale la pena esperar.

Resoplo.

—Rodando una película tras otra, casi sin comer nada. El otro día me subí a la báscula y casi vomité porque había ganado un kilo. ¡Un kilo! Fue como si me hubieran disparado una bala. Me fui corriendo a la elíptica y me pasé dos horas en la puta máquina. Luego hice pesas hasta que pensé que se me caerían los brazos. No es normal, ¡esto no es sano! —le grito, y me llevo las manos a las sienes porque empiezo a tener dolor de cabeza.

—Skyler, odio decirte esto porque te quiero, y lo sabes, pero soy tu agente y tu mánager. Has firmado dos contratos para dos películas este año. Una empezará a rodarse en Nueva York dentro de seis semanas y luego tendrás que ir a Milán. Como mucho puedo cancelar el anuncio de Versace, el de la lencería Aubade y el del perfume de Rolland Group para que puedas descansar un poco.

—Gracias.

Ella suspira.

—No me lo agradezcas aún. Estás obligada por contrato a actuar en esas películas, así que durante estas semanas vas a tener que encontrar ese fuego que tenías dentro de ti.

Un escalofrío me atraviesa el pecho y noto que un puño me aprieta el corazón.

—¿Y si no lo consigo? —susurro con la voz alterada por una agitación emocional muy grande, tan grande como la que me asaltó cuando perdí a mis padres en el accidente de yate hace unos años. Me dijeron que iban a hacer el viaje de sus vidas. Me dieron las gracias mil veces por el yate con el que iban a dar la vuelta al mundo para celebrar los cincuenta años, pero en cuanto se hicieron a la mar...

—Encontraremos ayuda. —Trace me saca de mis negros pensamientos con esa afirmación.

Frunzo el ceño.

—¿Qué clase de ayuda?

Tracey inspira hondo antes de enderezar los hombros y de mirarme a los ojos.

—Hay una empresa que se llama International Guy. Prestan servicios variados a mujeres que ocupan puestos de responsabilidad.

No puedo evitar la risa que me brota de la garganta y se extiende por la silenciosa habitación. Vivir en un ático de un bloque de pisos de Nueva York te aporta algo más que lujo. Vivir en un piso cuarenta con vistas a Central Park tiene sus ventajas, y la tranquilidad es una de ellas.

Gracias a Dios.

—¡International Guy suena a anuncio de colonia para hombre! —Sigo riéndome con la mano delante de la boca.

Tracey sonríe.

—Bueno, la verdad es que me han hablado muy bien de ellos. Su sistema de trabajo es poco ortodoxo, pero creo que voy a contratarlos.

Me apoyo en el cabecero de la cama y abrazo la almohada.

—Y ¿qué crees que podrán hacer por mí?

Se pone seria pero, instantes después, una sonrisa descarada ilumina su bonita cara de rasgos sencillos.

—Devolverte la inspiración, por supuesto.

Fin..., de momento.

Nueva York

1

—¿Cómo me has dicho que te llamabas? —le pregunto a la pelirroja de pelo corto, peinado a lo *pixie*, sentada al otro lado de mi escritorio.

Suelo recordar los nombres de las personas, sobre todo si son mujeres guapas, pero, mientras revuelvo los papeles, no entiendo por qué no tenía apuntada su cita y por qué no encuentro su currículum. La escena es, cuando menos, frustrante. Nunca me olvido de las reuniones y, desde luego, nunca quedo con nadie antes del mediodía un lunes por la mañana.

—Wendy. —Me dirige una sonrisa dulce—. Wendy Bannerman. Confirmé la hora de la entrevista con Andre; me dijo que todo estaba en orden. Sé que tienes entrevistas durante todo el día, pero espero conquistarte con mi intelecto, mi intachable ética laboral y mi dominio de la informática. —Sonríe y se echa hacia atrás, cruza una pierna enfundada en cuero sobre la otra y apoya las manos en la rodilla.

Dejo de buscar su currículum o alguna señal de que tuviera una entrevista concertada a las diez de la mañana, me reclino en mi sillón y me concentro en la mujer que tengo delante. Es delgada, de estatura media y rasgos delicados pero bien definidos. El pelo, rojo como el fuego, es teñido, por supuesto, pero le queda bien. La ropa que ha elegido para ir a una entrevista de trabajo es francamente curiosa: pantalones de cuero negros y un *blazer* blanco sobre lo que me imagino que es un top de su banda de música favorita. El top está cortado en zonas estratégicas que dejan a la vista retazos de lencería amarilla que cubre unos pechos que son pequeños pero, sin duda, respingones. Lleva un collar de cuero negro alrededor del cuello, con remaches plateados y un candado colgando. En los brazos lleva un montón de pulseras de cuero y plata o cadenas, visibles porque el *blazer* está remangado. Al cambiar de postura, el metal de los grandes anillos de sus dedos refleja la luz del sol. Bajo la vista hasta sus pies y ahí es donde me acaba de conquistar. Unas botas de combate rojas ponen la guinda al *look*.

Alza una de las cejas mientras baja la barbilla.

—Ésta soy yo. —Wendy se señala de la cabeza a los pies.

Sonrío.

—Me gustan las mujeres que saben quiénes son y que se muestran sin miedo ante el mundo. —Se ruboriza mientras apoyo los codos en la mesa y la barbilla en la mano—. Cuéntame cosas sobre ti, Wendy.

Ella se pasa la lengua por los labios e inspira hondo.

—Vamos a ver. Me gradué *summa cum laude* en la Universidad de California, en Davis, licenciándome en Sistemas Informáticos. Me mudé a la costa Este por mi novio, que consiguió

trabajo aquí, como director de la agencia de publicidad.

Frunzo el ceño y la interrumpo:

—¿Para cuál?

Ella alza una ceja.

—¿Cuál qué?

—¿Para qué agencia de publicidad? —insisto muy serio.

—Eh..., pues para la más grande.

Se me escapa la risa, pero cruzo los brazos y los apoyo en la mesa.

—Y ¿cómo se llama? ¿No sabes dónde trabaja tu novio? —la provoco, sabiendo que me está vendiendo un montón de mierda. Tanta mierda que sus ojos deberían ser marrones y no azules como el cielo. Esos ojos que ahora mismo me miran asustados porque sabe que la he pillado mintiendo.

—No entiendo por qué me preguntas por mi novio si la que busca trabajo soy yo.

Está tratando de devolver la conversación a unas aguas en las que se sienta más cómoda..., básicamente, las aguas de sus mentiras. Sacudo la cabeza y pienso que tengo que darle una lección a esta mujer o, mejor dicho, a esta chica, porque no tengo nada claro que tenga edad suficiente para haberse graduado ni en California ni en ninguna parte. Me apostaría la cuenta corriente a que Wendy no tiene más de veintiún años. Tal vez ni siquiera llegue a los veinte.

—Wendy, voy a ser sincero contigo. Conozco a las mujeres. Las conozco muy bien, y sé que estás mintiendo como una bellaca para dar buena imagen.

Abre mucho los ojos y traga saliva despacio. Apuesto a que tiene la boca más seca que el Sahara. Es lo que suele pasar cuando te pescan mintiendo.

—Yo, eeehh...

—No estudiaste en la Universidad de California. Sospecho que eres demasiado joven para haber empezado la universidad, así que no me creo que ya te has licenciado.

Ella echa la cabeza hacia atrás.

—Podría ser una niña prodigio.

—Podrías, y no me extrañaría nada. Que hayas entrado aquí, sabiendo que hoy tenía entrevistas, y que hayas conseguido hablar conmigo ya me parece impresionante, pero, te lo advierto, si me sueltas otra bola, ya te estás largando por donde has venido. —Señalo la puerta de la oficina.

Su expresión cambia y empieza a temblarle la mejilla.

—Parker, no más mentiras. Se ve que eres un tipo de los que van de frente.

Sonrío. Por fin voy a saber qué se trae entre manos esta chica. Me echo hacia atrás y espero.

—Accedí a vuestro sistema informático para conseguir la entrevista. Sé que tus socios y tú necesitáis una asistente y, tras leer los requisitos que le enviaste al cazador de talentos, supe que era la persona que Andre y vosotros estabais buscando.

Aunque por dentro estoy muy cabreado, trato de mantener el tono de voz calmado.

—¿Nos has hackeado? —Esta vez soy yo el que alza una ceja. ¡Será descarada!

Ella se encoge de hombros.

—No es que tenga demasiado mérito. Vuestros cortafuegos no valen nada, y no me hagas hablar sobre la seguridad de vuestros archivos. Puedo decirte la cantidad exacta de dinero que International Guy ha facturado durante estos últimos cinco años. Me sé tu número de la seguridad social. Si quieres te lo digo, y también puedo decirte el de Royce y el de Bogart.

—¿De memoria? —El descaro de esta mujer es alucinante, pero también flipo con los ovarios que tiene.

Frunce los labios.

—Sí, tengo memoria fotográfica. —Wendy se encoge de hombros y mira por la ventana. Cuando vuelve a hablar, su voz ha perdido aplomo—. No tengo ningún título universitario, pero sí muchas ganas de trabajar. No tengo familia aparte de mi novio, con el que estoy muy comprometida, es decir, que puedo echarle muchas horas y puedo viajar siempre que haga falta.

Se acaricia el candado que lleva al cuello, ausente, lo que me lleva a pensar que realmente está muy comprometida con su novio, vamos, que no me extrañaría que él le hubiera puesto el collar en el cuello y llevara la llave colgando del suyo.

—¿Te atreverías a preguntarle a una millonaria su talla de sujetador y de bragas? —le suelto de sopetón.

La sonrisa irónica con que me responde me sorprende.

—Claro, pero puedo hacer algo mejor que eso.

Ladeo la cabeza y entorno los ojos. Ella trata de devolverme una mirada de cachorrito, pero sus ojos azules no tienen nada de inocente. Ese cuerpo joven y menudo esconde un alma vieja.

Se levanta con brusquedad, abre la bolsa que tiene a los pies y saca un ordenador portátil muy ligero.

—¿Quién es vuestra próxima clienta?

Mi primer impulso es inventarme una, pero decido ir con la verdad por delante para saber hasta dónde puede llegar.

—Probablemente Skyler Paige.

Wendy ni siquiera pestañea al oír el nombre de la actriz mejor pagada de Hollywood.

Afirma en silencio y se sienta, apoya el portátil en las rodillas y sus dedos vuelan sobre el teclado. Asiente un par de veces, se muerde el labio y observo cómo se despliega la magia ante mí. Los ojos azules de Wendy centellean mientras trabaja. Endereza la espalda y juraría que se eleva la temperatura de la habitación. Sé cuándo encuentra lo que busca porque desprende una sensación de orgullo por todos los poros mientras le da la vuelta al ordenador y me señala la pantalla.

—Éstas son las compras que ha hecho con la tarjeta de crédito durante los últimos seis meses. Como ves, hay varias compras de lencería en Agent Provocateur.

—Lo único que eso me dice es que es aficionada a la lencería cara —bromeo.

Wendy sacude la cabeza, le da a un botón en el teclado y aparece una pantalla negra.

—Esto es lo que compró en Agent Provocateur. He entrado en su base de datos. Según los datos de Skyler Paige Lumpkin, que es su nombre completo, usa una talla mediana de bragas y una 90D de sujetador. ¿Para qué preguntar pudiendo encontrarlo en la red? Así, la clienta no siente que invadimos su privacidad.

Me echo a reír ante su cinismo.

—Eres buena. Pero ¿cómo has sabido cuál era su nombre completo?

—Porque mientras accedía a Agent Provocateur investigaba a Skyler Paige, cuyo nombre real resulta ser Skyler Lumpkin. ¿Quieres una copia de su certificado de nacimiento? Te la puedo conseguir.

—La madre que... —Me echo a reír y sacudo la cabeza.

—¿Quieres que busque algo sobre alguna antigua novia, algún socio o cliente? Puedo hacerlo —me propone orgullosa.

—Y ¿todo esto es legal?

Abre tanto los ojos que las cejas casi le llegan al flequillo pelirrojo.

—Bueeeno, no mucho, pero te prometo que nadie te relacionará con las búsquedas. Cuido mucho la seguridad. —Su tono destila sarcasmo—. Si le doy a un botón del teclado, todo desaparece. Incluso puedo hacerlo estallar si quiero. —Me guiña el ojo y me dirige una sonrisa digna de la Mona Lisa.

—¡Dios! —Me froto la frente.

Wendy se aclara la garganta, cierra el portátil de golpe y lo guarda en su bolsa.

—¿Te ves capaz de desenvolverte con tres jefes completamente distintos, que van a estar dándote órdenes al mismo tiempo?

Ella sonríe y me guiña el ojo.

—Por supuesto.

Reaccionando de un modo poco habitual en mí, tomo una decisión sin consultarlo con los chicos. Sé que a Bo le dará igual. Royce tal vez tenga algún escrúpulo legal, pero sé que se fiará de mi criterio.

—Pues iré al grano. Necesitamos a alguien urgentemente. Si te interesa el puesto, es tuyo.

Wendy da un salto y suelta un grito muy femenino mientras golpea el aire con el puño.

—¿Cuándo empiezo? —Los ojos le brillan de alegría.

—¿Estás libre ahora? Tengo una reunión con la agente de Skyler Paige...

—Tracey Wilson —me interrumpe—, la dueña de la agencia de artistas Triumph. Por lo que he visto en la red, están muy unidas.

—Joder, qué buena eres —susurro, aún en shock por haber encontrado a la mejor asistente del mundo con tanta facilidad. No sigue precisamente las reglas, pero es justo lo que necesitamos.

Wendy sonríe.

—Lo sé, jefe. Dime, ¿qué quieres saber sobre Skyler?

Me encojo de hombros.

—Abre una carpeta y mete dentro todo lo que te parezca relevante. Pásamelo todo a las tres. La reunión con la señora Wilson es a las cuatro, tendré tiempo suficiente para leerlo.

—Claro, jefe. Supongo que mi sitio es el escritorio vacío que hay frente a tu despacho, ¿no?

—Lista, además de guapa. Me gustan las mujeres así. —Que tengan un buen culo y unas buenas tetas no molesta tampoco, aunque Wendy no tiene demasiado de lo uno ni de lo otro.

Me dirige una sonrisilla irónica, pero se ruboriza. Me gustan las mujeres que se ruborizan, es señal de que son sensibles, aunque no tengo ninguna intención de liarme con la secretaria. Los tres acordamos que la persona que contratáramos para el puesto no estaría disponible para ninguno. Queremos que sea parte del equipo, no una diversión.

—Cuidadín, que estoy pillada. —Vuelve a acariciarse el candado que lleva al cuello.

—Descarada —replico, en tono de broma, para que sepa que estoy jugando. Pronto aprenderá cuándo hablo en serio y cuándo no.

Ella se ríe.

—Ese apodo te lo compro. Voy a instalarme y me pondré a investigar a Skyler. Yo misma me enseño el despacho, a menos que haya algo que quieras mostrarme...

Esta mujer es demasiado buena para ser real. Es joven, pero más lista que el hambre. Sigue hablando.

—Como que ya me has contratado, lo mejor será que llame a Andre y le diga que el puesto de asistente ya está ocupado... por mí. —Se echa a reír.

La mejor. Asistente. Del mundo.

—Sí, hazlo ahora mismo y cancela el resto de las citas.

Wendy se acerca a la puerta con su bolsa colgada al hombro y se apoya en el marco durante un instante, mirándome con chulería.

—Oh, eso ya lo he hecho. —Chasquea la lengua y se marcha.

O acabo de tomar la mejor decisión de mi vida profesional o la he cagado pero bien. El tiempo lo dirá.

—Siéntese, señora Wilson. —Le señalo la silla frente a mi escritorio.

Durante las dos últimas horas, he estado estudiándome todo lo que hay que saber sobre mi amor de celuloide y posible clienta, la señorita Skyler Paige, también conocida como Skyler Lumpkin. Ningún detective podría haber averiguado tantos detalles sobre su vida como Wendy. No sólo me ha facilitado toda la información posible sobre la actriz, sino que además ya ha empezado a ponerse al día con otros casos para ayudar a los chicos.

—Gracias, señor Ellis —responde ella, muy formal, mientras toma asiento.

Yo también me siento y la examino. He llegado a la conclusión de que, cuanto antes logro entender cuál es el problema de una mujer, más posibilidades hay de que acabemos trabajando juntos. La que tengo delante promete ser interesante. Tiene el pelo castaño oscuro, con las puntas

de color miel. Aunque su elección de palabras es muy formal y correcta, es una profesional implacable. Lleva un traje de chaqueta negro y muy caro. Se nota que está hecho a medida en lo bien que se le ajusta al cuerpo. Es alta y atlética. Cuando ella se sienta en el borde de la silla y cruza las manos sobre el regazo, le dirijo una ligera sonrisa.

—¿Cómo podemos ayudarla en International Guy, señora Wilson?

—Como le comenté por teléfono, me pasaron su contacto en Rolland Group. Su dueña, Sophie Rolland, para ser exactos.

Asiento.

—Sí, lo mencionó. Sophie es una mujer maravillosa, disfrutamos mucho trabajando con ella. —Yo más que mis socios.

Una imagen de la cama de Sophie me cruza la mente. Estoy penetrándola por detrás y disfrutando de su dulce y esbelto cuerpo. Tengo que devolverle la llamada, darle las gracias por habernos recomendado y preguntarle cómo está.

—Sí, me comentó que su equipo tiene un enfoque poco ortodoxo a la hora de resolver los problemas, y me veo ante una situación con mi clienta Skyler Paige que espero que su empresa pueda ayudarme a resolver.

—Oh. —Trato de parecer calmado, pero por dentro estoy ardiendo ante la sola mención del nombre de Skyler. Leer la información que me ha facilitado Wendy no ha hecho disminuir el interés que me despierta. Al revés, ha sido como echar gasolina a la hoguera.

—Estoy segura de que sabe que mi clienta está a la cabeza de las actrices más deseadas y mejor pagadas de la industria del cine y el entretenimiento.

—Sí, es difícil no darse cuenta. No puedo dar ni diez pasos sin ver alguna foto suya o sin que alguien comente alguna de sus películas o anuncios de televisión.

La expresión de la señora Wilson se apaga. Parece triste, cosa que no había esperado en esas circunstancias. Respira hondo y sacude la cabeza.

—Es culpa mía que esté como está. La presioné demasiado.

—¿El qué es culpa suya? —La animo a abrirse a mí. Todo en esta mujer me está gritando que necesita desahogarse para librarse de lo que sea que la hace sentir tan mal.

—Skyler no puede actuar. —Las palabras salen de su boca tan deprisa que tengo la sensación de que se le han escapado.

—He visto un par de películas suyas y, como acaba de decir usted misma, es una de las actrices más solicitadas, así que me cuesta creer lo que está diciendo.

Tracey niega con la cabeza.

—No, no me ha entendido. No es capaz de actuar en este momento. Ha perdido la motivación, las ganas. Su musa la ha abandonado. La presioné demasiado..., aunque ella quería hacer todos esos trabajos..., pero es que ahora no puede más.

Apoyo los codos en la mesa y uno las manos.

—No es la primera actriz que se quema por agotamiento.

—Es que me temo que hay algo más. Ha perdido la motivación; no quiere seguir actuando. Siempre le ha encantado actuar, pero ahora ya ni ve la televisión ni sale de casa. La prensa y los paparazzi están acampados en la puerta. Está prisionera en el ático y no quiere salir. Me ha hecho cancelar varios compromisos profesionales, pero se acercan dos rodajes y firmó contratos blindados.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. —Parece desesperada—. Si no cumple lo pactado, la arruinarán. Son rodajes con directores y productores de primer nivel. No sólo perdería una fortuna, sino también su reputación. Cancelar contratos de esa magnitud a estas alturas sería el fin de su carrera.

—Y ¿qué le gustaría que hiciera International Guy al respecto? —Si antes tenía curiosidad, ahora estoy muy intrigado. Mi imaginación se ha puesto en marcha y no puedo evitar ver a mi mujer ideal escondida en su torre como una damisela en apuros.

Ella entorna los ojos hasta convertirlos en dagas afiladas.

—No sé lo que hizo por Sophie Rolland, pero quedó lo bastante impresionada para que me hablara de ustedes cuando llamé para cancelar el rodaje del anuncio. Me contó los problemas que había tenido tras la muerte de su padre y cómo International Guy, y más concretamente usted, señor Ellis, la habían ayudado a recuperar la confianza en sí misma. Necesito que haga lo que tenga que hacer para que mi mejor amiga pueda seguir haciendo lo que más le gusta: actuar. Debe conseguir que vuelva a ser la misma de siempre, cueste lo que cueste. —Baja la voz y añade en un susurro—: Skyler lo es todo para mí, y estoy dispuesta a pagar lo que sea necesario para que vuelva a ser la misma.

—Y ¿qué pasa si no podemos arreglar el problema? —Tengo muchas ganas de resolver el problema de la señorita Paige, pero justo por eso me interesa cualquier especificación que su agente pueda darme. Nuestro trabajo no viene con una detallada guía en diez pasos. Cada cliente es distinto, y entender eso es precisamente la clave de nuestro éxito.

Tracey frunce el ceño.

—Pensaba que hacían todo lo necesario para resolver cualquier problema, y le aseguro que este problema necesita solución. Ustedes son mi último recurso. Ni sus amigos ni sus colegas han logrado sacarla del bajón.

Qué curioso que no haya mencionado a la familia. Interesante.

Me echo hacia atrás en la silla y la hago girar hasta quedar frente al *skyline* de Boston. A estas horas, el espectáculo es precioso. El sol desciende hacia el horizonte y los edificios de ladrillo parecen aún más rojos a la luz dorada del crepúsculo, que se refleja en el azul resplandeciente del puerto. Hay barcos salpicando la superficie del agua, y desearía estar en uno de ellos, sintiendo el viento en la cara. El mar siempre me provoca un efecto relajante. Ahora mismo sé que me vendría muy bien tomarme un respiro, y eso me hace pensar en Skyler. Seguro que a ella también le vendría bien.

Me doy la vuelta y miro a Tracey a los ojos.

—Necesitaré tener pleno acceso a Skyler, y eso significa instalarme en su casa. Me imagino que tendrá habitación de invitados...

Ella asiente y su mirada se ilumina esperanzada.

—Y ¿qué hay de la tarifa?

—Por mi tiempo completo, cien mil a la semana.

—Hecho. ¿Qué más?

—Cancele todos los actos de su agenda durante las próximas cuatro semanas.

—Pero...

Niego con la cabeza.

—Si tengo que trabajar con Skyler a un nivel tan íntimo para poder entrar en su cabeza y encontrar cuál es el problema que la está bloqueando hasta el punto de querer dejar lo que más ama en el mundo, necesito que nada nos moleste. Además, ella debe saber que no hay ningún proyecto esperándola. Si sabe que tiene compromisos laborales y teme que no va a poder cumplirlos, sentirá que les está fallando a usted y al cliente. ¿Lo entiende?

—Sí, tiene razón. Me encargaré de que esté libre. ¿Cuándo le digo a Skyler que llegará?

—Me da la sensación de que me necesita de inmediato, pero tengo que resolver algunos asuntos con mis socios y avisarlos de que estaré ausente durante las próximas semanas. Le diré a mi asistente que reserve vuelo para este viernes, con cargo a usted. Todos los gastos en los que incurra por el trabajo le serán facturados semanalmente.

—Me parece muy razonable. Pienso hacer todo lo que esté en mi mano para que Skyler se recupere.

—Admirable. Se nota que, para usted, ella es más que una clienta preferente.

—Skyler es como mi hermana; lo que más deseo es verla feliz.

—Entonces, ése será mi objetivo.

Tracey se levanta con brusquedad y me ofrece la mano.

—Señor Ellis, estaremos en contacto.

—Sí, creo que pronto me verá muy a menudo. —Sonrío, y la mujer al fin me devuelve una tímida sonrisa—. ¿Sabe una cosa, Tracey? Es usted mucho más guapa cuando sonríe.

Mi comentario hace que suelte una risita y me dedique una amplia sonrisa.

—No, me he equivocado.

Me mira confundida mientras se dirige a la puerta.

—Es una auténtica preciosidad cuando sonríe.

Se ríe con más ganas y sale del despacho. Misión cumplida.

Aprieto el botón del intercomunicador.

—Wendy, resérvame vuelo a Nueva York en primera clase para el viernes por la tarde. También necesitaré un coche de alquiler. De momento no voy a necesitar billete de vuelta.

—Enseguida, jefe.

—Y di a los chicos que esta tarde nos reunimos donde siempre, a las siete.

—Claro, sin problemas. ¿Dónde es «donde siempre»?

—En el Lucky’s.

—¿El bar?

—Sí.

—Vale. Ahora mismo les envío un email. He concertado entrevistas con ellos mañana, para presentarme, ya que ninguno de los dos ha venido a trabajar hoy.

—Es normal. A veces estarás sola en la oficina durante días o incluso semanas.

—Bogart ha tratado de escaquearse diciendo que estaba ocupado. Le he dicho que sus tarjetas de crédito estarían bloqueadas hasta que viniera a conocerme. Creo que al principio no me ha creído, pero luego me ha llamado, me ha dicho que me quería y que estaría encantado de acudir a nuestra reunión de mañana. Le he dicho que sus tarjetas volverían a estar operativas después de la reunión.

No puedo aguantarme la risa.

Joder, ¡cómo mola tener secretaria!

2

—Has estado ocupado, ¿eh, tío? —Una mano grande y cálida me aprieta el punto en el que se unen el cuello y la clavícula. Al levantar la vista, veo la piel de ébano de Royce brillando a la tenue luz del bar de mi padre.

El tío siempre parece brillar; debe de echarse alguna mierda de crema o algo. Aunque tal vez sea genético. Su madre y sus hermanas también tienen el mismo tipo de piel. Me parece muy bonita, pero no es algo que los tíos vayamos diciéndonos unos a otros, así que me limito a pensarlo.

—Pues sí, puede decirse que sí. —Le sonrío.

Roy entra con dificultad en el asiento del reservado ubicado frente a mí. Levanta dos dedos en dirección a un lugar situado detrás de mi cabeza. Al volverme, veo que mi padre asiente y responde levantando el pulgar.

—Tengo una reunión con una tal Wendy Bannerman mañana por la tarde. Dice que es mi nueva secretaria, lo que es curioso, porque no he tenido ninguna reunión con los demás candidatos que envió Andre. —Roy me clava la mirada, pidiéndome explicaciones.

Doy un trago a la IPA Harpoon, una cerveza de barril tipo *ale*. Es de la zona y tiene unas notas florales y cítricas con mucho tirón entre los clientes, yo incluido. Me paso la lengua por los labios, disfrutando de los restos de espuma, y dejo el vaso en la mesa.

—Sí. —Tamborileo con los dedos sobre el borde—. Sí, he contratado a Wendy al momento.

Royce alza las cejas, que se convierten en dos líneas negras tan afiladas que podrían ser espadas.

—¿Y eso? —me pregunta sin rastro de acusación en su voz, sino más bien curiosidad.

Sabe que no suelo tomar decisiones impulsivas, y menos en temas como contratar una secretaria que tiene que trabajar con los tres. Lo normal sería que los tres opináramos sobre la persona que hay que contratar. Bo había dejado claro que le daba igual a quién cogiéramos, pero a Royce le gusta que tomemos las decisiones juntos.

—Es que es perfecta. Es lista, pero más lista que el hambre, tío. Ha hackeado la web de una empresa internacional de lencería sólo para averiguar la talla de braga y sujetador de Skyler Paige y así demostrarme que no tendría que molestar a las clientas con ese tipo de preguntas personales. Ha abierto el ordenador y lo ha hecho. Ha tardado un par de minutos.

—¡La Virgen! ¿Dos minutos? —repite, muy impresionado.

—Sí, y la futura señora Montgomery ha bloqueado todas mis tarjetas de crédito hasta que me haya reunido con ella oficialmente —sigue diciendo Bo mientras se quita la cazadora de cuero, la

deja en el colgador que hay junto al reservado y se sienta junto a Royce. Siempre nos sentamos así.

Royce se vuelve hacia Bo y lo mira sin expresión.

—¿Te ha dejado sin pasta?

Él se ríe sin ganas.

—Sin blanca. Ni siquiera me ha dejado para gasolina. He tenido que pedir prestados veinte dólares a la chiquita de anoche para echar gasolina a la moto.

Roy y yo intercambiamos una mirada y nos volvemos hacia Bo, que debería estar enfadado, pero parece más divertido que otra cosa, y nos echamos a reír.

—Esa chica te ha calado a la primera. —Royce sacude la cabeza y da una palmada en la mesa.

Yo me llevo la mano al estómago para controlar la risa.

—Wendy es la puta bomba. Tiene todas las habilidades que buscábamos y puede viajar en cualquier momento porque no tiene familia, aparte de un novio con el que está muy comprometida. —Hago énfasis en la palabra *muy*.

Bo frunce el ceño.

—¿Qué demonios significa eso? ¿Me estás diciendo que no le ponga las manos encima?

Roy le da una palmada en el hombro.

—Tío, convinimos que no nos liaríamos con las empleadas, ¿no te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, pero no necesito que me lo estés recordando todo el rato —responde, medio ofendido—. Además, me intriga lo que acabas de decir y, sobre todo, cómo lo has dicho. —Sonríe—. Suéltalo todo.

Este par son como dos adolescentes en el patio del instituto, pero me rindo porque la información es jugosa.

—Lleva un collar, tío. Un collar de cuero con un candado colgando. Que yo sepa, eso significa que alguien la ha reclamado y que su dueño es el único que tiene la llave del candado. Su hombre.

—¡Uau! ¿Dónde está esa copa? —Royce se tira del nudo de la corbata para aflojarlo. Yo ya me he deshecho del todo el mío y llevo la corbata colgando del cuello.

—Mmm, morbosa. —Bo menea las cejas como un adolescente salido.

Justo en ese momento, mi padre trae las bebidas: dos dedos de whisky para Roy, un botellín de cerveza para Bo y otra jarra de Harpoon para mí.

—Gracias, tío.

Mi padre recoge la jarra vacía y se echa el trapo por encima del hombro.

—¿Cuánto tiempo vais a estar por aquí esta vez? —pregunta, y respondemos los tres a la vez.

—Un tiempo —contesta Royce.

—No lo sé —dice Bo.

—Hasta el viernes —suelto yo.

Royce y Bo se vuelven hacia mí.

—Por eso le he dicho a Wendy que os citara aquí hoy. Me he reunido con la agencia Triumph.

—Bueno, os dejo con vuestras cosas, chicos. ¿Queréis algo de comer? La cocinera ha preparado cerdo asado en tiras para tomar con pan francés. Lleva preparándolo a fuego lento un par de horas y estoy salivando. Cuando llegue tu madre, no me lo pierdo. Está en el club de lectura de la biblioteca. Están leyendo un libro de Kristen Ashley. Otra vez. —Pone los ojos en blanco.

—Mamá no se cansa de leer a esa autora —comento, aunque en realidad lo que estoy pensando es que hace demasiado tiempo que no como con mis padres. Voy a tener que ponerle remedio a eso.

—No, pero no me quejo. Yo soy el principal beneficiario de esas lecturas. —Nos guiña el ojo.

—Yo sí tomaré algo. ¿Y vosotros? —Cambio de tema inmediatamente. A nadie le gusta oír hablar de la vida sexual de sus padres. Royce y Bo asienten—. Comida para tres, gracias, papá.

—Claro, hijo. —Sonríe y vuelve a la barra.

—Es el mejor tipo del mundo —comenta Bo.

—Tu padre es la puta caña —añade Roy—. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

—Cierto.

Nos quedamos en silencio, pensando en ello. No se me escapa el hecho de que los tres nos acercamos a la treintena y no hemos sentado la cabeza. No es que me preocupe. Tenemos mucho trabajo, así que de momento estamos muy ocupados, pero algún día me gustaría formar una familia. Me gustaría tener un hijo que me admirase como yo admiro a mi padre, y viceversa.

—En todo caso, chicos, os he citado aquí porque hemos conseguido el trabajo con la agencia Triumph para ayudar a Skyler Paige. —Trago saliva y me aclaro la garganta para asegurarme de que mi voz suena segura y confiada.

Roy sonríe.

—Eso, cuenta, cuenta.

—Al parecer, la actriz ha perdido las ganas de actuar.

Bo frunce el ceño.

—Y ¿nosotros qué pintamos en eso?

—La agencia, en concreto la dueña, Tracey Wilson, que no es sólo su agente, sino también su amiga, está preocupada por ella. Dice que a Skyler le encanta su trabajo, que es lo que siempre ha querido hacer, pero que está quemada y se siente culpable por no poder actuar.

Royce hace un ruido interesado.

—¿Cuál es el plan?

—Voy a su casa, me instalo en la habitación de invitados y le quito la bajonera de encima.

Bo saca el posavasos de debajo de su cerveza y me lo tira.

—¡Serás cabrón! Tú lo que quieres es meterte en casa de tu amor platónico. ¡Skyler Paige te ha gustado desde siempre!

Niego con la cabeza.

—No, tío, es más que eso. La clienta dice que ha perdido la inspiración. ¿Quién mejor que nosotros para devolvérsela?

—Quién mejor que tú, querrás decir. —A Royce le tiemblan los labios. Se nota que se está aguantando y que le gustaría decir más cosas.

Extiendo la mano en son de paz.

—No diré que no sienta curiosidad. Sí, Skyler Paige siempre ha sido la chica de mis sueños, pero eso no significa que vaya a aprovecharme de la situación. Ella me necesita..., digo, nos necesita.

Royce se ríe al oír mi lapsus, pero Bo entorna los ojos.

—No me lo puedo creer. Vale, pues la próxima clienta que esté buena, me la pido. —Levanta el brazo y me señala—. ¡Promételo!

Me río y le aparto el dedo de una palmada.

—Venga, vale. La próxima clienta que te guste, te enviamos a ti.

Bo bebe su cerveza, calmado de momento.

—¿Cuál es la tarifa? —pregunta nuestra fábrica de dinero particular.

Esta vez no contengo la sonrisa.

—Todos los gastos pagados, más cien mil a la semana. De momento, le he reservado cuatro semanas. Me reuniré semanalmente con la señora Wilson en la agencia e iremos viendo cómo va la cosa.

Roy se frota las manos.

—Perfecto. Si necesitas algo, házmelo saber. Yo me quedaré en la oficina dos semanas para cerrar un par de casos y poner al día a Wendy. Pero bueno, la verdad es que mi madre lleva tiempo quejándose de que no me ve. Necesita que le arregle unas cosillas en casa.

—¿Quieres que te ayude, tío? —Bo se apresura a ofrecerse—. Sabes que con un martillo en la mano no tengo rival. Además, no le diría que no a un par de platos de comida casera de mamá Sterling.

Roy se ríe con la nariz hundida en el vaso.

—¿Qué pasa? ¿A tus chiquitas no se les da bien la cocina?

Bo hace una mueca burlona.

—Como cocineras no valen nada, tío. Las dos últimas tenían unas tetas y un culo impresionantes, y eran generosas en la cama, pero no sabían preparar ni un sándwich de queso.

—¡Vaya! —intervengo yo—. Tal vez deberías dejar de merodear por los bares cercanos a la universidad y buscarte una mujer de tu edad de una vez por todas. Joder, eso me recuerda a mamá. Lleva semanas queriendo presentarme a una chica que va a su club de lectura. Tiene veintiocho años y, según mi madre, sabe cocinar, le encanta leer y tiene una gran personalidad.

Bo hace una mueca de disgusto.

—Decir que tiene una gran personalidad es el beso de la muerte, tío. Significa que tiene cara

de culo.

—¿Perdón?

Royce mira al cielo y añade:

—¡La Virgen!

—¿Qué pasa? Esas chicas lo tienen todo bueno menos la cara. ¡Es fea, tío! No te quepa duda. —Da un trago a la cerveza.

—Eres un cerdo. Da igual. Tú sigue follando con veinteañeras que no saben cocinar una mierda.

—Al menos, mi polla está contenta.

—Lo que tú digas, tío. ¡Vamos a chocar esos puños! —Alzo el mío hacia el centro de la mesa —. Por Nueva York y por ayudar a la actriz más sexy del mundo a recuperar las ganas.

Bo levanta el suyo y lo hace chocar con el mío.

—Yo podría ayudarla a recuperar las ganas —me provoca.

—Déjalo ya, tío. —Royce une su puño para sellar el caso.

—Por Nueva York —repito, dirigiéndole a Bo una mirada asesina.

Sentado a nuestra mesa, me invade la sensación de que algo grande está a punto de pasar. Lo percibo en lo más hondo, hasta en los huesos. Aparto las sensaciones y choco el puño con mis colegas mientras empiezo a prepararme mentalmente para el viaje que me espera.

Salgo del ascensor en la planta cuarenta de la que representa que es la residencia de Skyler Paige. Respiro hondo y me doy ánimos mientras compruebo que mi ropa está en orden. Los Ferragamo marrones brillan, lustrados a la perfección. Pantalones azul marino, americana beige de Hugo Boss, camisa blanca impecable y mi corbata de la suerte, la amarilla de Ermenegildo Zegna con minúsculas rayas azul cielo. Lo he comprobado todo mil veces esta mañana. Creo que nunca había pasado tanto tiempo delante del espejo, a menos que fuera detrás de una mujer para mostrarle lo hermosa que es.

Aunque no es la primera vez que llevo este conjunto y me siento muy cómodo con él, igualmente lo consulté con Bo, que me dijo: «No seas marica, tío», seguido de: «Los Calvin Klein negros, no; ponte los Ferragamo marrones». Bo se negó a que me pusiera los zapatos negros. Dijo que eran demasiado vulgares para un hombre de mi posición. Siempre me recuerda que soy la cara visible de International Guy. Si alguien consigue que me sienta culpable, hace conmigo lo que quiera y Bo lo sabe. Aunque debo reconocer que tenía razón. Los Ferragamo marrones le dan un toque atrevido al conjunto y quiero causar una buena impresión. Aparte de Sophie Rolland, Skyler Paige es nuestra clienta estrella. Tengo que dar lo mejor de mí.

Respiro hondo una vez más y me recuerdo que Skyler Paige es sólo una mujer.

Llamo a la puerta. Nada. Espero un poco y vuelvo a llamar.

Qué raro. Tracey acaba de salir del ático. Nos hemos visto en el vestíbulo del edificio, que estaba rodeado de paparazzi. Al menos, esa parte de la información que me dio era correcta. Es

cierto que Skyler está prisionera en su propia casa.

Levanto la mano y vuelvo a llamar, esta vez con más intensidad.

—¿Qué pasa? ¿Te has dejado las llaves? —La puerta se abre y unos ojos marrones muy abiertos se encuentran con los míos cuando la mujer más hermosa que he tenido el gusto de conocer me abre. Sus labios rosados forman un bonito arco de sorpresa.

Y no me conformo con mirarla sólo a los ojos o a los labios. Tengo a Skyler Paige, la mujer de mis sueños, delante de mí, en carne y hueso. La fantasía favorita que uso cuando me masturbo está ante mí, mostrándome tanta carne que me cuesta un gran esfuerzo no babear. Va casi desnuda, lleva unas bragas de color azul pastel, y a través de la tela se transparenta una sombra de vello púbico recortado en forma de diminuto triángulo. La camisola a juego tiene tirantes de encaje. Sus pechos tiran de la tela, tensándola al máximo. Las areolas, del tamaño de una moneda mediana, se transparentan, y veo sus pezones, que están erectos ante mis ojos.

Ella abre la boca y se tapa el pecho con un brazo. Levanto los ojos rápidamente hacia los suyos, obligándome a no salivar por lo que acabo de ver.

—Soy Parker Ellis, tu invitado y tu sombra durante las próximas semanas. —Señalo con la cabeza la Samsonite de acero gris que tengo al lado.

Sus ojos se abren aún más.

—¡Joder, no era broma! Eres el gurú de la inspiración.

Sonrío.

—Me han llamado cosas peores. *Gurú de la inspiración* me gusta mucho. ¿Puedo pasar? —Señalo el interior del ático con la barbilla.

Ella me dirige una mirada inocente y se pasa la lengua por los labios. Mi polla no pierde detalle; mi cerebro está ocupado, ordenándole a mi cuerpo que se comporte.

Por desgracia, mi fantasía hecha realidad me está observando de arriba abajo, semidesnuda, así que no puedo enfadarme con la bestia por reaccionar y prepararse para la acción.

Con una mano aún sobre el pecho, alarga la otra de manera un poco forzada para que se la estreche.

—Skyler Paige —se presenta con la voz tensa, y vuelve a observarme de arriba abajo. Menos mal que la americana me tapa la erección.

Le cojo la mano y noto una descarga de calor y energía como nunca antes había sentido.

—Santo Dios —susurro con los ojos clavados en los suyos.

Sus ojos se abren y cambian de color. En vez de chocolate con leche pasan a ser como una salsa de chocolate negro fundido. Es increíble. No quiero soltarle la mano por nada del mundo.

Al final pestañea y se da cuenta de que estamos cogidos de la mano, mirándonos como dos idiotas, yo en la puerta de su casa con la maleta a los pies y ella medio desnuda.

—Yo, eeehh..., debería quitarme algo. —Hace una mueca apurada y se ruboriza—. ¡Quiero decir, ponerme algo! —Da unos pasos hacia atrás y me invita a entrar con un gesto de la mano, lo que me da la oportunidad de disfrutar de sus pechos preciosos y bamboleantes.

La puerta se cierra sola cuando ella deja de sostenerla. Skyler permanece inmóvil, devorándome con la mirada mientras yo no puedo apartar los ojos de su piel, blanca y tan aterciopelada como la de un melocotón.

—Skyler, no quiero ser un capullo, pero, nena, deberías ponerte algo encima. Un hombre puede aguantar hasta cierto límite. —Señalo con la mano su cuerpo, exageradamente sexy—. Lo que llevas puesto es lo mismo que nada, y todo lo demás es tu cuerpo. —Inspiro hondo—. No voy a aguantar mucho más. —Se lo digo muy serio, sin rodeos, pero también a regañadientes. Ningún hombre quiere que Skyler Paige se tape, joder, pero debo dejar de follármela con los ojos si quiero actuar de manera profesional, así que tiene que taparse..., ¡y tiene que hacerlo ya!

—Pensaba que eras Tracey —susurra.

—Lo entiendo, pero no soy Tracey, soy un hombre. Y un hombre que ve a una preciosa mujer semidesnuda en la puerta puede empezar a imaginarse cosas en su cabeza. Y te aseguro, Skyler, que mi cabeza está llena de ideas en este momento. Así que, ¿por qué no me ahorras el engorro de que me den una patada en el culo y pierda el trabajo el primer día por tomarte entre mis brazos y besarte hasta que no te quede aire en los pulmones? —Mi pecho sube y baja mientras me imagino que lo estoy haciendo en realidad.

Ella suelta un chillido adorable y añade:

—Ahora vuelvo.

Un segundo después me encuentro frente a unas nalgas prietas, redondas y desnudas.

—¡Dios! —exclamo sin apartar la vista de ese culo que se aleja por el pasillo y gira en algún momento, desapareciendo de mi vista.

Mi polla, dura como una piedra, no para de protestar. Me acerco a una mesa y me apoyo en ella, inspirando una y otra vez para calmarme y para impedir que la imagen de Skyler Paige en tanga me perfore el cerebro.

Joder, tiene un culo perfecto.

Sacudo la cabeza y me obligo a pensar en mi madre, en los niños que van a la biblioteca, en mi padre detrás de la barra del Lucky’s, en Bo haciéndose la pedicura en Francia mientras bebe champán. Esa última imagen logra el objetivo: la erección desaparece inmediatamente. «Gracias, Satanás.»

Pasados unos minutos, unos diez más o menos, me he calmado lo suficiente para explorar mi entorno. El ático es muy grande, abierto al exterior y bien decorado. Me extrañó que en el dosier que me preparó Wendy sobre Skyler no hubiera ningún reportaje tipo «Skyler Paige nos abre las puertas de su hogar» o alguna de esas cosas que suelen hacer los actores para presumir de casa y de dinero. Pero ahora lo entiendo, esta casa no es para impresionar.

Delante de una cristalera que ocupa toda una pared hay un sofá de módulos en forma de «U», con un montón de cojines de todos los tamaños y colores. Es enorme. Mis colegas y yo podríamos tumbarnos en él y aún sobraría sitio para que se sentara más gente.

Es un sofá que esperarías encontrar en casa de una familia numerosa, para charlar ante la

chimenea o ver la tele. Hay una chimenea y un televisor de gran tamaño, pero sé que Skyler vive sola. Delante de otra de las paredes hay una larga mesa y, sobre ella, un montón de marcos desiguales dorados y plateados. Veo fotos de Skyler y de los que supongo que son sus padres. Leí que habían muerto en un accidente de barco hace algunos años. También hay fotos de ella con Tracey y con algunas de las estrellas con las que ha trabajado. Parece que se hace amiga de la gente con la que trabaja, porque todos los que aparecen son famosos.

Por lo general la gente enmarca las fotos de las personas a las que quiere, en especial las que se cuelgan en lugares sagrados, como el dormitorio o el comedor.

Decido guardar esa información en la memoria para pensar en ello más adelante y continúo con la exploración.

Un gran arco en el techo da entrada a la enorme cocina. Gran parte del espacio lo ocupan los armarios, inmaculadamente blancos, con tiradores negros. Las encimeras de mármol negro están relucientes, y me fijo en que hay un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada a medio preparar.

Me acerco y acabo de extender la mantequilla de cacahuete sobre un trozo de pan y la mermelada sobre el otro. El estómago me ruge al verlo, recordándome que no he comido en el avión porque el menú no me resultaba apetitoso. No todo es fantástico en primera clase.

Me imagino que no le importará que me prepare otro para mí, así que saco dos rebanadas más de pan y me pongo a ello.

—¿Qué haces? —Skyler entra en la cocina. Se queda lo bastante lejos para darme intimidad, pero lo bastante cerca para que capte el aroma a melocotón de su piel. ¡Dios, qué bien huele!

—Me estoy preparando un sándwich. No he comido y he visto que te estabas preparando uno. He supuesto que te he interrumpido y he acabado de preparártelo.

—Gracias —murmura.

Cojo el sándwich acabado y se lo pongo delante en la barra. Ella se sienta en un taburete, frente a mí, y se apoya en la barra.

—Tracey dice que vienes a ayudarme a recuperar la inspiración. La verdad, no sé si las musas me han abandonado, lo único que sé es que no estoy bien.

—¿Estás enferma?

Ella se había llevado el sándwich a la boca, pero se detiene antes de clavarle los dientes.

—No.

—¿Estás de duelo por la pérdida de algo o de alguien?

Skyler me sorprende dando un gran bocado al sándwich. Mientras mastica, me responde que no con la cabeza.

—Entonces ¿qué crees que te pasa? —le pregunto, y yo también doy un bocado.

La mermelada de uva y la mantequilla de cacahuete no pueden combinar mejor. El sabor me despierta recuerdos de mi hogar, cuando mi madre me leía las palabras que entraban en un test de vocabulario. Eran buenos tiempos, tiempos sencillos.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que sabes? —Le lanzo la pregunta rápidamente, para que no pueda pensar demasiado y me responda de manera automática.

—Que ya no puedo actuar. Tengo veinticinco años y ya estoy acabada. No sé lo que busco en la vida. Lo único que sé es que no es esto. —Se señala a ella y señala la habitación, pero tengo la impresión de que no está hablando ni de su cuerpo ni de su casa. No, hay algo más importante en juego.

—Y ¿qué es «esto»? —Siento un cosquilleo cuando mi sentido arácnido me dice que podría estar frente al meollo del asunto. La imagen corporal, el estrés de la carrera... No ha de ser fácil ser actriz, sobre todo a este nivel.

La mujer que tengo delante no es Skyler Paige, la estrella de cine, la voluptuosa mamacita de la gran pantalla, la que seduce a los hombres con una mirada, deja corazones rotos a su paso según los periódicos sensacionalistas, viste únicamente ropa de los mejores diseñadores y gasta dinero como si tuviera una máquina para hacer más.

Esta mujer es Skyler Lumpkin, una mujer de veinticinco años vestida con pantalones de yoga y sudadera, insegura y deprimida. Una mujer preciosa que está atrapada no sólo en su modo de vida, sino también en su personaje. Parece asustada y perdida por completo.

De todas las mujeres con las que he trabajado, es la que más necesita mi ayuda.

—Mi vida —responde, como si viviera dentro de una pesadilla.

—La mayoría de la gente diría que estás viviendo un sueño. Una vida de lujo, cualquier hombre que quieras con tan sólo chasquear los dedos, Hollywood a tus pies...

—Pero esa mujer no soy yo. —Se pasa los dedos por la melena rubia, se tira de las raíces y lo suelta. Por supuesto, vuelve a quedarle una melena impecable.

—Esta vida que llevas y el trabajo que tienes forma parte de ti. Creo que mi tarea va a consistir en mostrarte que eres mucho más que una bonita mentirosa.

—¿Crees que soy una mentirosa? —Arruga la nariz y es como ver a una gatita juguetona enfadarse. Es adorable.

—¿No lo sois todas las actrices? Tal vez el problema sea que estás harta de mentir. —Contiene el aliento y me mira a los ojos. Creo que voy por buen camino—. Vale, ya veo. Estás cansada de ser Skyler Paige. Dime, ¿cuánto tiempo hace que no puedes ser simplemente Skyler Lumpkin?

Abre unos ojos como platos.

—¿Tracey te ha dado mi verdadero nombre?

—No, eso es cosa de mi secretaria, que es una especie de gurú de la informática, pero eso da igual ahora. Dime, ¿cuánta gente conoce a la auténtica Skyler?

Mordisquea el sándwich.

—Ni siquiera yo la conozco, ¿cómo van a conocerme los demás?

—Pues creo que ha llegado el momento de encontrarla. —El reto está lanzado. Espero que lo

recoja.

Ella se ríe sin ganas.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo piensas conseguirlo, si puede saberse?

—De momento, creo que necesitamos conocernos, confiar el uno en el otro. Estoy dispuesto a responder con total sinceridad a cualquier pregunta que me hagas siempre y cuando tú hagas lo mismo conmigo después. —Frunzo los labios y alzo una ceja, desafiándola.

Ella trata de disimular la risa. Es la primera señal de felicidad que veo en su cara y, aunque no lo demuestro, lo considero una pequeña victoria. Espero conseguir mucho más que una diminuta sonrisa cuando acabemos.

—Trato hecho. —Skyler da un gran mordisco al bocadillo y me ofrece la mano.

Yo muerdo el mío y acepto su mano. Una vez más, el calor prende entre los dos. Le aprieto la mano y sonrío antes de soltarla.

—Primera pregunta: ¿quién da los mejores besos de Hollywood?

3

Tras la comida tardía, nos retiramos al cómodo sofá para continuar con nuestro juego de la verdad. Empiezo con suavidad, preguntándole cosas sobre otros actores o actrices o sobre el trabajo, pero luego voy adentrándome en un terreno más personal.

—¿Qué es lo que más odias de ser actriz?

Suelta una risa breve y seca, se levanta, se acerca al mueble bar y saca una enorme botella de tequila Patrón Silver.

—Vamos a necesitar alcohol.

Sonrío y me levanto. Me quito el *blazer*, lo doblo y lo lanzo sobre un lateral del sofá. Me desabrocho los botones y me subo las mangas para estar más cómodo. Luego me quito la corbata, la dejo sobre la chaqueta y me desabrocho un par de botones de la camisa. Veo encantado que Skyler está sirviendo un chupito para cada uno..., pero ¡un chupito doble!

Me lo pasa y alza el suyo.

—Hasta el fondo.

Bebemos a la vez. De inmediato, Skyler vuelve a llenar los vasos con doble ración de tequila y vuelve a levantar el suyo.

Le agarro la muñeca antes de que pueda vaciar el vaso. Levanto el mío y la miro fijamente a los ojos.

—Por la verdad.

Ella traga saliva y asiente antes de llevarse el vaso a los labios.

—Por la verdad.

El segundo chupito me quema la garganta de un modo familiar pero que hacía tiempo que no sentía. Skyler me sorprende al volver a llenar los vasos, pero esta vez se lo lleva al sofá y se pone cómoda. Se acerca las rodillas al pecho y abraza un cojín rojo que tiene al lado. La tapicería es de ante oscuro, de color chocolate sin leche, y hay un montón de cojines variados, algunos de rayas, otros con estampados de cachemira y otros lisos, de colores vivos.

—Hablábamos de ser actriz —le recuerdo.

Ella sorbe el tequila como si fuera whisky.

—Hay muchas cosas que no me gustan de ser actriz.

Me acomodo en el sofá dejando dos plazas libres entre los dos. Aún somos dos extraños y la conversación se está poniendo intensa. Quiero que se sienta segura, que me acepte como parte de su casa. Aunque no me atrevería a admitirlo en voz alta, estar aquí, junto a esta mujer, me resulta del todo natural; me transmite una sensación de paz. Y es muy curioso, porque hace unas horas

estaba histérico pensando que iba a conocerla. Y ahora estoy sentado en su sofá, bebiendo chupitos dobles de tequila y sumergiéndome en sus secretos más profundos y oscuros. Me gustaría adentrarme en sus fantasías más secretas, pero ya habrá tiempo para eso.

—Empieza con lo primero que te venga a la cabeza.

—Tener que ser perfecta —me suelta a bocajarro.

Frunzo el ceño.

—¿En qué sentido? ¿Te refieres a tener que clavar la personalidad del personaje que interpretas?

Ella niega con la cabeza, rodea el cojín con el brazo y tira de los flecos.

—Meterme en la piel de los personajes es lo que hace que adore mi trabajo. Me encanta imaginarme que soy científica, madre, hermana, amiga o estrella del rock. Es emocionante. Me gusta contar historias que me emocionan y ayudar a transmitir esa emoción a otras personas.

—¿Qué te hace pensar que tienes que ser perfecta?

—Los periódicos y las revistas. Los programas de televisión. Las redes sociales. Los directores. La nutricionista, la estilista, el entrenador personal..., hasta mi agente.

—¿Tracey? —Hago una mueca—. Sky, tengo la sensación de que lo único que Tracey quiere es que seas feliz.

Ella resopla y da un sorbito al tequila.

—Tal vez. Mierda, ya no sé qué pensar. Trace gana una millonada gracias a que estoy entre las actrices mejor pagadas. Hago los mejores anuncios, visto ropa de los mejores diseñadores y elevo el listón para el resto de sus representados. Es un círculo vicioso.

—Vale, pero ¿qué es lo que no te gusta de todo eso?

—No me gusta nada. Odio hacer anuncios. Odio no poder elegir mi propia ropa. ¿Por qué tengo que ir vestida de Valentino cuando preferiría llevar un vestido *vintage*? —Frunce el ceño y los labios al mismo tiempo.

—Y ¿qué te hace pensar que tienes que hacerlo?

—Es lo que se espera de mí. Cuando recorro alguna alfombra roja, puntúan mi vestido, el valor de las joyas que llevo, si el vestido me hace gorda o no, a mi acompañante, los zapatos, el color de las uñas, el maquillaje y, por supuesto, si voy bien peinada, si me queda natural, si el corte está bien hecho, si brilla lo suficiente. Me gustaría ir al estreno de alguna de mis películas y poder pensar: «Joder, qué divertido fue este rodaje». Poder celebrar lo que hemos hecho entre todos, dar palmaditas en la espalda de mis compañeros y del resto del equipo que hace que una historia cobre vida. Lo que llevo puesto no debería tener ninguna importancia. El foco debería estar en la obra, en la creación artística, pero es muy raro que sea así.

La revelación me sorprende como un alud en una montaña soleada.

—Odias ser el foco de atención.

Me mira antes de vaciar el vaso de un trago. Le dirijo una sonrisa ladeada al saber que he acertado sin necesidad de que me lo confirme.

Vacío mi vaso y el líquido ardiente me quema el estómago. En vez de pedirme el vaso, Skyler va a buscar la botella y los llena aquí mismo. Mientras deja la botella en la mesita de centro, observo el cristal verdoso con burbujas de aire de mi vaso de chupito.

Ella se acaricia el muslo, lo que me hace recordar lo tonificadas que tiene las piernas. Me echo un poco hacia delante y apoyo los codos en las rodillas para darle a mi polla algo de espacio.

—¿Por qué no hay ningún hombre en tu vida? —me pregunto en voz alta. Es que no lo entiendo. Que una mujer como ella esté sola no tiene ningún sentido, es casi una blasfemia.

Skyler frunce el ceño y se lleva el vaso a la boca.

—¿Qué te hace pensar que no lo hay?

Me echo a reír, vacío el vaso, lo dejo en la mesita y me echo hacia atrás, extendiendo los brazos y sintiéndome como en casa. Me fijo en cómo ella me examina la cara, desde el pelo castaño hasta la boca, pasando por la perilla de cuatro días que me he dejado. Bo me acusó de robarle su rollo, pero luego admitió que me quedaba bien. Yo, por supuesto, le tomé el pelo acusándolo de fijarse en un hombre. Le dije que era gay y que se fuera a tomar por culo.

—Para empezar, no te he visto del brazo de ningún hombre en las revistas de cotilleo desde el rubito aquel, Rick Pettington.

Me mira molesta.

—¡Ah! No estaba con Rick. Su agente llamó a la mía y le pidió un favor. Necesitaba ser visto con alguien de mi categoría para conseguir un papel en una película. Lo que hice fue darle un empujón a su carrera saliendo con él un par de veces y asistiendo a un acto a su lado. Él consiguió el papel y se marchó a rodar. Me envía algún mensaje de vez en cuando. —Se encoge de hombros con indiferencia.

Trato de no darle vueltas al hecho de que el rubito capullo siga escribiéndole mensajes de vez en cuando.

—Interesante —comento con los dientes apretados—. ¿Eso fue también lo que pasó con Johan, el modelo con el que se te vio durante un año?

Esta vez palidece.

—Fue un año y medio. Y, no, no tuvo nada que ver. —Se le rompe la voz y se le llenan los ojos de lágrimas.

—¡Mierda! Lo siento, Sky. —Me acerco a ella y le rodeo los hombros con el brazo. Al principio está rígida como una tabla, pero poco a poco se relaja y se apoya en mí.

—No quiero hablar de Johan. —Su tono está cargado de ansiedad, y no es eso lo que deseo para ella.

—¿Una herida abierta? —Es obvio que mi pregunta resulta absurda, pero quiero que siga hablando.

—Se aprovechó de mí de tantas maneras que no tengo ganas de hablar de ello.

Trago saliva y lucho contra el impulso de gruñir, porque sé que eso no la ayudaría en nada. En

vez de ello, le acaricio el hombro e inhalo su aroma afrutado. Apoyo la nariz en su coronilla y aspiro con tanta fuerza que ella se da cuenta.

—¿Me estás olisqueando? —Se incorpora y su cara queda a pocos centímetros de la mía.

Sonrío.

—Podría mentir y decirte que ha sido sin querer.

A ella se le escapa la risa por la nariz.

—Me has olisqueado. —Me pega un empujón en el pecho, pero no dejo que se aparte demasiado—. ¡Asqueroso! —me grita en broma.

Me echo a reír y la abrazo porque no puedo dejar de tocarla. Los chupitos me están haciendo efecto y estoy perdiendo las inhibiciones más rápido de lo que una universitaria borracha tarda en perder la parte de arriba del bikini durante unas vacaciones en Miami.

Ella aparta un mechón de pelo que me ha caído sobre la frente.

—¿Por qué es tan fácil hablar contigo cuando no logro comunicarme con nadie más?

Me apoya una mano en la mejilla y yo dejo caer la cara sobre su mano, frotándole la palma con mi barba desaliñada.

—Me hace cosquillas —susurra acercándose un poco más.

—Tal vez sea porque no estoy aquí para juzgarte; estoy aquí para ayudarte a que te encuentres.

—A mi musa. —Las palabras le salen entrecortadas porque le he hundido una mano en el pelo y le estoy acariciando la suave mejilla con la otra.

—No, Sky. A ti. Has perdido una parte de ti por el camino. Creo que, cuando la encuentres, la musa volverá a ser libre.

Veo cómo la garganta se le ondula cuando traga saliva. Se acerca un poco más a mí. Nuestros labios están a menos de cinco centímetros de distancia. No sólo huelo el tequila en su aliento; su aroma a melocotones me llega con tanta intensidad que tengo que cerrar los ojos. La agarro con más firmeza por la nuca.

—Voy a besarte, Sky.

—¿Por qué?

—Porque eres la mujer más hermosa que he visto nunca y porque hueles a melocotón. Porque arrugas la nariz cuando no estás segura de algo y es lo más jodidamente mono que he visto nunca. —Deslizo mi nariz a lo largo de la suya hasta que nuestros labios están casi pegados—. Todo lo que tengo delante contradice lo que he visto en los medios de comunicación.

—No me conoces de nada —dice, pero me clava las uñas en el muslo, confirmando que quiere conocerme mejor.

—Skyler, eso es justo lo que estoy tratando de cambiar —susurro antes de unir nuestros labios.

Ella gime y abre la boca lo justo para dejarme entrar. Le ladeo la cabeza, le separo los labios y hago lo que llevo deseando hacer desde que le puse los ojos encima. Y no estoy hablando de

cuando me ha abierto la puerta medio desnuda; estoy hablando de cuando vi su preciosa cara en la portada de la revista *Teen Magazine* hace diez años.

El beso se desata. El alcohol mezclado con la pasión es el mejor de los combustibles. Casi sin darme cuenta, Skyler se ha subido a mi regazo y está frotando su entrepierna contra mi polla de un modo delicioso. Le llevo una mano al culo, pero mantengo la otra en su nuca para no perder el acceso a su sabrosa boca.

Parece que queramos hacer una reproducción en vivo del reino animal: gemimos, gruñimos, jadeamos y perdemos el control por completo. Le recorro las costillas con la mano hasta alcanzar una de sus voluminosas tetas. Ella me lo recompensa dejándose caer con fuerza sobre mi erección.

Cuando ya me ha desabrochado la camisa y tiene uno de mis pezones en la boca, me doy cuenta de que acabamos de conocernos. Lo único que hemos compartido es un sándwich de mantequilla de cacahuete y varios chupitos de tequila.

Haciendo caso de mi conciencia, y para gran disgusto de mi polla, deslizo las manos por debajo de sus brazos y la aparto para mirarla a los ojos.

—No podemos hacer esto —digo apretando los dientes, acariciándole los brazos, que vuelven a estar desnudos. Veo que lleva la misma camisola con la que me ha abierto la puerta. Se ha quitado la sudadera y la ha tirado al suelo.

Skyler hunde las manos en mi pelo y tira de él, echándome la cabeza hacia atrás. La lujuria hace brillar sus ojos de color caramelo y tiene los labios rojos por mis besos. Las mejillas han adquirido un tono rosado y el pelo se le ha alborotado alrededor de la cara.

—¡Dios, eres preciosa!

—Entonces ¿por qué has parado? —Se echa hacia delante y me besa, me muerde el labio inferior y me consuela luego dándome un lametón.

La agarro con fuerza por las caderas mientras suelto un gruñido.

—Porque estoy loco, como una puta cabra.

—Perdamos la cabeza juntos. —Sonríe y se frota contra mi cuerpo como una gatita sexy. Sus movimientos hacen que sea casi imposible levantarse del sofá, pero lo hago igualmente.

Espacio. Necesitamos espacio.

—Skyler, por mucho que lo desee, y sabes que lo deseo...

Ella alarga el brazo, me palmea la erección y sonríe.

—Sí, te noto, Grandullón.

¿Grandullón?

Se está refiriendo a la bestia. ¡Ja, me encanta!

Le aparto las manos y las llevo a su espalda. Con la frente pegada a la suya, digo:

—Quiero que vayamos más despacio. Quiero conocerte mejor para poder ayudarte.

Ella se echa a reír y me acaricia el cuello con la nariz. Luego me lo recorre dejando un reguero de besos salpicados con pequeños aguijonazos de su lengua.

—Sky —gruño—. Estoy tratando de comportarme y hacer lo correcto. —Cada vez que su lengua entra en contacto con mi cuello, noto lanzas de placer recorriéndome el cuerpo entero. Mi polla da un brinco, instándome a tomar lo que me ofrece.

Ella me desafía.

—Lo correcto, dadas las circunstancias, sería follarme hasta quitarme la tristeza de encima. —Sus ojos se iluminan como si hubiera tenido una revelación—. ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Con una fuerza sobrehumana, libera los brazos, me pone las manos sobre los hombros y salta, forzándome a agarrarla por el culo mientras ella me rodea la cintura con las piernas. Une su boca a la mía y me cuela la lengua hasta la campanilla tan rápidamente que me rindo a su asalto, al menos hasta llegar a su dormitorio.

Skyler se ríe con ganas cuando me dejo caer sobre su cama, con ella encima. A partir de aquí, las cosas se complican. Sin dejar de devorarme la boca, me desabrocha los pantalones.

Cuando cuela una mano dentro del bóxer y me rodea con ella la erección, echo las caderas hacia delante, sintiendo que he entrado en el cielo.

Su mano cálida y fuerte me la frota hasta abajo y vuelve a subir hasta alcanzar la punta húmeda, que acaricia con el pulgar.

—¡Joder! —exclamo, moviéndome sin poder evitarlo, prisionero de su mano endemoniada.

—Mmm, sí. Grandullón es su nombre. —Me muerde el pectoral y desciende, recorriéndome los abdominales con los labios. Mientras me lame uno de ellos, me doy cuenta de que su destino final está más abajo.

El cielo y el infierno se unen.

—No, Skyler. Eso no va a pasar.

Ella levanta la cabeza y su melena me hace cosquillas en la piel desnuda del abdomen.

—¿Perdona? Nunca me he encontrado con ningún hombre..., es que ni uno..., que no quiera que me baje al pilón. —Frunce el ceño y se sienta—. Sé que me deseas. —Señala la tienda de campaña que forma mi bóxer debajo del pantalón desabrochado.

—Todos los hombres te desean. —Me abrocho el pantalón y me echo hacia atrás, para darnos el espacio que tanto necesitamos.

—Entonces ¿cuál es el problema? —Se pasa la lengua por los labios y me cuesta la vida misma no agarrarla por la nuca y acercar su suculenta boca para presentarle a mi polla.

—Skyler, cuando te folle no estaremos borrachos de tequila. Estarás totalmente sobria, habrás pasado el mejor día de tu vida y me mirarás como si pudiera caminar sobre las putas aguas.

Ella suelta una risa burlona.

—Pedazo de profecía.

—Es la jodida verdad. Esto —señalo el espacio entre ella y yo— es mucho más potente de lo que nunca imaginé, sobre todo porque acabamos de conocernos.

Ella se pasa la mano por el pelo mientras hace una mueca.

—¿Estás insinuando que soy una fresca? —Me mira enfadada.

Niego con la cabeza con mucho énfasis.

—Para nada. Lo que estoy insinuando es que me has despertado un montón de sentimientos, que sé que tú también estás sintiendo cosas por mí y que el tequila no ayuda a entender lo que sentimos.

—Pareces una chica —replica frívola, cruzándose de brazos. Una nueva Skyler, más borde, sale a la superficie, pero incluso esta Skyler malhumorada es sexy como ella sola.

Me río y me vuelvo hasta apoyar un pie en el suelo.

—Skyler, quiero disfrutar de lo que pase entre nosotros. Quiero ayudarte a superar tus problemas, para eso me han contratado, y para conseguirlo tengo que conocerte.

Ella sonríe, gatea por la cama y me echa una pierna por encima de los muslos.

—Me gustaba cómo nos estábamos conociendo.

Cierro los ojos cuando los labios de Skyler se unen con los míos. La beso sin prisas. Saboreo cada centímetro de su boca. Le succiono la lengua y le recorro los dientes con la mía. Me grabo su sabor en la memoria.

Vuelve a hundir las manos en mi pelo y pasa las uñas por mi cuero cabelludo. Una línea de placer me atraviesa la espalda, marcándome a fuego. La abrazo; necesito tocarla, sentirla más cerca. Ella parece conformarse con permanecer sobre mi regazo, dejando que la bese hasta que pierda el juicio.

Nos besamos durante una eternidad. Cuando finalmente me aparto, tengo los labios hinchados y calientes. Sky ya no parece estar como una moto. Tiene los párpados entreabiertos y pestañea muy despacio, como si le costara un gran esfuerzo.

—Hola, dormilona. —Le doy un beso en los labios y ella bosteza.

Con una mano, aparto la colcha y la sábana. Ella se percata del movimiento y me suelta. Su nuevo destino la entusiasma: ¡a dormir!

Gracias a Dios.

Cuando le apoyo la cabeza en la almohada, dice:

—Los pantalones.

Inspiro hondo. «Puedes hacerlo, Park. Has quitado muchos pantalones en tu vida. Skyler no es más que otra mujer hermosa.»

Pero eso no es verdad. Es Skyler Paige, joder, la mujer de mis sueños.

Me obligo a ser fuerte, me inclino sobre ella, meto los dedos bajo la goma de los pantalones de yoga y tiro para bajárselos hasta los tobillos, dejándola de nuevo cubierta por el diminuto tanga azul que me ha hecho babear hace un rato.

Ya está. No era tan difícil.

Lanzo los pantalones a la otra punta de la cama y la tapo. Cuando voy a darme la vuelta para irme, ella abre los ojos y me agarra por la muñeca.

—No te vayas; quédate conmigo.

—Skyler...

—Por favor, quédate. Sólo a dormir. —Casi me lo está suplicando, aunque no logro entender la razón.

Cansado y borracho por el deseo y el alcohol, aprieto los dientes y asiento. Mientras rodeo la cama, me quito los pantalones y la camisa y los dejo encima de sus pantalones de yoga. Skyler no me quita la vista de encima y los ojos se le abren al verme casi desnudo.

—Sólo a dormir —le recuerdo, metiéndome en la cama a su lado.

Ella sonríe y frota la cara contra la almohada como si fuera una niña, feliz de haberse salido con la suya.

Qué mona es.

—Vale —susurra.

Apago la luz y suelto un gran suspiro mientras mi mente no para de dar vueltas.

¿Cómo coño he acabado en la cama de Skyler Paige?

¿Por qué he dejado que las cosas llegaran tan lejos tan deprisa?

Por supuesto, sé que la respuesta a esas preguntas es que llevo colgado de ella desde siempre. Cada vez que he salido con una mujer, la he comparado con Skyler. Llevo haciéndolo desde el inicio de los tiempos. Bueno, tal vez no tanto, pero casi. Ahora conozco el sabor de su piel, de sus labios, el peso de sus pechos, le he apretado el culo y estoy a su lado en una cama. Los dos estamos casi desnudos y yo intento hacer lo correcto. Actuar de manera honorable.

Skyler se vuelve hacia mí, me echa una rodilla sobre el muslo y el brazo por la cintura.

Y el honor se va a tomar por saco, al menos en parte.

La abrazo, apoyando la mano en la cadera y acariciándole la piel con los dedos.

Ella se acerca un poco más a mí y siento su aliento en el pecho.

—Gracias por venir, Parker. Me gustas —murmura en un tono adormilado que me recuerda al de una niña pequeña.

—A mí también me gustas, Sky.

No puedo reprimirme y le doy un beso en la sien.

Ella suspira.

Con la mujer más hermosa de Nueva York —qué demonios, probablemente del mundo entero — entre mis brazos, cierro los ojos y me doy permiso para caer rendido.

4

A la mañana siguiente, cuando me despierto, en la habitación hay un silencio sepulcral. Un ligero dolor de cabeza me recuerda que anoche me tomé varios tequilas con el estómago casi vacío. Un sándwich a media tarde no es cena, por mucho que uno se empeñe. Además, se suponía que era la comida. Nos saltamos la cena, perdidos en la charla, y se nos hizo de noche mientras las cosas se ponían interesantes entre Skyler y yo.

Al pensar en ella, vuelvo la cabeza hacia su almohada, que está vacía. Su aroma a melocotones y nata está impregnado en las sábanas y me embota la mente. Froto la cara contra su almohada, empapándome de su olor durante unos momentos, pero enseguida salto de la cama, me pongo los pantalones y voy en busca de mi clienta.

Sacudo la cabeza y me paso las manos por el pelo mientras entro en el lavabo para ocuparme de mis asuntos. Veo el cepillo de dientes de Skyler y me imagino que, ya que he tenido la lengua en su campanilla, no le importará que use su cepillo para librar al mundo de mi aliento tequilero.

Tras cepillarme los dientes con ganas, salgo de la habitación vestido sólo con los pantalones. Mi camisa ha desaparecido misteriosamente, así que no me queda otro remedio que salir con el torso desnudo.

Cerca de su dormitorio hay un despacho, lleno de montañas de papel. Si no supiera que es actriz, pensaría que son paquetes de folios, pero es probable que sean guiones que se acumulan a la espera de que los lea y que ella ignora por culpa de su problema.

La habitación contigua apenas tiene muebles. De las paredes cuelgan telas de sari y hay elementos budistas de decoración en estantes bajos. Hay alguna mesa, también baja, y un montón de almohadones en el suelo. Mezclados con los cojines hay un par de esterillas de yoga. Aguantándome la risa, sigo avanzando y descubro un baño de invitados y un cuarto para la colada. Llego al salón y veo la botella de Patrón y los vasos de anoche, pero Skyler no está. Sigo avanzando hasta la cocina. La luz está encendida, pero Skyler tampoco se encuentra ahí. Entro y veo la cafetera, que está sin preparar.

Sé que no voy a poder decir nada coherente hasta que tenga acceso a la cafeína, así que busco el café, un filtro, y lleno la cafetera de agua antes de ponerla en marcha. Cuando veo que el líquido de los dioses empieza a caer en la jarra, sigo mi camino en busca de la rubia de piernas largas.

Oigo un sonido en la distancia, como un zumbido. Ya que es el único sonido que hay en toda la casa, me dirijo hacia allí. Paso de largo una habitación de invitados y lo que parece una biblioteca-capilla dedicada al cine y a los premios que ha recibido. Aunque me apetece mucho

curiosear, sigo avanzando hacia el ruido. El zumbido se hace más intenso y veo una puerta entreabierta, con luz al otro lado.

La abro y me encuentro a Skyler vestida con mi camisa y unas zapatillas deportivas. Se ha hecho un moño descuidado en la coronilla y corre a toda velocidad en la cinta de su gimnasio privado. Veo una báscula en una esquina, una máquina de hacer *steps*, una elíptica y un banco de pesas.

¿Qué demonios está haciendo?

Cuando me ve, me dirige una mirada asustada.

—Parker —dice sin aliento.

A través de la abertura de la camisa, veo sus tetas brillantes, que rebotan libremente. A juzgar por el sudor que le baja por el cuello, lleva un buen rato corriendo.

—Sky, ¿qué haces? —Pestañeo y trato de entender por qué está corriendo de buena mañana, sin haberse tomado ni un café, llevando sólo mi camisa y unas deportivas..., al parecer sin calcetines.

—Tengo que correr.

Me cruzo de brazos y me froto el bíceps desnudo.

—¿Por qué?

—Tengo que hacer ejercicio —dice sin emoción, y vuelve a clavar la vista en el televisor, que tiene puesto en un canal de entretenimiento.

Me acerco hasta la cinta, me inclino hacia el panel de información y veo que lleva casi una hora corriendo.

—¿Cuánto rato más vas a estar aquí?

Ella mira el panel antes de responder.

—No lo sé. Hasta que las calorías hayan desaparecido.

—¿Calorías? ¿Qué calorías?

Ella se molesta al oír mi tono de voz.

—A diferencia de ti —me dirige una apreciativa mirada de arriba abajo antes de volver a fulminarme con los ojos—, yo tengo que trabajar duro para mantenerme en forma. Si gano medio kilo, ya puedo olvidarme de estar en la lista de las mejor vestidas. —Toca un par de botones y la cinta gana inclinación.

—Sky, ¿has venido directamente de la cama a la cinta? —Su falta de respuesta es mi respuesta—. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Por el alcohol. Mi nutricionista me matará si se entera de que anoche me emborraché hasta caer dormida. Sólo me deja tomar una pequeña cantidad de alcohol, por la dieta.

—¡A tomar por culo la dieta y a tomar por culo la nutricionista! —exclamo, con un instinto protector que hacía mucho tiempo que no sentía por una mujer. Una sensación de alarma se apodera de mí y me empuja a decir lo que pienso—: Skyler, tu cuerpo es precioso. De hecho,

podrías ganar cuatro kilos, ocho incluso, y seguirías siendo espectacular. Pero, si pierdes más peso, vas a acabar pareciendo un saco de huesos. Y los sacos de huesos no son atractivos, nena.

Ella me mira sin dejar de fruncir el ceño.

—Y ¿tú qué sabes del peso femenino? Según mi nutricionista y mi entrenador personal, estoy por encima del peso ideal para una actriz. La cámara añade cuatro kilos. No puedo permitirme ganar ni uno.

—Por si no ha quedado claro, ¡que follen a tu nutricionista y que follen a tu entrenador!

En tono mordaz, replica:

—Al entrenador ya me lo follé, pero no me gustó mucho. Es muy egoísta en la cama. Sin embargo, me gustan los resultados que obtengo al entrenar con él, así que lo conservo sólo como entrenador. Desde que lo hicimos, la tensión sexual ya se resolvió y no me apetece repetir. A él sí que le apetece, pero a mí no. —Sigue hablando, trastabilla un poco, y de pronto la idea de Skyler desnuda junto a un entrenador cachas hace que me aparezca un tic en la mandíbula—. Así es más fácil concentrarse en el entrenamiento. —Casi no puede acabar la frase porque le falta el aire, pero sigue corriendo a toda velocidad.

Estoy tan furioso que siento que los ojos me van a salir disparados de la cabeza. Quiero pedirle que despida al entrenador enseguida, pero sé que no puedo hacerlo; no tengo ese tipo de influencia en su vida. Sin embargo, la rabia no desaparece, así que golpeo el botón que hace que la cinta se detenga de inmediato. Ella abre las piernas y salta al suelo, lanzándome puñales con los ojos.

—Pero ¡¿qué coño haces?! —me grita.

La agarro por la muñeca y tiro de ella, abrazándola sin importarme el sudor.

—Skyler, tu equipo es parte del problema. No deberías tener que agotarte corriendo para poder hacer tu trabajo. Estás en un punto de tu carrera en el que puedes elegir los papeles que quieres interpretar. Entiendo que debas mantener un peso saludable, pero divertirte un poco una noche no debería implicar tener que castigarte a la mañana siguiente. Tendrías que comer sano, hacer ejercicio ligero y beber una tonelada de agua. Lo que debemos hacer es cambiar tu modo de pensar. Has de decidir qué esperas de tu carrera, porque ahora mismo te estás matando por algo que estás empezando a odiar.

Le tiembla el labio cuando admite:

—Odio correr.

—Pues deja de hacerlo, Sky. Busca otro deporte con el que disfrutes. O tal vez podrías correr por el parque.

Ella niega con la cabeza y la voz se le rompe.

—No puedo. Los paparazzi me siguen a todas partes; nunca se cansan.

La atraigo hacia mi pecho y la abrazo. Ella apoya la cabeza sudorosa en mi pecho desnudo y, aunque podría ser incómodo, no lo es. Tener su cuerpo pegado al mío es perfecto. Agacho la cabeza, la beso en la frente y le susurro:

—Encontraremos una solución. No puedes seguir viviendo como una princesa encerrada en su castillo.

Noto que su espalda da varias sacudidas y las lágrimas comienzan a caer. Con ellas vienen los sollozos, enormes, de esos que sacuden todo el cuerpo. La sostengo de pie mientras puedo y luego me siento en el suelo con las piernas cruzadas, sus muslos sobre los míos. Me abraza con brazos y piernas y esconde la cara en el hueco de mi hombro.

Dios, esta mujer está prisionera en su propio hogar. Pero ahora estoy yo aquí, y justo en este momento tomo la decisión de devolverle a Skyler una vida lo más normal posible.

Cuando Sky ha llorado todo lo que tenía que llorar, la levanto y la llevo al dormitorio. La meto en el baño y la siento en la encimera del lavabo, lo que me trae recuerdos de mi Sophie. Era muy aficionada a las encimeras; le encantaba follar en ellas.

No puedo evitar una sonrisilla irónica al recordarlo.

—¿Qué?

Sonrío más ampliamente y niego con la cabeza.

—Me estaba acordando de una amiga a la que tengo que llamar.

Corro la mampara de la ducha, abro el agua y compruebo que no salga demasiado caliente. Me vuelvo hacia ella y me fijo en su cara, hinchada de tanto llorar. Apoyo las manos a lado y lado de sus muslos y me acerco más a ella.

—Esto es lo que vamos a hacer. Te vas a duchar, a desayunar, y luego vamos a hablar un rato sobre ti y tu carrera.

Ella aparta la mirada.

La cojo por la nuca y uso el pulgar para empujarle la barbilla hasta que vuelve a mirarme.

—Quiero saberlo todo sobre ti. Como ayer, yo respondo a lo que tú quieras si tú respondes, pero esta vez sin alcohol. —Sonrío—. Aunque me lo pasé genial bebiendo contigo, joder. —Le guiño el ojo y le regalo mi sonrisa más sexy.

Skyler me devuelve una sonrisa tímida. No es una sonrisa decidida, feliz, libre, pero de momento me conformo con lo que hay.

Como el idiota que soy, me inclino hacia delante y le beso sus bonitos labios rosados. Sabe a pasta de dientes y a sal, con toda probabilidad de haber sudado tanto en la cinta. El beso en sí es suave, pero no puedo resistirme a darle un mordisquito en el labio inferior. Ella se agarra de mis bíceps, cierra los ojos y une su boca a la mía con más fuerza. Al notarlo, abro la boca y le paso la lengua por los labios. Ella los separa con entusiasmo.

No sé cómo, pero un instante después nos estamos agarrando del pelo, con los labios fundidos y los cuerpos enganchados. Me aparto un momento para recuperar el aliento. Con la frente unida a la suya, me quedo observando sus muslos tonificados con el corazón desbocado.

Noto punzadas de placer por todo el cuerpo, como si estuvieran jugando a unir los puntos con mis terminaciones nerviosas.

—Esto no me había pasado nunca. Estos besos que se desmadran en un nanosegundo... Sky, eres tan sexy que me enciendes —susurro, y ella gimotea y mueve la cabeza sin romper la pequeña capilla que hemos formado con nuestras cabezas unidas.

El vaho de la ducha se extiende a nuestro alrededor, llenando el baño y consiguiendo que mi piel se vuelva pegajosa y más sensible.

Aprieto los puños para no hacer nada de lo que deba arrepentirme, como desnudarme, desnudarla y bañar ese cuerpo pecaminosamente sexy con mis propias manos.

—Voy a salir...

—¿Estás seguro? —Skyler me recorre la espalda desnuda con las uñas.

Siento un hormigueo en la zona lumbar y mi polla vuelve a la vida.

—Joder, Sky, deja de hacerme proposiciones que tengo que rechazar. —Me aparto un poco para que vea que deseo lo que me está ofreciendo, pero que no es suficiente. No me conformo con ser su gurú de la inspiración ni un hombre semidesnudo con una polla entusiasta que le resulta atractivo.

Quiero más que un polvo rápido, y eso me sorprende. Además, como los chicos se han encargado de recordarme, no puedo cagarla. El estado de ánimo de Skyler no es el adecuado para esto, pero el mío tampoco.

Lo que está pasando entre ella y yo va a la velocidad de la luz, y me cuesta mucho controlar la situación. Si ella no fuera mi clienta y la hubiera conocido en una fiesta, me la tiraría sin dudarlo. Pero es una clienta y me siento responsable de su bienestar emocional, ya que me han contratado para sacarla del pozo en el que se halla; para que vuelva a encontrarse a sí misma. Vamos, que meterme en la cama con ella no es una buena idea.

Aunque sé que vamos a acabar liados —porque, ¿a quién quiero engañar? Skyler es la mujer de mis sueños, la fantasía erótica de cualquier hombre hecha realidad—, tiene que haber algo más entre nosotros que un aquí te pillo, aquí te mato. Por primera vez en mis casi treinta años de vida, quiero más.

Lo quiero todo.

—Como soy un caballero, voy a darme una ducha en el baño de invitados. —Ella va a decir algo, pero le apoyo un dedo en los labios para impedirlo—. En el baño de invitados —repito. Ella sonríe, abre la boca y me da un mordisco juguetón en el dedo—. ¡Au! —Lo retiro y lo sacudo en el aire.

—¡Iba a decir que salgas de una vez! —Me da un empujón en el pecho y empieza a desabrocharse lentamente los botones de mi camisa.

Mi mirada se clava en el punto entre sus pechos donde sus dedos se mueven. Estoy como en trance. Cuando la curva de un pecho redondeado hace su aparición, la nebulosa que se ha apoderado de mi mente se despeja lo suficiente como para dejarme escapar. Salgo del baño del dormitorio y me dirijo al recibidor, donde dejé la maleta.

La llevo al dormitorio de invitados, la deposito sobre la cama y saco unos vaqueros y una

camiseta de los Red Sox.

Me doy prisa en ducharme y, mientras me estoy peinando, oigo que el teléfono vibra sobre el mármol.

Leo en la pantalla: «*Ma chérie*».

Sonrío y respondo al teléfono.

—Sophie —susurro en tono seductor para provocarla.

—¡No me tomes del pelo! —me riñe con decisión.

Me echo a reír, me siento en la mullida cama y me apoyo en el cabecero.

—SoSo, se dice «no me tomes el pelo». Del pelo ya te tomé... un montón de veces —la provoco.

—*Mon Dieu*, ya veo que no has cambiado nada en estas dos semanas.

—No, no suelo cambiar mucho.

—¿Ah, no? Pues cuando he llamado a tu oficina, me ha respondido una mujer encantadora. Me ha parecido un buen cambio.

—¿Wendy? Sí, mola. Me alegro de que responda al teléfono.

—Y ¿por qué no iba a hacerlo? ¿No forma parte de las tareas habituales de una secretaria?

Vuelvo a echarme a reír.

—Ay, Dios, echo de menos verte la cara, SoSo.

—Eh, ¿sólo la cara? —coquetea ella.

—Muy bien jugado, Sophie. Estás aprendiendo.

—Así es. La señora Bannerman, o Wendy, como la has llamado, me ha dicho que ibas a estar fuera durante un período indeterminado de tiempo.

Suspiro y miro hacia la puerta. Seguro que Skyler aún se está arreglando. Las *celebrities*, por no decir las mujeres en general, suelen tardar siglos en arreglarse.

—Sí, estoy en Nueva York.

—*Magnifique!* Adoro Nueva York, siempre bulliciosa. Esos taxis amarillos son un auténtico espectáculo.

Me río porque me encanta el acento francés de Sophie.

—Estoy trabajando con una clienta muy famosa.

Ella ata cabos inmediatamente.

—Oh, ¿es la señorita Paige? La pobre no puede trabajar. Le he cambiado la fecha del contrato al año que viene para que pueda recuperarse. La señora Wilson me pareció tan afectada cuando llamó para decirme que tenía que cancelar el anuncio que le hablé de vuestra empresa.

—Sí. —Me froto las sienes y la nuca, clavándome los dedos en las zonas doloridas. Necesito beber agua y desayunar fuerte, cuanto antes—. Pero esto es confidencial, ¿vale? Eres mi amiga, SoSo, la única amiga en la que puedo confiar, así que todo lo que hablemos va a la caja fuerte.

—¿La caja fuerte?

—Sí, quiero decir que no puede salir de aquí.

—¿No puedo salir de aquí? ¿Tengo que quedarme en París? —Lo pronuncia «pee-gui». ¿He dicho ya que me encanta su acento?

—Es una manera de hablar. Todo lo que te cuente sobre mis clientes tiene que ser confidencial, ¿vale?

—¡Claro, haber empezado por ahí! —Se ríe y sospecho que le gusta tomarme el pelo, pero me da igual, porque me encanta oírla reír.

—¿Cómo van las cosas por la empresa? Royce dice que le has pasado algunos informes financieros. Parece que todo va bien, ¿no?

—Sí, de hecho, ése es el motivo de mi llamada. Quería decirte que me gustaría seguir contando con los servicios del señor Sterling como asesor financiero de modo regular. Le pagaré la tarifa vigente.

—SoSo, nos has pagado un pastizal. Creo que Roy puede echarles un vistazo a tus informes sin...

—*Non.* Quiero que su firma aparezca en los documentos antes de presentarlos en la junta.

—Igualmente, podemos hacerlo sin que nos pagues nada más.

—No seas ridículo, Parker. Pagaré la tarifa establecida por consultoría financiera y no hay más que hablar. Y ahora, dime, ¿qué tal es trabajar con Skyler Paige? ¿Te has acostado ya con la preciosidad rubia?

—¡Sophie! —Me levanto de un salto y agarro el teléfono con más fuerza—. No sólo no es asunto tuyo, sino que además es de mala educación preguntarlo. Joder, es de mala educación pensar que sería capaz de hacerlo.

Ella hace un ruidito de sospecha con los labios cerrados.

—Te noto muy a la defensiva y te estás tomando muchas molestias para fingir que estás ofendido. Y, como te conozco bien, sé que si reaccionas así es porque ya has hecho algo con ella. Me muero de ganas de saber más. Bo me contó que la señorita Paige es tu..., *comment dis-tu?*..., la chica de tus sueños, ¿es verdad?

Me paso la mano por el pelo y tiro de las raíces.

—¡Mierda! —Inspiro hondo—. Sí, lo es. Y, no, no me he acostado con ella, por Dios.

—Mmm, vas despacio, ¿eh? Eso es que te gusta de verdad. —Chasquea la lengua como si se sintiera muy orgullosa de su astucia.

—Contigo también fui despacio —comento inquieto por el giro que ha dado la conversación.

—*Oui*, y yo te gusto mucho; por eso sé que esa mujer también te gusta de verdad.

Miro al techo, suelto un gruñido y rezo en silencio pidiéndole al Gran Tipo de ahí arriba que me ayude a lidiar con mujeres entrometidas que no son mi madre.

—¿Va todo bien? —Oigo la sensual voz de Sky a mi espalda, y me doy la vuelta con el teléfono pegado a la oreja.

—Oooh, ¿es ella? Pues más te vale decirme *au revoir*. ¡A por ella! ¡Quiero uniformes regulares!

—«Informes», SoSo, se dice «informes». Vale, pero esta conversación sigue pendiente. Quiero saber cómo te va todo por París. Hablamos, ¿vale?

Sacudo la cabeza y sonrío, alargando la mano hacia Skyler, que está en la puerta, vestida con unos vaqueros muy ceñidos, que se ajustan a cada centímetro de sus piernas como si fueran una segunda piel, y un top también ceñido. Lleva un montón de collares por dentro y por fuera del top y otro montón de pulseras en un brazo.

Está apoyada en el marco de la puerta, esperando a que acabe la llamada.

—*Oui, Oui.* Estoy entusiasmada con esta nueva clienta. *Au revoir, mon cher.*

—*Au revoir,* Sophie. —Le doy al botón de apagar y lanzo el teléfono sobre la cama.

—¿Sophie? —Skyler abre mucho los ojos y me dirige una mirada horrorizada.

Alzo las manos en señal de rendición.

—No, no. Sophie es mi amiga y fue mi última clienta, Sophie Rolland.

Skyler arruga la nariz.

—Rolland. Es la heredera del imperio del perfume. Tengo un contrato firmado con ellos. Bueno, lo tenía; acabo de cancelarlo. —Frunce el ceño y se hunde de hombros ante mis ojos.

—No pasa nada. Sophie fue la que le habló a Tracey de International Guy. Gracias a ella estoy aquí.

Skyler ladea la cabeza.

—Parecíais muy amigos. La conversación era muy informal para ser una clienta.

Me paso la lengua por los labios y me encojo de hombros. Éste es uno de esos momentos cruciales en los que hay que tomar una decisión. Puedo contarle lo que pasó con Sophie en París o mentir como un bellaco. Como un idiota, elijo la segunda opción.

—Nos hicimos buenos amigos. —Tampoco es mentira. Tal vez sea mentira por omisión, pero de momento logro mantenerme en el lado de la verdad, aunque sea por los pelos. Doy una fuerte palmada—. Venga, a desayunar y a charlar. Me muero de hambre. Y tú también debes de estar hambrienta después de todas las calorías que has quemado esta mañana. —Sonrío y le doy un codazo en el costado.

Ella resopla, pero noto que se está aguantando la risa. Le paso un brazo por los hombros.

—Vamos, la tortilla francesa me sale de muerte.

—Iba a desayunar fruta —protesta.

—La tortilla que preparo combina de maravilla con la fruta. —Le aprieto el hombro y al fin me recompensa con una risita—. ¡Ahí está!

—¿El qué?

—Tu sonrisa. Sky, eres preciosa siempre, pero cuando sonríes... —aprieto el puño y levanto el brazo, como si fuera un cohete elevándose hacia el cielo—, ¡tu belleza llega a la estratosfera!

Sonríe de nuevo y, cuando habla, sus palabras destilan un descaro que aún no conocía en ella.

—Tú lo que quieres es meterte en mis bragas.

—Joder, claro que quiero.

Los dos nos echamos a reír a la vez. Fantástico. Buen trabajo.
Y ahora, a cavar en su mente para sacar toda la basura que la está volviendo loca.

5

El tercer día me despierto oliendo a melocotones. El olor me rodea, me envuelve, igual que el calor. Me estoy quemando. Trato de moverme, pero un peso muerto me mantiene prisionero. Pestañeo y, al abrir los ojos del todo, veo una cascada de pelo rubio y una chica de ensueño que me cubre por completo.

Por un instante, el pánico se apodera de mi mente antes de recordar que anoche me fui a la cama solo. Me obligué a darle las buenas noches a la chica de mis sueños, que cada vez forma más parte de mi realidad, y me acosté en la habitación de invitados. Sky es una mujer increíble y estoy disfrutando mucho a su lado, pero en el momento en que apoyé la cabeza en la almohada anoche, no había ninguna cabeza rubia compartiéndola. Debió de meterse en la cama cuando yo ya dormía.

Cuando le rodeo el cuerpo con el brazo, Skyler me frota el pecho con la nariz y pestañea. Por un instante se tensa, como si tratara de recordar dónde está y con quién, pero luego sonríe, levanta la cabeza y me clava sus ojos de color caramelo, tan profundos que parecen infinitos.

—Hola —susurra con timidez.

Le acaricio la espalda y doy gracias al buen Dios porque lleva una camisola y unos pantalones de pijama. Al menos, no se me coló en la cama desnuda. Si lo hubiera hecho, habría sido incapaz de no tirármela. En realidad, me está costando la vida misma no hacerlo.

Mi polla se anima, endureciéndose más de lo normal para una erección matutina.

Le apoyo la palma de la mano en la mejilla y es como si dos piezas de puzle encajaran a la perfección.

—Hola, Melocotones. Sé que anoche me metí en la cama solo y ahora me despierto con una manta hecha de Skyler. ¿Sabes cómo ha podido pasar algo tan genial? —Quiero demostrarle que no estoy enfadado porque se haya metido en la cama conmigo, pero que siento curiosidad.

Ella me planta un beso en los pectorales y se encoge de hombros.

—No podía dormir. Vine a ver si estabas despierto, y parecías tan calentito y achuchable... Y como había dormido tan bien contigo la otra noche... —Inspira insegura—. Y, eeehhh..., no me pareció que te molestara...

—No me molesta —le aseguro.

Frunce los labios y asiente, arrugando la nariz.

—¿Melocotones? —me pregunta con una sonrisilla.

—Hueles a melocotones y a nata. —Hundo la nariz en su pelo e inspiro con fuerza su dulce aroma—. Tengo varios planes para hoy. Vamos a salir de casa. Ayer me dijiste que no habías

visto casi nada de Nueva York aunque llevas aquí un par de años. Viajas mucho, ya lo sé, pero, igualmente, mientras yo esté aquí eso va a cambiar.

Se le borra la sonrisa de la cara.

—Parker, no puedo salir a la calle. Necesito un equipo de guardaespaldas y tener a mi publicista conectada en marcación rápida. Por no hablar de que tendríamos que preparar un montón de coches para poder cambiar varias veces y asegurarnos de que no nos siguen. Es una pesadilla, por eso sólo salgo para ir a trabajar.

Sonrío y le acaricio el pelo.

—Te pido que confíes en mí. Sé que acabamos de conocernos, pero mi trabajo no sólo consiste en solucionar tu problema con las musas. También lo es mantenerte a salvo y feliz. Y estar aquí encerrada no te ayuda a resolver los problemas.

Skyler suspira y se deja caer de espaldas sobre su lado de la cama.

Su lado.

¿Desde cuándo una mujer tiene su propio lado en mi cama, o en cualquier otra cama? Por lo general, yo duermo en el centro y ellas duermen donde yo no estoy, y eso en las pocas ocasiones en que dormimos juntos. Sophie duerme en un lado de la cama y lo he respetado porque es su cama. Si fuera la mía, estaría durmiendo en cualquier rincón donde cupiera su cuerpecillo. Pero, al parecer, Sky se coloca en el lado que quiere, que resulta ser el izquierdo, tanto en su cama como aquí. Por tanto, ése es su lado. Estoy pensando en que eso me convierte en alguien que duerme en el lado derecho de la cama cuando ella interrumpe mis pensamientos al sentarse con un movimiento brusco.

—No sé. ¿Y si llamamos a la empresa de seguridad? Si me cuentas tus planes, podrían prepararse mejor.

Me siento a su lado y le paso una mano por la espalda. Se endereza y se le pone la carne de gallina. Al parecer, le gusta que la toque tanto como a mí me gusta tocarla.

—No te preocupes por eso. Cada día haremos algo distinto. Voy a planearlo todo y, sí, tal vez alguien te reconozca. Eres Skyler Paige, joder, tienes una cara reconocible. Pero piensa que la gente no va por ahí esperando encontrarte sola o acompañada de un hombre, de mí en concreto, y eso nos da ventaja.

Ella se ríe sin ganas.

—Park, no podemos abrir la puerta y salir así, como si nada. Los paparazzi están siempre montando guardia. No ha habido ni un solo día en que no estuvieran esperando captar cualquier cosa, aunque sea un segundo.

Frunzo los labios.

—Eso es verdad, pero tienes un ascensor privado que te lleva directamente al vestíbulo o al aparcamiento. Iremos en mi coche, te tumbarás en el asiento de atrás, tapada con una manta. Cada día usaremos un coche distinto para despistar a los paparazzi.

Me parece una idea brillante y creo que puede funcionar. Si ella confía en mí, todo saldrá

bien.

Sky sacude la cabeza y suspira.

—No estoy segura de que vaya a funcionar, pero estoy dispuesta a intentarlo por notar el sol en la cara y el viento en el pelo.

Sonrío, me levanto y tiro de ella para que haga lo mismo.

—Venga, arréglate. Ropa para hoy: vaqueros, zapato plano o deportivas, nada de vestir.

—Vamos, lo que llevo para andar por casa.

—Perfecto. —La echo de mi cuarto y la despido con una palmada en el trasero. Veo que se mueve mínimamente. ¡Me encanta! Pero voy a tener que alimentarla mejor. Me gusta que las mujeres tengan de dónde agarrar, es más agradable follar con ellas si tienen carne y no sólo huesos.

—¡Au! —Me dirige una mirada asesina por encima del hombro.

Muevo las cejas arriba y abajo.

—¡Muévete! Yo preparo el café.

Skyler menea el culito y me hace una mueca, pero obedece y se dirige a su habitación.

Me pongo una camiseta y unos pantalones de pijama de cuadros escoceses para ir a preparar el café y a planificar la semana.

Aprieto el botón número uno de la marcación rápida y, mientras se conecta, me acerco a la cocina.

—International Guy, ¿en qué pueden ayudarle mis chicos hoy? —dice la voz de Wendy en un tono claro y alegre.

—Buenos días, Wendy. Parker al habla.

—Hombre, jefe, ¿qué tal te va por la Gran Manzana?

—No he visto gran cosa; de hecho, no he visto nada.

Ella hace un ruido de enfado.

—¡Vaya mierda! ¿Qué puedo hacer para mejorar las cosas?

Sonrío.

—Esta semana te voy a pedir muchas cosas. Va a ser una auténtica locura. ¿Los chicos te tienen esclavizada? —le pregunto, para asegurarme de que no le haya caído encima ya todo el trabajo administrativo.

Ella se echa a reír.

—Royce me pasó un montón de informes y de bases de datos, pero ya lo acabé todo ayer. Bo me ha encargado que investigue a dos tipos sospechosos que trabajan para una clienta.

—Bien, veo que saben aprovechar tu talento informático.

—*Sip*; ¿qué puedo hacer por ti, tío bueno?

—¡Descarada! —exclamo, porque sé que le gusta que la llame así.

—Sí, muy bien. Ahora que ya hemos dejado claro lo que somos, dime qué quieres que haga. —Su tono es pura eficiencia.

—Necesito que alquiles un coche, mediano, de aspecto anodino, con los cristales traseros tintados para poder sacar a Skyler del edificio sin que se enteren los paparazzi.

Oigo que se pone a teclear de inmediato.

—¿Quieres pagar por el coche o que sea un despiste de su inventario?

No puedo evitar echarme a reír.

—Sí, quiero pagar por el coche, pero anota todos estos gastos porque le pasaremos la factura a Triumph, la agencia. —Cojo un filtro, quito el usado, lo tiro a la basura y lo reemplazo por el nuevo.

—Guay.

—Y... ¿Wendy?

—Aquí sigo, jefe.

—International Guy siempre lo paga todo. Nada de agenciarse cosas gratis; eso sí, los descuentos siempre son bienvenidos. —Cojo el café y echo una buena dosis en el filtro, directamente desde el paquete.

—Lo pillo.

—Luego quiero que reserves entradas para algún espectáculo de Broadway, de los buenos. Habla con el teatro. Dile al mánager que acudirá una famosa, que necesitamos que nos dejen entrar por la puerta trasera cuando ya hayan apagado las luces y que nos dejen salir cuando caiga el telón. Pagaremos lo que haga falta por el servicio extra, aparte de las entradas. Me envías toda la información por email, ¿vale?

Oigo que Wendy sigue tecleando.

—Vale. ¿Algo más?

—Sí. ¿Puedes enviarme varias pelucas de hombre y de mujer que den el pego? Y sombreros también. —Cojo la jarra, la lleno y echo el agua en el depósito de la cafetera. Cuando acabo, le doy al botón y me apoyo en la encimera, esperando a que el aroma celestial del café recién hecho llene la habitación.

—Disfraces de sabueso. Lo pillo —replica encantada—. Que sepas que este trabajo mola más que cualquiera de los que he hecho hasta ahora. ¡Y Royce me paga una pasada de pasta! —Me río y sacudo la cabeza. ¡Quién iba a pensar que Wendy, la secretaria punk/genio-informático/loca-de-las-tecnologías y del BDSM, iba a ser una persona abierta, de las que dicen siempre lo que sienten y lo que piensan! Me gusta. Es agotador tener que estar siempre adivinando lo que les pasa a algunas mujeres. Creo que me ha tocado la lotería de las secretarias.

—Me alegro de que estés contenta. —Y es verdad.

Es algo muy especial crear tu propia empresa y encontrar empleados que disfruten trabajando contigo, haciendo lo que hacen, y que valoren lo que has creado. Al principio no es algo en lo que pienses, pero ahora que estamos creciendo, es muy gratificante saber que nuestros trabajadores se sienten seguros y a gusto en el trabajo.

—¿Los disfraces para mañana por la mañana?

—Excelente —le confirmo.

—Ahora me encargo. ¿Algo más?

—Sí, más adelante, un día de esta semana, quiero llevar a Skyler a cenar a un sitio llamado Trattoria Dell'Arte. Es un restaurante italiano alucinante al que suelo ir cuando estoy aquí. Conozco mucho al maître. Se llama Christian, pero se hace llamar C-i-c-c-i-o, pronunciado «Cha-chi-o». Habla con él en persona, dile que la mesa es para mí y que necesitamos una un poco escondida, pero dentro de la sala principal. Queremos que, cuando se corra la voz de que Skyler está allí, podamos salir por la puerta trasera. Una limusina tendrá que estar esperándonos. Ah, y ponte en contacto con la empresa de seguridad de Skyler. Necesitaremos guardaespaldas en la puerta principal y en la trasera. Y dos limusinas más para dar esquinazo a los paparazzi.

—¡Genial! ¡Me encanta esta movida! —me grita a la oreja, y tengo que apartar un poco el teléfono para que no me perfore el tímpano.

Sonrío y me paso la mano por el pelo despeinado.

—Me alegro. Te llamaré si necesito algo más, pero de momento creo que ya tienes bastante tela que cortar.

Ella resopla.

—Jefe, esto no es nada. Normalmente, hackeo tres cosas a la vez mientras almuerzo y charlo con el señor Mick. Hacer las cosas de una en una va a ser una novedad. Lo tendré todo listo enseguida y te lo enviaré por email.

—Perfecto.

—Te veo a la vuelta, jefe —dice, a punto de colgar.

—Wendy —la llamo.

—¿Sí?

—Gracias. Nosotros también pensamos que eres la puta bomba. Me alegro mucho de que hackearas nuestro sistema para concertarte tú misma una entrevista.

—¡Oh, qué mono! Pero me temo que al señor Mick no le gusta que los demás hombres coqueteen conmigo. Así que... no se lo contaré. —Se echa a reír, y es una risa auténtica, que le brota del pecho.

—Ya tengo ganas de conocer a ese misterioso Mick. —Cuelgo y me voy a la ducha.

—Esto no va a salir bien. —La voz de Skyler me llega desde el asiento de atrás, amortiguada por la manta que he bajado de su casa para taparla con ella.

—Si permaneces tapada y callada para que no parezca que estoy hablando con alguien, funcionará; confía en mí.

—Siempre comprueban todos los coches que salen. Te juro que esos tipos están repetidos. Hay unos en la puerta principal y otros detrás.

Me río, me pongo las Ray-Ban de concha de tortuga con cristales azulados y maniobro para sacar el Ford Fusion de la plaza donde está aparcado. Me desplazo lentamente y subo las cinco

plantas que nos separan de la salida. Cuando veo a varios tipos con cámaras en la puerta, los ignoro. Ellos hacen lo mismo conmigo al ver el coche que llevo. Supongo que piensan que trabajo en el edificio.

Recorro unas diez manzanas y giro varias veces a derecha y a izquierda, mirando por el espejo retrovisor para asegurarme de que nadie nos está siguiendo. Y no. No nos siguen.

—¡Vale! —grito—. ¡Ya puedes salir a respirar!

Skyler se libra de la manta y mira a un lado y al otro sin acabar de creérselo.

—¡Joder!

Meto la mano en la bolsa y saco mi gorra favorita de los Red Sox. Ella se recoge el pelo en una coleta, se lo ata con una goma de pelo que llevaba en la muñeca, se pone la gorra y mete la coleta por el hueco de la parte de atrás. ¡Está monísima!

—Eh, mi gorra te queda muy bien. —Me remuevo en el asiento y me ajusto los pantalones porque a mi polla también le parece que está monísima—. Mejor que a mí.

Cuando acaba de colocarse la gorra a su gusto, se cuela entre los asientos delanteros y se sienta a mi lado. Le doy unas gafas de sol que he encontrado en la encimera de la cocina.

—Gracias.

Se las pone, se echa hacia atrás en el asiento y baja la ventanilla. Los sonidos de la ciudad se apoderan del coche.

Cuando nos detenemos en un semáforo, la miro y su belleza vuelve a sorprenderme. Sentada en un coche de alquiler barato, con una gorra de béisbol vieja en la cabeza y el pelo recogido en una sencilla coleta, nunca la había visto tan preciosa. Mueve los pies como una niña pequeña y sonríe mostrándome sus dientes blancos. Es una belleza de infarto. No me extraña que sea estrella de cine. Sólo con cambiarla de escenario, su transformación ha sido total. Parece otra persona.

Le cojo la mano y entrelazo los dedos con los suyos; no puedo evitarlo. Me llevo su mano a los labios y la beso.

—Melocotones, qué feliz pareces.

Su sonrisa se hace aún más amplia.

—Porque lo soy. Si no estuvieras conduciendo, te daría un beso que te dejaría loco, Parker. ¡Esto es genial!

El semáforo cambia y sigo hacia nuestro destino. Hoy vamos a hacer algo normal, aunque espero que sirva para subirle los ánimos, tal vez incluso le sirva de inspiración. De momento hemos dado el primer paso: salir de casa.

Cuando llegamos al Bajo Manhattan, giro en Liberty Street, encuentro el aparcamiento que busqué por internet y aparco.

Sky mira a su alrededor, como si le costara creer que estamos solos. Sonríe, baja del coche y abre los brazos formando una uve, como si fuera una animadora motivada, la animadora más sexy que he visto nunca.

Me río, rodeo el coche, la agarro por la muñeca y le bajo el brazo uniendo nuestras palmas. Ella se queda mirando las manos juntas y luego me busca los ojos. Aunque sigue llevando las gafas de sol, sé que también está notando la corriente eléctrica que salta cada vez que nos tocamos.

Abre la boca para decir algo, sacude la cabeza y aparta la vista.

—Vamos, quiero enseñarte algo que todo el mundo debería ver al menos una vez en la vida.

Sin soltarnos, salimos a Liberty Street. Ella me aprieta la mano cada vez que ve a alguien levantando una cámara hacia un edificio, o que alguien teclea en su móvil, pero cuando hemos recorrido ya dos manzanas sin que nadie nos reconozca, empieza a tranquilizarse. Relaja los hombros, no me aprieta la mano con tanta fuerza y comienza a disfrutar de las vistas, en vez de fijarse en las personas que podrían arruinarlo todo en un instante.

Al cabo de unos cuatrocientos metros llegamos a un bosquecillo donde hay grupos de turistas. En el lugar que solían ocupar las Torres Gemelas del World Trade Center hay ahora un gran espacio abierto.

—¿Sabes dónde estamos? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza.

En vez de explicárselo, le rodeo los hombros con el brazo. Somos un hombre y una mujer, dos turistas más, que están a punto de ver el memorial más asombroso de la historia.

Nos llega el sonido del agua antes de ver nada. El sonido de la abundante agua que cae se mezcla con el ruido de los coches, la gente, bocinas, grúas y todo eso; es cada vez más fuerte, hasta que tapa todo lo demás.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Skyler cuando llegamos a la piscina situada junto al nuevo edificio, el One World Trade Center.

Contiene el aliento y se tapa la boca con las manos. Se acerca a la piscina como si se acercara a un bebé dormido y el menor de los ruidos fuera a despertarlo. La observo embelesado mientras coloca sus delicadas manos en el marco de metal negro que bordea la estructura. Cada piscina mide unos cuatro mil metros cuadrados y alrededor de las dos hay un borde metálico de casi un metro de ancho con nombres grabados. Por la noche, los nombres se iluminan. Son los nombres de los hombres, las mujeres, los niños y los empleados de los servicios de emergencia que perdieron la vida el 11 de septiembre de 2001, así como en el bombardeo de 1993.

Aunque ya había estado aquí antes, me sigue pareciendo un lugar sobrecogedor. Cada piscina está rodeada por las cascadas artificiales más grandes del país. Tienen unos cuatro mil metros cuadrados cada una, y el agua que cae por las cuatro paredes va a parar a un agujero negro que hay en el centro. Me sitúo detrás de Skyler mientras ella se quita las gafas de sol y se las cuelga del top. Pego el pecho a su espalda y la abrazo por la cintura al tiempo que ella se sujeta al oscuro marco, como si no pudiera sostenerse en pie. Le apoyo la barbilla en el cuello para susurrarle al oído:

—Se supone que el objetivo del memorial es reflejar la sensación de vacío que nos dejaron las

vidas perdidas en el ataque a nuestro país. ¡Qué coño, fue un ataque al mundo entero! Los nombres son para que nunca olvidemos a los que perdimos. Los árboles nos proporcionan esperanza en el futuro como nación. Una nación, ante Dios. No sé tú, pero yo noto la presencia de Dios aquí.

Ella asiente y se apoya en mí, cruzando los brazos sobre los míos.

—Es hermoso, pero muy triste —susurra como si rezara—. Tanta pérdida. Es difícil hacerse una idea de la magnitud hasta que lo ves en persona.

Asiento con la cara en su cuello.

—Sí, pero también nos muestra lo resilientes que somos los humanos. Nos dan un golpe, pero seguimos viviendo y creamos memoriales como éste para no olvidar qué hicimos mal. Creo que eso era lo que los profesores trataban de enseñarnos cuando íbamos al colegio. No repitas los errores; aprende de ellos y crece. ¿El lado bueno de algo así? Que incluso ante el desastre, la humanidad sigue adelante.

Skyler se da la vuelta y me abraza. Me pongo de lado para que los dos podamos ver el agua que cae y desaparece por el centro mientras nos abrazamos y compartimos la intensidad del momento.

Le acaricio la espalda y apoyo la barbilla sobre la gorra de béisbol.

—Tal vez la enseñanza que puedes sacar de esto es que lo pasado ya no importa, forma parte de tu historia. Es el momento de la renovación. Creo que ha llegado el instante de que vivas tu verdad.

—Y ¿eso cómo se hace? —Me mira con ganas de entender, de aprender cualquier cosa que la ayude a salir del pozo en que se ha convertido su vida.

—Vive tu verdad —repito, y las palabras se clavan en mi alma.

Eso es justo lo que tiene que hacer. Presentarse ante el mundo tal como es, no como piensa que debe ser. Mostrar al mundo que Skyler Lumpkin y Skyler Paige son la misma persona.

—Pero ¿cómo lo hago? No sé por dónde empezar.

Sonriendo, le apoyo la mano en la mejilla y me muestro confiado porque sé que puedo ayudarla a encontrarse.

—Para eso estoy aquí, Skyler. Para ayudarte. ¿Confías en mí?

Ella pestañea despacio y lo piensa, pero no tarda ni treinta segundos en asentir.

—Confío en ti, Parker. Confío en ti plenamente.

6

Es ya el quinto día y he conseguido no follarme a mi clienta, pero por los pelos. Cada día ha sido un auténtico ejemplo de contención. Cinco días pueden parecer poco tiempo para el común de los mortales, pero, joder, cuando tienes a Skyler Paige en tu cama, frotando su cuerpo sexy contra el tuyo mientras duerme, tal como está haciendo ahora mismo, esos días parecen años. ¡Vamos, es que parecen décadas!

Por desgracia, sé que si no salto de la cama ahora mismo y me meto bajo el chorro de agua fría, voy a montarme sobre la rubia sexy que tengo al lado y nadie lo podrá evitar.

Skyler gime en sueños y el sonido me rasga el pecho y baja hasta mi polla, que ya está como una piedra. Una erección matutina es cosa seria, pero una erección matutina con la mujer de tus sueños al lado es hasta doloroso.

Haciendo uso de mis reservas de autocontrol, me aparto de su cálido abrazo, separo sus muslos de los míos, me levanto de la cama y me dirijo al baño.

«Estás haciendo lo correcto, Park.»

Tengo que darme este tipo de consejos a todas horas si quiero aguantar un día más. A estas alturas ya no sé si acostarme con ella iba a ser peor para su estado anímico o si, por el contrario, nos quitaría un peso de encima a los dos. No quiero que piense que no la deseo.

Me quito el bóxer y, mientras me meto bajo el chorro de agua caliente, me río solo.

—Ja, como si hubiera alguna posibilidad de eso.

Meto la cabeza bajo el agua, pero incluso así oigo su voz melódica.

—¿Una posibilidad de qué? —pregunta, mucho más cerca de lo previsible.

Me doy la vuelta y me encuentro a Skyler Paige desnuda por completo a mi espalda.

—¡Hostia puta! —exclamo antes de quedarme sin aliento mientras contemplo cada centímetro de su precioso cuerpo, desde las uñas de los pies pintadas de rosa hasta el pelo dorado.

Ella me mira con picardía al tiempo que se pasa las manos por los costados. Mi polla reacciona dando un brinco, como si sintiera las caricias de Skyler directamente en su piel. Ríos de lujuria me recorren las venas, como si fueran mi esencia vital.

—Me he cansado de esperar a que dieras el primer paso, Park —me dice coqueta, ladeando la cabeza y devorándome con los ojos.

La vista me queda atrapada en sus pechos exuberantes y empiezo a salivar. Tiene unas tetas perfectas, grandes, con unos pezones rosados que estoy deseando succionar. Su piel, sin marcas de bikini, está bastante bronceada para pasarse tanto tiempo sin salir de casa. Es probable que sea

su tono natural. Aprieto los puños porque mi polla, que había empezado a ablandarse al entrar en contacto con el agua, vuelve a endurecerse y señala directa a la preciosa rubia.

Ella alza una ceja.

—Ya veo que estás a punto de caramelo. ¿Piensas rechazarme otra vez? Piensas seguir negando lo que pasa entre nosotros.

«¿Qué está pasando entre nosotros?»

Sacudo la cabeza, porque sé que no voy a ser capaz de negarle nada. ¿Cómo negarme con su piel perfecta ante mis ojos, sus ganas y la rabiosa erección que controla hasta el último rincón de mi mente?

Doy un paso al frente y la agarro por la cintura. Pego su cuerpo al mío y mi boca a la suya. El agua se cuela entre nuestros cuerpos mientras ella gime. Me sumerjo en su boca y la pruebo por primera vez hoy, aunque sé que lo haré muchas más veces.

Se acabó la espera.

Ya no me conformo con susurros al oído.

Ya no me conformo con rozar su cuerpo sin ir más allá.

La sujeto por la nuca, hundiéndole los dedos en el pelo. Al no encontrar resistencia, bebo de sus labios y la empujo con las caderas, obligándola a caminar hacia atrás hasta que topa con las baldosas de la pared. Al entrar en contacto con la fría superficie, un temblor la recorre y se transmite a mi cuerpo.

Gruñendo, me aparto un poco e inspiro hondo. Su pecho sube y baja, también falto de aire. La agarro con fuerza por el pelo e inclino la cabeza para que nuestros ojos estén a la misma altura. Me empapo de su belleza, los preciosos ojos de color caramelo, las mejillas sonrosadas igual que los labios, suaves como el terciopelo. Abre la boca y veo asomar la lengua.

Mi cuerpo se calienta; el hambre y la necesidad se apoderan de mi mente y luchan por dominarme.

—Parker. —Mi nombre es un gemido que brota de sus labios. Le echo la cabeza hacia atrás, sujetando con fuerza su melena rubia.

Tengo que avisarla.

—Prepárate, Melocotones. Esto no va a ser lento ni suave. Voy a hacerte mía ahora mismo. —Apenas reconozco mi voz ronca.

—Sí, por favor.

Su respuesta era justo lo que necesitaba, así que me apodero de su boca en un beso posesivo.

Cuando he disfrutado hasta hartarme de su lengua y de sus labios, me separo lo mínimo.

—¿Tomas la píldora? —logro preguntarle con los dientes apretados, conteniendo a duras penas mis instintos carnales. Es como si un millón de agujas se me clavaran en la piel, empujándome a entrar en acción.

—Sí. Y tú, ¿estás limpio?

—Sí, nunca lo he hecho sin condón..., hasta ahora.

Skyler me rodea la cabeza con los brazos y esta vez es ella la que toma posesión de mi boca y me arrebata un beso profundo, de los que te retuercen por dentro. Joder, esta mujer lo tiene todo.

Inteligencia. Belleza. Y un cuerpo de infarto.

Se arquea contra mi pecho húmedo, frotando sus tetas contra mí. Estoy en el cielo. Rodeo uno de los firmes globos con la mano, lo elevo y cubro la bonita punta rosada con el ardor de mi boca.

Ella grita y se arquea más, quiere más, lo quiere todo.

Sonrío, le mordisqueo la punta y luego succiono el pezón. Sé que las sensaciones tienen que ser incendiarias. Quiero que se queme en ese fuego. Es el mismo fuego en el que ardo yo cada vez que la miro a la cara.

—Oh, sí. Me encanta —gimotea, e inspira hondo cuando cambio de teta y me dedico con entusiasmo a la otra gemela.

Skyler me agarra el pelo con fuerza para que no me escape, y se frota contra mi erección.

Le suelto la teta con un sonoro «pop» y ella gruñe y me lanza una mirada de fastidio.

Le recorro el torso con la boca, me entretengo en su cuello hasta que ella se convierte en una bola de energía que chisporrotea, y la beso en la boca.

Bajo las manos a sus muslos y la levanto del suelo. Skyler capta enseguida mis intenciones y me rodea la cintura con sus largas piernas. Con los pechos fusionados, la abrazo por la espalda con una mano y por su culo firme con la otra.

La beso profundamente durante un buen rato, disfrutando de las sensaciones que nos proporcionan nuestros cuerpos desnudos al frotarse.

Ella rompe el beso y apoya la frente en la mía.

—Me encanta tocarte, cariño.

Cariño.

La primera vez que me llama de alguna manera que no sea Park o Parker y me llama «*cariño*». Si no fuera porque ya había caído a sus pies antes, lo habría hecho en ese momento.

Le susurro la única advertencia que le voy a dar:

—Prepárate.

—Hazlo ya, cariño —me anima con la voz tan ronca por la lujuria como la mía.

—Joder —gruño, y adelanto las caderas hasta que la punta de mi polla está justo en su entrada.

En cuanto noto que ella se cierra alrededor de mí, elevo las caderas y aprovecho que la tengo sujeta por el hombro para tirar hacia abajo y clavarme en su interior con fuerza.

—¡Oh, Dios mío! —Skyler echa la cabeza hacia atrás y choca contra las baldosas de la pared —. Mi... Oh... —Se queda sin palabras, con la boca abierta y la barbilla apuntando al cielo.

¡Sí, joder! Me siento como un capullo orgulloso por haberla dejado sin voz de un buen empujón.

Aunque me duelen las pelotas, espero a que se acostumbre a tenerme dentro antes de cumplir

la promesa que le he hecho de follarla duro y rápido.

—¿Estás lista, nena? —le pregunto, apretando los dientes, mientras ella me estrangula la polla con las paredes de su sexo de un modo increíble.

—Oh, sí, mi amor. Grandullón se me ha clavado en lo más hondo —murmura.

Qué cabrón es Grandullón.

Y qué mona es ella, bautizándome la polla.

—¿Estás bromeando mientras follamos, Melocotones? Qué cachonda eres.

Le froto la nariz con la mía, me apodero de su boca, echo las caderas hacia atrás y vuelvo a clavarme hasta el fondo. Esta vez no paro. Ni cuando le da gracias a Dios a gritos, aunque es a mí a quien debería estar dándoselas. Ni cuando se golpea la cabeza con las baldosas de la pared, ni cuando suelta tacos. Skyler rebota sobre mi polla con la boca abierta, a ratos gritando, a ratos tratando de respirar.

Mi cuerpo ha puesto el piloto automático.

Penetrar. Follar. Saquear.

Dentro. Más adentro. Aún más adentro.

Sigo y sigo hasta que su cuerpo se tensa como la cuerda de una guitarra y su coño me agarra con la fuerza de unas tenazas.

—¡Joder, joder! —gruño moviendo nuestros cuerpos arriba y abajo con cada estocada.

La voz de Skyler se transforma en un gemido ronco que reverbera en las paredes de la ducha mientras ella se abandona y se eleva en una espiral de placer.

Por el modo en que me aferra la polla, sé que he satisfecho a mi mujer, así que me lanzo en busca de mi satisfacción.

Le rodeo las nalgas con las manos y la follo duro, presionando su espalda contra la pared a un ritmo cada vez mayor. Mis muslos protestan cada vez que me clavo en ella, pero no les hago caso y sigo bombeando hasta que ella vuelve a presionar mi polla con fuerza por segunda vez.

—¡Joder, Park! ¡Park, cariño, otra vez! —Me clava las uñas en los hombros y el dolor me catapulta hacia el orgasmo como si fuera una explosión nuclear de placer.

Lanzo un rugido que me brota de la polla y las pelotas, pero también del pecho, las piernas, los brazos y las manos, en un orgasmo explosivo y muy, pero que muy placentero.

Con los pies separados, echo las caderas hacia delante y me clavo lo máximo posible en el vientre de Skyler, que me da la bienvenida con su calor.

Mis terminaciones nerviosas cosquillean y estallan mientras asimilo el alivio de haber conectado al fin con esta mujer a todos los niveles. Hundo la barbilla en su cuello y la beso con la boca abierta en todos los rincones que alcanzo.

Permanecemos así durante un buen rato, con sus manos recorriéndome la espalda y mis labios en su cuello.

Inspira muy hondo, llenándose los pulmones de aire, y me acaricia con la nariz.

—El mejor polvo de mi vida.

El halago no me deja indiferente, pero, en vez de responder, la abrazo con fuerza y la llevo bajo el chorro de la ducha. Con una mano, elevo la temperatura del agua. Con toda la delicadeza que no he usado momentos atrás, la dejo deslizarse por mi cuerpo hasta que sus pies tocan el suelo. Se tambalea unos instantes y, cuando recupera las fuerzas, levanta la cara y me dirige una sonrisa bobalicona.

Una sonrisa que cualquier hombre haría lo que fuera por poder ver cada día. Una sonrisa que quiero volver a ver. Lo deseo tanto que convierto el deseo en uno de mis objetivos vitales.

Cojo el champú y le enjabono el pelo con parsimonia. Le recorro la cabeza con los dedos para eliminar la espuma, pero también para memorizar el tacto de su pelo deslizándose entre mis dedos. Le aplico suavizante y aprovecho para masajearle el cuello y la nuca para eliminar cualquier rastro de tensión. Le dejo el suavizante puesto para que actúe —un consejo que me dio Sophie—, cojo el gel de ducha y me lo echo en la palma de la mano.

—Es gel de chico —comenta ella pestañeando con inocencia, aún atontada por el polvo y el masaje capilar.

Sonrío, me froto las manos y procedo a enjabonarla de arriba abajo, entreteniéndome en sus partes más sexys. En realidad, todas sus partes son sexys, así que me dedico a todo su cuerpo concienzudamente. Muy concienzudamente.

—Lo sé, pero me gusta la idea de que vayas oliendo a hombre cuando salgas de casa. Así, los demás tíos pensarán que no estás disponible.

Ella me apoya los brazos en los hombros y me mira a los ojos.

—¿No lo estoy?

—¿No acabo de follarte contra la pared de tu ducha?

—Pues... sí.

—Pues estás fuera de circulación.

La miro sin saber cómo va a reaccionar. Yo tampoco tengo las cosas muy claras. La mente me dice una cosa, pero mi cuerpo y mi corazón se acaban de reblandecer y me dicen otra.

Hasta ahora nunca había deseado que una mujer me apartara de la circulación. Ni siquiera con Sophie, con la que disfruté mucho follando, sentí la necesidad de hacerla mía a largo plazo. Pero con Skyler las cosas son muy distintas.

—¿Estás seguro, cariño? —Vuelve a usar esa dichosa palabra, y cuando la usa, está más mona que nunca. Nadie me había llamado «cariño» hasta ahora. Y me gusta mucho. Demasiado. Sobre todo porque la palabra sale de su jugosa boca.

—Supongo que depende. —Frunzo los labios y la meto bajo el chorro para aclararle el jabón. De nuevo presto especial atención a las tetas y el culo, para asegurarme de que no queda ni rastro de espuma.

Su nariz se frunce formando esa mueca tan adorable que causa un efecto inmediato en mi polla.

—¿Depende de qué?

Me encojo de hombros.

—¿Tú quieres que te aparte de la circulación?

Hace un mohín y retira la vista, dándole vueltas a la cuestión.

—Creo que no había pensado en ello seriamente desde la debacle de Johan.

Sólo oír su nombre me saca de quicio y me hace apretar los dientes.

—Tal vez deberíamos darle tiempo a esto y dejar que las cosas fluyan de manera natural.

—¿Natural?

—Sí. ¿Te resulta natural dormir a mi lado?

—Sí.

—¿Comer conmigo?

—Sí.

—Pues deja que te coma —bromeo, para aligerar el ambiente.

Ella me da una palmada en el pecho y luego me abraza. Un abrazo en la ducha. Joder, ¡qué mona es!

La abrazo, le apoyo la barbilla en la coronilla y me limito a respirar.

—¿Qué te parece si no le ponemos etiquetas a lo que nos está pasando? No tenemos que tomar ninguna decisión ahora mismo.

Por no decir que no tengo ni puta idea de lo que quiero en mi vida a largo plazo. Lo único que sé es que, de momento, la quiero a ella.

—Vaaale, cariño.

Cariño.

—Me gusta que me llames así, Melocotones.

Noto cómo sonríe con la cara pegada a mi pecho.

—Y a mí me gusta que me llames Melocotones. —Se ruboriza al admitirlo.

—Bien. —Le doy una palmada en el culo—. Y ahora, sal de la ducha para que pueda lavarme yo y sacarte de casa. Abre las cajas que he dejado en la mesita. Mi asistente nos ha enviado disfraces.

Ella me dirige otra sonrisa bobalicona.

—¡Bien! —Alza los brazos y golpea el aire como si llevara pompones. El resultado es una deliciosa imagen de sus tetas rebotando—. ¡Vamos a escaparnos del castillo otra vez! —Sale del baño haciendo un bailecito sin música.

Locuela.

No sé cuánto durará esto pero, mientras dure, ella es mi locuela.

Por si acaso alguien la reconoce, he contratado a un par de guardaespaldas que nos siguen disimuladamente mientras visitamos el Museo de Arte Moderno. Quiero mostrarle un cuadro en concreto, pero no podemos dejar de ver *La noche estrellada* de Van Gogh, un cuadro que todo ser humano debería ver al menos una vez en la vida.

Dos tipos muy altos y corpulentos flanquean la entrada de la sala cuando entramos. No llevan traje; van vestidos de manera informal, con vaqueros y camisetas, y tienen instrucciones de permanecer a una distancia prudencial, para que nadie sepa a quién están protegiendo. Ni siquiera Skyler. No quiero que se entere de que los he contratado porque prefiero que siga disfrutando de la ilusión del anonimato, pero como no soy idiota, sé que al ir a un lugar tan público como éste, estaremos en contacto con un montón de potenciales admiradores. La parte buena es que la gente viene aquí por las obras de arte y no se fija en los demás visitantes. Yo incluido. Me encanta el arte, casi tanto como las mujeres. Bueno, vale, no tanto.

Sin soltar la mano de Skyler, la guío por el MoMA hasta llegar a la planta donde se exhibe la obra más famosa de Van Gogh. La miro y sonrío. Lleva una peluca que es una réplica de la melenita recta que lleva Uma Thurman en *Pulp Fiction* y unas gafas sin graduar, con montura negra. Sigue igual de guapa que siempre, pero cuesta reconocerla sin la melena rubia.

Como yo no soy famoso, no me he disfrazado porque no me conoce nadie. Llevo un par de vaqueros Levi's que he ido adaptando a mi cuerpo a base de llevarlos y una camiseta de béisbol igual de cómoda, con mangas tres cuartos. Es de color gris oscuro, con las mangas de color burdeos. Skyler también va muy informal, aunque continúa estando tan apetitosa que me vienen ganas de llevármela a un rincón oscuro y crear con ella arte de otro tipo. Lleva un vestido largo con un colorido estampado en tonos rojos, naranja, azules y violeta. El resultado es de infarto. Me podría pasar el resto del día contemplándola. Skyler es arte en movimiento.

Cuando llegamos al lugar que buscamos, hay una multitud y un guardia junto a una de las paredes. Skyler me aprieta la mano y baja la cara. Me da rabia que tenga que hacer eso para mantener su privacidad y su seguridad. Si una sola persona la reconociera, se formaría una avalancha de gente, de ahí la necesidad de contratar a Macizo 1 y Macizo 2. Los tipos son discretos y, de momento, Skyler no los ha visto. Hemos pasado un buen rato, hablando de arte y visitando la exposición sobre Frank Lloyd Wright, el arquitecto estadounidense que también fue diseñador de interiores y escritor. Su obra es alucinante y, para mi sorpresa, Skyler la conocía bastante bien. De hecho, estaba enamorada de uno de sus diseños más famosos, el hotel Imperial de Tokio.

Me ha resultado fascinante enterarme de que el tipo lo hacía todo, desde diseñar los planos de los edificios hasta dibujar los detalles de las vidrieras. Fue un hombre con un talento extraordinario, pero reconozco que con lo que más he disfrutado ha sido con el brillo que desprendían los ojos de Skyler mientras examinaba el trabajo del arquitecto.

Cuando llegamos ante *La noche estrellada,* la coloco delante de mí para que pueda observar el cuadro más de cerca.

Con su culo pegado a mi entrepierna, se agacha para examinar la pintura, pero tiene miedo de acercarse demasiado.

—Mire sin miedo —le dice el guardia, señalando el cuadro—, pero manténgase a treinta centímetros de distancia.

Skyler sonríe y se acerca un par de pasos. Yo la sigo, con el brazo alrededor de su cintura para que no se separe de mí. Cuando sacude la cabeza, el pelo negro de la peluca me hace cosquillas en la nariz.

—Es asombroso..., y los colores son tan ricos... —Su voz no es más que un susurro, pero la oigo.

—Van Gogh tenía una visión única del color y una profundidad que nadie ha podido igualar. Las espirales, la cantidad de pintura que usa en cada trazo... Hay una cita sobre él que se me quedó grabada.

—¿Cuál? —Skyler echa la cabeza hacia atrás y la apoya en mi hombro.

—Por lo visto dijo: «A menudo pienso que la noche está más viva y más llena de color que el día». Creo que este cuadro lo demuestra, igual que *La noche estrellada sobre el Ródano*, que, por cierto, es mi cuadro favorito de Van Gogh. ¿Tú qué crees?

Ella asiente en silencio y se pierde en el cuadro hasta que, pasados unos momentos, le aprieto la cintura.

—¿Estás lista? Quiero enseñarte otra cosa. De hecho, la auténtica razón por la que estamos aquí.

Le paso un brazo por los hombros, salimos de la sala y nos dirigimos a la galería donde se exhibe el cuadro de Pollock que quiero mostrarle.

Entramos en la sala, más grande que algunas de las anteriores. En la pared de la izquierda hay un cuadro llamado *Uno: Número 31, 1950*. Es enorme. Tendrá unos tres metros de alto por cinco de ancho. Frente al cuadro hay un banco vacío.

—Ven a sentarte conmigo. —La acompaño al banco y me siento a su lado.

Observa la pintura, que es una mezcla de manchas blancas, negras y grises, y arruga la nariz de ese modo tan encantador que me tiene loco.

—¿Qué estamos mirando?

—Es la técnica de vertido y salpicado de pintura de Pollock. Se la ha comparado con una coreografía porque los colores parecen retorcerse y bailar en el cuadro.

Contemplo la obra absolutamente extasiado.

Sin embargo, Skyler vive la experiencia de un modo distinto por completo.

—¿Hay algo escondido que debería ver y que se me escapa? ¿Es como una de esas ilusiones ópticas? Sólo veo manchas de pintura blanca y negra en un gran lienzo. Me resulta raro que esto sea considerado arte.

Me echo a reír.

Ella ladea la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Se supone que son ramas que se entrecruzan unas con otras? Como cuando te tumbas en el suelo bajo un árbol y las ramas y las hojas se mezclan creando formas bonitas.

Necesito estar más cerca, así que la abrazo por la cintura y me inclino hacia ella.

—En vez de tratar de ver algo escondido, ¿por qué no te quedas mirándolo con la mente en

blanco? Cuanto más rato lo observes, más fácil será que sientas algo. Amor, incertidumbre, odio. No trates de racionalizar el cuadro. Sólo obsérvalo hasta que sientas algo.

—¿Aparte de confusión? —Alza una ceja, juguetona.

La abrazo con fuerza, apoyo la cabeza en la suya y respiro. Durante un rato permanecemos quietos, mientras el museo sigue moviéndose a nuestro alrededor, pero para nosotros sólo existe el cuadro. Pronto lo único que oigo es la respiración de Skyler, y lo único que huelo es el aroma de un jugoso melocotón maduro.

Ella se apoya más en mí y me pregunta:

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de este cuadro?

—¿Mmm? —murmuro, aunque podría responderle mil cosas, como por ejemplo el cuidado que el autor tiene por los detalles, la precisión con que se mezclan los colores, la fluidez de cada línea de pintura... Pero no digo nada. Aguardo y dejo que ella hable, que comparta conmigo lo que quiera decirme.

—Me gusta verlo a través de tus ojos. Ves las cosas tal como son, sin tonterías. Cuando haces algo, lo haces porque sí, no vas con segundas. Quiero volver a ver y a experimentar el mundo de esa manera. Y quiero que la gente me vea así: tal como soy, desnuda, honesta. —Se encoge de hombros—. Que me vean a mí, no a la persona que creen que soy.

La beso en la sien mientras se me empieza a formar una idea en la cabeza. Aunque me da rabia, voy a necesitar la ayuda de Bo para llevarla a cabo. Sé que a él también le encantará la idea.

—Te prometo que volverás a ver el mundo tal como es, y te ayudaré a que le muestres al mundo tu verdad.

7

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto mientras me pongo unos vaqueros.

Skyler está en la cama, y la luz de la mañana entra por los ventanales que van del suelo al techo, anunciando un nuevo y bonito día en Nueva York. Tiene un libro sobre las rodillas y está concentrada en la lectura.

Ella aparta sus preciosos ojos del libro y me mira mientras me abrocho la cremallera.

—*No te escondo nada*, de Sylvia Day. Lo estoy releyendo por tercera vez.

—¿Relees libros? —No me lo esperaba.

—Claro. ¿No lo hace todo el mundo? —Frunce los labios y parpadea.

—Eeehhh, no. No lo creo, Sky. Si ya has leído un libro, ¿para qué lo vas a volver a leer?

Ladea la cabeza y su pelo dorado cae sobre la camisola de color rosa que lleva. Fue una sorpresa que me dedicó anoche; una sorpresa que disfruté muchísimo y que he seguido disfrutando toda la noche mientras dormía pegada a mí.

—Porque es increíble. Creo que te gustaría. La historia me recuerda un poco a nosotros. Hay una mujer rubia y rica que acaba de instalarse en la ciudad. La vida y el amor la han golpeado, pero empieza a levantar cabeza. Conoce a un tipo muy intenso, que está buenísimo. Es moreno, rico como ella, trabaja en la ciudad y la vida también lo ha golpeado, aunque el amor no. El caso es que se conocen y entre ellos surge una química exagerada. Bueno, así un poco como nosotros. —Se ruboriza.

—Te escucho y, de momento, me gusta lo que oigo. —Trazo unos círculos con la mano en el aire, indicándole que siga hablando.

Ella se ríe, deja el libro y cruza las piernas. Me he dado cuenta de que es su postura favorita, ya sea en la cama, en el sofá o incluso en un taburete. Tiene unas piernas larguísimas, pero las dobla en cualquier parte.

—Bueno, pues les pasan un montón de cosas mientras siguen adelante con sus vidas y sus negocios, y acaban trabajando juntos en un proyecto.

—Interesante —comento en tono provocador, para que sepa que no se me escapan las similitudes entre nosotros y la pareja de ficción.

—El caso es que se acuestan y el sexo entre ellos es una pasada, de lo más caliente que he leído nunca.

Su rostro se altera por la lujuria. Veo cómo se pasa la lengua por los labios y se muerde el labio inferior. Mi polla también se da cuenta.

«Tranquilo, amigo. Necesitamos un descanso.»

—Quiero leer ese libro —le digo muy en serio. Si tiene sexo caliente, me interesa mucho.

Ella se ríe con ganas y su rostro se ilumina haciendo que todavía esté más guapa.

—Creo que me identifico tanto con el libro porque la protagonista, Eva, se está buscando, trata de ser independiente y de demostrarle al mundo quién es en realidad. Y el protagonista, Gideon, la quiere a ella, la quiere tal como es. Con lo bueno y con lo malo. Con las cosas bonitas, pero también con los demonios que acarrea. Es probable que sea porque los reconoce como propios. Yo los admiro a los dos; me gustaría poder ser más como ella. Desnudarme por completo, ¿me entiendes?

Asiento con la cabeza, me subo a la cama y la beso. Primero con suavidad, pero luego más intensamente.

—Me gustas tal como eres..., y quiero leer ese libro —insisto.

Ella me da un empujón.

—Me ha quedado claro. —Sonríe, me da un beso rápido y murmura la palabra *café* contra mis labios—. Te toca a ti prepararlo.

—Vale, vale. Tú lee el libro y yo me ocupo del café. Además, he de hacer una llamada, así que no tengas prisa.

Coge el libro y lo abre por la página que estaba leyendo.

—*Okis* —murmura, sumergiéndose en la historia.

Salgo de la habitación y me dirijo a la cocina, donde estoy cargando el teléfono. Lo levanto y aprieto la tecla de marcación rápida número 2.

—¿Qué te pica, Forjador de Sueños? —La voz grave de Bo me llega acompañada por un bostezo.

—¿Aún estás en la cama? —lo acuso, mirando la hora en el reloj del microondas—. Son las diez y media de un lunes. ¿Por qué no estás trabajando?

Bo hace un gruñido de fastidio y dice «un momento», seguido por el inconfundible sonido de una palmada sobre carne desnuda y el grito juguetón de una mujer.

—Levántate, nena. Tengo que contestar esta llamada. En privado. Y luego he de irme a trabajar. Hablamos más tarde, ¿vale? —Sus palabras me llegan amortiguadas, como si estuviera tapando el teléfono.

Hago una mueca de asco cuando me llega otro sonido fácilmente reconocible, el de dos personas besuqueándose con la boca abierta. Me aparto el teléfono de la oreja y sacudo la cabeza.

—¿Park?

—Sí, aquí estoy. —Vuelvo a acercarme el teléfono.

—¿Qué pasa, tío? ¿O es que sólo me has llamado para pegarme la bronca por quedarme dormido? Fue una noche movidita, supongo que ya lo has oído —comenta en su tono bromista habitual.

No puedo evitar echarme a reír. Oír su voz después de una semana de no hacerlo me carga de

buenas vibraciones. Bo y Roy son mis anclas, los que aportan estabilidad a mi vida; son mis hermanos, aunque no compartamos padres. Estamos acostumbrados a vernos regularmente y, a riesgo de sonar ñoño, los echo de menos. A los dos.

—Necesito tu ayuda en este caso, tío.

—Claro, lo que sea, ya lo sabes. —Su tono ya no es de broma. Cuando alguno de los tres necesita a los demás, no importa de qué se trate, todos saltamos. Y ese apoyo mutuo y el compartirlo todo es lo que nos ha llevado a donde estamos hoy.

—Necesito tu talento como fotógrafo, tío. Quiero que le hagas una sesión privada a Skyler Paige.

—¿Me tomas el pelo?

—No. Quiero hacer algo que se va a llamar «No te escondo nada». —Se me acaba de ocurrir —. Es el título de uno de los libros favoritos de Skyler, pero el concepto es más profundo de lo que parece.

—¿Y eso?

—Quiero que la fotografíes en su casa, haciendo cosas que le encantan, con ropa informal..., bueno..., y también desnuda.

El bromista vuelve a la carga.

—Por primera vez en la vida, Park, no has sido capaz de satisfacer las necesidades de tu chica. —Se burla de mí—. Has tenido que pedir refuerzos.

—Que te den, capullo. No es verdad. Me la he levantado yo solito. —Cierro los ojos y hago una mueca, pasándome la mano por el pelo.

Bo me ha provocado y yo he caído de cuatro patas, dándole una información que no tenía intención de darle. Miro por encima del hombro, para asegurarme de que Skyler no me ha pillado contando que me he acostado con ella como un auténtico patán, pero no hay ni rastro de ella. Probablemente sigue sumergida en el libro, gracias a Dios.

—¡Bueno, menos mal! Ya tardabas en comerte ese culito sabroso, tío. Skyler Paige... ¡Menudo cabrón afortunado!

Suelto un gruñido. No me gusta el tono de la conversación ni me gusta que nombre el culo de Skyler.

—Tío, esto es serio. Necesito tu talento con la cámara para contar una historia al mundo; un mensaje a sus fans y a directores que quieran trabajar con ella en el futuro. Tiene que hacer cambios importantes en su vida, y parte de esos cambios pasan por la imagen que da al mundo, porque esa imagen no se corresponde con la realidad. Tiene que mostrar a la auténtica Skyler, no a ese invento que se han sacado de la manga su agente y los publicistas. Una mujer de carne y hueso, que estoy descubriendo y que se está convirtiendo en alguien muy importante para mí.

Bo se aclara la garganta.

—Vale, lo pillo. Lo haremos, claro que sí. ¿Cuándo te va bien?

—Lo más rápido que puedas. Quiero lanzarlo a la prensa mientras yo esté aquí con ella, para

suavizar los golpes. Pero dile a Wendy que te reserve hotel. No te vas a quedar a dormir aquí ni de puta broma.

Él se ríe a carcajadas.

—Claro que no, no voy a chafarte el plan.

—Lo de Skyler no es ningún plan. Lo pasamos bien juntos, eso es todo. —Odio esas últimas palabras en cuanto salen de mi boca.

—¿Lo pasáis bien juntos? ¿Como con Sophie? —Me toma el pelo.

—Sí... Bueno, no.

En ese instante me doy cuenta de que lo que tengo con Skyler debería hacerme sentir igual que lo que tuve con Sophie, pero no es así. Sophie es la caña y la quiero como amiga, pero ahora que estoy durmiendo en la cama de Skyler, no tengo ningunas ganas —ningunas, ni una ni media — de repetir con Sophie. ¿Tal vez sea porque estamos a un continente de distancia?

Me paso la mano por el pelo y cruzo los pies mientras pienso en eso.

¿Por qué con Skyler todo es distinto?

Como no soy capaz de encontrar una respuesta, cambio de tema.

—Así pues, ¿cuándo vendrás?

—Dentro de un día o dos. Hoy tengo que cerrar unos contratos con Royce y he de preparar el equipo. ¿El miércoles te va bien?

—Sí, dale vueltas al tema de las fotos. Necesitamos definir los conceptos. Queremos mostrarla al mundo tal como es, pero que la imagen que dé siga siendo elegante, triunfadora, sexy y cercana.

—Tío, te veo inspirado. Vale, nos vemos el miércoles.

—Gracias, Bo.

—Ya sabes, lo que haga falta, tío. Hasta entonces.

Bo cuelga justo cuando Skyler entra en la cocina.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunta entusiasmada.

Hemos salido de casa cada día y su actitud ha cambiado por completo; ya no está desanimada. Sin embargo, aún hemos de trabajar, sobre todo los aspectos relacionados con su carrera profesional. Llevo aquí una semana y he evitado hablar de interpretación, pero ya es el momento de abordarlo.

—Pues hoy vamos a quedarnos en casa. Haremos palomitas, pediremos pizza y helado y veremos un par de películas, de las tuyas.

Ella frunce el ceño.

—¿De las mías? ¿Quieres decir de mis DVD?

Niego con la cabeza.

—No. Me refiero a películas en las que has actuado. Y tú las elegirás.

Su felicidad se desvanece ante mis ojos.

—La verdad es que no me apetece ver ninguna de mis películas.

Rodeo la isla de la cocina y la abrazo por la cintura, acercándola a mí. Con la otra mano la tomo por la nuca y le alzo la barbilla con el pulgar. Sus ojos no pueden ocultarme nada. Lo veo todo en ellos:

El miedo.

La ansiedad.

La desesperación.

—Melocotones, esto no es un test. La intención no es hacerte daño, es ayudarte a recuperar a la auténtica Skyler. Es para recordarte lo que antes te encantaba y para que tengas un lugar seguro en el que poder experimentar todas las sensaciones que necesites hasta que lo consigas. Yo estaré a tu lado para ayudarte a llegar al lugar que buscamos. Está ahí, esperando a que lo encuentres, pero tienes que hacer un esfuerzo. Aceptar el desafío y soportar los baches del camino.

Ella traga saliva y los ojos se le llenan de lágrimas, pero no llegan a caer.

—Me da miedo.

—Ya lo sé, por eso estoy aquí; para que puedas darme la mano. No estás sola, nunca estarás sola.

Skyler cierra los ojos, aprieta los dientes y me regala una sonrisa pequeña pero decidida.

—De acuerdo, hagámoslo.

Sonrío y le tomo la cara entre las manos para acercar sus labios a los míos. La beso durante un buen rato antes de separarme.

—Estoy orgulloso de ti, Melocotones —susurro con la boca pegada a sus labios—. Y ahora elige dos películas en las que actúes y que te veas con ánimos de ver conmigo.

Ella suelta un gruñido.

—¿Y si elijo comedias románticas y no pelis de acción?

Yo hago una mueca.

—Vamos a ver. ¿Una comedia romántica y una de acción? —Alzo las cejas—. ¿Cómo lo ves?

—¡Vale!

—¡Ostras, me encanta ese trozo! —Sky está sentada en el sofá, con las piernas cruzadas y la espalda muy recta. Se ha llevado las manos al pecho y por su expresión se nota que está disfrutando mucho—. ¡Mira, mira lo que va a hacer ahora! —Señala al villano de la peli—. Va a sacar la pistola, pero entonces yo se la quitaré y le daré una patada en... —Una de sus piernas sale disparada en dirección a la pantalla plana.

Observo con admiración cómo la Skyler de la pantalla le da una paliza a un tipo mucho más grande que ella.

—¡Joder, nena! —Me meto en la acción y la abrazo por los hombros, disfrutando el doble al ver cómo reproduce en el sofá los movimientos que salen en la película. Tras liquidar al primer villano, hace lo mismo con otro—. ¡Madre mía, eres increíble!

Me endurezco sin remedio. Verla pelear con esos tipos y ganarlos sin despeinarse me pone como una moto. Latigazos de deseo me recorren el pecho y descienden en cascada hacia mi erección, que no para de crecer.

Ella da un salto y rodea la mesa a la carrera, como si estuviera haciendo un *touchdown*.

—¡Y acaba con él! El público se vuelve loco. ¡Aaaaaahhh! —Hace bocina con las manos e imita el sonido de la multitud rugiendo en un partido de fútbol americano.

—¡Ven aquí! —La agarro por la cintura y la siento sobre mi regazo. Ella se retuerce hasta quedar sentada sobre mis muslos—. Estuviste increíble, eres la bomba. ¿Hay más pelis de esta serie?

Sus ojos brillan de alegría.

—¡Sí! Tengo otra en el armario. De hecho, debo rodar la tercera parte el mes que viene. —Hace una mueca y se encoge—. Mierda.

Le acaricio la espalda arriba y abajo.

—Sky, eres buenísima en lo tuyo. Me ha gustado hasta la peli romántica. Era apasionada, divertida y entrañable.

Ella ladea la cabeza y me mira con ironía.

—Vale, la trama era pastelosa, pero tu interpretación salvaba la peli. Me ha gustado porque salías tú. Y luego, en la peli de acción... Ufff, volvería a verla ahora mismo. Estás preciosa, eres la caña y me he creído cada puñetazo y cada patada como si estuvieran pasando de verdad. ¡Eres muy buena! Te metes en los personajes. Es como si fueras una persona distinta en cada película.

Se anima al oírme.

—¿De verdad lo crees?

—Melocotones, no es que lo crea, es que lo sé en lo más hondo de mí. Te lo demostraré, mira. —Alzo las caderas y ella abre mucho los ojos cuando su culo entra en contacto con mi erección —. Exacto, así de dura se me ha puesto al verte patear el culo de esos tipos. De hecho, quítate el top.

Ella sonríe y se lo quita sin protestar. Sus tetas desnudas rebotan ante mis ojos y, antes de que pueda decir ni mu, me meto un pezón en la boca y saboreo la punta.

—Joder, nena, estabas tan sexy... —Vuelvo a alzar las caderas y mi polla protesta por falta de sitio en los vaqueros.

Su risa se convierte en un gemido y echa la cabeza hacia atrás, arqueando el pecho.

—Me alegro de que te gusten mis películas, cariñooo... Oooh, sí... —Su gemido coincide con el momento en que deslizo la mano dentro de sus pantalones de yoga y de las bragas al mismo tiempo, hundiendo dos dedos en su sexo húmedo y caliente.

La penetro con los dedos mientras disfruto a fondo de sus pechos suculentos, esos pechos que son los dueños de mi alma. Son suaves como el terciopelo y encajan a la perfección en mis manos, pero eso no es lo mejor. Lo que más me gusta es lo sensibles que son. Skyler se retuerce, suspira y prácticamente se corre cuando los succiono con fuerza. Observarlo es un auténtico

espectáculo, y doy gracias a mi buena estrella por ser el único cabrón afortunado que puede tocarla así.

Poco a poco pierde la cabeza y monta mis dedos con desenfreno hasta que sale disparada como un cohete. Pero mi chica es muy golosa y siempre repite. Con una rapidez que no me había encontrado hasta este momento, se quita los pantalones y se queda desnuda como el día en que nació. Con una agilidad alucinante, me desabrocha los pantalones, me saca la polla y la frota contra su sexo húmedo en tiempo récord.

—¡Jooo-deeeer! —exclamo mientras echo la cabeza hacia atrás y la apoyo en el sofá.

Ella me pasa la lengua por el cuello y la humedad lanza un bombardeo de sensaciones que me recorre el cuerpo entero.

—Apoya las manos en el respaldo y no me toques —me ordena, susurrándome al oído.

—¿Cómo dices? —Le agarro una de las caderas y la hago descender sobre mi polla hasta que grita—. Ya me parecía a mí que no lo decías en serio. —Vuelvo a repetirlo una y otra vez, haciendo que me monte como a mí me gusta.

—Hazlo, cariño. Quiero estar al mando esta vez. Quiero disfrutar sabiendo que te has puesto así viendo mis películas. —Jadea tan excitada como yo.

Me paso la lengua por los labios, aprieto los dientes y le cedo el control, apoyando las manos en el respaldo del sofá y agarrándome a él. Más le vale montarme con ganas o volveré a ponerme al mando.

—Sí, así. —Menea las caderas y los ojos se le iluminan mientras salta sobre mi polla—. ¿Te gusta, cariño? ¿Te gusta que te folle así? —Su voz es puro pecado y el paraíso al mismo tiempo.

—¡Joder!

Me aferro con más fuerza al sofá, sin perder detalle de sus tetas, que rebotan de un modo delicioso. Ojalá pudiera meterme una en la boca y disfrutar de su dulzura en la lengua.

Apoya una mano en mi hombro para mantener el equilibrio y con la otra se toca a sí misma, recorriéndose las curvas voluptuosas y pellizcándose un pezón hasta gritar. Baja la mano hasta donde nuestros cuerpos conectan. Se lleva dos dedos al clítoris, uno por cada lado, y se lo acaricia con suavidad, rozando mi polla en el punto en que entra y sale de su interior.

Y pierdo el control por completo.

No aguanto más.

Tengo los ojos clavados en sus dedos y en la ondulación de sus caderas, que suben y bajan sobre mi polla como si estuviera en una sesión de porno privada, obscena y preciosa a la vez. Veo cómo brilla mi polla con sus fluidos cada vez que se retira y cómo desaparece en su sexo cada vez que desciende. Nunca he visto nada tan erótico como Skyler follándome, liberada de cualquier tipo de inhibiciones. Es un regalo que me hace y, como tal, lo recibo y lo guardaré para siempre entre mis recuerdos más valiosos.

—Me gusta cómo me follas, Melocotones. Me gusta cómo te sueltas, es una pasada. Un espectáculo —logro decirle, apretando mucho los dientes—, pero o llegas conmigo pronto o no

voy a poder esperarte mucho más y me voy a correr en lo más hondo de este cuerpo que me vuelve loco. No... puedo... más. —Gruño, y lucho contra el impulso de agarrarla por las caderas, clavarme hasta las pelotas y quedarme a vivir ahí, pongamos, un millón de años más o menos.

Ella gime y mueve los dedos más deprisa, hasta que se desdibujan ante mis ojos.

Echo la cabeza hacia atrás, cierro los ojos y empujo las caderas hacia arriba con todas mis fuerzas. Necesito estar más dentro de ella, pero no quiero quitarle el control.

—¡Oh, Dios mío! ¡Parker! —grita, y las paredes de su sexo se transforman en unas tenazas que aprisionan mi polla.

—¡Mierda! —bramo, y suelto el sofá porque no puedo permanecer ni un segundo más sin tocarla.

La abrazo y la hago rebotar sobre mi miembro hasta que los dos nos vamos a la vez, gritando. Mi cuerpo se contrae y las bolas se me hinchan; necesitan estallar. Tengo la polla tan dura que podría morir por el dolor que se entremezcla con el placer. Cuando vuelve a apretar mi sexo con el suyo, me relajo y dejo que la felicidad brote de mi cuerpo con cada chorro que disparo dentro del suyo.

El orgasmo se alarga sin fin, como si no hubiéramos follado como animales desde el primer polvo que echamos en la ducha. Esta mujer despierta algo muy primitivo en mí, algo que no puedo controlar. El sexo con ella es el mejor que he tenido en toda mi vida.

Skyler me abraza por el cuello, sin fuerza en los brazos ni en el resto del cuerpo, mientras respira laboriosamente. Le recorro la piel desnuda de abajo arriba hasta hundir las manos en su pelo y la obligo a levantar la cara. Tiene los ojos entornados y la mirada perdida.

—Nena, ¿estás bien?

—Joder, sí —murmura, pero luego ya no dice nada más porque la estoy besando como un poseso.

Cuando la he besado hasta eliminar cualquier resto de mantequilla de las palomitas que nos hemos tomado antes, vuelvo a apoyar su cara en el hueco de mi hombro y nos relajamos. Nos quedamos así, disfrutando el uno del otro, sudorosos y agotados por el polvo salvaje.

—Me encanta ver pelis contigo, Sky —le digo en voz baja.

Durante unos momentos creo que se ha dormido, hasta que su cuerpo empieza a temblar y a sacudirse. Se está riendo. Al final, levanta la cabeza y veo que le caen lagrimones de risa por la cara.

—Los días de cine son la caña.

—¿Una peli que acaba con una mujer preciosa y desnuda follándose mis dedos y después mi polla? Sí, no me puedo quejar.

Ella pone los ojos en blanco, se sienta sobre mis muslos y me pasa los dedos por el pelo. Supongo que está tratando de ponerlo en orden, después de tanto agarrarlo y tirar de él durante el polvo.

—¿Tan cachondo te han puesto mis pelis?

Alzo una ceja.

—¿En serio me lo preguntas? ¿No has visto que estaba como una piedra cuando te he pillado por banda? Nena, en esas pelis estás sexy como una diosa. No tendrás ningún problema interpretándola otra vez. La prota es una tipa dura, y tú estabas repitiendo sus movimientos por el salón como si nada. La llevas dentro.

—¿Tú crees?

—Claro. —Le apoyo la mano sobre el corazón—. Skyler, tu amor por la interpretación nace de aquí. No dejes que la sociedad, ni la relaciones públicas, ni nadie te robe ese amor. Es tuyo, es una parte de ti que no debes compartir con nadie.

El labio le empieza a temblar.

—Pero la última vez que traté de actuar no pude hacerlo. Fui incapaz.

Me encojo de hombros.

—No puedo darte una razón. Tal vez fue por ansiedad, por estrés, miedo, depresión, o porque estabas quemada. Joder, tal vez por todo eso al mismo tiempo. O quizá simplemente estabas agotada o harta de que nadie viera a la auténtica Skyler. Pero tengo un plan para solucionar eso.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Te acuerdas del libro del que me hablaste, *No te escondo nada*?

—Claro, es mi libro favorito.

—Pues le he pedido a mi amigo Bogart que venga de Boston. Además de mi socio, es fotógrafo aficionado. El cabrón es muy bueno.

Entorna los ojos y se lleva un dedo a la boca para mordisquearse la uña. Le tomo la mano, le beso el dedo y mantengo su mano sujeta entre los dos.

—Él te va a ayudar a mostrarle al mundo quién es la auténtica Skyler Paige. A tu manera. Siguiendo tus reglas. Vas a ser cien por cien tú. Será una especie de salida del armario. Sky, ha llegado el momento de desnudarte, y por eso he pensado que la sesión de fotos podría llamarse «No te escondo nada», para transmitir el mensaje de que te estás mostrando al mundo: a los fans, a los directores, a los amigos, incluso a tus colegas. Ya no tendrás que seguir ocultándote. Tú eres así. O te toman tal como eres o ya pueden olvidarse de ti.

—¿Y si no les gusta la auténtica Skyler?

Le acaricio el pelo y le apoyo la mano en la mejilla. Ella se deja caer sobre mi mano. Es un gesto sencillo pero revelador y despierta en mí un montón de instintos.

Abrazarla, protegerla, amarla.

Aunque sé que aún es muy pronto para hablar de amor, nuestra conexión cada vez es más profunda y avanza en esa dirección.

De momento, me conformaré con protegerla.

—Melocotones, ¿cómo no les vas a gustar?

8

—Vale, tío. Estoy listo para tu chica. —Bo regula la luz del salón.

Skyler se ha pasado la mañana ordenando para que todo esté tal como quiere. No le apetece que la gente vea todas sus cosas, así que hemos cambiado algunas de sitio y hemos ajustado los ángulos para que no aparezcan otras.

Ha sacudido el sofá un millón de veces y ha colocado y recolocado los cojines decorativos tantas veces que tengo miedo de sentarme y dejar marca en el mullido perfecto de algún almohadón.

—Sky, nena, ¡¿dónde andas?! —grito, buscándola por el ático. La encuentro en su dormitorio, poniéndose las pulseras.

Está para chuparse los dedos. Lleva unos vaqueros desteñidos, un top de canalé verde oliva con un montón de collares y una tonelada de pulseras. La melena, suelta y sin alisar, le cae formando ondas naturales por la espalda.

—Melocotones, estás preciosa. —Vuelvo a mirarla de abajo arriba.

Va descalza y lleva las uñas de los pies pintadas de color lila tan oscuro que parece negro. Las de las manos las lleva del mismo color. Resulta que hay servicio de manicura y pedicura a domicilio. Me enteré ayer. Tracey se encargó de llamar a una especialista, que vino a casa para que no tuviéramos que ir a un salón de manicura.

Sky se pone un anillo de plata con un ópalo ovalado en el dedo índice. El anillo le cubre el dedo desde la base hasta el primer nudillo. Sacude las manos como si quisiera secarlas.

—Estoy nerviosa.

—¿Por qué?

—Supongo que porque vamos a hacer fotos en mi casa, en mi territorio privado; la gente va a ver dónde vivo.

—Claro, ésa es la idea. Quieres que conozcan y amen a la auténtica Skyler, no a la que se han creado en sus cabezas.

Ella asiente.

—Sí, vale. Venga, vamos a hacerlo. ¿Ha llegado Tracey?

—Que yo sepa, no, pero vendrá. Le pediste que viniera, y como ella también quería venir para ver cómo estabas...

Ella asiente con la cabeza y se pasa la lengua por los labios, lo que causa un efecto inmediato sobre mi libido. Le rodeo la cintura con un brazo y la atraigo hacia mí. Skyler alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran.

—Esto que vamos a hacer es para pasárnoslo bien, Sky. Hemos de encontrar la manera de disfrutar de la experiencia. Nada de lo que hagamos hoy llegará a la prensa a menos que tú quieras. Bo es uno de mis dos mejores amigos y trabaja para International Guy. El objetivo de ambos es cuidar de ti. Se trata de llevar a cabo tu idea de compartir a la auténtica tú con el público, para que no sientas que nadie te ve. Pero sólo compartiremos lo que tú quieras y como tú quieras, así que relájate, Melocotones, y vamos a disfrutar.

Ella sonríe, se pone de puntillas y me besa. Sabe a menta y huele a melocotones. Gruño, le ladeo la cabeza y me apodero de su boca, profundizando el beso. Gime y su gemido atraviesa sus labios y va a parar a mi boca. Lo devoro igual que la devoro a ella. Concienzuda y descaradamente.

Cuando a los dos nos falta el aire, nos separamos un poco de cintura para arriba.

—Maldita sea, nena. Dime que siempre será así.

Ella me dirige una de sus sonrisas bobaliconas.

—Puedo intentarlo.

Le acaricio la nariz con la mía.

—Me parece justo.

Tengo la mano en su nalga y la aprieto con tanta fuerza que, cuando me riñe, sé que me lo he ganado.

—¡Eh! —Me da un empujón en el pecho, pero no la suelto.

—No me pongas cachonda, que tengo una sesión de fotos.

Me echo a reír cuando hace un puchero. Es que es tan mona..., hasta cuando hace pucheros. Sí, lo sé, estoy jodido. Llevo casi dos semanas a su lado, de día y de noche. Me despierto viendo su preciosa cara y me duermo saciado, tras haberle hecho el amor. ¿Cómo prescindir de algo así?

Entre nosotros hay algo que crece cada día. Es más fuerte y más profundo que nada que haya sentido en el pasado, pero tengo miedo de entregarme. Una golondrina no hace verano, y dos semanas no son suficientes para poder hablar de amor. Además, ¿qué es el amor? Una vez pensé que me había enamorado de Kayla McCormick. Confié en ella, le entregué mi corazón, mi cuerpo y mi alma. Y ¿qué hizo con ellos? Los tiró a la basura y se acostó con mi exmejor amigo. Los chicos y yo nunca hablamos de él, pero perder de golpe a dos personas queridas es muy duro. Esa mierda de experiencia me enseñó algo: que el amor es una idiotez. Hablamos de amor cuando deberíamos hablar de lujuria. Sin embargo, con Skyler no tengo las cosas tan claras. No es mi amiga, aunque es alguien muy importante para mí. Ahora mismo, es más que una amiga, más incluso que una amiga con derecho a roce. ¿Tal vez la palabra que más se ajusta en este caso sería la de *amante*?

Sacudo la cabeza para librarme de esos pensamientos inoportunos y decido dejarlos para cuando tenga un rato a solas. Los próximos dos días van a ser una locura. Tengo que centrarme en la sesión de fotos y en controlar que nada altere a mi chica.

Gruño cuando la suelto con desgana. Le tomo la mano y la llevo arrastrando hasta el salón,

donde Bo nos está esperando, ya preparado.

Cuando llegamos, Tracey se ha unido a él. Lleva otro de sus trajes de ejecutiva agresiva, una cola de caballo y tiene una expresión rara en la cara. Resulta que la mueca de disgusto es porque nos ha visto cogidos de la mano.

—¡Se la está tirando! —me acusa en cuanto entramos en el salón.

Skyler da un brinco y pasa de estar nerviosa a estar enfadada.

—Trace, a quien meta en mi cama no es asunto tuyo.

Pero Tracey se enfurece.

—¡Y una mierda que no! No le pago para que folle contigo, le pago para que te arregle.

Sus palabras se me clavan en el pecho y me sacan de quicio.

—Para empezar, señora Wilson, Skyler tiene razón. A quién le dé la bienvenida en su cama no es asunto suyo. Pero es que, además, no tengo que arreglar a Skyler porque no está estropeada. Lo único que necesita es tiempo para poder recuperar su camino. Necesita saber qué quiere ser y cómo va a afectar eso a su carrera. Y vamos por buen camino.

—Y entonces ¿qué hace este hombre aquí preparando una sesión de fotos? ¿En su salón, nada menos? Un lugar que Skyler me dijo que era sagrado. He tenido un millón de ofertas de revistas y de programas sobre casas de famosos que matarían por sacar el piso de Skyler y ella siempre se ha negado. De pronto entra en su vida y en sólo dos semanas cambia de idea. ¿Se puede saber por qué nadie me ha informado? Skyler no es sólo mi mejor amiga, también es mi clienta. Soy su agente y protegerla es mi trabajo, no el suyo.

Levanto las manos, tratando de calmarla y de devolver la conversación a un terreno civilizado.

—Señora Wilson, ésta es la primera parte de una serie de sesiones que vamos a hacer con Skyler. Tal vez vean la luz pública o tal vez no, eso lo decidirá ella.

—Trace... —Skyler se acerca a su amiga.

—¿Qué está pasando, Pajarillo? ¿Te está obligando a hacer algo contra tu voluntad? Dímelo y lo echo ahora mismo. —Está agarrando el brazo de Skyler con dureza, la misma dureza que se oye en su voz.

Sky niega con la cabeza.

—No. A ver, esto ha sido idea de Parker, pero yo decido lo que vamos a hacer con las fotos. Las fotos las va a tomar el socio de Parker. No es fotógrafo profesional, trabaja para International Guy. Es que me he dado cuenta de que parte de mi problema es que no soy sincera. Ni con mis fans ni con los productores, con los directores..., con nadie. Ni siquiera contigo.

Tracey la suelta y se tapa la boca con la mano mientras contiene el aliento.

—Trace, no quiero ser una famosa sofisticada e intocable, quiero ser yo misma. Quiero ser la Skyler Lumpkin que lleva vaqueros y tops. Bueno, el apellido Lumpkin lo dejaré fuera de la ecuación —añade sonriendo.

—Pero no lo entiendo. —Tracey frunce el ceño y los labios—. Ya eres tú misma.

Skyler inspira hondo y suelta el aire despacio.

—Odio hacer dieta. Odio llevar ropa de diseñador a los estrenos de mis películas. No me importa si salgo en la lista de las peor vestidas. Quiero tener libertad para salir con quien yo quiera, no con alguien que vaya a suponer un empujón para mi carrera. —Me mira y yo le guiño el ojo con descaro como respuesta—. Esa mujer que el público cree conocer no soy yo, Trace, y eso me está matando. No puedo seguir así. Voy a despedir a mi entrenador personal. La nutricionista puede quedarse, pero hablaré con ella muy seriamente. No pienso volver a hacer dieta, así que tendrá que enseñarme a comer bien. Y si aumento cinco kilos, tampoco va a pasar nada. Seguro que todavía estaré por debajo del peso ideal para mi estatura.

Tracey abre mucho los ojos.

—¿Te vas a abandonar? ¿Estás segura de que es buena idea?

Skyler niega con la cabeza.

—No me voy a abandonar. Me tomaré en serio mi alimentación y mi plan de ejercicios, pero no pienso sentirme mal por comerme una galleta. Y tengo intención de beber con mis amigos si me apetece. Y ya no comeré ensalada dos veces al día. Trace, voy a empezar a vivir, porque lo que he estado haciendo hasta ahora no era vivir.

Tracey se pasa la lengua por los labios y asiente.

—De acuerdo, y ¿qué me dices de volver a actuar?

Skyler endereza la espalda.

—Bueno, aún no hemos llegado a esa parte, pero el otro día vimos un par de pelis mías y lo pasé bien. Me sentí orgullosa de mi trabajo. Parker y yo estamos trabajando en reenfocar mi carrera. No creo que vaya a hacer muchos anuncios de belleza o de ropa. De hecho, no creo que vuelva a hacer ninguno. Lo único que me interesa es actuar. No quiero hacer anuncios, no quiero prestar mi imagen a ninguna empresa. Quiero ser yo misma y hacer lo que me gusta, pero no a costa de sacrificar mi identidad.

—Me parece muy razonable, cariño. —Tracey le acaricia los brazos a Sky de arriba abajo y le toma las manos. Yo no pierdo detalle—. Sólo deseo verte feliz y ayudarte a conseguir lo mejor para tu carrera y tu futuro. Si no te apetece rodar más anuncios, los cancelaremos todos. Y ahora, explícame qué vais a hacer aquí.

Durante los siguientes veinte minutos, Skyler le cuenta que vamos a hacer una serie de fotos, tal vez incluso una entrevista, que muestre quién es Skyler Paige en realidad. La primera sesión será en casa, otra fuera, en algún lugar público, y un par de sesiones sexys en las que se la vea desnuda sin mostrar nada. Vamos a tener que ser creativos con esas fotos.

Finalmente Tracey entiende el concepto y le da su bendición. Además, decide quedarse para pasar el día con su mejor amiga.

Mientras Bo coloca a Skyler en el sofá, con los pies descalzos en el aire, el libro de Sylvia Day en la mano, el codo apoyado en el brazo del sofá y mirando a cámara con una enorme sonrisa en la cara, Tracey se acerca a mí.

—Tengo que disculparme por cómo le he hablado antes.

—Acepto sus disculpas. —No tengo ningunas ganas de llevarme mal con la mejor amiga de nuestra clienta.

—Tutéame, por favor. Me he pasado, te he acusado de acostarte con ella.

—Me he acostado con ella —admito, porque es la verdad.

Abre mucho los ojos y aparta la mirada, ruborizándose.

—En cualquier caso, es evidente que deseas lo mejor para ella y, a decir verdad, es la primera vez en años que la veo luchar por lo que quiere. Siempre ha hecho lo que los demás le han pedido que hiciera, o lo que le han dicho que sería lo mejor para su carrera. Me temo que he tenido parte de responsabilidad en eso porque yo también lo he aceptado todo sin protestar y me he olvidado de que ésa no era la auténtica Skyler. Me dejé llevar por la corriente, consiguiéndole papeles cada vez más importantes a cambio de cada vez más dinero, y me dejé cegar por el brillo y el glamur.

—Pero es que Skyler no es brillo y glamur, ella es melocotones y nata. Pastel de manzana caliente en un día desapacible, vaqueros y un top, béisbol y perritos calientes. Ella no tiene nada que ver con limusinas ni alfombras rojas, joyas o vestidos caros. Esa persona no es ella, ni quiere serlo. —Señalo con la barbilla hacia el sofá, donde Bo la está haciendo reír mientras le saca fotos —. Mírala, sentada en su sofá demasiado mullido, con un millón de cojines donde apoyar los brazos o la cabeza, con espacio suficiente para que quepa una familia numerosa, descalza, con el pelo suelto, tranquilamente en su casa. Ésa es Skyler Paige, la mujer que necesitamos que el mundo conozca. Es importante que ella entienda que es correcto ser como es, porque no sabe ser de otra manera. Y no debería cambiar su forma de ser. Por nadie.

Tracey cierra los ojos y asiente.

—Sí, creo que las dos hemos perdido eso de vista durante estos últimos años. Gracias por ayudarla a encontrar su camino.

—De nada. Todavía queda mucho trabajo por hacer. Necesitará ir a terapia. No ha querido hablar de ello, pero cada vez que menciono a su familia, se cierra en banda y cambia de tema.

Tracey hace una mueca.

—Sí, ya me imaginé que aún seguía sintiéndose culpable por lo que pasó. Pensaba que lo iba superando poco a poco, pero buscaré un terapeuta, alguien acostumbrado a tratar con famosos, que tenga medidas de seguridad. O, mejor aún, que se desplace a domicilio.

—Sí, mejor que se enfrente a sus demonios desde un espacio seguro. Yo no soy el adecuado para encargarme de eso. Yo me estoy ocupando de devolverle la inspiración, y creo que vamos por buen camino.

Me mira fijamente.

—¿En serio? ¿Crees que estará lista para rodar el mes que viene?

Me encojo de hombros.

—No prometo nada, pero cuando estas fotos salgan a la luz (y voy a necesitar tu ayuda para

decidir a qué medios enviarlas), creo que se dará cuenta de que sus fans la quieren tal como es y eso la ayudará a recuperar las ganas de actuar.

Tracey coge el teléfono y toma notas.

—Creo que la revista *People* sería la más adecuada, tanto en su versión en papel como en la digital. Tengo un amigo que trabaja allí y, si le digo que tendremos las fotos a finales de semana, seguro que retiran algún reportaje para hacerle sitio a Skyler. Es mucho más importante de lo que ella piensa. Todo el mundo quiere un pedacito de Skyler.

Cierro los ojos y le doy vueltas a esa última frase.

«Todo el mundo quiere un pedacito de Skyler.»

Yo también. Pero es que yo quiero más que un pedacito, quiero la enchilada entera. Lo que no sé es qué hacer con esa revelación.

Mientras yo reflexiono, Skyler pega brincos en el sofá, luego salta al suelo, viene corriendo hacia mí y me abraza.

—¿Lo has visto? ¡Ha sido divertidísimo! La mejor sesión de fotos de mi vida. ¡Bo es la caña, cariño! —exclama mientras le hago dar vueltas en el aire, feliz al ver lo contenta que está.

Bo se acerca pavoneándose y nos muestra la cámara, para que veamos alguna de las fotos que ha sacado.

—Uau, Sky, son exactamente como me las imaginé. Estás preciosa y eres cien por cien tú.

Tracey no pierde detalle por encima del hombro de Bo.

—La verdad es que son perfectas, Pajarillo.

¿Pajarillo? Luego le preguntaré a Sky sobre su apodo.

—Bo dice que me cambie para la siguiente sesión. La haremos en la sala de yoga, porque me encanta el yoga y quiero compartir esa parte de mí con mis fans.

—Genial, pues venga, a cambiarte. Voy a por unas cervezas. ¿Quieres una?

Skyler niega con la cabeza sin dejar de botar arriba y abajo y de lado a lado.

—No, estoy demasiado nerviosa.

Bo y yo nos echamos a reír.

—Voy a preparar las cosas allí —dice Bo—. La luz ya la tengo lista, pero quiero ajustar un par de ángulos. Ah, y me apunto a esa cerveza. —Me guiña el ojo y luego se queda mirando a Tracey—. Hola, preciosa. Bonito traje. ¿Está hecho a medida? —Examina de arriba abajo su cuerpo atlético.

—Ah, sí.

—Se nota. La próxima vez, desabróchate un botón de la camisa y dale caña al conjunto con un toque de color en los zapatos, a poder ser, de tacón. Ah, y el pelo deberías llevarlo recogido en un moño alto y suelto, pero no en una coleta. No eres un caballo.

—Eeehhh..., tomo nota.

—Vale pues, la clase ha terminado. Del resto no tengo queja, vas perfecta, pero, recuerda, zapatos sexys, un poco de escote, el pelo..., y los hombres caerán como moscas a tus pies.

Con ese consejo, da media vuelta y se dirige a la sala de yoga con sus andares chulescos.

—¿Un tipo que parece un motero acaba de darme consejos sobre estilismo? —Tracey alza las manos y pestañea—. ¿Ha pasado de verdad o lo he soñado?

Sonrío.

—Bo es así. No se corta y dice las cosas tal como las piensa, pero siempre acierta.

Tracey frunce los labios y baja la vista hacia sus zapatos negros y aburridos. Se lleva una mano al pelo, se quita el coletero y su melena castaña clara le cae sobre la espalda.

—¿Mejor así? —Alza sus bonitos ojos azules hacia mí.

Yo examino el paquete completo antes de dar un diagnóstico.

—Unos zapatos nuevos harían maravillas con esas piernas, nena. Tienes unas piernas de infarto, lúcelas.

Ella se muerde el labio inferior y asiente.

—Gracias.

—Voy a por las cervezas. ¿Quieres una?

—A una copa de vino no le diría que no —admite con una sonrisa.

—¡Marchando! —Riendo, me dirijo a la cocina.

El día siguiente lo empezamos en la terraza de Sky. Ella lleva un bikini que no puede ser más sexy.

—Reconozco, tío, que en días como hoy adoro mi trabajo. La vista es ¡especta... cular! —Bo menea las cejas para tocarme los cojones.

Pero tiene razón. La vista es espectacular, y no estamos hablando de la panorámica de Central Park y del resto de Nueva York que se ve desde la gigantesca terraza. Skyler está sentada en un extremo de su estrecha piscina de entrenamiento. Está empapada. Lleva unas gafas de aviador y el pelo le gotea por la espalda mientras mira a cámara por encima del hombro.

Bo dispara como un poseso.

—Muy bien. Ahora vuelve a mojarte y túmbate en el borde de la piscina, en los escalones, pero fuera del agua. Extiende una de las piernas y dobla la otra. Arquea la espalda y dirige el pecho hacia el sol. El brazo que queda más lejos de la cámara enrédalo en tu pelo. Así, como si adoraras al sol. Será supersexy; todos los tíos se van a volver locos, van a llenar la revista de babas.

Sky se echa a reír a carcajadas y Bo captura el momento. Como suele decir, las mejores fotos son las que se hacen cuando la persona no sabe que la están fotografiando y se muestra con naturalidad.

Antes hemos hecho ya unas cuantas fotos de Skyler semidesnuda en la bañera, escandalosamente sexys. Se ha puesto unas bragas de color melocotón por si acaso, pero los pechos los llevaba al aire. Ha tenido la precaución de tapárselos con los brazos, así que lo único que se ve en realidad son las piernas saliendo de la gigantesca bañera, iluminada con velas, y un

poco de escote. El pelo se lo ha recogido en un moño alto que la hacía ser tan ella misma que me ha encantado.

La cámara no deja de disparar. Voy al otro lado de la piscina y me quito la camisa. Hundo los pies en el agua y empiezo a caminar. El agua me llega al bañador y está tan buena que me lanzo de cabeza y nado hasta donde Skyler está posando. Me da igual todo; necesito tocarla.

Salgo del agua cuando ella no se lo espera y le salpico el pecho y la tripa con un montón de gotas.

Ella se echa a reír y grita cuando la agarro por la espalda y por las rodillas y la meto en el agua conmigo. Nos sumergimos juntos y cuando vuelve a salir ya no lleva las gafas, que se han perdido por algún rincón de la piscina, pero se está riendo como si no tuviera ninguna preocupación en la vida.

La beso en los labios sin poder reprimirme. Sabe a cloro y a naranjas del zumo que se ha tomado antes de que empezáramos la sesión.

Sonríe y se remueve hasta rodearme la cintura con las piernas y los hombros con los brazos. Yo tengo una mano en su culo y la otra en su nuca. Une sus labios a los míos y me da un beso hambriento, tomando la iniciativa y colando la lengua en mi boca. La polla se me endurece y ella sonríe sin apartar la boca, con toda probabilidad porque ya ha notado a la bestia pinchándole el culo.

Oigo el sonido de una cámara disparando en la distancia, pero no hago ni caso, al menos hasta que Bo dice:

—Park, date la vuelta. La cabeza, del lado donde no está la cámara. Sky, baja el brazo y apoya la mano en el bíceps de Park. Bien. Park, cambia la mano que tienes en su culo.

Le hago caso porque al menos no me está riñendo por interrumpir su trabajo para robarle un beso a la chica de mis sueños. Cuando tengo la mano correcta en su culo, la otra en su cabeza y mi cara escondida en el hueco de su cuello, Bo le ordena:

—Sky, quiero que bajes la mirada.

Ella lo hace.

—Park, dile algo íntimo y sexy al oído.

Sin dudarlo ni un momento, susurro:

—Este bikini blanco es diminuto. No me costaría nada echarlo a un lado y clavarme profundamente en ti. ¿Te gustaría que lo hiciera, Melocotones?

Sky alza la cara y mira a Bo mientras ahoga una exclamación. La cámara dispara como loca. Ha tenido tiempo ya de conseguir una imagen sexy, así que la agarro por el culo mientras ella se aferra a mis hombros y pego la boca a la suya. La cámara sigue disparando, pero a mí ya me da igual. No puedo más. No puedo seguir soportando verla casi desnuda, estar tocando su precioso cuerpo mojado y no reclamar lo que es mío.

Sin importarme una mierda lo que diga mi socio, subo la escalera, saco a Sky de la piscina y paso de largo a Bo.

—Supongo que la sesión ha terminado por hoy. ¡A por ella, chaval! Yo me largo. Voy a buscarme una chiquita. Nos vemos esta noche en el pub; no quiero excusas.

Aparto una mano del culo de Skyler el tiempo necesario para saludarlo y vuelvo a lo mío.

Skyler se ríe cuando llegamos a su dormitorio, la lanzo sobre la cama y me coloco entre sus piernas.

—¿Se habrá enfadado? —pregunta mientras me echo hacia atrás para quitarle la parte de abajo del bikini empapado.

—Qué va. Para Bo, las mujeres son lo primero, los negocios vienen después. Mírate: con ese cuerpo, semidesnuda, mojada, sexy como una cosa mala. Probablemente no entienda cómo he aguantado tanto.

Ella sonríe coqueta.

—Yo tampoco lo entiendo. Y ahora espero que cumplas lo que me has prometido en la piscina.

Sky abre los brazos y a mí me falta tiempo para quitarme el bañador mojado y lanzarme sobre ella al más puro estilo Superman.

—Tus deseos son órdenes para mí.

9

—No lo sabrás si no lo pruebas. —Intento que mi voz suene calmada, aunque estoy cabreado como una mona por su falta de entusiasmo con los guiones.

Ella se pasa una mano por el pelo y lanza el guion por encima de la cabeza. Éste cae al suelo como si fuera un pájaro derribado que bate las alas durante el accidentado descenso.

Aprieto los dientes y me froto el pelo que me crece en la barbilla y el labio superior. Tengo ganas de volver a afeitarme del todo, pero por lo visto a Skyler le gusta cómo me queda; dice que parezco un tipo más duro.

Inspiro hondo y apoyo las manos en el respaldo del sofá, detrás de su cabeza.

—Melocotones, es fácil; no es ingeniería aeronáutica. Sólo tienes que leer uno de los guiones para una de tus próximas películas y pasar los diálogos conmigo. Yo lo voy a hacer como el culo, porque no soy actor, pero para darte la réplica servirá, ¿no crees?

Ella se echa hacia delante y esconde la cabeza entre las piernas cruzadas. Suelta el aire, coge el guion que cuelga del borde de la mesa auxiliar y se lo pone en el regazo.

—¿Qué peli es? —le pregunto.

—*Ángel salvaje.* Es la tercera de la serie «Salvaje».

—Sky, vimos la primera peli el otro día y estuviste saltando por el salón como una loca, lo tienes por la mano. Voy a empezar.

Bajo la voz e imito el tono ronco y severo de un militar.

—El general necesita de tu experiencia. No puedes rechazar esta misión. ¡El mundo te necesita! —La señalo con el dedo como si fuera el famoso cartel del tío Sam.

Ella suelta una risita burlona ante mi tono forzado, pero se rinde. Suspira, se aclara la garganta y replica:

—¿Cuál es la misión?

—Abatir al líder de Jericho sin dejar rastro y conseguir los códigos de las armas nucleares que ocultan —respondo con el ceño fruncido, metiéndome en el personaje.

Poco a poco, Sky también se va metiendo. Se levanta del sofá y empieza a andar de un lado a otro, leyendo sus frases con más intensidad. Al ver que ella se involucra más, yo también lo hago. Cuando me doy cuenta, llevamos una hora ensayando sin parar. Nos hemos sumergido en las escenas. Skyler lleva la interpretación en la sangre y se ha hecho suya la historia. Al fin llegamos a la parte en la que la heroína lucha con el héroe. Ninguno de los dos sabe que el otro es de los buenos, pero, por supuesto, como en cualquier buena película de acción que se precie, la tensión sexual entre la pareja es espectacular.

Seguimos leyendo, cada vez más cerca el uno del otro, lanzándonos las palabras pensadas para ofendernos mutuamente, pero que al mismo tiempo inflaman la pasión de los personajes. Hasta que, de repente, el héroe la agarra por la nuca y la besa de manera inesperada.

Y eso hago. Con ganas, con orgullo y con tanta pasión que apenas puedo respirar por la intensidad del deseo que siento hacia ella.

Aparto los labios de su boca.

—Joder, nena, qué pasada —susurro con la frente apoyada en la suya.

—Cariño, eso no viene en el guion. —Suelta una risita.

¿Quién iba a imaginarse dos semanas atrás que pasaríamos a la fase de las risitas tan pronto?

—Creo que acabamos de demostrar que puedes volver a actuar. —Miro el reloj que tiene sobre la repisa de la chimenea y veo que ha pasado otra hora—. Llevamos dos horas leyendo el guion.

—¡Joder! ¿En serio? —Se vuelve hacia el reloj para comprobarlo por sí misma. Me dirige una sonrisa enorme, me agarra por la cintura y salta arriba y abajo—. ¡Lo he conseguido! Estaba tan metida en la historia que me he olvidado de que era un guion. —Baja la voz—. Llevaba meses sin conseguirlo..., y ha sido gracias a ti, Parker Ellis. ¡El título de Forjador de Sueños te va que ni pintado!

Me río y la atraigo hacia mi pecho.

—Ya veo que has estado leyendo la web de mi empresa.

Me devuelve la sonrisa.

—Tal vez. Quería saber con quién trabajabas. A Bo ya lo he conocido en persona y, la verdad, el nombre de Amante de Ensueño le va muy bien. Está buenísimo. —Se abanica con la mano.

—Eh, tú. —La abrazo con más fuerza.

Ella sigue hablando sin hacer caso de mi demostración de celos.

—Aún no conozco a Royce, la Fábrica de Dinero, y no creo que lo conozca porque no tengo problemas financieros, pero también está para comérselo.

Frunzo el ceño. No me hace ninguna gracia que piense que mis socios están buenos. A ver, ya sé que tienen éxito con las mujeres, así que feos como el culo no son, pero tampoco veo la necesidad de que mi chica vaya suspirando por ellos.

—Y luego estás tú, mi guapetón, ¡al que llaman el Forjador de Sueños, nada más y nada menos! Ahora que llevo dos semanas trabajando contigo, entiendo que te lo pusieran. Ayudas a tus clientas a darse cuenta de su potencial. Lo que has hecho conmigo..., ayudarme a encontrarme a mí misma, a averiguar lo que quiero en mi futuro y en mi carrera... —sacude la cabeza—, es realmente increíble. —Me apoya la mano en la mejilla y me acaricia el labio inferior con el pulgar.

De pronto cambia de actitud. Se tensa y el brillo que iluminaba su mirada se apaga.

—Pero ¿cuántas de tus clientas se llevan el lote completo? ¿Sólo las famosas? ¿O las que más pagan?

Le acaricio el cuello con la nariz, procurando no ofenderme por el rumbo que ha tomado la conversación.

—¿Me estás preguntando si intimo con las demás clientas tanto como he intimado contigo?

Ella alza un hombro y ladea la cabeza como respuesta.

—Sky, la respuesta es no. No me acuesto con las clientas, aunque con una de ellas intimé bastante. No fue algo planeado, surgió así. Ahora ella trabaja con Royce y hemos acabado en muy buenos términos, como amigos incluso.

Ella frunce los labios.

—¿Y nosotros? ¿Cómo crees que acabaremos nuestra relación laboral? —pregunta poniendo énfasis en la última palabra, lo que me sienta como si acabara de comerme un dónut duro como una piedra.

Le recorro la espalda con las manos hasta dejarlas ancladas en su cintura y la miro a la cara.

Preciosa. Abierta. Sincera.

No me recuerda a ninguna de las mujeres con las que he trabajado hasta ahora.

Sophie sería una excepción, pero, para ser sincero, Skyler juega en otra liga. Adoro a Sophie, con ella me lo pasé genial y estoy seguro de que ella diría lo mismo, pero no hubo más. Lo nuestro fue diversión entre dos adultos que lo deseaban, pero mis sentimientos hacia ella no son románticos. En cuanto nos despedimos, fue como si hubiera apagado un interruptor en mi mente. Pasamos de amigos con derecho a roce a amigos a secas. Nada más y nada menos. Me siento privilegiado. Tengo la suerte de contar con ella como clienta, pero también como amiga.

¿Me gustaría que Skyler fuera mi amiga cuando me marche de aquí?

No, no me gustaría. La conexión que hay entre nosotros es algo más que una amistad. Tal vez podría definirse con la palabra *amantes*. Somos algo más que dos adultos divirtiéndose. No sabría ponerle nombre a ese «algo más». Sólo sé que es distinto de lo que tuve con Sophie o con cualquier otra mujer con las que he salido hasta ahora.

—Mira, Sky, no estoy seguro de qué es esto que ha surgido entre nosotros. Ahora mismo, lo único que puedo asegurarte es que no quiero que esto termine cuando me vaya.

Su cara recupera el brillo. Es como si un rayo de sol acabara de abrirse paso entre las nubes.

—Yo tampoco —susurra.

—¿Qué te parece si acordamos seguir disfrutando de la compañía del otro? ¿Si buscamos momentos para vernos y pasar tiempo juntos?

Su sonrisa es devastadora.

—Me parece genial. Puedo ir a Boston o a donde estés de vez en cuando. —Me acaricia el pecho.

—Y yo puedo volver a visitarte en tu torre entre las nubes de Nueva York.

—Sí —me dice con un hilo de voz.

—Pues creo que estamos de acuerdo. No necesitamos ponerle una etiqueta a esto. Nos veremos regularmente y veremos adónde nos lleva. Sé que pronto empezarás un proyecto que

absorberá casi todo tu tiempo y tu atención. Y yo no sé adónde me llevarán los siguientes casos de International Guy. El nombre de la empresa no engaña; vamos a todas partes donde nos necesiten, así que todo es posible.

Ella sonríe con cariño.

—Todo es posible. Me gusta esa frase.

—A mí me gustas tú.

—A mí también me gustas, Parker.

—Pues partamos de eso, ¿vale?

—Trato hecho.

—Tío. —El saludo de Royce me resulta tan familiar como mi propia voz.

Sonrío y me aguanto el teléfono en la oreja mientras reviso el armario para decidir qué me pongo esta noche.

—Hola, colega. ¿Cómo van las cosas por casa?

—No nos podemos quejar. Llevar las cuentas de Rolland Group es muy productivo. He encontrado otra cagada del director financiero. Se lo comentaré a Sophie antes de ir a casa de mi madre, donde nos esperan unas costillas al horno.

—¿Bo va contigo? —le pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Claro. Cuando se enteró de que mi madre iba a preparar sus famosas costillas con salsa picante, sacó todo su arsenal de favores que le debía para que lo invitara a ir. —La risa de Royce me llega, explosiva y llena de vida, igual que su sueño.

Me echo a reír.

—¿No ibas a llevarlo igualmente?

—Pues claro, pero no hace falta que se lo digas. Ahora soy yo el que tiene un puñado de favores para usar a discreción.

—Bien hecho. ¡Que se lo curre! —Me echo a reír, imaginándome las locuras que se le ocurrirán a mamá Sterling.

—Mis hermanas ya han estado planeando cosas. Le van a pedir su opinión sobre toda la ropa y los complementos que quieren comprarse por internet. Y mi madre quiere construirse un vestidor o no sé qué. Que se encargue él. Mi madre feliz y Bo alimentado. Todos contentos.

—Pues sí, suena bien.

—¿Cómo está tu chica nueva?

—Roy... —le advierto.

—Ya conoces a Bo, parece un adolescente. Se ha pasado la semana hablando de tu chica. De lo colada que ella está por ti y de cómo la miras, como si fuera el mejor invento de la humanidad desde el pan de molde.

—En serio, Roy. Esta conversación es absurda. Nos estamos viendo, eso es todo.

Él se anima.

—Entonces ¿es oficial? ¿Os estáis viendo?

«¿Es oficial?»

—Supongo. No le hemos puesto nombre a lo nuestro. Vamos improvisando sobre la marcha, sin agobios.

—Claro. Ya sabes que yo soy feliz si tú eres feliz.

—Tío, me estoy tirando a Skyler Paige, la chica de mis sueños. ¿Qué más puedo pedir? No necesito ir a cazar arcoíris, ella es mi puto arcoíris.

—Me alegro mucho, tío, de verdad —dice en voz baja, reflexivo.

—Gracias. ¿Vas a arreglar el problema financiero de SoSo?

—¿Por quién me has tomado? Pues claro, coño; a mí no me cuelan nada. Voy a hablar con nuestra dulce Sophie de su problema y van a rodar cabezas. Me temo que tendré que volar a París para acompañarla en la reunión de la junta.

—Lo que haga falta.

—Lo sé. ¿Cuándo vuelves?

Suspiro y me froto la nuca. Tengo el pelo más largo de lo habitual y se me empieza a rizar.

—Mañana. ¿Nos vemos el lunes por la mañana?

—Sin falta.

—Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Cuando cuelgo, acabo de vestirme mientras pienso en lo bien que ha ido todo durante las últimas tres semanas.

Skyler ha mejorado mucho; está muy animada y ha recuperado la confianza en sí misma. Durante estos últimos días hemos estado ensayando su papel para la próxima película y se siente preparada para iniciar el proyecto. Se la ve hasta ilusionada. Tan bien está que Tracey ha enviado a un colega actor para que pase el texto con ella.

Es alucinante ver a Sky en su elemento, soy un cabrón afortunado que disfruta contemplándola mientras actúa en la intimidad. Es magnífica. Es capaz de meterse en el personaje de tal manera que creo estar viéndolo aunque estemos en el salón de su casa. Es evidente que actuar es su vocación y que le encanta hacerlo.

Ahora mismo, mi única preocupación es que la revista *People* quiere sacar el reportaje de «No te escondo nada» a cuatro páginas, además de poner a Skyler en portada para promocionarlo. Eso implica que no puede aparecer en este número, habrá que esperar al siguiente. Y, cuando el reportaje salga publicado, yo no estaré a su lado. No me hace ninguna gracia pensar que Sky tenga que afrontar esos momentos sola, por eso le he dicho a Tracey que, aunque yo esté con mi próxima clienta, me mantenga informado, para poder apoyar a Skyler si algo sale mal.

A Tracey le gustaron las fotografías y aprobó la entrevista que Sky concedió a la revista por teléfono. Sky me aseguró que la entrevista había ido bien y que no estaba preocupada, pero con los periodistas nunca se sabe. A veces alteran la verdad y escriben titulares llamativos para

aumentar las ventas, pero tengo esperanza. De todos modos, me parece prudente estar disponible para ella cuando llegue a los quioscos para ayudarla por si hay críticas o polémicas.

Finalmente, esta noche voy a llevarla a la Trattoria Dell'Arte, el restaurante italiano. Decidimos posponer la salida a un lugar público y Wendy se encargó de cambiar la reserva. Será una despedida especial antes de mi vuelta a Boston mañana por la noche.

He estado mirando mis trajes hace un rato y he elegido el mejor, uno de Tom Ford. Es azul marino, con dos botones y un acabado brillante. Creo que Bo dijo que se llamaba «piel de tiburón», aunque no tiene escamas ni estampados. Tom Ford suele escaparse de mi presupuesto. Me gusta la ropa bonita, por supuesto, aunque no tanto como a Royce. Él suele ir vestido con ropa de este diseñador y le sienta como un guante. Yo prefiero alternar. Bo encontró este traje por internet. Neiman Marcus lo tenía rebajado y lo conseguí a mitad de precio. De todos modos, dos mil dólares por un traje sigue pareciéndome mucho. Sólo lo compré porque Bo me insistió en la necesidad de tener un traje más formal para eventos y para reunirme con los peces gordos. Le hice caso y me lo compré.

Y me alegro de haberlo hecho cuando veo la expresión de Skyler mientras entra en el salón.

—Cariño, estás buenísimo —exclama con una sonrisa satisfecha.

Yo me río y sacudo la cabeza.

Alargo la mano hacia ella mientras examino el modelo que ha elegido para esta noche. Es un vestido de tubo con mangas caídas que le sienta como un guante. El estampado floral destaca sobre el fondo oscuro, azul marino o gris, no estoy seguro. Las flores se van degradando a medida que descienden por su cuerpo hasta fundirse en un gris perla en la parte inferior. El dobladillo le queda cinco centímetros por encima de la rodilla.

Lleva el pelo recogido en un moño ladeado, igual que el flequillo, que también lo lleva hacia un costado. Le cubre parte de la frente y se ondula hacia un lado de la cara.

—Estás espectacular. —Trago saliva e inspiro hondo porque esta mujer me deja sin aliento.

Se da una vuelta. El vestido le abraza el culo a la perfección. Inspiro apretando los dientes y me paso el pulgar por el labio inferior mientras camino a su alrededor.

—Melocotones, estás para comerte.

A Skyler le gusta el cumplido y se ruboriza un poco.

—Estoy lista para mi primera aparición pública y oficial como Skyler Paige, la actriz que sale a cenar con un chulazo con un vestido sexy y asequible de Betsey Johnson. ¿Sabes cuánto cuesta por internet?

Niego con la cabeza.

—Ni idea, nena.

—Ciento cuarenta dólares. Si me hubiera puesto en contacto con Betsey Johnson y le hubiera encargado que lo hiciera especialmente para mí, me habría cobrado varios miles de dólares. Y no me gusta eso. Quiero que mis fans vean el vestido y, si les gusta, lo busquen en internet. Y, si lo hacen, ¿sabes qué pasará?

Me aguanto la risa.

—Que lo encontrarán y verán que se lo pueden permitir. O, al menos, pueden conseguirlo si ahorran. No vale lo mismo que un coche de segunda mano. Es un vestido sencillo y sexy, que me hace sentir guapa.

—Estás increíble, joder. Lo de *guapa* se queda muy corto. —Una vez más, su cara se ilumina al oír el piropo—. ¿Estás lista?

—Sí, vamos allá.

Vamos al ascensor y bajamos al aparcamiento, donde nos espera una limusina. Los paparazzi se imaginarán que va en ella y reaccionarán en consecuencia. Lo hemos hablado y decidimos que era una buena ocasión para que se mostrara en público tal como es. Por supuesto, hemos contratado seguridad. Hay un guardaespaldas al lado del chófer y seguridad adicional en el restaurante.

Cuando llegamos, entramos por la puerta de atrás. El guardaespaldas nos facilita la entrada y nadie se fija en nosotros.

Pero, una vez dentro, la cosa cambia. Ciccio, mi amigo el maître, se acerca a saludarnos. Lleva un traje beige, camisa blanca y corbata negra. Su pelo, salpicado de canas, me recuerda que el tiempo pasa para todos. Me abraza y me da ruidosas palmadas en la espalda.

—Bienvenidos, bienvenidos —nos saluda con su acento italiano y una sonrisa blanca y radiante—. Estamos encantados de que hayáis venido a la Trattoria Dell'Arte. Os hemos reservado la mejor mesa —añade orgulloso y emocionado.

Por desgracia, cuando lo seguimos, nos damos cuenta de que nos lleva al puto centro del restaurante. En vez de acomodarnos en la parte trasera, donde podríamos disfrutar de algo de intimidad, nos ha guardado una mesa que se ve desde todos los rincones del local. Aprieto los dientes cuando todos los comensales empiezan a reconocer a mi pareja. La gente comienza a murmurar y el nombre de Skyler va de boca en boca. Veo que se tensa; es evidente que está incómoda.

Tomo una decisión repentina. Doy varias palmadas y el restaurante queda en silencio, un silencio sepulcral.

—Atención todo el mundo. Ya veo que han reconocido a mi preciosa acompañante. —Señalo a Sky—. Si nos prometen que nos dejarán cenar tranquilos, pasaremos por sus mesas y podrán sacarse una foto con ella. Lo único que les pedimos es que no llamen a sus amigos ni cuelguen fotos en las redes sociales hasta que nos hayamos marchado. Nos gustaría disfrutar de la cena en este increíble establecimiento igual que ustedes, sin que nos bombardeen los paparazzi. Levanten la mano los que quieran que Skyler pase por su mesa.

Prácticamente el cien por cien de los clientes levanta la mano.

—¿Te parece bien? —le susurro al oído.

Ella sonríe.

—Claro. Los fans son muy importantes para mí, pero poder cenar sin que nadie nos moleste

es maravilloso. ¡Genial, gracias!

Con una mano en su espalda y el tipo de seguridad no muy lejos, la guio hacia la primera mesa.

—Sólo una foto y nada de autógrafos —digo lo bastante alto para que lo oiga todo el mundo.

Skyler se coloca detrás de la feliz pareja. Yo cojo el teléfono de la esposa y saco la foto del trío sonriente.

Repetimos el proceso en todas las mesas, lo que nos lleva unos tres cuartos de hora. Me sorprende bastante comprobar que todo el mundo parece satisfecho con el acuerdo. Se muestran considerados y no se quejan cuando ella se limita a hacerse la foto con ellos, a darles las gracias y se va a la siguiente mesa.

Cuando acabamos, le aparto la silla para que se siente. Hay champán en una cubitera al lado de la mesa, un detalle de Ciccio, el muy cerdo, que sabe que todas las fotos que se suban a las redes llevarán la etiqueta del restaurante. Invitarnos a champán es lo menos que podía hacer.

El resto de la velada está lleno de buena comida y mejor conversación. Durante dos horas comemos hasta casi reventar y reímos hasta que nos quedamos sin aire.

Me doy cuenta de que nos sacan fotos disimuladamente desde distintos ángulos, pero con una belleza como Skyler sentada frente a mí, no aparto la vista de ella.

—Me lo estoy pasando genial; la comida está increíble —murmura antes de levantar la copa de champán, que ya le he rellenado cuatro veces.

Sonrío y me echo hacia atrás en la silla.

—Eres la pareja perfecta para una cita perfecta.

—En eso te doy la razón. —Me señala con la cucharilla antes de clavarla en la mousse de chocolate con nata montada que compartimos.

Me alegro de ver que come de verdad, y pienso asegurarme de que no se arrepienta de haber comido tan a gusto.

Gime con la cuchara en la boca y el sonido es como un relámpago directo a mi polla. Me remuevo en la silla y miro a nuestro alrededor.

—¿Nos vamos?

—Sí, tengo una sorpresa para ti en el ático —responde con voz seductora.

Alzo las cejas.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor..., y te va a encantar. —Me guiña el ojo.

Joder.

Tengo la impresión de que me espera algo jodidamente sexy cuando lleguemos a casa. Y no puedo estar más a favor de la iniciativa.

—¡La cuenta, por favor! —Levanto la mano cuando el camarero pasa a nuestro lado.

—Oh, no hace falta, *signore*. La casa invita.

No necesito oír nada más. Me levanto con un movimiento brusco porque siento que mi polla

está prisionera en una jaula debajo del traje y necesito liberarla. Me abotono la americana para no dar el espectáculo, pero Skyler me mira de arriba abajo y no se le escapa detalle; su sonrisa irónica lo dice todo. Se ha dado cuenta del efecto que tiene en mí y está feliz como una perdiz.

La agarro del brazo y la acerco a mí para susurrarle al oído:

—Espero que la sorpresa sea buena.

—Oh, sí, lo es.

Los guardaespaldas se colocan a lado y lado y nos llevan a la puerta trasera.

Ciccio nos alcanza.

—Gracias por venir, Parker. Y, señorita Paige, gracias por ser tan generosa con nuestros clientes. Vuelva pronto. —Le da un abrazo rápido, la besa en las mejillas y la suelta. Yo le paso el brazo por encima de los hombros y la pego a mi costado.

—Seguro que sí, gracias; la comida estaba espectacular —replica ella ganándose a Ciccio, que se convierte en un nuevo admirador incondicional.

Él me da una palmada en el hombro.

—No la dejes escapar, *amico mio*. Hay pocas como ella.

—No pienso hacerlo. —Y, en el momento en que lo digo, me doy cuenta de que es la pura verdad. Y eso hace que se me crucen los cables en la cabeza.

Sin embargo, no tengo tiempo de reflexionar tranquilamente sobre la epifanía que acabo de experimentar, así que me limito a seguir a los guardaespaldas.

Por desgracia, los paparazzi se han enterado de dónde estamos. Me imagino que a estas alturas debemos de salir en todas las redes sociales. Hay tipos con cámaras rodeando la puerta trasera y la limusina.

Cuando salimos, una explosión de *flashes* nos ciega. Skyler sonríe como si fuera lo más normal del mundo mientras yo la pego a mí. Los guardaespaldas hacen su trabajo; los paparazzi nos sacan fotos muy juntos y subiendo al coche, y nos largamos de allí.

—¿Lo de la sorpresa sigue en pie? —pregunto, temiéndome que la súbita aparición de los periodistas le haya quitado las ganas de jugar.

—Por supuesto.

—¿No te cansas de esto?

Sky me preocupa de verdad. Es la primera vez que experimento lo que es tener que enfrentarse a la fama y, aunque los clientes del restaurante han sido muy amables y respetuosos, me imagino que no siempre será así. No puedo ni imaginar lo que tiene que ser que te cieguen los *flashes* de los fotógrafos de prensa cada vez que quieras entrar en el coche. Saber que Sky debe enfrentarse a esto cada día de su vida, y sola, me toca mucho las narices.

Ella suspira y se acurruca contra mi costado en el asiento de la limusina.

—Pues sí, pero va con el cargo. Ser famoso tiene cosas buenas y malas. La mayor parte del tiempo lo llevo bien, pero otras veces da miedo.

—Melocotones, necesitas un guardaespaldas a tiempo completo. Uno que esté siempre a

mano.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. —La abrazo.

—Normalmente la empresa de seguridad me envía al que esté de guardia ese día. Siempre son buenos, muy profesionales. —Señala al que está sentado al lado del chófer. No nos oyen porque hay un panel que nos separa.

—Podrías alquilar alguno de los apartamentos de tu edificio y que un guardaespaldas se instalara allí. Así estaría siempre a punto si necesitaras ir a alguna parte. Sobre todo, cuando yo no esté aquí. Yo me sentiría mucho más tranquilo sabiendo que siempre tienes a alguien cerca dispuesto a protegerte, y creo que tú también.

—Tal vez tengas razón. —Se tira del labio, dudando.

—Piénsalo.

—Vale, lo haré.

—Y no te olvides de la sorpresa.

Ella se echa a reír, se incorpora un poco y me besa. Con los labios casi pegados a los míos, susurra:

—Lo bueno se hace esperar.

Le robo otro beso.

—Cómo te gusta provocarme.

—Ni te lo imaginas.

10

Me despierto notando la cálida mano de Skyler alrededor de mi polla.

Ella se ríe traviesa cuando yo alzo las caderas, aún medio dormido.

—Melocotones, me encanta cómo me despiertas.

Su cuerpo desnudo se desliza sobre el mío y me espabilo instantáneamente, deseando que me haga una paja, o una mamada o, en el mejor de los casos, que se monte sobre mí y me cabalgue hasta que los dos nos corramos. Pero, en vez de eso, apoya la barbilla en mi pecho.

—No me apetece nada que te vayas —admite con sencillez.

Pestañeo y me encuentro una masa de pelo alborotado que forma un halo alrededor de su cara preciosa sin maquillar. En sus ojos castaños leo una emoción a la que me cuesta poner nombre. Me abro camino entre su pelo y la sujeto por la nuca, frotándola para eliminar la tensión.

—Pensaba que habíamos acordado que seguiríamos viéndonos siempre que nos apeteciera.

Ella sonríe.

—¿Y si me apetece mañana?

Me río, levanto la cabeza y la beso en los labios.

—Pues me llamas y le daremos a la lengua. O tal vez a otras partes del cuerpo. —Meneo las cejas, en broma, pero también para dejarle claro que no descarto el sexo telefónico en nuestro futuro inmediato.

Sky afirma con la cabeza y se sienta, lo que tiene como ventaja añadida que desliza su sexo a lo largo de mi erección.

Gruño y le agarro la cadera.

—¿El último? —sugiere, sonriente.

—Joder, sí. Móntame, nena.

Ella alza las caderas, enfoca mi polla hacia su centro y se desliza sobre ella muy lentamente, centímetro a centímetro. Dios, me encanta cuando me vuelve loco de deseo. Cuando empiezo yo, suelo clavarme en ella sin poder reprimirme, pero en cuanto ella toma el control, le gusta ir despacio. Le encanta torturarme hasta verme convertido en un saco de deseo sin voluntad, su entregado esclavo sexual.

Cuando está clavada hasta el fondo, levanta la cara hacia el techo.

—Así, muy adentro —jadea—. Te clavas tan adentro que juraría que tu polla es un arma.

Podría protestar, pero a todo hombre le encanta que la mujer con la que está follando le diga que le gusta su polla, y yo no soy una excepción.

Éste es el último asalto y no voy a quedarme quieto esperando que sea ella la que nos lleve a

la cima de la montaña. No, pienso darle una experiencia de las que no se olvidan.

La abrazo y doy la vuelta con ella encima hasta que quedo sobre Sky, entre sus piernas.

—¿Te parece que eso es estar dentro, Melocotones? Te voy a enseñar lo que es clavarse bien adentro.

Me cuelgo sus piernas de los brazos, las abro bien abiertas y entro en ella. Cuando estoy clavado hasta el fondo, muevo la polla en su interior.

—Oh —gime, hundiéndome los dedos en los bíceps—. ¿Por qué no me lo has dado antes? Dámelo.

Echo las caderas hacia atrás y vuelvo a empujar. Su cuerpo se arquea y las piernas se le abren un poco más en cada embestida.

—Dios, me vas a partir en dos. —Su voz está cargada de asombro y lujuria—. Qué bueno, Parker. No pares. Por favor, ¡no pares nunca!

En estos momentos, nada podría apartarme del calor de sus muslos ni de la mirada de adoración que me dirige.

Me entrego a fondo y el corazón me late como loco. Noto la desesperación que se apodera de mi alma. Necesito grabarme este momento en la memoria.

—Melocotones, cómo me gusta follarte. —Me clavo en ella, le suelto las piernas y dejo que me rodee las caderas con ellas mientras nuestros pechos se funden—. Más cerca. Necesito estar más cerca —le susurro en la frente, y mis jadeos chocan contra sus gemidos.

Sin nada más que mi polla percutiendo en su coño y mi lengua devorándole la boca, Skyler se corre y su orgasmo es tan salvaje que me atenaza con todo su cuerpo. Yo aguanto la marea como puedo, sin rendirme, para que ella disfrute al máximo.

—¡Dios! ¡Joder! —grita con la frente perlada de sudor.

Yo sigo entregado al máximo, follándola con todo lo que tengo, hasta que ella alza la barbilla, clava un pie en la cama y nos da la vuelta, quedando sobre mí.

—¡Tu turno! —Se lleva las manos al pelo, gime y cabalga sobre mí hasta que las pelotas se me levantan y los músculos del pecho y el abdomen se sacuden como movidos por descargas eléctricas—. ¡Sí! ¡Así! —me anima, saltando sobre mi polla como si estuviera montando un toro bravo.

Al verla jadeando, le agarro una teta y le pellizco el pezón erecto. Ella grita sin dejar de cabalgar sobre mí, tratando de ganarme en este juego sexual al que tanto nos gusta jugar.

Es demasiado. Aprieto los dientes, me aferro a sus caderas y alzo las mías al mismo tiempo que ella desciende sobre mí. La tensión crece hasta que está a punto de estallar. El corazón me late desbocado, me cuesta respirar y tengo los dedos blancos de lo fuerte que la cojo para obligarla a saltar sobre mi polla.

—Venga, cariño. Dámelo todo —me anima. Gotitas de sudor le salpican las tetas, tiene la boca enrojecida por mis besos y los ojos de un marrón más oscuro de lo habitual, vidriosos por el deseo.

—Joder, Sky, nena... —trato de avisarla mientras ella se clava en mi polla y suelta un grito.

—¡Sí! —Las paredes de su sexo vuelven a contraerse a mi alrededor una vez más. En esta ocasión ya no puedo aguantar más y me corro con ella, eyaculando en su interior una y otra vez hasta que no siento nada aparte de pura y jodida felicidad.

Sky se desploma sobre mi pecho, respirando trabajosamente. Su cuerpo es un peso muerto que agradezco notar sobre mí. La abrazo por la parte baja de la espalda y la sostengo así, porque quiero que sigamos conectados. Al menos, de momento.

Pasan los minutos mientras tratamos de recuperar el aliento y la razón.

—Uau —murmura contra mi pecho, besándome uno de los pectorales.

Me echo a reír.

—El sexo contigo siempre es alucinante. —Para ser sinceros, el mejor de toda mi vida, pero eso me lo guardo para mí.

Esta vez es ella la que se echa a reír. Al moverse, salgo de su interior.

—Voy a lavarme —dice.

—Vale.

Me besa el otro pectoral, se levanta de la cama y se dirige al baño, desnuda como el día en que nació. Su culito respingón se menea con gracia, prueba de que se siente eufórica.

—Me voy a meter en la ducha —añade por encima del hombro—. ¿Segundo asalto?

Durante treinta segundos permanezco en la cama, disfrutando de un absoluto bienestar. Luego me doy cuenta de que tengo a Skyler desnuda y mojada en la ducha proponiéndome un segundo asalto. Aparto las sábanas y voy corriendo al baño.

Ese mismo día, por la tarde, tengo el equipaje preparado y he dejado a una gatita ebria de sexo en la cama, dormida. En vez de salir, nos hemos quedado todo el día en la cama, uno en brazos del otro. Nos hemos agotado despidiéndonos del único modo en que sabemos hacerlo.

Nos hemos devorado.

Me duele la polla, y no exagero. Estoy seguro de que le he dejado el coño hecho polvo, pero a ella le daba igual. Estaba tan entregada como yo o más. Joder, si la mitad de las veces ha sido ella la que ha empezado. Es que no podíamos parar.

Anoche salió del baño con la lencería más sexy que he visto en mi vida. Un sujetador *push-up* de encaje negro y lila, unas bragas diminutas, ligas, medias y una venda para los ojos en la mano. Me volví loco al verla. Primero le puse la venda a ella, provocándola hasta el delirio antes de follármela. Luego dejé que ella la usara conmigo para que estuviéramos en paz.

Pero lo de hoy ha sido otra historia. Sé que ha sido la manera de Skyler de pedirme que no me vaya, pero debo irme. Los dos llevamos tres semanas en una burbuja, evitando nuestras vidas y nuestras rutinas, pero ha llegado el momento de volver a la normalidad.

Estoy orgulloso del trabajo que hemos hecho. Skyler vuelve a ser la misma de siempre, o eso dice Tracey. Pronto empezará a rodar una nueva película y se verá con un terapeuta que la

ayudará a lidiar con el estrés de su carrera y con el trauma de la muerte de sus padres. Apenas hemos hablado del tema, pero sé que la afecta más de lo que reconoce. El hecho de no tener más familia no la ayuda. También entrevistará a guardaespaldas. Un hombre y una mujer. Necesita protección vaya a donde vaya, y tener a unos guardaespaldas que estén las veinticuatro horas con ella le dará mucha libertad de movimiento.

Tracey accedió a bajar el ritmo de trabajo. Será Sky la que le dirá cuándo está lista para asumir un nuevo proyecto. De momento, quiere tomárselo con calma. Hará las dos películas con las que firmó un contrato y luego vivirá un poco. Tiene un montón de sueños por realizar. Anoche me contó que le gustaría crear una organización benéfica que ayude a niños huérfanos. La animé a que se involucrara en el tema cuando acabara de rodar la película, pero mientras tanto puede ir dándole vueltas. Y también quiere seguir conociendo la ciudad. Conocerla de verdad. Lo de escaparse disfrazada y salir en coches de alquiler le pareció una buena idea. Cuando elija a sus guardaespaldas, lo hablará con ellos.

Desde que empecé a trabajar en International Guy hace cinco años, nunca había estado tan orgulloso de un caso. No sólo he logrado ayudar a la clienta, sino que además me he ganado a la chica. Ahora ella vuelve a ser la que era y puede vivir su vida como mejor le parezca.

Lo que me recuerda...

Entro en el baño de puntillas, abro el cajón del maquillaje, saco una barra de labios de color rojo intenso y le escribo un mensaje en la esquina superior derecha, donde pueda verlo todos los días. Espero que el mensaje sea un recordatorio para que siga siendo la misma de siempre día tras día.

Melocotones:
Vive tu verdad.
Con amor,

Yo

Tiro lo que queda del pintalabios a la papelera y me acerco a la cama. Sin despertarla, le planto un beso en la frente y aspiro su aroma frutal. Lo que ella no sabe es que me llevo el pañuelo que usamos anoche como antifaz porque tiene impregnado su olor. Cuando la eche de menos, me lo llevaré a la nariz y aspiraré su aroma. No pasa nada, Skyler estará siempre al otro lado del teléfono.

Mientras salgo del ático, bajo al aparcamiento y subo a la limusina que me espera, me pregunto quién llamará antes al otro.

En cuanto entro en el bar, el pecho se me hincha de felicidad. Sólo atravesar la puerta del Lucky’s, me asalta el olor a patatas fritas y a cerveza. Los chicos están en nuestro reservado de siempre. Royce, con su traje de rigor, y Bo, que se ha quitado la cazadora de cuero, con una camiseta negra bien ceñida.

Alzo la mano y los dos dejan de mirar a la persona que está sentada de espaldas a mí y me saludan: Royce, con la mano; Bo, con la barbilla.

Cuando llego a la mesa me encuentro con la cara que más quiero en el mundo.

—¡Mamá!

Me siento a su lado y le doy un abrazo de oso.

—¡Hola, cariño! —exclama, usando sin ser consciente el mismo apelativo afectuoso que ha estado empleando Skyler durante las últimas tres semanas. El corazón me da un vuelco en el pecho. Me siento mal por haberme ido sin despertarla y sin despedirme, pero, si lo hubiera hecho, no me habría marchado. Supongo que lo entenderá; espero que lo haga.

—¿Qué tal, mamá? ¿Cómo te va?

—Bien, bien. —Se acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja mientras me mira con sus ojos azules (del tono exacto que los míos) como si quisiera aprenderse mis rasgos de memoria—. Estás distinto. Has cambiado.

Frunzo el ceño.

—Estoy muerto de hambre y necesito una cerveza pero, por lo demás, todo sigue igual.

Ella frunce los labios y les da golpecitos con el dedo índice.

—No sé exactamente lo que es, pero estás distinto... No sé... Te veo más feliz, como más ligero.

Sonrío y le rodeo los hombros con un brazo.

—Eso es porque vuelvo a estar en casa después de tres semanas de trabajo, porque estoy viendo tu bonita cara y estoy pasando el rato con mis colegas en el pub de mi padre. No hay nada mejor en este mundo.

Ella sacude la cabeza.

—Lo que tú digas. ¿Qué tal por Nueva York? ¿Has visto algo interesante? ¿La estatua de la Libertad? ¿El Met?

—Eso, Park, cuéntanos. ¿Has visto algo interesante? —pregunta Bo, poniendo énfasis en la palabra *visto* para tocarme las narices.

—Pues mira, sí. De hecho, fui al MoMA y al memorial del 11-S.

Ella me mira interesada.

—Y ¿qué tal? ¿Fuiste solo? —Su actitud me resulta un tanto inquisitorial. Mi madre no suele interrogarme tras un viaje de trabajo.

Me aclaro la garganta y busco a mi padre con la mirada. Silbo para que me vea. Él sonríe y me saluda. Levanto el brazo haciendo el gesto masculino internacional que significa que necesito una cerveza. Él asiente mientras acaba de servir a los clientes.

—Eeh..., sí. Muy bien todo.

—Y ¿has salido con alguien mientras estabas allí?

Cada vez es menos sutil. Es muy raro que mi madre me haga estas preguntas, y más en público. Es una mujer muy discreta. Está claro que tiene la mosca detrás de la oreja.

Me siento de lado para mirarla a la cara y los chicos se echan a reír. Cuando me vuelvo hacia ellos, ambos disimulan y fingen estar ocupados, lo que es ridículo, porque están sentados ahí sin hacer nada aparte de beber gratis y chafardear.

—Tal vez. ¿Por qué lo preguntas?

Abre mucho los ojos y me apoya la mano en el pecho antes de abrir la boca y soltar todo el entusiasmo que no puede seguir conteniendo.

—¡Porque has salido en todos los periódicos, hijo! Te han visto cenando con la famosa actriz Skyler Paige. ¡Y se os veía muy acaramelados! —Se acerca a mí como si me estuviera contando un secreto de los buenos—. En alguna foto se os veía cogidos de la mano. En otras te acercabas mucho a ella. ¡Y hasta te han pillado besándola en el cuello! —Se lleva las manos al pecho—. ¡Ay, Dios! ¡Mi niño está saliendo con una actriz famosa! —exclama sin poder contener la emoción.

Ahora entiendo las risitas de Bo y de Roy. Probablemente mi madre se lo ha contado en cuanto han llegado. Y los muy cabrones no me han avisado. Aunque reconozco que yo tampoco lo habría hecho. Me habría dispuesto a disfrutar del espectáculo a su costa. Y eso es justo lo que están haciendo.

Levanto una mano.

—Mamá, relájate. Skyler es mi clienta y, sí, hemos salido varias veces. Seguimos en contacto, pero todo es muy informal. No hay nada serio.

—¿Informal? ¿Qué demonios significa *informal*? ¿Estás saliendo con unos pantalones vaqueros? Yo no te eduqué para que trataras a las mujeres como si fueran una prenda de ropa. Como a un tesoro valioso, sí; no como algo que te pones unas cuantas veces y lo tiras a la basura.

Los hombros se me hunden sin que pueda evitarlo. Me paso una mano por el pelo y luego por la barbilla recién afeitada. La barba me recordaba demasiado a Skyler. Necesitaba volver a ser el de antes; por eso me dejé la barba en Nueva York.

Papá me coloca una cerveza delante.

—Bienvenido a casa, hijo. ¿Tu madre ya te está dando la brasa con lo de la actriz famosa?

Gruño.

—Sí.

—¡Cathy, deja al chico en paz, mujer!

—¡Randall, no puedo dejarlo en paz! Nuestro hijo está saliendo con una estrella. Y no una cualquiera. Es Skyler Paige, la reina de las pelis de acción y las comedias románticas.

Vuelvo a gruñir, esta vez con más sentimiento.

—¿Lo ves? No quiere hablar de eso con su madre. Ven conmigo y déjalo en paz. Quiero verte esa cara tan guapa mientras trabajo. —Sonríe y le guiña el ojo.

Mi madre se deja convencer encantada.

—Vaaale.

Me levanto para dejarla salir.

—Si la cosa se vuelve seria, ¿me lo contarás?

—Si se vuelve seria... —Royce da una palmada en la mesa y se ríe a carcajadas. Bo le hace los coros—. Qué graciosa, señora Ellis.

—¿Parker? —insiste mi madre, frunciendo los labios y apoyándose una mano en la cadera.

—Sí, mamá. Si la cosa se pone seria, serás la primera en saberlo.

Ella me da un abrazo apretado.

—Me alegro de que hayas vuelto a casa, cariño.

A continuación, me propina un cachete cariñoso y se dirige al taburete que mi padre acaba de limpiar, donde normalmente se sienta y charla con él por las noches.

Cariño.

La palabra desciende hasta apoderarse de mi corazón. Cierro los ojos, me pongo cómodo en el asiento y doy tres largos tragos a la helada cerveza.

—Aaahhh —exclamo después de tragar. Alzo una mano antes de que alguno de mis amigos abra la boca—. Ni una palabra sobre Skyler Paige. De momento, es terreno vedado.

Bo y Royce se miran, se vuelven hacia mí y se echan a reír como si acabara de contar el chiste más gracioso del mundo.

Mierda. Va a ser una noche muy larga.

Skyler

Cuando me despierto, las sábanas están frías. Demasiado frías. Alargo la mano, pero lo único que encuentro es el vacío, y se me cae el alma a los pies. Se ha marchado. Aunque lo sé de manera instintiva, escucho con atención en busca de ruido de pies o de la cafetera funcionando, ya que a veces se prepara descafeinado por las noches, pero no oigo nada. Era demasiado pedir que se quedara. Sé que es una tontería, un absurdo sinsentido, pero quería que rompiera todas las normas y... se quedara. Ni siquiera sé definir qué significaría que se quedara, aparte de tenerlo a mi lado, riendo y pavoneándose de un lado a otro con su arrogante confianza y sus fascinantes ojos.

Suspiro y me doy la vuelta, cojo su almohada y hundo la cara en ella. Las intensas notas cítricas de su gel de baño se mezclan con su fragancia masculina. Aspiro hondo, deseando poder hacerlo con la oreja apoyada en su pecho, escuchando el latido de su corazón. Parker siempre estaba tan calentito en la cama..., era mi bolsa de agua caliente particular. Y no necesitaba taparse demasiado, con la sábana tenía suficiente. Y eso estaba bien, porque soy una acaparadora de edredón, aunque habría sobrevivido desnuda por las noches si hubiera podido dormir junto a su cuerpo caliente.

Y ahora voy a tener que volver a dormir sola.

La sola idea me parte el pecho en dos, y el terror me empapa hasta los huesos. Llevo tres semanas compartiendo cama y nunca había dormido mejor en toda mi vida. No he vuelto a tener pesadillas sobre el accidente de barco de mis padres ni he vuelto a soñar que me presentaba en un estudio de grabación y no podía hablar porque no me sabía el texto. O el otro sueño, todavía peor, en el que movía la boca, pero no me salían las palabras. Ése era el peor.

Sin embargo, desde el momento en que Parker entró en mi cama, todo eso desapareció.

Las dudas.

El terror.

La soledad.

Aparto las sábanas, me siento en el borde de la cama y apoyo la cabeza en las manos. La tristeza ha inundado el aire. Cuando él estaba aquí, no me sentía sola. Había alguien que deseaba compartir espacio conmigo. ¿O acaso sólo lo hacía porque le pagaban por hacerlo?

No.

Sacudo la cabeza. «Ni se te ocurra ir por ahí, Sky. Lo que tenías..., lo que tienes con Parker es real.» Todavía es un plantón, acabado de salir de la semilla, pero está creciendo y estoy segura de que seguirá creciendo con el tiempo.

Ese tipo de pensamientos son mucho más sanos y aconsejables, sobre todo ahora que él no está aquí para quitarme los miedos. Me levanto, respiro hondo y me dirijo al baño para ocuparme de mis cosas. Cuando estoy a punto de volver a salir, veo la nota que me ha dejado escrita con pintalabios en el espejo del lavabo.

Melocotones:
Vive tu verdad.
Con amor,

Yo

Melocotones.

Me encanta que me llame así, o también «nena». Me hace sentir especial, básicamente porque no he oído que llame de esa forma a nadie más desde que llegó. Johan nunca me llamó de ninguna manera que no fuera Skyler. Tal vez ésa fue la primera señal de que algo iba terriblemente mal, y no me di cuenta. Y pensar que estuve a punto de casarme con ese hombre...

Un escalofrío me recorre de arriba abajo y vuelvo a leer la nota de Parker. Me recuerda que debo ser honesta en mi día a día, compartir mi yo auténtico. Voy a tener que leerlo cada día para no olvidarlo. He pasado la última década siendo lo que los demás querían, pero eso se acabó.

Sonrío y sacudo la cabeza. Aunque no esté a mi lado, me ha dejado un recuerdo suyo, y estoy segura de que lo ha hecho para ayudarme a conseguir mi objetivo. Tiene razón. Estoy viviendo mi verdad. Quiero abrirme a la gente y ser honesta para vivir en paz conmigo misma. Ser actriz no significa que no pueda seguir siendo yo. Tengo que poder comer lo que me apetezca, hacer ejercicio de manera saludable, sin matarme, y elegir los papeles que me digan algo, no elegirlos por la millonada que vayan a hacerme ganar. Dinero ya tengo; tengo suficiente para vivir con toda comodidad el resto de mi vida, lo que me falta es un objetivo claro.

Parker me ha mostrado un tipo de vida distinto. Durante las últimas tres semanas no me he limitado a existir. He vivido. He visitado museos, he visto películas, he salido a comer fuera, he visitado la ciudad. Hay tantas cosas en Nueva York que me he perdido por estar encerrada en mi ático... Parker tenía razón. Maldito Parker. Cómo le gustaría oírme decir eso. Su ego se hincharía hasta alcanzar proporciones grotescas, como si no lo tuviera ya bastante inflado.

He de hacerle caso con el tema de los guardaespaldas. Es mucho mejor contratar a alguien que esté siempre a mano, y no tener que depender de que la empresa de seguridad encuentre a alguien adecuado en ese momento. La idea de tener en plantilla a un hombre y a una mujer me parece brillante. Tracey ya se está encargando de buscarlos. Ha encontrado unos cuantos candidatos. La mayoría vienen individualmente, pero hay también un matrimonio que trabaja en equipo. Son dueños de una pequeña empresa de seguridad aquí, en Nueva York, pero dado que puedo pagarles un buen sueldo —un sueldo enorme— y que estoy dispuesta a incluir alojamiento en mi mismo edificio, y que podrán trabajar juntos, estarían encantados de trabajar para mí.

Ya tengo ganas de conocerlos. Se llaman Rachel y Nate Van Dyken, de la empresa de

seguridad Van Dyken. Cruzo los dedos para que encajemos. En su página web vi que el tipo es enorme, lleno de músculos por todas partes y con una sonrisa agradable. Había varias fotos suyas haciendo *crossfit*, dando vueltas a neumáticos gigantes e incluso alguna foto tonta de él haciendo *planking*, sosteniendo su peso en el aire sobre la barandilla de un balcón. Eso debe de ser peligroso, pero se lo veía tan tranquilo.

Y su mujer también se ve poderosa. No es muy alta, pero está muy musculada. Es rubia, lleva el pelo recogido en trenzas de boxeadora y luce un bronceado que sería la envidia de cualquier mujer. Juntos me recuerdan a He-Man y She-Ra, librando al mundo de villanos mientras levantan coches a pulso y hacen sentadillas sin parar. Vi un vídeo y son un encanto el uno con el otro. Son una familia, y creo que me gustaría convivir con ellos. Hace demasiado tiempo que no me siento parte de una familia.

Tras echarle un último vistazo al mensaje de Parker, me vienen ganas de enviarle uno yo también. Siento un cosquilleo de excitación mientras voy a buscar el teléfono y abro Messenger.

De: Skyler Paige
Para: El Forjador de Sueños
He visto tu mensaje. He pensado que a lo mejor tú también me echabas de menos.

Antes de darle a «Enviar», me saco una foto supersexy, con la melena despeinada, como a él le gusta, y cubriéndome los pechos con un brazo, levantándomelos un poco pero sin dejar a la vista los pezones. Completo el conjunto poniendo morritos.

Perfecto.

Añado la imagen y le doy a «Enviar».

Junto a los mensajes aparece una palomita que señala que los ha recibido. Instantáneamente, empieza a escribir una respuesta. Me pongo muy nerviosa. Qué locura. No recuerdo la última vez que me puse tan nerviosa esperando la respuesta de un hombre que me gustara. Las mariposas se han puesto cómodas en mi estómago y no quieren irse. Mientras espero, me muerdo la uña del pulgar sin parar.

Un hombre que me gusta.

«Ya, y tal vez algo más que eso, ¿no?»

Pero me prometí que no le daría vueltas a ese tema. Lo que hay entre nosotros es informal; acordamos no ponerle etiquetas. Podemos vernos con otras personas si queremos. Bueno, no estoy segura. Tal vez deberíamos haberlo dejado más claro. Antes de empezar a darle vueltas al tema como un hámster en una rueda, entra su respuesta.

De: El Forjador de Sueños
Para: Skyler Paige
No debería haberme marchado.

Me quedo boquiabierta y me tapo la boca con la mano mientras releo el mensaje. Como soy

idiota perdida, le respondo con lo primero que me viene a la cabeza, que es tan idiota como yo o como mi estúpido corazón:

De: Skyler Paige
Para: El Forjador de Sueños
Vuelve.

Noto que un escalofrío me recorre la espalda mientras espero su respuesta. No debería haberme mostrado tan ansiosa. Sólo lleva unas cuantas horas fuera de casa. Doy vueltas por la habitación, totalmente desnuda, riñéndome por ser tan pava.

De: El Forjador de Sueños
Para: Skyler Paige
No puedo. Trabajo. Me toca irme a Copenhague. Tengo que domar a una princesa.

¿Perdón? ¿Una princesa? Mierda. ¿Su próxima clienta es de la realeza? El estómago me da un par de saltos mortales mientras unas punzadas de ansiedad se me clavan en las sienes. Respiro hondo y suelto el aire, muy desanimada después de la euforia que me ha provocado su primer mensaje. Una princesa supera a una actriz aquí y en la China. En vez de pedirle explicaciones sobre su mensaje, me tumbo en la cama y me pregunto qué clase de relación puedo tener con un hombre como Parker Ellis.

Fin..., de momento.

Copenhague

1

Realmente jodido, con acento en lo de *real*. Ésa es la frase que mejor resume la sensación predominante que me retuerce las tripas mientras leo toda la información disponible sobre la dinastía de los Kaarsberg y el heredero al trono de Dinamarca. La monarquía danesa tiene una historia tan rica y extensa que aprenderme qué príncipe va con quién y qué princesa debería ser la próxima reina me está dando dolor de cabeza. Necesito una copa.

Sonrío al ver que la auxiliar de vuelo de Scandinavian Airlines es muy oportuna y me trae el bendito gin-tonic que le he pedido hace unos minutos.

—Gracias.

—*Du er velkommen* —replica, lo que es el equivalente a nuestro «de nada».

Mi extremadamente competente secretaria me ha facilitado un listado de las frases danesas más comunes para que me las aprenda durante el vuelo, junto con una cantidad desorbitada de información sobre la princesa Christina Kaarsberg. Al parecer, uno no puede dirigirse a un miembro de la familia real de cualquier manera. Hay un tratamiento específico para cada uno, y estoy del todo seguro de que voy a meter la pata, porque no hay Dios que se aclare.

¿Por qué demonios se me ocurrió aceptar este caso?

Fácil.

Por dinero.

Muchísimo dinero.

Al parecer, mi buena amiga Sophie tiene muchos contactos. Se ha convertido en una especie de hada madrina de International Guy. El contacto de Skyler Paige nos lo pasó ella, y ahora nos proporciona el de una princesa de Dinamarca. Técnicamente, la persona que nos ha contratado es la madre de la princesa. Ella también es princesa, y es la primera con la que me reuniré cuando aterrice en Copenhague. Por supuesto, todo es muy confidencial. Nadie tiene que saber por qué estoy aquí, sólo puedo decir que soy un consultor de la familia real.

Por lo que sé, nos han contratado para que ayudemos a una princesa que debería estar a punto de casarse con el próximo rey de Dinamarca. Según los papeles que me ha dado Wendy, el príncipe heredero Sven podría elegir entre un montón de candidatas. Según los informes, los herederos al trono ya no tienen la obligación de casarse con otro miembro de la realeza. Sin embargo, el sucesor al trono danés debe ser descendiente directo del anterior monarca. La princesa Kaarsberg no es de las primeras en la línea sucesoria, por eso no tengo muy claro para qué necesitan la ayuda de International Guy. Tal vez la madre pretenda asegurarse de que el príncipe elija a su hija.

Inseguro, rebusco en los papeles hasta que encuentro la imagen de la princesa Christina. Es una absoluta preciosidad. Es elegante y regia, con una estructura ósea y un aspecto general despampanante. Tiene el pelo castaño, que le cae ondulado sobre los hombros, y un flequillo espeso que le acaricia la piel justo por encima de las cejas. Tiene unos brillantes ojos azules que rivalizarían con el cielo en un día despejado. Tiene los labios en forma de corazón de color carmesí, fruncidos en una mueca que quiere ser tímida, pero que no me engaña. He caído en las redes de numerosas chicas traviesas que me miraban con esa expresión. Bueno, sería más acertado decir que he caído en sus camas.

Me llama la atención que su aspecto no es el de una princesa remilgada y recatada. No, esta mujer tiene un aura de chica mala que traspasa la fotografía, como demuestran las imágenes de los periódicos sensacionalistas en las que se la ve de juerga en los clubes más populares de Copenhague.

No parece tener miedo de los focos ni los *flashes*, y se mueve tan a gusto de fiesta en fiesta. Hay incluso fotos de ella con un vestido de lentejuelas rojo tan corto que apenas le tapa el culo. He de admitir que posee un cuerpo espectacular. Tiene pechos generosos, cintura estrecha, caderas redondeadas y buenas piernas. Cualquier hombre se postraría ante ella de rodillas para alabar ese cuerpo curvilíneo, pero, curiosamente, lo único que no aparece en las fotos son hombres. En ninguna de las imágenes se la ve compartiendo espacio con un hombre, ni del brazo de ninguno. Una chica como ella debería ir apartándoselos por la calle.

«¿Qué está pasando aquí?»

Me guardo la pregunta para más tarde, rebusco en el maletín del portátil y saco el libro que he comprado de camino al aeropuerto.

Desnuda ante ti de Sylvia Day.

Sólo con ver la cubierta, la piel se me eriza de deseo por la mujer que he dejado en Nueva York. Suspiro y me echo hacia atrás en el confortable asiento de primera clase, pensando en mi actriz.

¿Qué estará haciendo ahora mismo?

¿Estará pensando en mí?

¿Dormirá bien?

Esa última pregunta me preocupa porque, desde que salí de su cama de Nueva York hace tres días, no he dormido una mierda. ¿Quién podría haberse imaginado que tres semanas de compartir cama lo afectarían a uno tanto? Pues así ha sido. Me paso los minutos recordándola en su torre en lo alto del cielo. Hasta ahora he sido un cobarde y sólo me he permitido intercambiar mensajes con mi preciosidad rubia, pero quiero oír su voz. Lo necesito.

Doy un trago, cierro los ojos y dejo que el gin-tonic me calme un poco.

Sólo veo su cara. Esos ojos de color caramelo, las mejillas sonrosadas, los labios hinchados por mis besos. Su pelo dorado extendido sobre la almohada como si fueran los rayos del sol.

«Bésame, cariño», oigo en mi cabeza, y tiemblo mientras la excitación se apodera de mi

mente.

Aprieto los dientes y trato de librarme de la necesidad imperiosa de verla, hablar con ella, estar a su lado. ¡Al lado de Skyler Paige! Aún me cuesta creerlo. Es la chica de mis sueños, mi Melocotones y muchas cosas más. Pasar tres semanas a su lado sería el equivalente de pasar tres semanas en Disneylandia cuando eres un niño. Pero yo he disfrutado mucho más que cualquier niño. Skyler es diversión por los cuatro costados. Su esencia, su sentido del humor, su manera de arrugar la nariz, su precioso cuerpo, cómo trata de no morderse las uñas cuando está nerviosa. Y, además de todo eso, se pega atracones de sexo. No se cansa nunca, igual que yo. Y todo eso me atrae muchísimo. Es algo primitivo, una sensación que no había tenido con ninguna otra mujer en toda mi vida.

Desde que me fui hace tres días, estoy intentando entender cómo lo ha hecho para dejarme en este penoso estado. Me digo que es porque es Skyler Paige, joder, una estrella de cine, una diosa, pero no me lo creo ni yo, porque la persona que se ve en la pantalla no es la misma con la que compartí casa. Entre las cuatro paredes de su ático es una chica normal y corriente. Se pega atracones de sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada, va descalza, lleva un montón de collares y pulseras con sus tops y vaqueros gastados. Algunos le van como un guante, otros han visto tiempos mejores, pero todos le sientan de lujo, a la perfección. Y nunca va peinada. Lleva el pelo alborotado, como si estuviera en la playa, o recogido en un moño hecho de cualquier manera. Nada que ver con la imagen que da sobre la alfombra roja o en los anuncios que aparecen en las revistas y los periódicos. Yo lo sé, y cuando salga el reportaje de la revista *People*, el resto del mundo lo sabrá también.

Se acabó la Skyler que no come pizza y que viste exclusivamente con ropa de diseñador. Pronto el mundo descubrirá lo que yo ya sé: que Skyler Paige tiene un alma tan bonita como su cuerpo, que es muy graciosa y que está tan llena de inseguridades como cualquier mujer de veintipocos años que quiere ser amada y aceptada.

Doy una palmadita al libro que he comprado. A Skyler le encanta y dice que le recuerda a nosotros.

A nosotros.

Para mí es algo nuevo formar parte de un «nosotros». No estoy seguro de lo que significa, aparte de las ganas constantes de estar con ella. Si eso es lo que significa «nosotros», entonces compro el concepto. La última vez que tuve una relación monógama fue en la universidad.

Con Kayla McCormick.

La zorra.

La mala puta.

La mujer que me arruinó la vida.

Nunca le he perdonado que se tirara a mi mejor amigo. Aún recuerdo el brillo del diamante que le puse en el dedo y que vi mientras Greg se la follaba por detrás. El momento en que entré en la habitación y los descubrí se me quedó grabado a fuego en el cerebro. Incluidas las absurdas

excusas que él me dio, farfullando bobadas como que la culpa era de ella, que lo había obligado, que lo había seducido...

Menudo pringado.

A partir de ese momento, tracé una línea que nunca podría volver a cruzarse. Expulsé a Kayla de mi vida y a Greg con ella. Royce y Bo se pusieron de mi lado y me demostraron su lealtad echando también a Greg de sus vidas. Dijeron que un hermano nunca se acostaba con la mujer de otro hermano. Fue un crimen imperdonable, que lo expulsó del grupo, del proyecto de International Guy y de nuestras vidas, para siempre.

Lo de Kayla fue mucho más fácil, porque ninguno de los dos se fiaba de ella. Me lo habían advertido desde el principio, pero no quise verlo porque estaba loco por ella. Pensaba que era la mujer de mi vida. Cuando descubrí lo equivocado que estaba, me juré que no volvería a caer en ese error. Y así he vivido hasta ahora.

Hasta Skyler.

Suelto el aire lentamente antes de dar otro trago a la bebida. ¿Estamos en una relación exclusiva? Cuando ella habla de «nosotros», ¿se está refiriendo a un «nosotros comprometidos» o a uno normal y corriente? Acordamos mantener las cosas informales y no usar etiquetas, ¿no?

Lo único que tengo claro es que quiero volver a verla. Pero ¿significa eso de que sólo quiero verla a ella? Supongo que el tiempo lo dirá..., aunque la sola idea de que otro hombre pueda estar poniendo sus sucias pezuñas sobre la deliciosa piel de Skyler ahora mismo hace que me acabe el gin-tonic de un trago, levante el brazo y busque el contacto visual de la auxiliar de vuelo para que me traiga otro.

Mierda. Hasta ahora no se me había ocurrido la posibilidad de que Skyler quisiera extender las alas y volar con otro hombre. Aprieto los dientes y frunzo el ceño.

Pero ¿qué derecho tengo a exigirle nada? Pasamos juntos tres semanas y, al acabar, acordamos que nos veríamos cuando nos apeteciera. Hemos intercambiado unos cuantos mensajes y ella me envió la foto más sexy del universo. Enciendo el móvil y busco en la galería de imágenes la foto que me envió la primera noche.

El pelo alborotado le cae formando ondas que enmarcan su rostro libre de maquillaje. Aún tiene los labios hinchados por los infinitos besos que le había dado. Se está cubriendo los pechos con un brazo, pero al mismo tiempo se los levanta, ofreciéndome una buena ración de canalillo. No importa que se los cubra porque sé perfectamente cómo son. Esos globos con pezones rosados, con la medida ideal para caber en mis manos, están grabados a fuego en mi mente.

—¡Uau! Un tipo con suerte —exclama el hombre de negocios que va sentado a mi lado, inclinándose un poco hacia mí para echarle un vistazo a Skyler—. Eh, pero ¿ésa no es...? —Sacude la cabeza como si no creyera lo que está viendo y murmura—: No importa.

Frunzo el ceño y lo fulmino con la mirada. No parece un mal tipo. Es delgado, va vestido con elegancia, lleva gafas y el pelo engominado y peinado hacia atrás. Con toda probabilidad es un pez gordo de alguna empresa. Aunque, pensándolo bien, yo también soy un pez gordo de una

empresa. Y también llevo traje, aunque el mío es mucho más moderno. Me he puesto uno de mis mejores trajes; de hecho, es el mismo que me puse cuando fuimos a cenar al restaurante italiano con Skyler. La noche en que mi imagen apareció al lado de la de ella en infinidad de publicaciones. Todas trataron de averiguar quién era yo, pero ninguna lo consiguió.

Lo bueno de no ser famoso es que la gente no te reconoce. Sé que si sigo viendo a Skyler, al final descubrirán mi identidad, pero aparecer en la prensa al lado de una mujer guapa no va a perjudicar mi reputación. Además, cuando se trata de la prensa, tengo una norma que siempre sigo:

Que los jodan.

Mi vecino alza la mano en un gesto de disculpa.

—Lo siento. He mirado sin querer y no es fácil apartar la mirada cuando ves que se trata de una mujer hermosa. —Su mirada es franca y su tono, sincero.

Y tiene razón.

—No, no lo es.

—Qué suerte tener una mujer así esperándolo a uno en casa. —Sonríe y se echa hacia atrás en el asiento—. ¿Es su esposa?

Frunzo los labios y me paso el pulgar por el inferior.

—No.

Alza las cejas y sonríe.

—Pues no sé usted, pero si yo tuviera a una mujer así calentándome la cama, me daría prisa en ponerle en el dedo el diamante más grande que pudiera encontrar. No sé si se ha dado cuenta de que es clavadita a Skyler Paige...

Se me escapa la risa.

—Sí que se parece, sí.

—¿Dice que se parece? Es clavada, hombre. —Me tiende la mano—. Soy Lawrence Burn, industria farmacéutica.

Se la estrecho.

—Parker Ellis, consultor.

—¿Ah, sí? ¿De qué tipo?

—Un poco de esto y un poco de aquello. Mis socios y yo ayudamos a una clientela selecta con cualquier tipo de problemas, por poco ortodoxos que sean.

—¿Qué clase de problemas? —Larry da un trago a su whisky sin hielo y se vuelve hacia mí, mostrándome que su actitud es abierta y que está interesado en lo que le cuento.

Me froto las manos.

—Cualquier cosa. Hace poco ayudamos a una mujer que acababa de heredar un gran negocio familiar. Le enseñamos el arte de dirigir una empresa, de ser la cabeza visible de un negocio y de dar la imagen adecuada a ese cargo. También la ayudamos a tomar las riendas de su vida, tanto a nivel personal como profesional. —Pienso en Skyler, básicamente porque no se me va de la

cabeza en ningún momento—. Y también hemos ayudado a alguien del mundo del espectáculo que había perdido las ganas de actuar. Encontré la raíz del problema y trabajé con ella para que pudiera volver a dedicarse a lo que más le gusta. También nos encargamos de consultorías financieras convencionales, o hacemos de casamenteros si se nos pide. —Me encojo de hombros y le guiño el ojo—. Mientras paguen bien, nos ocupamos de todo. Somos una empresa comodín. Solucionamos cualquier tipo de problema.

—Vaya, parece que han encontrado su nicho de mercado.

—Eso quiero creer.

—¿Me da su tarjeta?

Alzo la ceja y me echo a reír.

—¿Cree que va a necesitar de nuestros servicios especiales?

Él también se ríe.

—Ahora mismo no, pero uno nunca sabe lo que pasará en el futuro.

—Tiene razón. —Abro el maletín y saco una tarjeta de uno de los bolsillos.

—¿International Guy?

La auxiliar de vuelo me trae el nuevo gin-tonic y se lleva el vaso vacío.

—Eso es. —Le doy un trago, disfrutando de la acidez que le aporta la lima que está clavada en el borde del vaso.

Él se acaba el whisky y le pide otro a la azafata.

—Cuénteme más cosas.

El sol está rozando el horizonte cuando el elegante Audi Q5 con cristales tintados se detiene frente a Kaarsberg Slot. Según las prácticas notas de Wendy, *Slot* significa «castillo» o «palacio». Bajo del coche, aspiro el aire fresco del atardecer y lo suelto. Me invade una sensación de paz mientras contemplo el majestuoso edificio y su entorno.

El palacio es pequeño para lo que una persona normal piensa cuando se imagina un castillo. Es más parecido a una casa señorial que uno puede encontrarse en medio de un valle entre colinas y bosques. El campo de Dinamarca me recuerda a la zona más rica de Georgia, en Estados Unidos. Extensiones y extensiones de césped perfectamente cuidado hasta donde alcanza la vista. El edificio es de un blanco cegador. El tejado es de metal negro reluciente y tiene una torre en el centro acabada en una cúpula. Las ventanas rectangulares, orientadas de manera vertical, ocupan la fachada del castillo. Calculo que habrá una docena en cada planta, a ojo de buen cubero, y hay tres plantas. No es el palacio más grande que he visto en mi vida, ya que durante mis años en la universidad viajé mucho por Europa y visité muchos castillos.

A las chicas les encanta todo lo que huela a realeza. No hace falta decir nada más.

—Entraré sus cosas por el garaje, señor Ellis.

—Yo puedo llevarlas —trato de decir, pero el chófer niega con la cabeza, vuelve a subir al coche y lo pone en marcha.

Mientras tanto, alguien abre la puerta principal y un hombre —me imagino que el mayordomo — que lleva un frac hecho a medida, al que no le faltan ni la cola abierta, permanece inmóvil junto a ella.

—Su alteza la princesa Mary Kaarsberg lo está esperando, señor Ellis. Por favor, sígame y acompáñeme a la sala de las visitas.

El caballero tiene un fuerte acento danés. Diría que tiene unos cincuenta años, y no me extrañaría que llevara toda la vida trabajando para los Kaarsberg.

Al seguirlo, mis zapatos emiten un ligero crujido sobre los suelos de mármol. Hago una mueca, pero me obligo a permanecer tranquilo, calmado y compuesto. Sin duda, el trabajo es raro, pero para nosotros los trabajos raros son nuestra rutina diaria. Se trata de añadir la palabra *realeza* a la lista de clientas, que no para de aumentar.

—Por aquí, señor Ellis. Su alteza ya ha llegado. —Abre la puerta y extiende el brazo—. Alteza, le presento al señor Parker Ellis.

Una mujer alta y esbelta, que está mirando por la ventana, se vuelve hacia mí. Es preciosa. Lleva un vestido amarillo entallado, pero de falda acampanada. Su pelo dorado brilla a la luz del atardecer.

—Señor Ellis, gracias por venir.

—Estoy encantado de estar en su precioso país, alteza.

—Antes de nada, Henrik —señala al hombre que me ha recibido en la puerta— será su ayuda de cámara durante su estancia. También será su chófer y se ocupará de cualquier otra de sus necesidades. No dude en solicitar sus servicios como huésped de honor del castillo Kaarsberg y de la familia real.

Tengo mi propio ayuda de cámara. Qué pasada. Cuando se lo cuente a los chicos, van a flipar. Sé que a Royce le encantaría tener un ayuda de cámara. Es muy probable que tuviera a Henrik planchándole los trajes y almidonando sus camisas cinco minutos después de instalarse.

—Gracias, señora. Henrik. —Lo saludo con una inclinación de barbilla.

—Eso es todo, Henrik. —Ella asiente con la cabeza y el mayordomo desaparece en silencio —. Tome asiento, señor Ellis. —Señala hacia uno de los sofás de terciopelo de color verde oliva.

La sala está completamente decorada en tonos de verde, dorado y crema. Ella prefiere sentarse en una butaca de color blanco roto, con botones en el respaldo y estampado de cachemira dorado. Tiene la espalda muy erguida y su lenguaje corporal me indica que quiere entrar en materia de inmediato.

—Alteza, entiendo su deseo de discreción hasta este momento, pero, ahora que estoy aquí y podemos hablar cara a cara, ¿podría especificarme cómo pretende que International Guy dome a su hija? Esto no es una obra de Shakespeare y, aunque los problemas con los que ayudamos a nuestras clientas son de todo tipo, es la primera vez que nos encontramos con algo así.

—Señor Ellis, el príncipe heredero Sven ha elegido a mi hija, la princesa Christina, para que sea su esposa.

—Y ¿ella no quiere casarse con el príncipe? —aventuro.

Ella niega con la cabeza y coloca ambas manos sobre su regazo con recato.

—Todo lo contrario, por lo que me han contado, y no ha sido mi hija la que me lo ha dicho, por desgracia. —Un mínimo fruncimiento de labios es la única señal de disgusto que deja entrever que entre madre e hija hay mal rollito. También me informa de que la joven princesa no confía en su madre, algo que me guardo como información importante.

La princesa sigue hablando.

—A mi modo de ver, Christina aprecia mucho al príncipe heredero. Se conocen de toda la vida. Con el paso de los años, he sido testigo de su relación, que cada vez es más cercana.

—Entonces ¿dónde está el problema? —Me echo hacia delante y apoyo los codos en las rodillas, formando una pirámide con los dedos para descansar la barbilla en ellos.

—No estoy segura. El padre del príncipe heredero, el rey, se puso muy enfermo el año pasado y, hace unos meses, Sven perdió a su hermano mayor en un horrible accidente de equitación. Con su muerte, el príncipe Sven pasó a ser el primero en la línea de sucesión y, desde entonces, Christina comenzó a actuar de un modo extraño. Empezó a salir de noche y a aparecer en la prensa sensacionalista casi desnuda, arrastrando el nombre de la familia Kaarsberg por el barro. —Su tono es despectivo, pero noto que se contiene, frunciendo mucho los labios—. ¿Cuánto sabe sobre la monarquía danesa, señor Ellis?

Suspiro.

—Me temo que muy poco, señora.

Ella asiente con brusquedad.

—Ya veo. En ese caso, tendré que ponerlo al día de los puntos más importantes. La dinastía de la familia real consta de cuatro ramas. El rey Frederik es la cabeza de la rama reinante. Sólo un descendiente directo de su rama puede acceder al trono. Tras el fallecimiento de Enok, Sven se convirtió en el heredero al trono. Durante las tres últimas generaciones, la cónyuge del monarca no ha pertenecido a las otras ramas dinásticas. Si, por el contrario, Sven se casa con una, las distintas ramas dinásticas se unirán más que nunca, y eso tendrá implicaciones de enorme valor histórico para la monarquía.

—A ver si lo he entendido bien. El príncipe heredero será rey y, cuando se case con su hija, ella será la reina de Dinamarca. ¿Dónde está el problema? ¿Hay algo más, aparte de que su hija se haya soltado un poco el pelo durante los últimos meses?

—Mi hija ha puesto mucho énfasis en declarar que no desea ser reina.

Abro la boca, pero de repente la garganta se me ha convertido en un desierto.

—Quiere que el príncipe heredero renuncie a ella y se case con su hermana, Elizabeth.

Levanto la cabeza con brusquedad.

—A ver, a ver... ¿Me está diciendo que su hija quiere librarse del futuro rey y colárselo a su hermana? —Rompo a reír carcajadas hasta que me doy cuenta de que me estoy riendo solo.

La princesa entorna los ojos y me fulmina con su mirada de hielo. Me temo que no le ha

hecho gracia mi reacción. Noto una gota de sudor en la frente y me digo que debo andarme con más cuidado. Esta mujer espera a alguien con un comportamiento más profesional.

—Si ha terminado... —me reprende.

—Sí, lo siento, alteza. Por favor, continúe. —Me aclaro la garganta, avergonzado.

—La princesa Elizabeth estaría encantada de casarse con el príncipe heredero. Es un hombre atractivo, amable, con fama de justo. —Frunce los labios y se le dispara un tic en la mejilla—. Por desgracia, el príncipe sólo quiere a Christina; no quiere ni oír hablar de ninguna otra mujer. Y ahí es donde usted hace su aparición.

Frunzo el ceño mientras los ojos de la princesa brillan con astucia. Nos quedamos observándonos mutuamente unos instantes, casi como si estuviéramos librando un duelo; un duelo de miradas que la princesa gana de calle. Aparto la vista y, cuando vuelvo a mirarla, ella no ha movido ni un músculo.

—Tiene que domar a mi hija, apartarla de la mala vida, prepararla para que se case con el príncipe y convencerla de que su misión en el mundo es convertirse en la próxima reina de Dinamarca.

Y, si fuera una monologuista, en este momento soltaría el micro.

2

Domar a una princesa..., ¡como si fuera fácil! Pero es que, para poder domarla, ¡primero tengo que encontrarla!

—¡Más fácil decirlo que hacerlo! —refunfuño mientras abro la puerta del último local de la lista que Wendy me ha pasado con los sitios que la princesa frecuenta. Investigo furtivamente a nuestra princesa salvaje, averiguando gracias a su tarjeta de crédito y a los periódicos sensacionalistas los garitos a los que suele ir.

Jolene es un local pequeño pero molón, donde sirven cerveza helada y suena música en directo, ya sea algún DJ pinchando sus últimas creaciones o un grupo. Hoy actúa un DJ. La luz rojiza que ilumina el local hace que me sea difícil distinguir las caras y el color de pelo de la gente mientras me abro paso entre los clientes. No va a ser fácil encontrar a una morena de ojos azules y sangre del mismo color. Si está aquí, claro.

Estoy frustrado, cansado y tengo un hambre del demonio, así que me acerco a la barra y pido una caña.

—¿Una mala noche? —me pregunta una chica delgada como un palillo, vestida con vaqueros y un top, mientras me coloca delante una *lager* muy clara. Lleva el pelo oscuro cortado en una melenita recta que no le favorece demasiado.

La miro de arriba abajo. Debe de medir un metro ochenta, es delgada en extremo y tiene unas piernas inacabables. Esta mujer necesitará un jugador de baloncesto si quiere llevar al lado a un hombre que esté a su altura, pero tiene una sonrisa preciosa, igual que los ojos.

Le doy un buen trago a la *lager* y acabo con un sonoro suspiro. Tras un vuelo de siete horas y media, la charla con la princesa Kaarsberg y las últimas horas buscando a la princesita vagabunda, estoy agotado. No exagero, estoy para el arrastre.

—Algo así. Oye, ¿tenéis algo de comer?

Ella asiente.

—Todo sencillo, comida de bar.

Pero yo ya he empezado a salivar sólo con oír la palabra *comida*.

—Lo que sea. Una hamburguesa, un bistec... Me comeré lo que me traigas, mientras no esté mugiendo todavía. —Mi estómago ruge, pero el DJ se encarga de que nadie lo oiga.

—Tenemos hamburguesas, pero no se parecen a las que coméis en Estados Unidos —me advierte frunciendo el ceño.

Le sonrío.

—Soy un gran defensor de la igualdad de oportunidades entre hamburguesas. Opino que todas

son deliciosas. —Le guiño el ojo y ella me sonríe y sacude la cabeza—. Y, si no es la hamburguesa, ¿qué me recomiendas?

Frunce los labios.

—Si quieres probar algo típicamente danés, te sugiero el *frikadeller smørrebrød*. Es una especie de bocadillo de albóndigas. El pan de centeno viene abierto, untado en mantequilla, y por encima van las albóndigas caseras con queso...

Levanto una mano para interrumpirla.

—No digas más. No se me ocurre nada mejor que albóndigas y queso. Pídelas, me muero de hambre.

—Marchando. —Se dirige a la parte trasera de la barra, por donde se adivina que está la cocina.

Doy otro trago a la cerveza y observo a los jóvenes que menean sus cuerpos en la pequeña pista de baile. También hay gente sentada a mesas, gritando para hacerse oír por encima del ruido de la música. Mientras contemplo a la multitud, me llama la atención una figura que se acerca a mí, moviendo las caderas. Es alta, con unas curvas inacabables y el pelo moreno que le cae sobre la cara. Lleva un vestido con un escote recto que deja al descubierto parte de sus pechos bamboleantes. El vestido, muy ceñido, le llega a mitad del muslo. Normalmente, la bestia se despertaría ante una imagen así, pero es que hay algo en esa chica que me resulta muy familiar.

Mientras se aproxima a la barra donde estoy sentado, una de las luces giratorias le ilumina la cara. Veo unos grandes ojos azules, pelo castaño y unos labios en forma de corazón fruncidos en una mueca sexy.

¡Joder!

La bomba sexual que acaba de llegar a mi lado, seguida por dos hombres trajeados de aspecto amenazador, es mi puto objetivo.

La princesa Christina.

Ella me mira de reojo y me dirige algo parecido a una sonrisa.

—Eh, ¿puedo sentarme aquí?

Me paso la lengua por los labios y alargo la mano hacia el taburete.

—Claro.

Ella se sienta y, al cruzar sus largas piernas, deja a la vista un buen trozo de muslo desnudo y firme.

Mierda, no me extraña que el príncipe heredero esté loco por la princesa; está buenísima.

Trago saliva y me aclaro la garganta antes de ofrecerle la mano.

—Parker.

Ella alza una ceja y resopla antes de morder el anzuelo y poner su mano en la mía.

—Christina.

—Bonito nombre para una preciosa mujer —no puedo evitar decir.

Ella inspira hondo y mira al cielo. Aparta la mirada pero, igualmente, sé que me va a soltar una fresca. Espero en silencio, pero casi veo cómo le da vueltas el cerebro.

Tres.

Dos.

Uno.

—Eso se lo dirás a todas —dice al final, con un tono entre aburrido y condescendiente.

—¿Qué te hace pensar eso? —replico con mi mejor sonrisa de chulito, la que hace que todas las mujeres caigan rendidas.

—Alucinante —susurra, pero aun así la oigo—. ¿Tal vez el hecho de que me lo hayan dicho... unas cien veces?

Doy un trago a la cerveza para que siga hablando.

Se pasa la mano por la melena. Es probable que no se dé cuenta de lo sexy que resulta ese gesto. La verdad, si está tratando de no ser sexy, está fracasando estrepitosamente.

—Todos los hombres buscan lo mismo. ¿No se os ocurre que tal vez lo único que quiero es tomarme una cerveza?

Se me escapa la risa por la nariz.

—¿En serio? ¿Por eso te has puesto un vestido diminuto y unos zapatos que están gritando «¡fóllame!»?

Ella se vuelve hacia mí y, apoyando un codo en la barra, me dirige una sonrisa coqueta.

—Tal vez sólo quería ponerme guapa para mí.

Niego con la cabeza.

—Lo siento, princesa, pero no me engañas; ni a mí ni a ningún otro hombre de la sala con sangre en las venas. Estás llamando la atención a gritos y estás consiguiendo tu objetivo. Lo que me gustaría saber es por qué.

Ella me mira ofendida.

—Así que sabes quién soy. Pues vaya cosa, aquí todo el mundo me conoce. —Se echa el pelo hacia atrás y endereza la espalda.

La camarera me coloca la comida delante y mi estómago vuelve a gruñir. Se me hace la boca agua cuando me llega el olor de la deliciosa carne. Saco los cubiertos de la servilleta, me coloco esta última sobre el regazo y me dispongo a atacar.

—Sé más de ti de lo que te imaginas, Christina —declaro antes de cortar un trozo generoso de bocadillo, asegurándome de pillar albóndiga, queso y pan antes de metérmelo todo en la boca.

Explosión de sabores.

Fuegos artificiales en mi boca.

¡Las especias, la carne, el queso y la salsa unidas son la bomba! Mastico y trago lo más rápido que puedo para poder dar otro mordisco.

—No sabes nada sobre mí. Además, por tu acento, eres estadounidense. Supongo que un hombre de negocios que busca pasar un buen rato. Pues que sepas, Parker, que yo no soy lo que

estás buscando. Entre otras cosas, porque no estoy libre. —Alza la barbilla en un gesto altanero.

Enarco las cejas y la miro a los ojos.

—¿Ah, no? Pues en la prensa dicen que estás libre como un pájaro, aunque he oído rumores que aseguraban que eras candidata al trono real. ¿Qué hay de cierto en ellos?

Aprieta los labios antes de responder:

—La candidata es mi hermana.

—¿Ah, sí? ¿La princesa Elizabeth?

Aprieta los dientes.

—Sí —responde, como si le resultara doloroso.

—Mmm, pues ¿sabes qué? Cuando me he reunido con la princesa Mary hace un rato no me ha dicho exactamente eso. Si no lo he entendido mal, el príncipe Sven quiere casarse contigo. —Hago girar el dedo índice, como si quisiera clavarse en el centro de una diana.

Ella entorna mucho los ojos hasta casi cerrarlos.

—¿Quién eres? ¿Por qué has hablado con mi madre? —Endereza la espalda y se inclina hacia mí.

Yo vuelvo a cortar un trozo de bocadillo y me lo meto en la boca. Madre mía, qué bueno está. Alzo la jarra en dirección a la camarera para darle las gracias por la recomendación mientras sigo masticando. Ella me dedica una gran sonrisa y sigue atendiendo a otro cliente.

—Respóndeme —me exige Christina muy molesta.

Cuando acabo de tragar y lo hago bajar todo con la ayuda de la cerveza, me vuelvo hacia ella y separo las piernas para ponerme más cómodo.

—Tu madre me contrató. Soy un consultor de Estados Unidos. —Me saco una tarjeta de visita del bolsillo interior de la americana y se la doy.

Frunciendo los ojos, lee en voz alta:

—Parker Ellis, director ejecutivo de International Guy.

—Ése soy yo.

—Y ¿qué haces exactamente?

Me encojo de hombros.

—Un poco de todo, pero en este caso tu madre me ha contratado para que te convenza de que te cases con el príncipe.

Se echa hacia atrás con un gesto brusco.

—¿Me tomas el pelo?

Niego con la cabeza, clavo el tenedor en la comida y lo sostengo en alto.

—Me temo que no, princesa. —Me lo meto en la boca y mastico mientras ella permanece pensativa, en silencio.

Christina se vuelve hacia el bar y levanta la mano.

—¡Voy a necesitar un par de chupitos de Jameson! —le grita a la camarera, que asiente y se apresura a servirlos.

¿Whisky irlandés? Me gusta.

—Otro para mí. Y añádelo todo a mi cuenta.

La princesa frunce el ceño.

—No necesito que me invites.

Sonrío.

—Me lo imagino, pero ya que acabo de soltarte una bomba como ésa, creo que te debo una.

—Entonces, no ha sido una coincidencia que estuvieras aquí esta noche. ¿Cómo me has encontrado?

Ladeo la cabeza.

—Princesa, ¿de verdad crees que eres tan difícil de encontrar?

Ella hace una mueca.

—Supongo que no. Ser conocida tiene sus desventajas, no puedes estar tranquila en ningún sitio.

Me encojo de hombros.

—No sé. Yo diría que, en un castillo tan grande como el del príncipe heredero, seguro que encontrarías un montón de rincones donde estar sola y tranquila.

Suspira y se frota la frente. La camarera pone dos chupitos de whisky delante de ella y uno delante de mí. La princesa coge el primero y se lo bebe de un trago sin esperarme y sin mirarme. Esta mujer ha venido aquí esta noche con una misión: emborracharse.

—¡Eh, pensaba hacer un brindis! —bromeo.

Ella sonríe y se vuelve hacia mí con el otro chupito.

—Venga, estoy esperando.

Levanto el vaso y la miro a los ojos, azules, preciosos.

—Por que seas la dueña de tu futuro.

Ella cierra los ojos y se bebe el chupito tan rápido como el primero.

Cuando está a punto de decir algo, uno de los hombres trajeados se acerca y le susurra al oído.

—¿Han sacado una foto de ella cenando con papá y mamá como si fuera la princesita perfecta? —pregunta Christina, como si yo no estuviera delante.

El tipo asiente.

—Excelente. Y ¿han llegado ya aquí?

—Sí, señora.

—Perfecto, ¡que empiece la función!

La princesa sonríe, se levanta, y se pasa las manos por el vestido, que acaba aún más corto que antes, rozando la indecencia. Luego se echa hacia delante y menea los pechos mientras tira hacia abajo del escote cuadrado hasta que las tetas casi se le escapan del vestido.

—Pero ¿qué coño haces? —le pregunto apretando los dientes.

—Tengo que irme. —Se ahueca el pelo y da media vuelta.

Sin pensar, la agarro por la muñeca y uno de los guardaespaldas me apoya la mano en el

hombro.

—Suéltela. Puedo matarlo aquí mismo y tengo la autoridad para hacerlo. —Aunque lo dice en tono calmado, sus palabras me asustan porque creo que sería muy capaz de cumplir su amenaza.

Trago saliva y la suelto.

—Un momento, por favor.

Ella me mira por encima del hombro.

—No puedo esperar. El paparazzi ha llegado y necesita que le dé un buen espectáculo.

Frunzo el ceño.

—Pero...

Ella menea los dedos, despidiéndose de mí.

—Adiós, Parker.

La princesa se aleja. La seguiría pero, francamente, el chupito, la cerveza y la comida pesada se han unido a la falta de sueño y me estoy durmiendo en el taburete. Es como si estuviera pegado con pegamento.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —le pregunto a la camarera, que está delante de mí, observando cómo la princesa se abre camino entre la multitud.

—Ojalá no hiciera eso —murmura.

—¿El qué? —Me echo hacia delante para oír lo que responde por encima de la música a todo volumen.

—Lo de bailar y mostrar tanta carne a los paparazzi. —Sacude las manos en el aire—. Todo el numerito. —Se encoge de hombros.

—¿A qué numerito te refieres? —pregunto, tratando de seguir su discurso con mi cerebro agotado.

Apoya la mano en la barra y sacude la cabeza.

—A lo de fingir que es una chica descarriada.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿No es obvio?

Frunzo el ceño.

—No, para mí, no.

Ella suspira.

—Para tener mala fama. Esto le da mala imagen, y estoy segura de que mañana en algún periódico saldrá una foto de Christina en plan putón al lado de otra de su hermana, la princesa Elizabeth, elegante y serena. La gente no conoce a Christina. Hace años que la conozco y nunca se emborracha. Hoy es la primera noche que me ha pedido más de un chupito. —Se pone a limpiar la barra con el trapo, pero sigue hablando—. Está actuando; lo que no entiendo es por qué. En todo caso, aquí tienes la cuenta; vas a quedarte dormido sobre el plato en cualquier momento.

Asiento y le doy la tarjeta de crédito.

—Tienes razón. ¿Podrías pedirme un taxi?

—Claro.

Mientras aguardo, me tomo lo que queda de la cerveza y pienso en lo que acabo de ver y de oír. Christina parecía estar esperando a que apareciera la prensa para ponerse a dar el espectáculo. Se ha bajado el escote y se ha subido la falda para parecer una fresca, pero ¿por qué?

Sigo dándole vueltas a la pregunta mientras salgo del bar. El aire frío hace que me abotone la americana y que eche de menos el abrigo.

Cuando llega el taxi le doy la dirección de Kaarsberg Slot.

—¿Está seguro? Eso es un castillo de la familia real.

—Sí, lo sé; es que trabajo para ellos.

—Bueno, ya lo veremos cuando lleguemos a la garita del guardia.

—No habrá problemas, se lo prometo.

El taxista se encoge de hombros mientras noto que mi teléfono vibra.

Lo saco del bolsillo y miro la pantalla. Antes de venir, Wendy me activó las alertas de Google para que me aparezcan las noticias sobre Christina Kaarsberg y estar al día de cualquier novedad. El primer enlace me lleva a una revista del famoseo.

El titular es: LA GUERRA DE LAS PRINCESAS, y debajo se ve a Christina, impresionantemente sexy, saliendo del bar donde estábamos hace sólo veinte minutos. Las tetas están a punto de escapársele del vestido, que lleva tan corto que casi se le ve el culo. Y, aunque la situación es escandalosa, está lanzando un beso a la cámara, como si le gustara que la fotografiaran así. Sobre la imagen han escrito la palabra ¡FIESTERA! Al lado se ve una foto de su hermana, la princesa Elizabeth, en la puerta del restaurante de un hotel. Apoya la mano con delicadeza en el brazo de su padre. Su madre la flanquea por el otro lado y Elizabeth se muestra sonriente. Lleva un vestido blanco, entallado, que le llega por las rodillas. Unos zapatos de tacón de color *nude*, y el pelo rubio recogido en una clásica coleta baja. Es la personificación de la elegancia danesa. Al lado de la imagen explosiva de su hermana, Elizabeth parece un ángel. Sobre su cabeza han escrito las palabras: BUENA CHICA.

Bajo las imágenes han dejado una encuesta para que los lectores voten a cuál de las dos debería elegir el príncipe heredero como futura reina.

Me fijo en la foto de Christina y no reconozco a la persona con la que he estado charlando hace un rato. Es como si quisiera que la gente la odiara, como si lo hubiera planeado todo.

Me viene a la memoria el momento en que le ha preguntado al guardaespaldas si habían conseguido la foto de su hermana cenando con sus padres.

Está destrozando su imagen a propósito.

Las palabras de su madre resuenan en mi cerebro mientras el coche se abre camino entre el tráfico nocturno de la ciudad: «Mi hija ha puesto mucho énfasis en declarar que no desea ser reina».

Sonrío y miro por la ventanilla. La princesa se está autoboicoteando para que el príncipe elija a su hermana como esposa. No acabo de entender por qué se toma tantas molestias en vez de decirle al tipo que se vaya a tomar por culo. Bueno, usando otras palabras. Va a ser el rey, y me imagino que a un rey no se lo manda a tomar por culo pero, igualmente, seguro que hay maneras más sencillas de resolver la situación.

Ahora tengo más ganas que antes de hablar con ella. Me apetece mucho conocerla mejor; meterme en su mente y averiguar qué la lleva a hacer lo que está haciendo.

Entiendo que su madre quiera devolverla al buen camino, pero si Christina está orquestando todo esto, no puede ser por su madre. Tiene que haber una razón de más peso que la lleve a actuar de esta forma tan extrema. Sé que me faltan piezas del puzle y estoy decidido a llegar al fondo del asunto.

Cuando estoy a punto de guardar el móvil, éste suena y veo que tengo un mensaje.

> De: Melocotones
> Para: Parker Ellis
> Espero que hayas llegado bien a Dinamarca. Me he reunido con el equipo de *Ángel* para hablar de la próxima película. Empezamos a rodar la semana que viene.

Leer su apodo hace que un escalofrío me recorra la espalda. Me espabilo de golpe y, sin pensar, le doy a botón de llamada. Si me está escribiendo, tiene que estar despierta.

Mi chica responde con un «hola» al primer timbrazo. Tiene la voz ronca y sensual.

—Melocotones. —Sonrío.

—No quería molestarte, sobre todo por si te pillaba domando a una preciosa princesa —bromea.

Me echo a reír y sostengo el teléfono con más fuerza, aunque lo que me gustaría es poder agarrarla a ella.

—Creo que *domar* no es la palabra adecuada.

—¿Ah, no?

—No creo que necesite que nadie la dome. Todavía no sé exactamente qué está pasando, pero espero averiguar más cosas mañana. ¿Qué tal con el equipo de rodaje?

—Muy bien. Estaba nerviosa, no sé por qué. Supongo que tenía miedo de que las cosas fueran distintas después de haber pasado estas semanas fuera de circulación.

—Y ¿lo han sido?

—Para nada. Todo el mundo me ha tratado como siempre —responde aliviada.

—Oh, Sky, qué bien. —Bajo el tono y le replico en un susurro.

—Y he quedado con mi coprotagonista, Rick, para leer el texto antes de empezar a rodar. Espero que eso me quite la ansiedad.

—¿Rick? ¿Te refieres a Rick Pettington, el tipo que todo el mundo cree que fue tu último novio?

—Ah, sí. Supongo que sí. Quiero decir, ya te dije que básicamente había sido algo de cara a la galería.

—¿Básicamente? —Me fijo en la palabra que implica que las cosas pudieron ser de otra manera.

—Parker —me dice en un tono tan ronco y sexy que la bestia se empalma en medio segundo. Sabe lo que quiere y con quién lo quiere.

—Sé que no hemos hablado de ello, pero... —Joder, no sé cómo decir lo que quiero decir sin sonar como un capullo. Me paso la mano por el pelo y tiro de las raíces.

—¿Qué?

Cierro los ojos y me lanzo.

—No quiero que te veas con él.

Ella se echa a reír.

—Tengo que hacerlo, idiota, es el protagonista.

Sacudo la cabeza, aunque sé que ella no puede verme.

—No, me refiero a veros fuera del trabajo..., en plan romántico.

—Oh... —Se hace el silencio y oigo que inspira muy lentamente—. Y ¿qué pasa contigo y tu princesa?

—No es mi princesa. De hecho, es la princesa del príncipe y quiere casarse con ella. No tienes por qué preocuparte.

Ella hace un ruido gutural, como si dudara de mis palabras, y la bestia se pone firme, clavándose en la costura de los pantalones.

—No tengo ninguna intención de salir con Rick —me asegura.

—Bien.

Me apoyo la mano sobre la erección, para calmarla un poco, pero no funciona. La quiero a ella. Suelto un gruñido de frustración.

—¿Qué pasa? ¿Me echas de menos? —me provoca.

—Mi polla, mucho —respondo lo más bajo que puedo.

Ella se echa a reír a carcajadas y deseo estar a su lado para ver cómo inclina la cabeza hacia atrás y se ríe con todo su ser. Es tan bonita cuando hace eso que no parece de este planeta.

—Oh, Grandullón me echa de menos.

«¡Oh, Dios...! *Grandullón*.»

—Bueno, pues yo también lo echo de menos, pero, para ser sincera, lo que más añoro es esa boca que tienes. —Su voz se convierte en un susurro sensual. Se ha transformado en una gatita sexy y vuelvo a gruñir sin poder evitarlo.

—Melocotones, deja de hacerme pensar en sexo. Estoy demasiado lejos de ti para ponerle remedio. Además, voy en un taxi.

Ella se echa a reír.

—Oh, pobrecito, mi niño. Si estuviera a tu lado podría darle un besito para que no te doliera

tanto.

Mi polla se endurece todavía más y trata de escapar de la cárcel de los pantalones.

—¡Maldita sea, mujer!

Ella vuelve a reírse con ganas.

—Lo siento. Y que sepas que yo también te echo de menos —admite.

—Y yo. No sé cuándo podré volver a casa.

—¿Me llamarás pronto? —me pregunta esperanzada, y su tono de voz me carcome por dentro, porque nada me gustaría más que llamarla cada noche antes de acostarme y cada mañana al levantarme, pero no sería justo para ella ni para mí. Yo tengo que trabajar y ella tiene que concentrarse en la película.

Y en el jodido Rick Pettington.

Aprieto los dientes e inspiro hondo.

—Sí.

—Adiós, cariño —se despide antes de colgar.

Cariño.

Esa sencilla palabra se cuela en mi parte más cálida y cariñosa, la que no suelo compartir con nadie más que mis padres y mis hermanos. Joder, una sola palabra y me ha puesto a sus pies.

El taxi se detiene en la garita del guardia.

—¿Cómo ha dicho que se llama, señor? —me pregunta el taxista.

—Parker Ellis.

Le repite el nombre al guardia, que nos deja pasar.

Me froto la cara mientras el taxi se aproxima lentamente a la entrada trasera del castillo. Para mi sorpresa, Henrik me espera con la puerta abierta. Pago, salgo del coche y me acerco a la entrada.

—Lo acompaño a su habitación, señor.

—Gracias por esperarme levantado, Henrik. La verdad es que no se me ocurrió pensar dónde dormiría cuando hubiera encontrado a la princesa.

—Claro, señor. Por aquí. Ya le he abierto la cama. Y tiene baño privado. —Me lleva hasta la habitación y abre la puerta—. Si necesita algo, apriete el botón que hay junto al cabecero y un miembro del servicio acudirá. Buenas noches.

—Buenas noches, Henrik.

Cuando cierra la puerta, me quito el traje, me ocupo de mis cosas en el baño y me meto en la cama como Dios me trajo al mundo. Mientras me estoy durmiendo, sé que mi mente debería estar ocupada con una problemática princesa morena, pero una diosa de pelo rubio que huele a melocotones invade mis pensamientos.

Me duermo con una sonrisa en la cara.

3

—Más duro, cariño. —El cuerpo de Skyler se tensa bajo el mío, buscando correrse, pero soy un cabrón avaricioso y quiero disfrutarla un rato más antes de dejar que caiga por el precipicio. Quiero más, siempre más.

—Aún no. —Le acaricio la espalda resbaladiza, pasando la mano arriba y abajo por su piel de seda mientras estoy clavado hasta el fondo en su interior.

Está a cuatro patas sobre la cama y se estremece de placer cada vez que muevo la polla dentro de su húmeda cavidad. Ella contrae sus músculos internos, apretándome como una tenaza.

El cielo se derrama sobre mi cabeza con cada contracción de sus paredes más íntimas, que envuelven a la bestia en un puro y glorioso calor.

—¡Joder, Melocotones...! —Aprieto los dientes, me retiro y vuelvo a clavarme bien dentro.

—¡Sí, Parker! —grita—. ¡Por favor!

Me encanta cuando me ruega. Me despierta sensaciones muy perversas.

Las pelotas se me pegan al cuerpo mientras el éxtasis me recorre la piel desde el punto en que estoy clavado hasta el pecho y vuelta a bajar; por los brazos hasta la punta de los dedos, por las piernas hasta los dedos de los pies. La siento por todas partes, en todo mi cuerpo, y no logro saciarme.

Con Skyler siempre es así de intenso, casi sobrenatural. Una experiencia que no se parece a nada que haya experimentado hasta ahora. La agarro por el pelo, a la altura de la nuca, y tiro con la intensidad que sé que a ella le gusta. Cuando note la punzada de dolor en las raíces, me empapará la polla con sus fluidos. Le tiro del pelo con más fuerza, la penetro bruscamente y me enrosco la melena en el puño.

Y explota como una granada.

La monto con ganas, moviendo las caderas, gritándole lo preciosa que es y cómo me gusta follarla hasta que pierdo el control.

—Parker —oigo que dice una voz desconocida mientras la habitación se desintegra ante mis ojos.

Sigo embistiendo a mi chica, obsesionado con mi dulce Melocotones. Su aroma impregna el aire, envolviéndome en... ¿rosas?

Cuando el aroma a rosas me llega a la nariz, la arrugo. Mi chica huele a melocotones con nata, no a flores; nunca a flores. Toso, la agarro por las caderas y estoy a punto de correrme en su interior cuando vuelvo a oírlo, no muy cerca, pero en la habitación, abriéndose paso a través de mi euforia.

—Parker. —Noto un golpecito en el hombro.

Abro los ojos, pero cuando la luz brillante me alcanza, los entorno. La habitación en la que me encuentro no es la mía..., ni la de Skyler. Estoy boca abajo encima de un suave almohadón blanco y estoy moviendo las caderas sobre el colchón. Tengo la polla dura como una roca y estoy a punto de estallar.

Mierda, estaba soñando.

Con la cara hundida en la almohada, suelto un gruñido y vuelvo la cabeza de lado. Adormilado, miro a la cara a mi clienta.

La princesa Christina.

Ella me dirige una sonrisa coqueta y me examina de arriba abajo. Noto el aire frío en la espalda, lo que me indica que he perdido el edredón con el entusiasmo del momento. Vamos, que estoy prácticamente desnudo.

—¿Quieres que te deje a solas con la cama? —Se burla de mí—. Le estabas dando un buen meneo. En mi opinión, creo que no se te da nada mal.

Alargo la mano hasta encontrar el edredón, me tapo y me pongo de lado, asegurándome de que la bestia no quede a la vista.

La princesa se levanta y se dirige hacia un carrito que ha aparecido por arte de magia en mi habitación. Veo que hay servicio de té y café. Henrik. ¡Qué sigiloso!

Christina sirve una taza de café, añade un poco de leche y dos terrones de azúcar. Remueve el café y da unos golpecitos en el borde con la cucharilla, haciendo un ruido muy agradable.

—¿Quién es Skyler? —me pregunta antes de dar un sorbo al café.

En vez de responder, digo:

—Me encantaría tomar una taza de café. Gracias, princesa. Lo tomo solo.

Arrugo el edredón para cubrirme con él, me siento y apoyo los pies en el suelo. Me pican los ojos; el *jet lag* me ha atacado con ganas. Me siento atontado, deshidratado y muerto de cansancio. Ahora mismo podría beberme una botella de dos litros de agua sin respirar.

—Estabas diciendo su nombre de un modo... —se da golpecitos en el labio inferior—, muy excitante.

—Café —refunfuño con la voz ronca por el sueño.

—¿Quién es Skyler? —repite.

—Si te lo digo, ¿me darás una taza de café?

Ella sonríe.

—Sí.

—Una mujer con la que estoy saliendo —digo sin inflexión, pero por dentro el corazón se me acelera, igual que el pulso. Noto una sensación rara, aunque no del todo desagradable, como si me pasara la corriente por los nervios.

Christina se da la vuelta y sirve el líquido celestial en una taza que coloca en un platito.

—Y, sin embargo, ayer me tiraste la caña... —Alza una de sus cejas perfectamente arqueadas

mientras me acerca el platito.

Yo suelto un resoplido.

—No te estaba tirando la caña, princesa; te estaba tanteando en busca de información.

—Y ¿qué descubriste en tu investigación? —Da otro sorbo y se sienta a los pies de la cama, sin inmutarse por tener a un hombre desnudo a tan escasa distancia. Es como si estuviéramos desayunando de forma civilizada en una mesa.

Pienso en lo que me ha preguntado mientras doy unos cuantos sorbos más al café. Está tostado a medias, pero tiene un sabor fresco, lo que no me extraña teniendo en cuenta que es el café de una familia real.

Me vuelvo en su dirección para mirarla a la cara.

—Me pareció entender que no quieres ser reina. Eso, al menos, es lo que piensa tu madre.

—Y ¿tú qué piensas?

Sonrío.

—Yo pienso que tienes miedo.

Ella se echa a reír con suficiencia, pero noto que es una cortina de humo. Me parece que he dado en el clavo a la primera.

—¡Qué absurdo! ¿A qué iba a tenerle miedo?

—Al matrimonio, a la responsabilidad, al reino. Estoy seguro de que convertirse en la siguiente reina de Dinamarca debe de suponer un montón de cosas.

Ella frunce el ceño.

—No sabes nada sobre mí.

—Pues ilumíname, princesa.

—¿Por qué tendría que hacerlo? No te debo ninguna explicación, y mi madre está loca si cree que puede contratar a alguien para hacerme cambiar de idea.

—Te entiendo, lo que pasa es que voy a estar por aquí unos días. Cuanto antes me cuentes tus motivos, antes podré ir a hablar con tu mami para decirle que no puedo cumplir la misión que me encomendó.

—¿Harías eso? ¿Le dirías a mi madre que no puedes hacerlo y me dejarías en paz?

—Sólo hay un modo de averiguarlo.

Frunce los labios.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Por qué quieres que tu hermana ocupe el trono de reina?

Ella se echa a reír otra vez.

—¿Te han presentado a mi hermana?

—No.

—Pues lo entenderás en cuanto la conozcas. Nació para ser reina. Es perfecta a todos los niveles. Hará que mi familia y Sven se sientan orgullosos de ella.

Doy otro trago y me acabo el café. Ella mira la taza y se levanta.

—¿Otro?

—Sí, por favor.

Mientras me lo sirve, veo mis pantalones y mis calzoncillos en el suelo. Me levanto de un salto y me pongo el bóxer antes de que se dé la vuelta, pero me va de un pelo. Me examina de arriba abajo.

—Eres un tipo singular, Parker. Si, aparte de tener los ojos azules, fueras rubio, con ojos y tuvieras el pelo más largo serías un hombre excepcional. Estoy segura de que esa tal Skyler tiene contigo sueños tan calientes como los que tú tienes con ella.

Rubio, ojos azules, pelo largo.

Su descripción me recuerda a las imágenes que Wendy me envió sobre el príncipe Sven.

—Básicamente acabas de describir al príncipe heredero. —Sonrío.

Ella aparta la mirada, rehuyendo el contacto visual, y se pasa la lengua por los labios, pero vuelve a negarse y se encoge de hombros.

—Esa descripción se ajusta a muchos hombres. Lo reconozco, tengo un tipo favorito de hombre. ¿Pasa algo?

Me río y me pongo los pantalones.

—Acabas de proporcionarme una información muy útil que desconocía.

—¿Ah, sí? ¿Qué información?

—Que el príncipe heredero te pone. —Me río.

Su expresión corporal cambia de forma radical. Pasa de estar relajada y elegante a mostrarse tensa y estoica.

—No sé por qué dices eso.

—Cuanto más lo niegues, más me convencerás de ello, princesa. A mí no hace falta que me mientas, aunque reconozco que siento una gran curiosidad por saber por qué quieres que tu hermana se case con un hombre que te atrae tanto. Y, además, ¡él te desea a ti! La cosa no podría ser más fácil, bonita. Acepta su propuesta de matrimonio, dale un par de herederos al trono ¡y listos! Problema resuelto.

Entornando mucho los ojos, deja el café y se dirige hacia mí. Cada paso que da podría ser un martillo clavándose en el suelo. Cuando se detiene frente a mí veo que sus bonitos labios han formado una mueca de rabia.

¡Oh, oh! Está furiosa.

Levanta el índice y me lo clava en el pecho.

—¡No entiendes nada! Sven tiene que casarse con Elizabeth. Ella es perfecta para él y yo no. ¡No soy la mujer adecuada para él! Y ahora ve a decirle a mi madre que no puedes hacer nada. Monta en un avión y vuelve con... ¡con tu Skyler! Seguro que a ella le apetece verte..., ¡y a mí te aseguro que no!

Con esas palabras, da media vuelta y sale apresuradamente de la habitación, dando un portazo.

—¡Joder! ¿Qué demonios ha pasado aquí?

Como no encuentro a la princesa por ninguna parte, le pido a Henrik que me consiga un taxi. Él dice que no hace falta y me lleva al centro de Copenhague, para que pueda apartarme un poco del entorno real y pensar en lo que he descubierto hasta ahora.

—Henrik, ¿cuánto tiempo lleva trabajando para la familia Kaarsberg?

—Provengo de una larga estirpe de ayudantes reales, joven. Mi padre sirvió a la familia real hasta su muerte y luego yo ocupé su lugar, pero ya llevaba tiempo a su servicio; desde siempre, de hecho.

Asiento y miro por la ventanilla los edificios de formas extrañas. A las afueras de la ciudad, muchos edificios parecen construcciones de Lego, con formas cuadradas pero tan vistosas como una caja de lápices de colores. Los edificios del centro tienden a ser históricos o, al menos, más tradicionales.

—¿Sabe lo que he venido a hacer? —le pregunto, tanteándolo. La princesa Mary me pidió que fuera discreto y que dijera que era un consultor, pero Henrik podría ser una valiosa fuente de información si lleva toda la vida con la familia.

—Hay pocas cosas que se me escapen, señor Ellis.

—¿Podría decirme cómo es la relación entre la princesa Christina y su hermana?

—Una relación normal entre dos hermanas, se lo aseguro. Hay un poco de rivalidad, pero nada fuera de lo normal.

—¿Y su relación con su madre, la princesa Mary?

—Lo mismo.

Mmm. No sé si me está mintiendo para preservar los secretos de la familia o si dice la verdad. Lo malo es que nunca lo sabré, porque este hombre es fiel a la familia real; para él yo no soy nadie.

Me muerdo el labio y pienso en algo que tal vez pueda responder.

—Y ¿qué me dice de la relación entre Christina y el príncipe heredero?

Henrik sonríe.

—Se conocen desde que eran bebés; han crecido juntos.

—Dado que él ha manifestado que quiere casarse con Christina, supongo que tenían una relación cercana...

—Estaban juntos hasta hace unos meses.

—¿Juntos? ¿Juntos como pareja? —Esto sí que es una sorpresa.

—Él quiere mucho a la princesa. —Lo dice como si fuera un hecho, no una opinión.

Creo que estoy llegando a alguna parte.

—Entonces es normal que no quiera casarse con Elizabeth.

El mayordomo se echa a reír.

—Él ve a Elizabeth como a una hermana, no como a una mujer con la que compartir la cama.

—Vaya, qué interesante. Y me imagino que tanto Elizabeth como Christina están al corriente de eso.

Él asiente.

—Pero al príncipe no tienen que hacerle ninguna gracia los numeritos de Christina. Aunque si ha sido así toda la vida, estará acostumbrado a que salga de fiesta, se emborrache...

El tono de voz de Henrik se vuelve severo.

—La princesa Christina está atravesando una fase y no sé por qué se comporta así. Meses atrás, su comportamiento era tan correcto como el de su hermana. Tal vez parte de su «consultoría» debería centrarse en el momento en que ocurrió el cambio.

—Tiene razón, lo haré. —Me echo hacia atrás y miro cómo pasa el paisaje.

Ya van dos personas que me dicen que el comportamiento de Christina se sale de lo habitual. No creo que la princesa quiera darme más información voluntariamente, así que voy a tener que investigar por otro lado.

—¿Sería posible obtener una cita con el príncipe heredero Sven?

Henrik disimula una sonrisita.

—Me pondré en contacto con su oficina y les haré llegar su petición, con una recomendación especial de la familia Kaarsberg.

—Gracias, Henrik.

—No es nada, señor. —Poco después, se detiene ante la Universidad de Copenhague.

Salgo del coche y miro a mi alrededor. Me vuelvo y me inclino para hablar por la ventanilla del acompañante.

—¿Dónde estoy?

Él inclina la gorra de chófer, que, la verdad, le sienta muy bien.

—Cerca de la universidad. Es una zona comercial, con muchos restaurantes y tiendas. Empápese de la ciudad. Creo que encontrará las respuestas que busca donde menos se lo espere.

Doy un suave golpecito en el coche.

—Gracias, Henrik. Le haré caso.

—Llámeme si quiere que lo lleve a alguna parte o si necesita cualquier otra cosa. Le concertaré cita con el príncipe cuanto antes.

—¿Podría concertarme otra con la princesa Elizabeth?

Él cierra los ojos y asiente.

—Cuente con ello.

—Genial. Que tenga un buen día, Henrik; nos vemos luego.

—*Farvel.* —Se despide en danés.

Cuando el coche arranca, miro a mi alrededor y me adentro en una calle de aspecto agradable. Giro por otra llamada Fiolstræde. Veo muchos jóvenes entrando y saliendo de cafés y tiendas. Por las calles hay un montón de bicis. Mientras nos acercábamos en el coche, he visto más

bicicletas que automóviles. Según la información que me pasó Wendy, a Copenhague la llaman «la ciudad de las bicicletas», y ahora entiendo por qué.

Mientras camino, admiro los edificios de piedra y ladrillo. La arquitectura es sencilla, pero bonita y funcional. Duradera. Estos edificios se construyeron para que pudieran resistir las peores tormentas, inviernos duros y veranos calurosos. Apuesto a que la mayoría llevan en pie más de cien años.

Me detengo frente a un escaparate. Dentro veo libros, mesas que son todas distintas y gente que come y trabaja. Las paredes están forradas de estanterías abarrotadas de libros con títulos que dan ganas de abrirlos y hojearlos.

El aroma a café recién hecho llega hasta la calle. Lo sigo y entro en un establecimiento llamado Paludan Bog&Café. Inmediatamente encuentro un sitio libre en un rincón donde puedo observar a la gente, pensar y comer algo. Cuando el estómago me ruge me doy cuenta de que sólo he tomado café sin nada sólido y que he salido a la calle sin alimentarme como es debido.

Una camarera me ve y se acerca a preguntarme qué quiero. Pido un café con leche, además de una hamburguesa y patatas fritas. Si la hamburguesa se parece a la que se anuncia en el cartel, mañana tendré que salir a correr por los jardines del castillo.

Mientras espero a que me lo traigan observando la calle, suena el teléfono. Miro la pantalla y sonrío.

—Hola —logro decir antes de que me interrumpan.

—¿Está buena? —es lo primero que sale de boca de Bo. Ni un «hola» ni un «¿cómo te va?».

—Tú siempre con lo mismo en la cabeza. —Me echo a reír, porque me gusta oír la voz de mi amigo.

—Y tú no has contestado a mi pregunta.

Sonrío y miro por la ventana.

—Sí, es preciosa.

—¡Lo sabía! ¡Otra vez te quedas con la tía buena!

—¡Eh, un momentito, Bogey! —Uso el apodo que odia. Su madre siempre lo llama así y, aunque es un nombre horroroso, funciona para pararle los pies.

—Tío —susurra, fingiendo estar herido por haber utilizado su apodo infantil.

—La princesa está buena, pero también muy colgada del príncipe heredero. Lo que pasa es que no quiere ser reina y su madre quiere que la haga cambiar de opinión. ¿Cómo? No tengo ni idea —suspiro, descargando la frustración en mi colega.

—¿Necesitas ayuda? —se ofrece al instante.

Tamborileo con los dedos en la mesa y sonrío. Bo es así, siempre dispuesto a salir corriendo para ayudar.

—No, no hace falta, aunque no estoy seguro de poder cumplir los deseos de la clienta. La situación es compleja. Hay corazones involucrados, además de un profundo sentido de la responsabilidad por el país. Es posible que la situación me supere, ¿sabes lo que quiero decir?

—Te entiendo, tío, pero si alguien puede lograrlo, ése eres tú. Aunque, si ves que es una causa perdida, pliega velas y vuelve a casa. Wendy tiene un montón de casos haciendo cola.

—¿Cómo dices?

Él disimula la risa.

—Sí, Campanilla se ha hecho con las riendas de la empresa. ¿A que no sabes lo último? Nos está haciendo marketing. ¿Sabías que se le daba bien eso también? Royce está flipando con el montón de clientas que tenemos en espera.

—¿En serio? No me ha llegado nada al correo electrónico.

—Idea de Roy. Le pidió a Wendy que se lo pasara a él para que tú pudieras centrarte en el caso.

Asiento.

—Bien pensado.

—Esa chica vale su peso en oro —dice, y mi mente vuela instantáneamente hacia Skyler. A su pelo dorado y a cómo le cae enmarcándole la cara.

Me vienen imágenes vívidas del sueño de hace un rato.

—Park, ¿sigues ahí?

Me libro de las imágenes de la chica de mis sueños y me centro en la llamada.

—Sí, tío, estoy aquí. Me alegro de haber acertado con Wendy. Esa chica sabe lo que se hace. ¿Habéis conocido a su novio ya?

—Y tanto. El tipo vino a hacernos un repaso. No te lo vas a creer. Es un hombre de negocios, con su traje caro, su limusina... Ese tipo está forrado. Royce buscó información sobre él. Se llama Michael Pritchard. Sus amigos lo llaman Mick, pero no nos invitó a que lo llamáramos así cuando nos saludamos. Al parecer, vino a dejarnos claro que Wendy es de su propiedad y que más nos vale tratarla como lo que es: una dama. Y también me dirigió un mensaje a mí en especial, con su estilo particular. Vino a decirme que, como siguiera tonteando con Wendy, me cortaría la polla. —Se echa a reír con ganas.

—Joder. —Suelto un silbido.

—Ya, tío, fue surrealista. Parece que Campanilla guarda secretos en el armario.

—Y ¿quién no? —comento.

—Ya te digo, tío.

—Pues ya me pondréis al día si hay novedades sobre el señor Mick.

—Oh, hay más cosas. En un momento dado, chasqueó los dedos y ella fue corriendo a su lado como si fuera un jodido perro. Y luego se pavoneó como si su máximo orgullo en la vida fuera estar a su lado.

—¿Perdón?

—Increíble. Tuve que agarrar a Royce para que no le pegara un puñetazo. Ya sabes cómo se pone cuando ve a algún hombre tratando de controlar a una mujer... Pero lo más fuerte vino después.

—¿Qué pasó? —Estoy tan enfrascado en la historia que no me doy cuenta de que me han traído la comida y el café con leche hasta que le doy un golpe con el brazo.

—El tipo se volvió hacia ella, ignorándonos por completo, la agarró por la barbilla y le acarició el pelo con la otra mano. Luego le preguntó: «¿Te están tratando bien estos hombres, Cherry? Si no, dímelo y los liquidaré por ti». Y le dio un tironcito al candado que lleva en el cuello. Ella se echó a reír, se puso de puntillas, le dio un apasionado beso en los morros y le palmeó el pecho, como si el perro fuera él. Luego se volvió hacia nosotros y dijo: «¿A que es el mejor?», como si fuera lo más normal del mundo.

—Raro de cojones, pero, oye, sobre gustos no hay nada escrito.

—Ya te digo, tío, pero pienso seguir tonteando con ella tanto como pueda.

—No esperaba menos.

—¿Estás bien, tío? —Baja la voz, como si quisiera decirme que está ahí si necesito desahogarme.

—Sí, mañana tengo un par de reuniones para averiguar más cosas sobre el caso.

—Recuerda lo que te he dicho. Si necesitas lo que sea, cuenta con nosotros. Y si tienes que volver, vuelve, ¿vale?

—Vale, tío. —Levanto el café con leche.

—Te cubrimos las espaldas desde aquí. Corto y cierro. —Cuelga sin darme tiempo a despedirme, como siempre.

Cojo la jugosa hamburguesa que tiene un búho y la palabra Paludan grabados en el panecillo y le doy un buen mordisco. Lo que me ha contado sobre Wendy me ha despertado la curiosidad. Tengo ganas de conocer a ese tipo que la trata como si fuera su dueño, lo que a ella no parece importarle. Aunque me extraña, reconozco que no tengo ni idea de cómo funcionan las cosas entre los aficionados al BDSM. Lo que es normal para uno no tiene por qué ser normal para los demás. A mí ese rollo no me va, pero parece que a Wendy la hace feliz estar ligada a alguien así. Ligada literalmente. Pienso en la cadena y el candado que lleva al cuello y sacudo la cabeza.

¿Me gustaría ponerle un candado a Skyler?

No, no me gustaría, aunque ¿atarla a mi cama y jugar con ella? ¡Joder, eso sí!

Tal vez me deje hacerlo la próxima vez que nos veamos.

¡Ya estoy pensando en Skyler otra vez! Joder, no puedo quitármela de la cabeza.

Me acabo el almuerzo y salgo a la calle para bajar la hamburguesa y centrarme en el caso.

4

Henrik me lleva hasta la entrada del palacio Amalienborg, que es en realidad un conjunto de cuatro palacios dispuestos en forma octogonal. Los cuatro edificios dan a un patio que tiene una escultura ecuestre en el centro. Henrik me cuenta que el jinete es el rey Frederik V, el fundador del lugar. Los palacios están en la ciudad de Copenhague, muy cerca del agua. Hoy en día el patio está abierto a los turistas, que pueden pasear por ahí y sacar fotos, pero la entrada a los aposentos reales está muy restringida. Me gusta que la monarquía comparta con el pueblo su rico legado histórico, aunque sea sólo por fuera.

Cuando llego, me conducen por una serie de pasillos hasta llegar a la sala de recepción de visitas de su alteza real. Bueno, creo que así es como tengo que llamarlo.

—Su alteza real el príncipe heredero Sven Frederik de Dinamarca —anuncia un lacayo vestido de gala con su voz profunda mientras un hombre muy alto entra en la sala.

El príncipe heredero debe de medir más de metro noventa. Tiene el pelo rubio oscuro, recogido en un moño apretado en la nuca. Mientras se acerca, noto que aprieta los dientes con fuerza y que su paso no es relajado. Tiene los ojos de un azul intenso, parecidos a los míos.

Me inclino ligeramente, porque no sé qué es lo que debo hacer. ¡Mierda! Tendría que habérselo preguntado a Henrik. El príncipe heredero no dice nada hasta que llega frente a mí. Me ofrece la mano y yo se la estrecho.

—Hola, alteza real, me alegro de conocerlo. Soy Parker Ellis, de...

—Ya sé quién es. Por favor, siéntese, señor Ellis. Debería haber cancelado la reunión después de lo que ha sucedido esta mañana, pero la información que me trae es demasiado importante.

Frunzo el ceño y me siento mientras él se dirige a una mesa auxiliar y se sirve una buena copa de lo que parece ser whisky escocés de primera calidad. No se molesta en ofrecerme una, pero no creo que sea por falta de tacto ni de buenos modales. Es como si tuviera la cabeza en otra parte.

—Disculpe si me propaso, señor, pero soy experto en lenguaje corporal y tiene usted el aspecto de un hombre al que acaba de caerle el peso del mundo sobre los hombros.

Él suspira, agacha la cabeza y cierra los ojos.

—Así es. Mi padre, el rey, ha empeorado esta mañana. Los médicos le dan unos días de vida como mucho.

—Dios —contengo el aliento—, lo siento, tío. Quiero decir, alteza real, eeehhh..., señor. —Trato de arreglarlo.

Él me dirige una leve sonrisa al verme balbucear.

—No pasa nada, no estamos en una reunión formal. Cuando estemos en privado, puede

llamarme Sven.

—Gracias. Puede llamarme Parker si quiere.

Él asiente y da un sorbo al líquido ambarino.

—¿Quiere que vuelva en otro momento? —le pregunto, aunque en realidad no creo que encontremos nunca un buen momento.

Él niega con la cabeza, se acerca a mí y se sienta enfrente.

—No. Ahora más que nunca necesito resolver este asunto.

—¿Qué asunto?

—El de la princesa. No entiendo por qué me rehúye. Se escapa y actúa de manera muy rara. Me dice que me case con su hermana Lizzie... —Frunce el ceño—. No puedo casarme ni con la princesa Elizabeth ni con ninguna otra mujer. Sólo quiero a Christina.

Bueno, al menos Sven es un hombre que sabe exactamente lo que quiere y al que no le importa reconocerlo en público. Me gusta.

Me paso la lengua por los labios y me aprieto las rodillas. Luego me froto las palmas de las manos en los muslos antes de hablar.

—Agradezco su franqueza y seguiré su ejemplo. He hablado dos veces con la princesa Christina y me ha parecido muy firme en su decisión de no casarse con usted. ¿Tiene alguna idea de la razón?

Él se aclara la garganta y bebe un poco más. Me sabe mal por él. La tensión por la responsabilidad que le ha venido encima empieza a notarse en las arrugas que se le forman alrededor de los ojos. Y, además, la mujer que quiere no le corresponde. Demoledor.

—Por desgracia, Christina cree que Elizabeth sería mejor reina que ella, pero no me da ninguna explicación racional. Sólo insiste en que su hermana mayor, Lizzie, es la princesa perfecta.

Perfecta.

Esa palabra aparece en la conversación cada vez que se habla de Elizabeth.

—Y ¿Christina no lo sería?

Los ojos del príncipe se iluminan al oír su nombre.

—Ella es perfecta para mí, aunque últimamente sus actos dejan mucho que desear.

Asiento con la cabeza.

—¿Se casará con la princesa Elizabeth si Christina no cambia de opinión?

Él niega con la cabeza.

—No, nunca le haría eso a Christina; sería traicionar nuestro amor. Me temo que prefiero seguir solo a estar con una mujer que no es la que he amado toda la vida.

Inspiro hondo.

—Pero, por alguna razón, Christina está convencida de que aceptará a su hermana en su lugar. ¿Por qué será?

Él sacude la cabeza.

—Llevo días dándole vueltas al tema. ¿Sería Elizabeth una buena reina? Sin duda. El pueblo la quiere, los paparazzi también. Da la imagen de la correcta princesa de cuento de hadas, pero yo no quiero a alguien así, señor Ellis. No quiero a mi lado a alguien correcto, quiero a alguien extraordinario, y mi Christina lo es. Es extraordinaria. Conozco a las dos princesas de toda la vida. Elizabeth y yo tenemos los mismos años; Christina es un año más joven, pero son opuestas por completo. Christina es misteriosa y seductora; Lizzie es luminosa y dulce.

—Desde fuera, las dos me parecen bastante parecidas, pero aún no he conocido a la princesa Elizabeth. Me reuniré con ella en breve.

—Cuando la conozca, lo entenderá.

El príncipe heredero se levanta y vuelve a llenarse el vaso. Mientras lo hace, tengo una corazonada. Saco el teléfono del bolsillo y le doy al botón de grabar. Lo dejo en la silla, disimulado por mi pierna.

—Cuénteme más cosas sobre Christina. ¿Por qué quiere casarse con ella?

—¿Le parece poca razón que haya estado enamorado de ella desde que éramos niños? —responde riendo.

—Sí. —Sonrío.

—Ella lo es todo para mí. Me complementa. Equilibra los retos de la vida con sus risas, con sus besos, con su modo de abrazarme, como si nuestro amor fuera lo más importante en la vida. Ella es mi princesa de cuento, la única mujer que veo a mi lado para siempre.

—Y ¿cree que ella siente lo mismo?

Deja caer la cabeza, como si se avergonzara.

—Siempre lo había creído. Ni por un momento dudé de su amor por mí y de que tendríamos un futuro en común, pero luego todo cambió.

—¿Cuándo?

—Cuando mi hermano murió y fui nombrado heredero. Fue como si se encendiera un interruptor en su cabeza y de repente empezó a actuar así, a salir de fiesta, a evitarme, a poner distancia entre los dos...

—Y, aun así, ¿la quiere?

—Siempre la querré. Ella es el aire que respiro, el aroma que necesito que llegue a mi nariz para poder dormir por las noches. La única mujer que me imagino trayendo a mis hijos al mundo. Si no puedo tener herederos con ella, no quiero ninguno.

Asiento.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar, aunque en cuestiones del corazón... —Niego con la cabeza—. Es imposible saber cómo reaccionará, pero trataré de llegar hasta el fondo para entender su súbito cambio de actitud.

—Espero que lo consiga, señor Ellis... —baja la vista y vuelve a alzarla—, quiero decir, Parker. —Da un trago y mira por la ventana—. No quiero tener que recorrer ese camino solo, pero si no puedo recorrerlo con ella, lo haré.

Noto que hemos llegado al final de la conversación. Me levanto mientras le doy al *stop* para que el móvil deje de grabar y me lo guardo en el bolsillo del pantalón.

—Me ha gustado hablar con usted. Siento lo de su padre.

—Gracias. —Me estrecha la mano y me escolta hasta la puerta.

Henrik está esperándome para acompañarme hasta el coche y llevarme de vuelta a Kaarsberg Slot.

—Señor Ellis —me llama el príncipe. Me vuelvo hacia él.

—Dígale que la echo de menos.

Asiento.

—Lo haré.

—Adiós.

—Adiós, alteza real —replico sonriendo.

Él levanta la mano en señal de despedida.

—Oh, pase, señor Ellis; he oído hablar mucho de usted. —La princesa Elizabeth me recibe con entusiasmo mientras me estrecha la mano para darme la bienvenida.

—Lo mismo digo, princesa. ¿Le ha contado su madre para qué estoy aquí? —Quiero saber si entiende la razón de mi estancia en el castillo familiar.

Ella me dirige una gran sonrisa y asiente. Lleva un vestido azul cielo que le llega hasta las rodillas y, en los pies, unas bailarinas de esas que Bo no soporta. Piensa que una mujer siempre debería mostrar sus atributos y sacarse el mejor partido, sobre todo si va a la caza de pareja. A mí los zapatos planos no me provocan el mismo rechazo que a él; las mujeres me gustan de todas las maneras, pero reconozco que me encanta cuando se ponen tacones. A todos los hombres nos gusta. Los que digan que no... mienten.

Sin embargo, esta mujer no parece ser de las que salen a romper la noche con unos zapatos sexys. Más bien es de las que llevan tacón bajo o tacón alto, pero grueso. No estoy diciendo que no sea guapa. Lo es, es muy guapa. Tiene el pelo del mismo tono de rubio que su madre y los ojos también son azules, pero no brillan como los de su hermana.

Tiene un cuerpo bonito, delgado; como el de una modelo de pasarela. Todo lo contrario de su hermana, la de las curvas de infarto, pero sigue siendo atractiva.

«Quiero a alguien extraordinario.» Me vienen a la mente las palabras del príncipe Sven sobre la mujer que ama, Christina, para más señas.

—Sí, mi madre me contó que ha venido para ayudar a la familia con el problemilla de mi hermana pequeña. —Pestañea dulcemente y se dirige al mueble bar—. ¿Puedo ofrecerle una copa, señor Ellis?

La verdad es que a estas alturas me vendría muy bien.

—Gracias.

—¿Qué le apetece?

—¿Sabe preparar un gin-tonic?

Ella ladea la cabeza.

—Estoy bien versada en muchas cosas, muchas de las cuales complacerán a mi futuro marido. Una buena esposa debe saber cómo prepararle a su rey un cóctel si le apetece. ¿No cree, señor Ellis?

Interesante elección de palabras.

Me echo hacia atrás y me pongo más cómodo en el sofá. Apoyo un brazo en el respaldo y cruzo las piernas, descansando un pie en la rodilla contraria. Encogiéndome de hombros, respondo:

—Me parece que la intención es buena, pero, en mi experiencia, es el hombre el que suele preparar los cócteles para su dama.

Ella me prepara la copa y me la sirve con un ademán teatral.

—En la familia real tenemos diferencias de opinión sobre algunas cosas. ¿Si me gustaría que mi rey me preparara una copa? Por supuesto, pero sólo si desea hacerlo. Nunca esperaría algo así de un hombre con una responsabilidad tan grande sobre los hombros. Mi deber como su reina y compañera en la vida es asegurarme de que tiene todo lo que necesita para poder hacer su trabajo de la mejor manera posible.

«Mi rey...»

Que yo sepa, Elizabeth es una princesa y sólo podrá tener un rey si se casa con uno. Y en la actualidad el único heredero a la corona disponible es el príncipe Sven. La princesa se está comportando como si fuera innegable que un día se casará con un rey.

Frunzo el ceño.

—Deduzco de sus palabras que no le importaría casarse con el príncipe heredero Sven.

Ella se acerca al sofá y se sienta con la espalda muy recta, los hombros hacia atrás y las manos perfectamente colocadas sobre el regazo. No tiene ni un pelo fuera de su sitio. El maquillaje es impecable, pero muy natural. Es que todo en ella parece salido de una enciclopedia de la realeza. Su foto iría al lado de la descripción de *princesa*.

—Claro que no. Para mí sería un honor casarme con el príncipe heredero. —Sonríe como si hablar de casarse con la pareja de su hermana fuera lo más normal del mundo.

Frunzo los labios y pruebo el gin-tonic, que no está nada mal. Ha mezclado la cantidad justa de ginebra y de tónica. Hasta el chorrito de lima lo ha clavado.

—Excelente gin-tonic.

Ella parece satisfecha, pero no dice nada ni vuelve a sacar el tema de sus habilidades. Sencilla y correcta en toda ocasión. Empiezo a entender por qué todo el mundo cree que sería una reina ideal para Sven, aunque el hombre con el que me he reunido antes me ha parecido apasionado y genuino. Esta mujer, en cambio, no exuda la misma pasión que su hermana.

La miro a los ojos y ella me devuelve la mirada sin parpadear. Se siente segura y cómoda en su piel, incluso en presencia de desconocidos.

—¿Cómo es su relación con la princesa Christina?

Muestra una amplia sonrisa al oír el nombre de su hermana. Qué raro. Es como si no existiera ningún tipo de hostilidad entre ellas, al menos por parte de Elizabeth.

—Tengo una bonita relación con mi hermana. Somos buenas amigas.

—¿Cree que por eso su hermana prefiere que sea usted la que se case con Sven y no ella?

Elizabeth pestañea dos veces y luego ladea la cabeza.

—Es posible. Sabe que yo me tomaría el cargo de reina con seriedad y respeto. Llevo preparándome para ser reina desde el día en que nací.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—Antes de que el príncipe Sven se convirtiera en el heredero, estaba prometida a su hermano Enok. Íbamos a casarnos y habríamos sido el rey y la reina cuando su padre falleciera.

¡Jo... der!

—¿El hermano de Sven y usted estaban prometidos?

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Sí. Íbamos a casarnos en una ceremonia gloriosa sólo un mes después de que ocurriera el horrible accidente. —Se levanta bruscamente y se dirige a la ventana.

—¿Puedo preguntarle qué le sucedió a Enok?

Ella se cruza de brazos y mira por la ventana.

—Enok era un enamorado de los caballos. Aparte del reino, y de mí, por supuesto, eran lo que más le gustaba en el mundo. Tenía muchos y hacía carreras con sus amigos. —Inspira hondo para calmarse. Veo que el pecho le tiembla por la emoción de lo que debe de ser un recuerdo muy doloroso—. Estábamos todos allí: Christina, mi madre, mi padre, el rey y la reina, disfrutando de una tarde encantadora en el palacio de verano. Los caballos se guardan allí. Hay una pequeña pista de carreras donde se entrenan los caballos, se hacen carreras, saltos...

La voz le tiembla y veo que le cae una lágrima por la mejilla.

—No hace falta que siga, princesa.

—Sí, tengo que hacerlo... para que lo entienda. —Se seca la mejilla—. Enok, Sven, y otros primos y amigos iban montados a caballo. Cabalgaban por parejas, saltando, compitiendo para bajar las marcas de los demás.

»El caballo de Enok chocó contra una de las barras con tanta fuerza que se desplazó hacia un lado, golpeando la montura de Sven. Los dos cayeron al suelo. Sven se rompió un brazo y un par de costillas, pero Enok no tuvo tanta suerte. Su caballo cayó sobre él y, además, el caballo de Sven le pisó el cuello. Fue un accidente absurdo, que acabó con la vida de Enok y con mi sueño de casarme con mi rey, mi amor.

Empieza a dolerme la cabeza y se me seca la garganta.

—Princesa, la acompaño en el sentimiento.

Ella se seca las mejillas y se vuelve hacia mí.

—Han pasado ya varios meses. Lo llevo lo mejor que puedo, centrándome en el deber, en la responsabilidad de servir al país.

—Entonces ¿sigue queriendo ser reina?

—Por supuesto. Nunca he querido otra cosa, solo a Enok. Daría lo que fuera por devolverle la vida.

—Y, sin embargo, está dispuesta a casarse con su hermano y a tener hijos con él.

Su mirada se endurece y asume una expresión neutra. Es como si hubiera guardado todo lo que acaba de decirme en una caja, la hubiera cerrado con llave y hubiera tirado la llave por la ventana.

—Haré lo que mi país necesite de mí. Es mi deber, mi responsabilidad, mi derecho por nacimiento.

—No quiero sonar duro, princesa, pero el príncipe heredero está enamorado de su hermana.

—Y yo estaba enamorada de su hermano. Ambos hemos perdido mucho con la muerte de Enok. Espero que juntos podamos construir una relación amorosa, aunque no es obligatorio. Muchos matrimonios reales se han realizado entre las parejas que elegían los padres de los contrayentes o con los representantes de los países que ofrecían más riqueza o el mejor tratado de paz. Incluso hoy en día hay parejas que se casan por menos. Con Sven, al menos sé que me aprecia; me quiere como a un miembro de su familia. Por algo se empieza.

—¿Y su hermana?

La princesa cierra los ojos un instante y, cuando los abre, veo en ellos una firmeza y una determinación que no estaban ahí hace un momento.

—Mi hermana sabe cuál es su lugar. No fue educada para asumir la responsabilidad que conlleva reinar. Sabe que fracasaría. Soy yo la elegida por el destino para casarse con el próximo monarca, no Christina.

—Y ¿eso quién lo dice? —suelto sin darme cuenta de que puede sonar agresivo.

Ella alza la cabeza con brusquedad.

—El orden de nuestros nacimientos, la familia en la que nacimos o, si prefiere ponerse espiritual..., Dios mismo. Si Dios hubiera querido que Christina fuera reina, la habría hecho nacer primero, pero, como no fue así, a mí me corresponde esa responsabilidad.

Dejo el gin-tonic sobre un posavasos, me levanto y me abrocho la americana.

—Veo tres problemas en su razonamiento.

Ella se levanta a su vez y me enfrenta, cara a cara, con fiereza en su gesto.

—Por favor, comparta sus teorías conmigo, señor Ellis.

—El primero es que el heredero puede casarse con quien considere digna del cargo.

Su cuerpo da una sacudida y es como si creciera varios centímetros ante mis ojos.

—¿Me está diciendo que no soy digna del cargo? —Su voz es fuerte y directa.

Levanto las manos en señal de paz.

—En absoluto. Sólo quiero dejar claro que Sven no necesita elegir una novia de la realeza.

Puede casarse con quien quiera o puede no casarse.

—Eso es absurdo.

Me encojo de hombros.

—Puede ser, pero es la verdad. Y, ya que estamos hablando de la verdad, el segundo problema es que el príncipe heredero no la ama. Está enamorado de Christina.

—Ya se le pasará. Para gobernar hace falta responsabilidad, no amor.

Mi expresión en estos momentos debe de ser de escepticismo o algo peor.

—Creo que no apostaría por ello. ¿Sabe? He estado hablando con el príncipe hoy mismo, y sus palabras han sido que, si no puede casarse con Christina, no se casará con nadie.

Los ojos prácticamente le salen disparados de su bonita cabeza.

—No habla en serio. —Se lleva una mano al corazón.

—El amor es así. Que yo sepa, el amor siempre va por delante del deber. Y, si la ley no lo obliga a casarse para ser rey, apuesto a que se coronará solo.

—No puede hacer eso... —Contiene el aliento y los ojos se le llenan de lágrimas una vez más.

—Me temo que sí, pero no me haga mucho caso. Será mejor que hable con su madre..., que, por cierto, es el tercer problema. —Ella frunce el ceño y respira hondo—. Su madre me contrató para que convenciera a la princesa Christina de que cambiara de opinión. Al parecer, ella tiene claro que el príncipe no se va a dejar guiar por el deber.

La princesa se vuelve de forma brusca y el vestido gira a su alrededor, moviendo el aire de la estancia.

—Por favor, váyase —me pide con voz temblorosa.

—Lo siento si me he excedido, princesa.

—No lo ha hecho. Cuando mi madre dijo que lo había contratado para que domara a Christina, pensé que se refería a su comportamiento. Pensaba que no quería que siguiera ensuciando el buen nombre de la familia, no que deseara hacerla cambiar de opinión sobre casarse con Sven. Quiero decir..., mi madre lleva toda la vida diciéndome que seré reina. Siempre me ha dicho que nací para reinar. Sin eso..., no tengo nada. —Sacude la cabeza y me da la espalda—. Por favor, váyase; necesito pensar.

Doy un paso hacia ella, porque sé que está sufriendo y odio ver a una mujer disgustada, pero ella levanta una mano.

—Por favor..., váyase. Gracias por venir. He... descubierto muchas cosas.

Suelto todo el aire que tengo en los pulmones.

—Princesa, lo siento.

Ella niega con la cabeza.

—No hace falta que se disculpe. Gracias y adiós, señor Ellis.

Me dirijo a la puerta y pongo la mano en el pomo.

—¿Sabe? Creo que sería una reina encantadora, pero, más que eso, creo que sería una confidente perfecta para su hermana. Ella la necesita más que nunca. Y, al menos para mí, no hay

nada más importante que la familia.

—Tal vez tenga razón —susurra mientras cierro la puerta.

Me dirijo a mi habitación apesadumbrado. Este viaje está suponiendo una decepción tras otra. Quizá Bo tenía razón y lo mejor que podría hacer sería olvidarme de todo y volver a casa. Ver a Skyler.

Verla sería un soplo de aire fresco, un bálsamo para mi alma maltrecha.

Pero algo dentro de mí me dice que debo quedarme. Siento la obligación de ayudarlos a solucionar esta situación. Por todos. Por Christina, por Sven, por Elizabeth; por ambas familias reales.

Aunque odio reconocerlo, creo que todos necesitamos un poco de ayuda. Si no lo hago yo, ¿quién lo hará?

5

Hoy ha sido un día horroroso, pero por suerte ya ha pasado. Todavía estoy lidiando con el cansancio y la desorientación del *jet lag*, y encima tengo la cabeza llena de todo lo que he descubierto.

Hace pocos meses, la princesa Elizabeth iba a casarse con Enok, el heredero. Él murió en un trágico accidente y ahora Elizabeth cree que se va a casar con su hermano, que resulta estar enamorado de su hermana Christina. Esto parece un programa sensacionalista de los sábados: «Realeza Deluxe».

Por otro lado, tenemos a Christina, que, aunque está colgada del príncipe, lo está empujando a los brazos de su hermana. O realmente no le apetece ser reina, o se está sacrificando por Elizabeth. Sospecho que está sacrificando su felicidad al lado de Sven para que su hermana consiga lo que siempre ha querido: ser reina.

Me quito la ropa y me dejo caer sobre la mullida cama en calzoncillos. Agotado, me froto la cara con la mano. El teléfono vibra en la mesilla de noche.

Lo cojo y veo el nombre de «Melocotones» en la pantalla.

Mientras acepto la llamada, sonrío.

—¿A qué debo este gran placer? —murmuro.

—¡Lo logré! —responde ella a gritos—. ¡Y ha sido gracias a ti, Parker! ¡Eres un tío sexy, sexy! —Se echa a reír y mi corazón se llena de alegría.

—Bueno, estamos de acuerdo en que soy un tío sexy, pero no te cortes. Cuéntame qué te lo hace pensar.

—Rick y yo hemos quedado en los estudios y hemos pasado una escena juntos.

«Rick. Puaj.»

Ella sigue hablando.

—Me la había estado preparando a tope, así que me lo sabía todo perfecto...

—¡Ésa es mi chica! —la animo. Me encanta oírla tan feliz.

—Y, ¿sabes qué? —sigue en el mismo tono.

—¿Qué? ¡Cuéntame, me tienes en ascuas! —bromeo.

—Me ha salido bien. ¡Mejor que bien! Lo he hecho tan bien que el director ha aplaudido al acabar la escena y no paraba de hablar de la maravillosa química que hay entre Rick y yo, de decir que somos la pareja perfecta y que...

—¿Química? —la interrumpo, porque siento náuseas.

—¡Sí! ¡Ha sido increíble! Hacía mucho, muchísimo tiempo que no me sentía tan bien

actuando al lado de un compañero. ¡Y todo es gracias a ti!

«Respira hondo, Park. Está hablando de actuar, es su trabajo.

»Además, no tengo ningún derecho sobre ella. Puede hacer lo que le apetezca, me guste o no.»

Sacudo la cabeza y aprieto los dientes.

—No, Melocotones. Es gracias a ti. Tú hiciste el trabajo. Dedicaste tiempo a reiniciar tu musa y, al hacerlo, recuperaste la pasión por tu oficio. Te armaste de valor para vivir tu verdad.

—Bueno, vale, pero sin tu ayuda no lo habría conseguido. —Su voz baja de tono hasta convertirse en ese susurro sensual que siempre logra que me empalme.

Mi polla se da por aludida y me la agarro con firmeza por encima del bóxer, imaginándome que es Skyler quien me toca.

Gruño.

—Pues ya que estás tan agradecida, ¿se te ocurre alguna manera de demostrarme tu agradecimiento?

Ella gime.

—¿Dónde estás?

—En la cama. Y sólo llevo puesto un bóxer negro —añado, para ver si la falta de ropa la inspira.

—Mmm, ¿y el sonido de mi voz te está poniendo malo?

—Joder, ni te lo imaginas. —Gruño con la boca pegada al teléfono. Necesito que siga hablándome en ese tono. No es de decir muchas cochinadas en la cama, pero cuando lo hace es la hostia, y me pone como una piedra.

Oigo el sonido de una puerta que se cierra y de algo que se mueve.

—¿Qué haces?

—Meterme en la cama.

—¿No es muy temprano para acostarse ahí?

Me paso la mano por mi miembro endurecido y me imagino que ya se ha quitado la ropa y está tumbada en la cama, desnuda, abierta de piernas y lista para recibirme como si estuviera allí con ella.

—Nunca es demasiado pronto para acostarme si es contigo —me provoca, y me encanta.

Me paso la lengua por los labios, deseando que fuera su lengua la que me tocara.

—¿Ah, sí? Y si estuviera en la cama, a tu lado, ¿qué me harías? —Espero que me siga el juego; lo necesito.

Ella suspira hondo y suelta el aire despacio. Reconozco ese sonido, lo recuerdo con toda claridad. Significa que se está acariciando, muy suavemente. Le gusta que la roce con la yema de los dedos; hace que se estremezca y se le ponga la carne de gallina en todo el cuerpo.

—Me montaría sobre tus muslos para que no pudieras moverlos, aprisionándote mientras froto mi vientre contra tu sexo.

Me gusta, cómo me gusta esta mujer.

—¿Y...?

—Recorrería tu pecho con las manos. Te pellizcaría y retorcería los pezones y te volvería loco de ganas de que me los metiera en la boca. ¿Puedes hacerlo tú por mí? —me pide.

Pongo el teléfono en modo altavoz y me lo coloco a la altura de las costillas.

—Estás en modo altavoz.

—Y ¿estás haciendo lo que te he pedido?

—¡Joder, sí! Sigue hablando. Me pones como una moto, Sky... Mierda, nena.

Ella gime mientras me pellizco y tiro de mis pezones con tanta fuerza que no puedo contener un grito.

—Oh, Parker. Cuando gimes es como si me llamaras. Me mojo toda...

—Dios, ¿estás muy mojada? —logro decir con los dientes apretados.

—Empapada —murmura.

Pierdo la cabeza y alzo las caderas en el aire. Me vuelve totalmente loco con sus palabras.

—Me estoy tocando los pechos, me pellizco los pezones y me imagino que eres tú, lamiéndolos y mordiéndolos como sólo tú sabes hacer, combinando los pellizcos con los mordisquitos.

Sonrío mientras me bajo el bóxer hasta las rodillas. El móvil se me ha deslizado hasta el vientre, donde se aguanta en un equilibrio precario.

—No dejes de mover esas manos, Melocotones. Quiero que sientas lo húmeda que estás.

—Lo haré si tú te rodeas esa polla grande y dura con la mano y te imaginas que soy yo la que te está tocando. Vacilando al principio, pero luego con decisión, recorriéndola de abajo arriba y haciendo girar el pulgar sobre la punta sedosa hasta que me ofrezcas una pequeña gota de cielo.

—¡Joder! —Hago lo que sus palabras me indican, cerrando los ojos, imaginándome que es ella quien me toca, inclinándose sobre mí, con su pelo rozándome el pecho y el vientre mientras se lleva con la lengua la gota de la punta de mi polla.

—¡Dios, Parker! —grita.

—¿Te estás tocando, Melocotones? ¿Estás pasándote los dedos por tu coño resbaladizo? —Tiro de mi miembro entumecido, arqueando las caderas.

—¡Sí! —Tiene la voz ronca, jadeante, como si acabara de volver de correr, pero sé que no es así. Cuando mi chica se entrega, se entrega a fondo. Sin barreras ni inseguridades, libre y desinhibida.

—Métete dos dedos, Sky, como si fuera yo. Así, bien adentro.

Mantengo un ritmo regular con la mano, moviéndola arriba y abajo. Me chupo el pulgar y me lo paso por la punta. Un relámpago de placer me recorre la polla hasta el vientre.

—Sí, qué bueno, cariño. Ojalá estuvieras aquí —dice entre jadeos.

—Dios, sí. ¡Ojalá!

—Voy a correrme pensando en ti, Parker. Córrete conmigo —gime, y eleva el tono de voz—.

Sí, cariño, por favor...

—¡Joder, me encanta cuando me ruegas, Melocotones! Estoy a tu lado, meneándomela, a punto de explotar por ti.

—Yo... también. Casi..., casi llego... —tartamudea por el esfuerzo.

—Frótate el clítoris con dos dedos como lo haría yo. Venga, vuela, Sky.

Ella grita. Yo jadeo. Estoy tan duro que voy a explotar en cualquier momento. Siento las pelotas pesadas entre los muslos mientras continúo masturbándome y oyendo los sonidos deliciosamente sexys que ella hace al otro lado del teléfono.

—¡Parker! —exclama, y conozco ese sonido. Lo tengo grabado en la memoria. Nunca podré olvidar cómo suena Skyler Paige cuando se corre.

Su voz hace que me caiga por el precipicio del orgasmo, y me aprieto la polla tan fuerte como lo haría su coño si estuviera montada sobre mí.

—¡Maldita sea, Sky! —clamo mientras las pelotas se me levantan, mi cuerpo entero se contrae, los músculos se estiran hasta proporciones máximas y el primer chorro sale al fin disparado de la punta. Levanto las caderas una y otra vez en el aire, imaginándome a Skyler cabalgando sobre mí hasta que acabo, agotado.

Siento escalofríos por las piernas y poco a poco voy volviendo a la realidad, a esta habitación extraña, opulenta y formal. Desde luego, no se parece en nada al nidito de amor que compartí con Sky en Nueva York.

Ella gime, haciendo que mi polla dé un brinco.

—¿Estás bien, cariño? —me pregunta.

—Mejor que bien. —Me río y sacudo los dedos de los pies, dejando que los últimos restos de placer abandonen mi cuerpo—. Gracias, lo necesitaba.

—Yo también. Supongo que tendremos que conformarnos con esto hasta que podamos hacerlo en directo. —Se ríe flojito.

Sus palabras me recuerdan la distancia que nos separa. Y no hablo sólo de este caso. Cuando vuelva a casa, ella no estará allí. Tal vez podría detenerme un par de días en Nueva York a mi vuelta. No es mala idea. ¿Será demasiado pronto?

Joder, me da igual. El sexo me ha dejado en un estado de euforia que se sobrepone al *jet lag*, así que se lo suelto sin pensar.

—Estaba pensando en decirle a Wendy que cambie el billete de avión para hacer escala en Nueva York. ¿Me acogerías como huésped en tu casa un par de días?

—¿En serio?

El entusiasmo de su voz se lleva cualquier duda que pudiera tener. Con Skyler tengo que dejarme llevar. Es lo que decidimos hacer y, ahora mismo, no puedo hacer otra cosa.

—No lo habría dicho si no me pareciera buena idea.

—Vale, mientras sea dentro de los próximos diez días. Luego empezaremos a filmar fuera de la ciudad.

—Pues voy a tener que ponerme las pilas y resolver este caso cuanto antes.

—Me encantaría, Parker. Me gustaría mucho que vinieras. Y así conocerías a mi nuevo equipo de seguridad.

—¿Equipo de seguridad? —Me siento, cojo un montón de pañuelos de papel de la mesilla de noche y me limpio. Luego voy al lavabo, lo tiro todo a la papelera y me lavo las manos. Estoy agotado y necesito acostarme después de correrme así, pero quiero oír su voz.

Oigo que ella también está usando el agua.

—¡Sí! He contratado a los Van Dyken. Son una empresa familiar, marido y mujer. Y he comprado el pequeño apartamento de tres habitaciones situado debajo del mío para que se instalen ahí. Ya hemos salido de casa y he flipado con ellos. La mujer, Rachel, es un poco mayor que yo y una tía dura. ¡Me ha dicho que me va a enseñar *crossfit* y defensa personal! ¿A que mola?

Defensa personal. Me parece bien. Y que haya contratado a un matrimonio me parece brillante; así no habrá ningún hombre babeando por Skyler, pero no puedo decirle eso.

—¡Eh, muy bien!

—Y él, cariño, ¡es enorme! Un tipo durísimo con un montón de músculos, pero a su mujer y a mí nos trata como si fuéramos joyas de valor incalculable.

—¿Joyas? Sky, lo que tiene que hacer es protegerte.

—Ya, ya lo hace. Lo que pasa es que es educado. Cuando está hablando con su mujer o conmigo, es muy amable. Cuando sale de casa, se convierte en una especie de bulldog. Se transforma como si fuera un superhéroe o algo así.

—¿Un superhéroe? Sky, ¿estás segura de que no has pasado demasiado tiempo protagonizando a heroínas de ciencia ficción? —Le tomo un poco el pelo.

—No seas bobo. Es que ese hombre mola muchísimo. Y ella también es muy maja, aunque demasiado protectora. Entra conmigo en el lavabo, en los vestuarios, en todas partes. Incluso me acompañan al plató. Ella se queda conmigo y él da vueltas alrededor del edificio, observando a la gente que hay por ahí. He tenido guardaespaldas antes, pero estos dos se toman el trabajo muy en serio.

—Bien hecho. Eres una mujer muy codiciada, Melocotones. Debes tener cuidado siempre.

—Lo haré, no te preocupes, pero es que estoy muy ilusionada con ellos. Son supermajos y no me tratan como si fuera una gran estrella, sino como a una amiga. Es bonito. Hacía tiempo que no tenía la sensación de encontrarme con personas que estaban conmigo porque les apetecía de verdad.

Aprieto los dientes con fuerza para no decirle que esos guardias están con ella porque les está pagando un sueldo. Parece tan feliz que no quiero robarle la ilusión. Ella está encantada, acabamos de echar un polvo impresionante y necesito dormir.

—Me alegro mucho por ti. Me gustaría quedarme hablando contigo toda la noche, pero aquí es tarde y estoy molido. Además, alguien ha logrado relajar a la bestia.

—La bestia. —Hace un ruido despectivo—. Se llama Grandullón, apréndetelo de una vez.

Me río y vuelvo a la cama.

—Te dejo llamarlo como quieras. Si él es feliz, yo soy feliz. Y espero que tú también lo seas.

—Lo soy —susurra, y desearía poder abrazarla, colocar mi polla entre sus nalgas y quedarme dormido así. Hace una semana que dejé Nueva York y no he vuelto a pasar una buena noche, aunque sospecho que hoy voy a dormir bien.

—Bien. Pues que acabes de pasar un buen día. Y felicidades por la actuación, estoy orgulloso de ti.

—Yo también estoy muy orgullosa de mí. ¿Hablaremos pronto?

—Hablaremos pronto.

—Sueña conmigo —me dice antes de colgar.

—Siempre lo hago —susurro en la habitación vacía.

Pongo el teléfono a cargar junto a la cama y caigo rendido de cara sobre el mullido edredón.

Noto que ella me está observando, pero sé que esos ojos no son los que me gustaría que me observaran. Un día más, despierto en una habitación que no es la mía. Una vez más, el día es radiante y la princesa Christina está sentada a los pies de mi cama tomándose un café.

Si fuera Skyler, me despertaría inmediatamente, pero la fierecilla real no causa el mismo efecto en mí.

—Buenos días, solete —me saluda descarada—. Aunque no tan buenos como cuando te dedicas a montártelo con la cama gritando el nombre de tu novia.

—No es mi novia. Y ¿puede saberse qué haces aquí? —murmuro mientras me doy la vuelta y me rasco el pecho.

Ella, que no me quita ojo, sonríe.

—Quiero saber qué tal te fueron las visitas con Sven y con mi hermana. ¿Descubriste algo interesante sobre mí? —Se lleva la taza a los labios.

—¿De verdad te importa? —replico, tratando de descubrir su estado de ánimo. Si está en mi habitación a primera hora de la mañana, es por algo.

Se levanta y se dirige al carrito del desayuno. Los *leggins* le marcan cada centímetro de su voluptuoso trasero. El príncipe heredero ha elegido bien. Lleva zapatos de tacón de color rojo cereza. Completa el conjunto con labios carmesí y una blusa blanca que le deja un hombro al descubierto. Mi kriptonita es una mujer con los labios bien rojos. Lleva el pelo recogido, lo que no es muy habitual en ella. Tiene un cabello precioso, pero está tratando de dar imagen de chica dura, y se nota.

—¿Ya me has mirado bien, Parker? —Me dirige una sonrisa por encima del hombro y sigue sirviendo dos tazas de café. Espero que una sea para mí.

Me incorporo y apoyo la espalda en el cabecero.

—Tienes un tipo impresionante, sería un crimen no admirarlo. Sé que el príncipe heredero lo

adora, ayer me lo dejó muy claro.

Cuando levanta la taza, noto que le tiemblan un poco las manos. Se queda quieta, sin mirarme. Supongo que está respirando hondo para tranquilizarse. Cuando se vuelve, interpreta de nuevo el personaje de chica dura.

—¿Ah, sí? —comenta, como si no estuviera pendiente de cada palabra que tiene que ver con el príncipe.

—Pues sí. Resulta que está locamente enamorado de ti. —Acepto la taza que me ofrece, pero no llego a tiempo de sujetarla antes de que se le derrame.

—¿Te lo dijo él o te lo imaginas? —Trata de salir del paso.

—Sólo repito sus palabras.

—Pues me cuesta creer que un hombre de su categoría se rebaje a ese tipo de conversación de vestuario de gimnasio. —Chasquea la lengua y vuelve a buscar su taza.

—Para empezar, en los vestuarios los tíos no hablamos sobre las mujeres que amamos; presumimos de las mujeres a las que nos hemos tirado, no tiene nada que ver.

Ella se encoge de hombros.

—Aun así, no te creo. Creo que estás compinchado con mi madre y que me dices lo que crees que quiero oír, en vez de hacer lo que deberías estar haciendo: convencer a Sven de que se case con mi hermana.

Doy un sorbo al café, pero hoy me sabe amargo, aunque tal vez sea por culpa de la conversación. Sé que sólo hay un modo de convencerla, así que cojo el teléfono.

—¿Qué? ¿Ya te has cansado de nuestra agradable charla matutina? —Se ríe, pero no es una risa sincera.

—Escucha, princesa.

Le doy al *play* para reproducir la conversación que mantuve ayer con Sven.

«—Cuénteme más cosas sobre Christina. ¿Por qué quiere casarse con ella?

—¿Le parece poca razón que haya estado enamorado de ella desde que éramos niños?

—Sí.

—Ella lo es todo para mí. Me complementa. Equilibra los retos de la vida con sus risas, con sus besos, con su modo de abrazarme, como si nuestro amor fuera lo más importante en la vida. Ella es mi princesa de cuento, la única mujer que veo a mi lado para siempre.

—Y ¿cree que ella siente lo mismo?

—Siempre lo había creído. Ni por un momento dudé de su amor por mí y de que tendríamos un futuro en común, pero luego todo cambió.

—¿Cuándo?

—Cuando mi hermano murió y fui nombrado heredero. Fue como si se encendiera un interruptor en su cabeza y, de repente, empezó a actuar así, a salir de fiesta, a evitarme, a poner distancia entre los dos...

—Y, aun así, ¿la quiere?

—Siempre la querré. Ella es el aire que respiro. El aroma que necesito que llegue a mi nariz para poder dormir por las noches. La única mujer que me imagino trayendo a mis hijos al mundo. Si no puedo tener herederos con ella, no quiero ninguno.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudar, aunque en cuestiones del corazón... Es imposible saber cómo reaccionará, pero trataré de llegar hasta el fondo para entender su súbito cambio de actitud.»

—Espero que lo consiga, señor Ellis..., quiero decir, Parker. —Hay una larga pausa—. No quiero tener que recorrer este camino solo, pero si no puedo recorrerlo con ella, lo haré.

—Eso es todo. —Le doy al *stop*.

Christina deja la taza con manos temblorosas y se las retuerce mientras recorre la habitación.

—Yo..., yo sabía que no iba a ser fácil para ninguno de los dos, pero... nunca imaginé... —La intensidad de las emociones la deja sin palabras.

—¿Nunca imaginaste qué? —la animo, para que acabe de poner sus ideas en palabras, para que reconozca lo que siente en realidad.

Niega con la cabeza.

—Nunca imaginé que preferiría reinar solo. No es el tipo de hombre al que le gusta estar solo. Tiene un corazón que no le cabe en el pecho y le gusta compartir todo el amor que guarda en él. Si no lo hace...

—¿Qué pasará?

—Que será muy infeliz —dice apenada.

—Él no quiere estar solo, Christina.

Se aclara la garganta y recupera el personaje de chica dura volviéndose hacia mí con las manos en las caderas.

—Por eso quiero que se case con Lizzie; es la elección correcta. Ella será la reina perfecta —afirma, y noto que está tratando de convencerse a sí misma tanto como a mí.

—No quiere a una persona que ocupe un cargo, princesa. ¡Te quiere a ti!

—¡Pero no me puede tener! —grita.

—¿Por qué no?

—¡Porque no soy adecuada para él! —brama, y su dolor llena la habitación.

Cada vez estoy más furioso.

—Pues, ¿sabes qué? Creo que tienes razón. Sven necesita a alguien que no sea tan egoísta como tú —le digo apretando los dientes.

—¡No sabes nada sobre mí! —replica en un tono tan letal como unas garras mojadas en veneno, y noto que le encantaría usarlas conmigo.

—No, princesa. Sólo conozco a la chica que me muestran los paparazzi.

Frunce el ceño y aparta la mirada antes de volver a recorrer la habitación de lado a lado.

—Tiene que superarlo y seguir adelante con su vida. Es lo mejor para él. Lizzie lo hará todo bien. Si la tiene a su lado, nadie podrá decir nada malo sobre su reinado. Lizzie hará que se sienta

orgulloso de ella, es la más adecuada para el trono.

—Ya, pero tu discurso tiene un punto débil.

Ella se detiene y me observa con una mezcla de confusión, irritación y tristeza.

—Sven no quiere a la mujer adecuada para el trono; quiere a la mujer adecuada para él.

6

—Puede pasar, señor Ellis —dice mi clienta, la princesa Mary, al verme parado en la puerta de su despacho.

Entro en la majestuosa oficina y me fijo en lo distinto que es su lugar de trabajo del mío. En International Guy, las líneas son sencillas; la arquitectura, espaciosa y la decoración, monocromática. Este despacho rebosa filigrana dorada, decoración intrincada y libros polvorientos que abarrotan las librerías empotradas. El ambiente es oscuro, casi como el de una cueva. Si yo trabajara aquí, creo que me pasaría el día durmiendo la siesta en el diván. Sin embargo, viendo cómo la princesa revisa documentos en su escritorio, parece que ella no tiene ese problema.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Ellis?

En vez de sentarme, apoyo las manos en el respaldo de una de las sillas tapizadas. No tengo previsto quedarme mucho tiempo. La verdad es que esta mujer me pone nervioso, es como volver al despacho del director del colegio.

—Estoy buscando a la princesa Christina. Solía encontrármela por las mañanas... —Lo que hacía Christina era colarse en mi habitación, pero no creo que sea buena idea compartir esa información con su madre. Lo raro es que durante los últimos días no ha vuelto a hacerlo, y nunca la veo hasta la hora de la cena.

La princesa deja la carpeta que estaba estudiando, cruza las manos sobre el regazo y me mira con atención.

—Durante el día, mi hija se dedica al voluntariado y a su organización benéfica secreta. —Frunce ligeramente el ceño—. Pensaba que a estas alturas ya lo sabría. ¿No se ocupa de seguirla?

—Pues no. He estado hablando con el príncipe heredero, con el personal del palacio y con su hermana Elizabeth para formarme mi propia opinión sobre el asunto que me ha traído hasta aquí. ¿Dice que se dedica a las obras de caridad?

Ella asiente.

—Siempre lo ha hecho. Se dedica al voluntariado todos los días. Ayuda a mujeres con problemas, va al orfanato, al hospital... —Mueve una mano en el aire y luego coge otra carpeta y se la pone delante—. Pregúntele a Henrik. Él podrá darle más detalles, ya que es quien la lleva a esos sitios.

—Y ¿por qué eso no es del dominio público?

La princesa suspira.

—Supongo que porque a mi hija se le da muy bien guardar secretos. A mí me lo contó el

príncipe heredero hace un tiempo, si no, tampoco lo sabría.

—Y, sin embargo, se preocupa de que pueda manchar el nombre de los Kaarsberg saliendo de noche a divertirse un poco como cualquier chica normal de su edad.

La princesa se pone en pie bruscamente.

—Señor Ellis, mi hija no es una chica normal, es un miembro de la realeza. Cualquier cosa que haga es carnaza para los medios de comunicación. Sus actividades nocturnas son impropias y han llamado la atención de la prensa. Han salido publicadas imágenes espantosas. Pero, cuénteme, ¿qué ha hecho para solucionar el problema?

—¿Ha vuelto a salir de noche la princesa desde que estoy aquí? —replico con una sonrisa. —Ella entorna los ojos—. Exacto. Estas cosas llevan tiempo y sólo hace unos días que estoy aquí. Christina sabe que la vigilo y lleva días sin salir de noche, lo que diría que es una agradable novedad.

Frunce los labios y alza una ceja.

—Tiene razón. Espero que este nuevo comportamiento no sea temporal; asegúrese de que sea permanente.

Sacudo la cabeza para calmarme y no soltar lo que me apetece decirle. Con toda probabilidad me despediría, y quiero ayudar a Christina.

—Mire, a la princesa Christina le pasa algo que no acabo de entender. He hablado con Sven y con Elizabeth. Él no piensa casarse con nadie más; está locamente enamorado de Christina.

—Sí, soy consciente de sus afectos.

—Y, sin embargo, ha animado a Elizabeth a que ocupe el cargo de reina casándose con el hermano de su prometido.

La princesa Mary aprieta los dientes y se ruboriza.

—A Elizabeth se la ha educado desde niña para ser reina. Es lógico que quiera desempeñar esa función. Por desgracia Sven no entra en razón, a pesar de que hemos tratado de hacerle ver que es lo mejor para todos. Y precisamente por eso está usted aquí, señor Ellis.

Aprieto tanto el respaldo de la silla que los nudillos se me ponen blancos.

—Christina cree que su hermana sería mejor reina que ella.

—Porque es la verdad —replica Mary sin ningún tipo de remordimiento.

Inspiro hondo, tratando de calmar la rabia que siento.

—Si Christina se ha pasado la vida oyendo que su hermana va a ser reina y que ella sería una reina espantosa, cuando de pronto la vida la pone ante la situación de tener que ejercer como tal, es normal que lo rechace.

—Pues parece que ya tiene claro lo que debe hacer, señor Ellis. Le sugiero que se ponga manos a la obra. —Me despide como quien se sacude una mosca molesta.

—Gracias, princesa —replico con los dientes apretados, y me voy en busca de Henrik.

—De lunes a miércoles, la princesa Christina va al Rigshospitalet... —pronuncia el nombre

del hospital tan deprisa que no me quedo con él—, el hospital general —traduce para que lo entienda—. Los lunes suele estar en el pabellón de cáncer. Acompaña a pacientes ingresados o juega con los niños. Los martes acompaña a los pacientes del centro de diálisis. Lee, charla y bromea con ellos. Los miércoles va al pabellón de obstetricia y ayuda con lo que puede. Da la mano a las madres, ayuda a las enfermeras, acuna a los bebés o trata de consolar a los que han perdido a un hijo. Ver que un miembro de la realeza se preocupa por ellos los hace sentir mejor. A todos.

Inspiro hondo al tiempo que asimilo la información que Henrik me proporciona mientras me lleva al hospital.

—¿Y los jueves y viernes?

—Los jueves va a una residencia de ancianos.

Me río por la nariz.

—¿Y los viernes? ¿Qué hace santa Christina los viernes?

Él sonríe.

—Suele ir a visitar centros de acogida para personas sin hogar. Lleva comida que compra y ayuda con lo que puede.

Sonrío y saco el teléfono del bolsillo para llamar a Wendy al móvil. Sé que es muy temprano y que aún no estará en la oficina, pero necesito que haga algo inmediatamente.

—Señor Ellis, ¿a qué debe mi mujer esta llamada tan temprana? —El hombre que responde al teléfono es directo, claro y conciso. Me imagino que será el señor Mick.

—¿Puedo hablar con ella?

—En estos momentos está un poco liada —y pronuncia la última palabra con ironía—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

«Liada.»

Sé que en casa es muy temprano, sobre las seis de la mañana, y también conozco un poco sus gustos, así que me revuelvo en el asiento imaginándome lo mucho que me gustaría tener a Skyler liada en la cama, atada de pies y manos, a mi merced.

Dios, la de cosas que le haría a ese cuerpo que tiene, que es puro pecado.

Me sube la temperatura y rompo a sudar cuando la mente se me llena de imágenes de Skyler en todo tipo de posturas eróticas.

Me aclaro la garganta.

—Quiero que reserve un billete de avión para Bo cuanto antes. Necesito que venga a Copenhague y que traiga su equipo fotográfico. Y que no se olvide de los zooms.

—Pastelito, tienes que reservar un vuelo para el señor Montgomery... —Repite lo que le he dicho como si Wendy estuviera a su lado. Al parecer, mi suposición de que la tiene atada a la cama no iba tan desencaminada—. Considérelo hecho, señor Ellis. ¿Algo más?

—Ah, no. Sólo dele las gracias.

—Lo haré. Adiós.

—Adiós. —Cuelgo y hago una mueca.

Qué tipo tan extraño. Y tan formal, todo lo contrario que Wendy, que es como un pájaro, libre, alegre y colorido. Su pareja es opuesta a él. Parece que mi pequeña y descarada asistente pelirroja está floreciendo. Tengo ganas de verla en persona para reñirla en broma por no haber respondido al teléfono. Ésa fue una de las condiciones cuando la contraté, que respondiera al teléfono a cualquier hora, aunque no tenía intención de abusar de esa cláusula. De todos modos, no me ha dicho que no llame, sólo me ha hecho hablar mediante un intermediario. Qué curioso todo.

Henrik detiene el coche frente al hospital y dejo de pensar en mi secretaria y en su peculiar relación.

—¿Oncología?

—*Ja* —confirma él en danés—. Busque los carteles que digan *onkologi*. —Lo deletrea y lo pronuncia otra vez.

Cuando lo repito, suena parecido a «on-co-lou-ki». Él afirma con la cabeza, pero, para no meter la pata, lo repito varias veces mentalmente mientras entro en el hospital.

Veo el mostrador de información y doy gracias a Dios porque la mujer que me atiende habla un inglés perfecto. No sólo por eso, sino también porque es joven e impresionable y, tras unas cuantas sonrisas, me acompaña ella misma hasta el pabellón de oncología.

Mientras la sigo por los largos pasillos, le miro el culo. Lo tiene bien puesto y es muy alegre y burbujeante. Le doy un ocho sobre diez.

La chica se vuelve con brusquedad girando sobre sus zapatillas deportivas y su coleta gira tras ella. Se lleva la mano al pelo y se lo enrolla alrededor de los dedos.

—Eehh, esto es oncología y allí es donde los voluntarios se inscriben. —Señala un escritorio en el centro de la planta.

La agarro del codo, me inclino hacia ella y le susurro:

—*Tak.*

Ella se estremece.

—De nada —replica con una risita.

Le aprieto un poco el brazo y me dirijo al escritorio, pero ella me llama.

—¿Parker?

—¿Sí? —Me vuelvo hacia ella.

Tiene un pie detrás del otro y se balancea sobre los talones. Sigue enrollándose la coleta en los dedos, pero ahora más deprisa.

—Eeehhh..., si te apetece..., ah, ya sabes, que te enseñe la ciudad mientras estás aquí, me encantará hacerte de guía.

Me fijo en que es muy joven, mucho más que yo. Tendrá unos veinte años y yo ya me estoy acercando a los treinta. En el pasado, la edad nunca me había parecido importante, siempre que fueran mayores de edad, pero cuanto más me aproximo a los treinta, más me importa. Prefiero

estar con mujeres más adultas, más de mi edad, con un poco más de experiencia debajo del cinturón.

—Estoy aquí por trabajo, pero si necesito una guía turística —le guiño el ojo—, te aseguro que llamaré al mostrador de información del hospital.

Endereza la espalda y sonríe con más ganas. La chica tímida desaparece y regresa la versión anterior, la confiada y alegre.

—¡Vale! —Se aleja, rebotando muy animada.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta una voz sensual pero malhumorada a mi espalda.

Al volverme, me encuentro cara a cara con Christina.

—Hombre, princesa, creo que sería más acertado preguntar qué haces tú aquí. ¿Eres voluntaria? ¿Ayudas a personas que lo están pasando mal? —Me froto las manos—. Diría que esas cosas no pegan mucho con tu reputación de chica fiestera, ¿no crees?

Si las miradas matasen, ya estaría muerto.

—Sabía que ibas a ser un problema.

Me río.

—¿Un problema? Me han llamado muchas cosas en la vida, pero eso es la primera vez que me lo llaman. Creo que me gusta. —Sonrío.

—¡Aah, me agotas! —Se da la vuelta y se dirige al mostrador de los voluntarios.

Una bonita mujer de piel negra la saluda en danés y luego le suelta una retahíla de palabras que no entiendo antes de entregarle una libreta amarilla en la que veo anotados nombres y números de habitación.

—¿Qué es eso? —Señalo la libreta mientras la sigo.

—Pacientes que necesitan visita —responde tensa.

—Pero no eres doctora. —Le doy un codazo, animándola a admitir sus actividades.

Ella gruñe, se detiene frente a la primera habitación de la lista y me mira.

—Mira, Parker, estas personas no tienen por qué verse envueltas en nuestros líos. —Se señala y me señala a mí—. La mayoría están muy enfermos y no hay nadie que se ocupe de ellos. Por favor, no mezcles mi vida privada con mi trabajo. Estos pacientes me necesitan.

Tiene los ojos brillantes porque se está aguantando las lágrimas. La emoción que la embarga es tan fuerte que me alcanza con la fuerza de un puñetazo en el estómago.

—¿Te importa si me quedo como observador?

Ella inspira muy hondo antes de responder:

—Vale, pero no molestes.

—Te lo prometo. —Hago la señal de la cruz sobre el corazón y ella pone los ojos en blanco.

—Me voy a arrepentir de esto, lo sé —murmura mientras abre la puerta—. Hola, señor Jepsen. ¿Cómo va la liga? Estoy deseando saber si el Copenhague ganó al Vestsjælland.

Me sorprende que hable en inglés, pero el paciente responde en ese idioma.

—¿Quién es el joven que te acompaña? —El señor Jepsen me señala con la cabeza.

—¿Él? —Christina arruga la nariz, como si yo apestara—. Es un nuevo voluntario.

El hombre asiente y le da un ataque de tos. Tose tanto que parece que los pulmones se le vayan a salir por la garganta. Ella le da palmaditas en la espalda y se la acaricia arriba y abajo. Luego coge un pañuelo de la mesa y se lo tiende.

—Trate de respirar de forma superficial. Así, tranquilo. —Cuida del señor Jepsen y yo permanezco en un segundo plano, observando.

Christina se porta maravillosamente con el paciente, que le muestra su gratitud en forma de sonrisas, palabras y palmaditas.

Visitamos a un montón de pacientes y cada uno está más grave que el anterior. Cuando vamos a ver a una anciana que no tiene a nadie en el mundo y a la que, según los doctores, no le queda mucho tiempo de vida, Christina le da la mano, se sienta a su lado y le canta una canción. Es una melodía tranquila con letra en danés que me recuerda a *Noel*, el villancico estadounidense.

Siento que estoy de más en la habitación, así que salgo y me quedo junto a la puerta para darles intimidad.

Treinta minutos más tarde, veo entrar a un médico y una enfermera. Christina sale poco después, con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—¿Ya...? —Tengo un nudo en la garganta que no me deja acabar la pregunta.

Ella asiente.

—Sí, ya se ha ido.

—Christina, lo siento. ¿La conocías bien?

Ella niega con la cabeza.

—No, la visité varias veces, pero ya no podía hablar.

Asiento y la sigo en silencio por el pasillo. Bajamos en el ascensor y salimos a la calle. Henrik debe de habernos visto salir porque, un par de minutos después, el coche se detiene ante nosotros. Este hombre aparece y desaparece como por arte de magia.

Antes de que entremos en el coche, tomo la mano de Christina y le doy un apretón.

—Lo que acabas de hacer por esa mujer no hay mucha gente que lo haga. Acompañar a una persona que está a punto de morir es muy generoso. —Ella no dice nada, pero los ojos se le vuelven a inundar de lágrimas—. ¿Puedo hacer algo?

Ella apoya la mano en el coche y me mira.

—Sí, puedes emborracharme.

—¿Más carnaza para la prensa?

La princesa frunce los labios y levanta la barbilla.

—No. Por mí, por nosotros, por Beatrice.

—¿Se llamaba así?

—Sí. —Le cuesta mucho pronunciar esa simple palabra, y se me parte el corazón al verla tan afectada.

Sonrío para animarla y le abro la puerta.

—Muy bien. Vamos a brindar por Beatrice. —Entro tras ella—. Henrik, llévenos a un pub discreto, alejado de los sitios que la prensa suele frecuentar.

—Sí, señor.

Mientras nos dirigimos al City Pub, nadie rompe el silencio. Por suerte, el bar no está lejos del hospital. Yo también necesito un trago, o mejor dos. El dolor que brota de Christina es tan palpable que siento la necesidad de aplacarlo como sea.

Estamos sentados en un reservado, en la parte de atrás del pub, tal como he pedido. El local está prácticamente vacío; sólo hay un par de parroquianos en los taburetes de la larga barra. Es un bar pequeño, oscuro y perfecto para esconderse del mundo.

—No sé cómo puedes dedicarte a esto —digo en cuanto nos sentamos para romper el silencio.

Ella se encoge de hombros y se echa el pelo hacia atrás.

El barman nos toma el pedido y no tarda en volver con una pinta y un chupito de Jameson para cada uno.

Alzo el chupito y hacemos chocar los vasos.

—Por Beatrice, que descanse en paz.

—Por Beatrice —repite ella, y ambos nos lo bebemos de un trago.

Refuerzo el efecto del chupito con un trago de cerveza. Está helada y deliciosa.

—Princesa, ya que estamos aquí los dos solos, ¿por qué no me cuentas por qué haces lo que haces?

—¿Te refieres a lo de salir de noche?

Se me escapa la risa por la nariz.

—No, me refiero al voluntariado. Henrik me ha explicado que te dedicas a esto todos los días de la semana..., en secreto.

Ella da un trago a la cerveza con el ceño fruncido.

—A nadie le importa lo que haga con mi tiempo. Mi familia tiene mucho dinero, lo que significa que yo tengo mucho dinero en mi fondo de inversión. He acabado mis estudios universitarios y no quiero trabajar en ninguna empresa. Me gusta ser voluntaria.

—¿Por qué?

—Porque la gente a la que visito me necesita y nadie más lo hace. —Juguetea con el borde del vaso antes de apartar la mirada y dar otro trago. Levanta el vaso de chupito vacío en dirección al barman—. Será mejor que traiga unos cuantos más de éstos.

—Madre mía. —Me echo a reír.

—¿Qué pasa? ¿Estás preocupado por tu reputación..., o por la mía?

—La tuya ya está manchada, princesa. Además, tengo a Henrik montando guardia para que nos avise si se acercan paparazzi. Si ve a alguien sospechoso, nos lo comunicará y nos esperará en la puerta de atrás. Nada de escándalos por hoy, cielo. Lo siento —me disculpo, haciendo una mueca de falso arrepentimiento.

El barman nos deja dos chupitos más de whisky para cada uno.

Christina me dirige una amplia sonrisa.

—Muy bien, señor, pues en ese caso, beba.

—Ay, Dios, esto me va a traer problemas —murmuro, y me tomo de un trago el segundo chupito del día.

7

Madre del amor hermoso, ¡tengo la cabeza como un bombo! Gruño y doy vueltas en la cama, y el edredón me cubre mientras le acaricio el cuello cálido con la nariz.

—Mmm, Melocotones... —murmuro contra la suave piel en la que tengo enterrada la nariz. Le rodeo la cintura con el brazo y me pego a su espalda, permitiendo que el dolor de cabeza se disipe mientras empiezo a quedarme dormido otra vez.

Inhalo hondo, esperando encontrar el aroma a melocotones y a nata que siempre me tranquiliza y me envía al paraíso, pero en vez de eso me asalta un aroma floral. Justo antes de abrir los ojos para investigar a qué se debe ese cambio, el cuerpo cálido que tengo abrazado se da la vuelta y murmura:

—Buenos días, Sven. —Suspira y noto su cálido aliento en la mejilla.

Esa voz.

No es Skyler.

Y yo tampoco soy Sven, joder.

—¿Princesa? —pregunto con una voz tan ronca que parece el croar de una rana.

Al abrir los ojos, un rayo de luz se me clava en las retinas y el dolor de cabeza me aporrea las sienes mientras trato de averiguar qué demonios ha pasado.

Nos quedamos observándonos mutuamente. Estamos demasiado cerca. Muy despacio, como si tuviéramos miedo de hacer movimientos bruscos, nos apartamos el uno del otro.

—Oh, no —susurra.

—¿Qué demonios...? —Me siento y la cabeza parece que me va a estallar por el brusco movimiento.

El edredón se cae y siento un alivio enorme al comprobar que ambos llevamos la ropa de ayer. Ella lleva la blusa negra de manga larga y yo voy en camiseta.

Miro a mi alrededor y reconozco la habitación donde he estado durmiendo desde que llegué. ¿Qué hace ella aquí?

Algunos *flashes* de anoche me vienen a la mente, como si estuviera mirando por un View-Master, aquel juguete en el que se metían ruedas con imágenes y las hacías girar con el dedo para ver cada vez una imagen nueva.

Emborrachándonos con chupitos de Jameson.

Saliendo del bar muertos de risa.

Henrik llevándonos de vuelta al castillo mientras jugábamos a gritar cada vez que veíamos un BMW. ¡Y había muchos!

Henrik dejándonos en la puerta.

Los dos tratando de no hacer ruido mientras nos dirigíamos a mi habitación, chocando con las paredes y riendo como hienas.

Llegando a mi habitación y a mi cama.

A partir de ahí, fundido en negro.

—¿Qué estoy haciendo en tu cama? —Christina retira el edredón, que le cubre las piernas. Gracias a Dios, sigue llevando los *leggins*.

Yo la imito y respiro aliviado al ver que llevo los pantalones. Me paso una mano por la cara y niego con la cabeza.

—No estoy seguro. Después de que entráramos en la casa, lo tengo todo un poco borroso. La buena noticia es que vamos vestidos, y eso significa que no hicimos nada feo.

—¿Feo? —Se lleva las manos a las caderas—. ¡Qué más quisieras tú que acostarte conmigo! ¿Te crees que no me doy cuenta de tus miraditas?

Me echo a reír, pero me arrepiento enseguida porque la cabeza me vuelve a estallar.

—Eres una mujer preciosa con un cuerpo espectacular. Todos los hombres te miramos. Los que no te miran son gais, seguro.

Ella frunce los labios y se pasa la mano por la melena despeinada. Al menos no tiene los labios hinchados, lo que probablemente significa que no nos besamos anoche. Ahora mismo eso es lo último que desearía que hubiera pasado, teniendo en cuenta que espero acostarme con mi preciosa actriz en cuanto pueda irme de Dinamarca.

La princesa señala la cama.

—Creo que no hicimos nada aparte de dormir. Me gustas, pero no de esa manera.

Yo le devuelvo sus palabras.

—Ya te gustaría acostarte conmigo. Créeme, princesa, soy un rey en la cama.

Ella pone los ojos en blanco.

—Ya, ya. Me lo creeré, pero nunca lo comprobaré. El único hombre con el que he estado ha sido Sven, y no tengo ningunas ganas de estar con nadie más —dice como si nada, sin darse cuenta de lo que acaba de admitir.

Me dirijo a toda prisa a su lado y la señalo con el dedo.

—¡Lo sabía! Sigues loca por el príncipe heredero. Acabas de admitirlo.

Ella me mira con exasperación, pero yo niego con la cabeza.

—Ah, no, ni hablar; tú no te escapas. Quieres estar con Sven. Acabas de confesar que es el único hombre al que deseas, así que haz el favor de explicarme por qué lo evitas. ¿Por qué le haces daño?

Ella se cruza de brazos.

—No pretendo hacerle daño. Es sólo que... es mejor así.

—¿Mejor para quién?

La observo luchar con sus emociones. Los ojos se le llenan de lágrimas, pero no las deja caer.

—Mi hermana sería una reina perfecta; debería casarse con ella.

No puedo reprimir un gruñido largo, de agotamiento.

—Él no quiere a tu hermana, ya te lo demostré. Te quiere a ti; quiere tenerte a su lado. ¿Por qué negarse a una vida feliz en común?

Aprieta los dientes y frunce el ceño.

—Porque yo nunca seré la reina que necesita. Se avergonzaría de mí. No conozco las reglas y soy demasiado egoísta. No soy una princesa de cuento de hadas. —Se señala de los pies a la cabeza—. Necesita una compañera que esté a su lado, ayudándolo a dirigir el país. Una mujer ejemplar, de la que la familia y el reino puedan sentirse orgullosos. ¡Yo no valgo para eso y nunca valdré! —La voz se le altera y, como un huracán que al fin alcanza la costa, empieza a llorar.

La abrazo, porque lo que más necesita ahora es apoyo.

—Princesa, Sven no quiere a la reina perfecta, lo que quiere es ser feliz. Está enamorado y aspira a casarse con la mujer con la que desea pasar el resto de su vida. Todo lo demás ya se arreglará. A ser una buena reina se aprende, aunque, sinceramente, creo que te valoras muy poco.

Se aferra a mi camiseta y solloza, con la cara enterrada en mi pecho. Permanezco quieto, abrazándola, y dejo que se desahogue.

—¿Por qué no confías en el criterio de Sven? Él sabe lo que necesita y te ha elegido a ti. Ahora te toca a ti elegirlo a él. Sé la dueña de tu destino. Sé la mujer que le da una bofetada al miedo y que salta al encuentro de la vida con los brazos abiertos. Él está abajo para recibirte, te lo aseguro. —Le doy un beso en la coronilla.

—Tengo tanto miedo de meter la pata... ¿Y si lo hago mal?

Le acaricio el pelo.

—Cariño, ¿y si lo haces bien?

Ella sacude la cabeza.

—Ésta no es la vida que me estaba destinada. Se suponía que Sven y yo estaríamos juntos y seríamos felices como príncipes, pero el plan siempre fue que Enok y Elizabeth fueran los reyes; nunca hemos querido reinar.

Le apoyo la mano en la mejilla.

—A veces la vida es una mierda. Nadie se libra de sus golpes, pero hemos de aprender a adaptarnos, a crecer, a cambiar.

—¿A ser los dueños de nuestro futuro? —Me devuelve el lema que le he repetido ya un par de veces, haciéndome sonreír.

—Exacto. La vida no es fácil. Supongo que, si todo fuera siempre fácil, no seríamos capaces de valorar las cosas buenas.

Sorbe por la nariz mientras otra lágrima le cae por la mejilla. Se la seco con el pulgar.

—No sé qué hacer —admite, y se le rompe la voz.

—¿Qué te dice el corazón? —Sé que, si logra salir de la espiral de confusión en la que está

metida, se dará cuenta de que es capaz de hacer lo que se proponga e irá en busca de su hombre.

Hace una mueca de dolor y sé que la razón no tiene cabida, porque sus emociones lo inundan todo.

—Me dice que me aparte de Sven para que pueda ser un gran rey, un rey del que la familia pueda sentirse orgullosa.

—Christina...

Ella se cubre la boca con el antebrazo, tratando de contener los sollozos.

—No, no puedo hacerlo. Es egoísta por mi parte querer estar con él. —Llorando, se aleja de mí y se dirige a la puerta.

—¡Christina, espera! ¡Tenemos que hablar más! —grito mientras abre la puerta.

Entonces, se detiene en seco, pero no por mis palabras.

—Vaya, hola, preciosa. —Bo sonríe, apoya una mano en el quicio y se inclina hacia un lado.

Christina lo mira, pero enseguida le da un empujón y sigue su camino.

Suspirando, me siento en la cama revuelta.

—¡Joder! —Me tiro del pelo, lo que hace que el dolor de cabeza se dispare aún más. Mierda, necesito tomarme algo.

Bo entra en la habitación con sus característicos andares. Sus botas de motorista hacen un ruido del demonio contra los viejos suelos de madera.

—Parece que he interrumpido una incómoda conversación de «la mañana después». —Hace una mueca y sorbe el aire entre los dientes.

Suelto un gruñido.

—No has interrumpido nada; no nos hemos acostado.

Él alza mucho las cejas.

—¿Ah, no? Y ¿por qué no? Está buenísima. Yo me habría hecho a esa chiquita sin pensarlo.

A veces, la visita de uno de tus mejores amigos puede ser de lo más molesta, y ésta es una de esas veces.

—Bo, Christina no es una chiquita; es la dichosa princesa que he venido a domar.

Él se tira de la perilla.

—Pues si no te has acostado con ella quiere decir que sigue sin domesticar. —Sonríe con descaro—. No lo entiendo.

—Siéntate. Tómate un café mientras te pongo al día. ¿No tendrás un ibuprofeno, por cierto?

Bo se ríe y deja la bolsa de viaje que llevaba al hombro sobre el sofá. Saca un bote y me lo lanza volando.

—Gracias —le digo cuando aterriza en mi mano.

—Siempre llevo un bote encima. —Se dirige al carrito del café, me sirve una taza sin leche ni azúcar y me la pasa, sin platito. Sonriendo, la acepto y me tomo el analgésico con el café.

Él también se sirve una taza, vuelve al sofá y extrae de la bolsa un par de botellines de whisky. Se echa uno en su taza, se acerca y vacía el otro en la mía.

—Hazme caso, nada como un poco de alcohol para curar la resaca. Eso y tres pastillas, y estarás como nuevo.

Asiento y doy otro sorbo, notando cómo el whisky me calienta las entrañas.

—Y ahora cuéntame qué está pasando en el castillo Kaarsberg. Wendy no sabía nada, sólo me dio el billete de avión y la orden de traer el equipo fotográfico.

Miro a ese hombre, uno de mis mejores amigos, y espero que pueda ayudarme a solucionar este caso.

—Te cuento. Esto es lo que ocurre y por lo que te he pedido que vinieras...

Dos días más tarde, tengo el plan de acción perfectamente trazado, pero no he vuelto a coincidir con la princesa.

—¿Has hablado con los paparazzi para los dos primeros reportajes?

Él asiente.

—Pan comido. Les prometí parte de los beneficios a cambio de que pasen las imágenes a la prensa cuando les demos la orden. Ellos no tienen que hacer nada y se llevan pasta por las fotos inéditas de la princesa fiestera haciendo sus obras de caridad secretas. Las primeras deben de estar a punto de salir. Y esta noche saldrán las segundas.

Sonrío mientras entramos en la residencia de ancianos. Me he asegurado de que los lugares implicados se mencionen en el artículo. Si la gente se entera de que un miembro de la familia real dedica su tiempo y su dinero a estas entidades, es probable que también se animen a colaborar.

Bo esconde la cámara en la bolsa y empieza a charlar con uno de los ancianos. No creo que Christina lo reconozca, ya que el día que lo vio estaba muy alterada. Además, lo último que se imaginará es que va a sacarle fotos cuando no mire.

Espero que no se enfade mucho cuando se entere, pero he tenido que tomar medidas drásticas. La princesa afirma ser egoísta, pero es una de las mujeres más generosas que conozco, y por eso he decidido hacer lo que es mejor para ella. Christina no se siente digna de ocupar el trono junto a Sven a pesar de su amor. Está dispuesta a renunciar a él para que Sven pueda ser un rey perfecto, pero eso a él le da igual. Cada día me llama para saber si he conseguido ya convencerla de que se case con él.

Me parece muy triste que dos personas que se quieren tanto renuncien a su felicidad para proteger al otro. Sven está dispuesto a pasar solo el resto de su vida si no puede casarse con Christina. Y ella no acepta ser su reina porque cree que será mejor rey sin ella.

Sonrío al pensar en mi plan perfecto.

El teléfono me avisa de que tengo un mensaje. Es una alerta: se ha publicado un artículo en el que aparece el nombre de la princesa Christina Kaarsberg.

Leo el titular: SANTA PRINCESA CHRISTINA, SU VIDA SECRETA DEDICADA A LA CARIDAD.

Esto no me lo pierdo.

Bogart y yo acabamos de cruzar la puerta de la sala de visitas de Kaarsberg Slot cuando Christina me ataca, golpeándome el pecho con tres periódicos.

—¡¿Qué has hecho?! —grita.

Su madre trata de disimular una sonrisa a su espalda.

La madre de la princesa, ¿contenta? Qué raro.

—¡Eras el único que lo sabía! Llevo años visitando estos sitios en secreto. ¡Años! —sigue gritando.

Bo se dirige a la princesa madre, toma su mano y la besa.

—Al fin nos conocemos, princesa Mary. No tenía ni idea de que fuera tan deslumbrante en persona —murmura con admiración.

Aprieto los dientes, pero dejo que intente conquistarla.

Ella endereza la espalda todavía más, aunque habría jurado que eso era imposible. La princesa Mary parece ir siempre con un palo metido en el culo y su postura es impecable.

—¿Cómo está usted, señor Montgomery? —Su tono es menos seco que cuando se dirige a mí.

Sacudo la cabeza.

Dichoso Bo, logra que se le caigan las bragas a cualquiera.

—¿Por qué me has hecho esto? —Christina está alteradísima, recorriendo la habitación de un lado a otro, con la melena flotando en el aire detrás de ella. Tiene las mejillas sonrosadas. Estar enfadada la favorece.

Levanto los periódicos y ojeo los titulares:

SANTA PRINCESA CHRISTINA, SU VIDA SECRETA DEDICADA A LA CARIDAD.

LA PRINCESA CHRISTINA NO ERA TAN *TRAVIESA* DESPUÉS DE TODO.

REALMENTE GENEROSA.

—Me gusta este último, es muy adecuado.

Ella gruñe y alza las manos al cielo.

—Lo has estropeado todo.

Doblo los periódicos, me los coloco bajo el brazo y junto las manos.

—Lo que quieres decir es que te he devuelto la buena reputación. De nada.

Me dirige una mirada tan furiosa que el azul de sus iris se vuelve gris como el hielo.

—Señor Ellis, señor Montgomery, han hecho un gran trabajo. —La princesa Mary se dirige al sofá y se sienta con elegancia; su tono es altivo y pomposo, como siempre—. Mi esposo y yo estamos muy contentos, y el príncipe heredero también.

Christina ahoga una exclamación.

—¿Sven? —Encorva la espalda.

—Sí. Está encantado de que esta faceta de tu vida haya salido a la luz pública. Hemos

recibido muchísimas solicitudes de entrevistas de los medios locales. Te reunirás con ellos la semana que viene. —Lo dice como si le estuviera mandando que fregara los platos después de cenar. Esa mujer la trata como si fuera una niña, aunque ya tiene veinticinco años.

Christina se detiene y fulmina a su madre con la mirada.

—No pienso hacerlo.

Su madre se levanta bruscamente y su enfado es palpable en el aire de la habitación.

—Aprovecharás esta oportunidad que te han dado para respetarte a ti misma, el nombre de la familia y tu futuro cargo. Haz que el pueblo se olvide de tu deshonroso comportamiento de los últimos meses; preséntales una nueva princesa que puedan adorar.

Christina cierra los ojos y niega con la cabeza.

—No lo haré, madre. No puedes obligarme.

—No, no puedo. Pero cuando veas la felicidad en los ojos de tu padre, el orgullo que está sintiendo..., serás tú la que le diga que esa mujer que la prensa presenta como una joven amable y caritativa no eres tú. Piensa que no para de hablar de su hija y de lo orgulloso que se muestra de ella con todos los que se encuentra.

Me acerco a Christina y la abrazo. Ella se resiste al principio, pero no la dejo escapar.

—Me gustaría decirte que lo siento, pero no es verdad. Mereces recibir toda esta atención; tienes que darte cuenta de que aportas mucho a tu país.

—No. —Trata de librarse de mí, pero no se lo permito.

—Escúchame. Métete esto en tu dura mollera, princesa: eres una mujer muy valiosa.

—Estoy de acuerdo —corrobora una voz profunda desde la puerta.

Christina se vuelve hacia la voz y su cuerpo se bloquea al ver al príncipe heredero.

El pelo rubio le cae en ondas suaves que le rozan los hombros; lleva la corbata suelta, colgando del cuello, y el traje está arrugado, como si no se lo hubiera quitado para dormir. Pero lo más preocupante no es eso; lo que más me llama la atención son sus ojos, cargados de emociones a punto de rebosar. Ese hombre va a desmoronarse ante nosotros.

—Sven, ¿qué pasa? —Christina corre hacia él y le toma la cara entre las manos.

Él traga saliva y baja la cabeza. Parece un hombre muy solo, sin amigos en el mundo. Christina se agacha para mirarlo a los ojos.

—Dime qué te pasa. ¡Me estás asustando!

Sven la abraza y hunde la cara en su cuello. Es la viva imagen de un hombre que acaba de perderlo todo.

—Te necesito, te necesito tanto... —dice con la voz rota y desgarrada.

—¿Por qué?... Sven, cariño, ¿por qué?

Cariño.

Esa palabra me hace echar de menos a la única mujer que me ha llamado así. Aprieto los puños con fuerza y respiro hondo.

—Mi padre... —responde con dificultad.

—Tu padre... —repite Christina, acariciándole el pelo y las mejillas.

Él la mira como si fuera su tabla de salvación. La abraza con fuerza, como si ella fuera todo su mundo y la necesitara para poder seguir en pie. Es un hombre destrozado y profundamente enamorado.

—El rey ha muerto.

8

El enorme Sven, que parece un vikingo, se desploma ante mis ojos. Y cuando hablo de desplomarse me refiero a que se deja caer de rodillas y se aferra a Christina como si fuera su tabla de salvación.

Ella grita y trata de impedir que se caiga, pero no lo logra. El príncipe está ahogándose de dolor, y Christina es la única que puede mantenerlo a flote.

Cuando él hunde la cara en su vientre, ella le abraza la cabeza.

—No puedo hacerlo solo, *min elskede*. —Se aferra a ella con más fuerza—. Te lo suplico, Christy, no me obligues a estar solo. Te necesito, por favor... —Sus palabras suenan torturadas, desesperadas.

El corazón me late con fuerza en el pecho al ver a ese hombre así. Sé que si mi padre hubiera muerto, yo estaría tan destrozado como él.

Las lágrimas de Christina caen con tanta rapidez que van a parar a la cara de Sven. El príncipe la mira con los ojos llenos de dolor, es un hombre enamorado que suplica a su amada.

Me doy cuenta de que dentro de Christina se está llevando a cabo una lucha muy dura, ya que no puede apartar la atención del hombre al que ama por encima de todo. Normalmente huye de sus sentimientos, pero ahora no puede hacerlo. Tiene que tomar una decisión. Cuando hablo, con la voz ronca, me oyen todos pero me dirijo a ella.

—Te lo está rogando, Christina. Elígelo a él, igual que él te ha elegido a ti.

Veo cómo tiembla de arriba abajo.

—No soy lo bastante buena... —se resiste ella, con la voz rota, mientras le acaricia el pelo alborotado.

Él le busca las manos, se las lleva a la boca y le besa los dedos.

—Tú eres todo lo bueno de este mundo. Eres lo que necesito y, ahora mismo, te necesito mucho. Te necesito a mi lado.

Ella cierra los ojos y en la sala se hace un silencio sepulcral. Nadie se atreve ni a respirar.

—Estaré a tu lado —replica entre lágrimas y sollozos.

Sonrío. Ha tomado la decisión correcta.

Sven apoya la mejilla en su vientre; los hombros le tiemblan por la gran cantidad de emociones que se acumulan sobre ellos. Christina no lo suelta y lo ayuda a superar el momento, aunque ella tampoco puede parar de llorar.

—¿Para siempre? —Sven alza la cara y le suplica con la mirada, esperando a que ella dé el salto definitivo.

La princesa asiente.

—Para siempre.

—¿Me darás la mano? —Él la toma y entrelaza los dedos de ambos—. ¿Serás mi esposa? —Le pone la otra mano en la mejilla—. ¿La madre de mis futuros hijos? —Se levanta y apoya la frente en la suya, para reforzar su conexión—. Mi reina. —Los labios de Sven se acercan a los de Christina mientras la mira fijamente a los ojos.

—Sí, Sven. —Le tiembla la voz—. Te daré la mano. —Alza su otra mano y la coloca sobre la de él, que sigue en su mejilla—. Seré tu esposa. —Lleva la otra mano hasta la mejilla de Sven—. Y tendré todos los hijos con los que Dios quiera bendecirnos.

Christina cierra los ojos y contemplo, maravillado, cómo su rostro parece iluminarse desde dentro. Endereza la espalda y, de pronto, parece más alta, más fuerte.

—Seré tu reina. —Su voz es mucho más firme, ha recuperado la convicción.

Él une sus labios en un beso que no es delicado, pero que es el que la pareja enamorada necesita.

—Creo que deberíamos..., eeehhh..., ¿salir? —Miro a la princesa Mary, que está mostrando una amplia sonrisa por primera vez desde que llegué. Bo, por supuesto, la está abrazando por los hombros y sonríe entusiasmado.

Sven se separa de la princesa para respirar. La abraza por la cintura y se vuelve hacia nosotros.

—Nos casaremos dentro de dos semanas. Este domingo será el entierro del rey y el siguiente me casaré con la reina. Mi padre lo habría querido así.

—¡Dios mío, majestad! Dos semanas es muy poco para todo lo que hay que preparar —protesta la princesa Mary.

La sonrisa de Sven es tan amplia que temo que sus mejillas se rompan. Él sortea sus objeciones con un doble golpe verbal combinado.

—Se hará. Mi madre se pondrá en contacto contigo mañana.

—Podemos enviar refuerzos si hace falta —propongo.

Sven asiente, suelta a Christina y recorre la docena de pasos que lo separan de mí.

—Se lo debo todo, señor Ellis. No olvidaré lo que ha hecho para ayudarme a conseguir la felicidad. El rey de Dinamarca... —frunce el ceño—, ¿cómo lo dicen en su país? ¿Le debe una?

Sonrío y le estrecho la mano, más grande que la mía.

—Sí, lo ha dicho bien, pero no he hecho nada especial. Todo lo necesario estaba ya ahí, lo único que la princesa necesitaba era creer en su valía y en su amor. Estoy seguro de que usted la ayudará a superar el miedo a fallarle a su país en su nuevo papel de reina.

—No tendrá que hacerlo; yo lo haré. —La princesa Elizabeth entra en la sala—. No pretendía escuchar a escondidas, pero lo he oído todo. Lo siento, majestad. Después de lo que le pasó a Enok, ésta es una pérdida terrible para todos.

Sven me da una palmada en el hombro y se vuelve hacia Elizabeth. Abre los brazos y ella lo

estrecha con fuerza, cerrando los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, veo que están llenos de lágrimas. Se aclara la garganta, suelta al príncipe heredero y abraza a su hermana.

—Christina..., siento mucho que no te sintieras digna de la corona. Y lo que más siento es que en parte fue culpa mía. Desde que Enok murió, el dolor me ha cegado, y yo... —Se echa hacia atrás—. No, eso es una excusa. La verdad es que yo... me he portado mal contigo. Siempre hemos sido amigas más que hermanas. Habíamos planeado vivir siempre juntas, casadas con dos hermanos... —Ríe sin ganas y luego aprieta los dientes.

»Cuando perdí a Enok, algo me pasó. Fue como si la mejor versión de mí muriera en aquel accidente. Nunca debería... —susurra mientras las lágrimas empiezan a caerle por las mejillas—, nunca debería haber pensado en casarme con Sven. Él es tu alma gemela, tu final feliz. Y quiero que lo disfrutes. Lo siento, lo siento mucho. Para mí será un honor ayudarte para que llegues a ser una reina fuerte, respetuosa y majestuosa. —Toma las manos de su hermana y las alza a la altura del pecho, mirándola a los ojos—. Porque creo en ti, Christina. Siempre he creído y siempre creeré.

Christina abraza a su hermana y ambas permanecen así un rato, mientras las lágrimas siguen rodando por sus mejillas.

Bo da una palmada y suspira.

—Me encantan los finales felices. —Sonríe—. ¿Dónde está el champán, princesa? ¡Que empiece la fiesta! —Anima a la princesa Mary con un ligero codazo; ella coge una campanita y la hace sonar.

—¿Sí, alteza? —Henrik entra en la sala.

—Por favor, traiga el mejor champán de la bodega. Mi hija ha aceptado casarse con el rey de Dinamarca.

Esa noche llamo a Skyler tumbado en la cama.

—Parker... —Su voz, dulce y sensual, es como una descarga de excitación que me recorre las venas y me eleva la temperatura en cuestión de segundos.

—Melocotones. —Murmuro su nombre, imaginándome que su aroma me llena la nariz.

—¿Cómo estás? —me pregunta bostezando.

Miro el reloj. Aquí son las tres de la madrugada, pero en la costa Este no es tan tarde.

El champán corrió en abundancia y Sven y Christina acabaron borrachos como cubas. Ahora están durmiendo la mona en la habitación de ella..., aunque tal vez *durmiendo* no sea la palabra adecuada. *Follando como conejos* se le parecería más. Hemos pasado el resto del día con ellos, hablando sobre el rey y sobre Enok. Nos han contado un montón de anécdotas y Bo ha dedicado su atención y su admiración a la princesa Elizabeth. La verdad es que me he reído mucho con las movidas en las que la familia real se ha visto envuelta a lo largo de la historia.

—¿Qué hora es ahí?

—Las nueve, pero ha sido un día muy largo. No he parado de ensayar con Rick.

«Rick...» Hago una mueca de disgusto.

—Parker, te oigo refunfuñar desde aquí. —Se ríe flojito.

No se equivoca. Es oír su nombre y se me ponen los pelos de punta, pero Skyler y yo no estamos atados oficialmente, así que me guardo mis celos y me centro en el momento presente.

—Es que me gustaría ser yo quien pasara el día contigo.

—Mmm, ¿has acabado ya el trabajo? —pregunta esperanzada.

Me jode mucho estropear el momento.

—Me temo que no. Voy a tener que quedarme dos semanas más.

Suspira hondo.

—Pero, cariño, yo empiezo a grabar el miércoles que viene; no vamos a poder vernos antes.

—Lo sé.

—¡Qué mierda! —protesta con tanta rabia que me hace sonreír.

—Lo es, pero tengo una idea, si te lo pudieras combinar. —Esta vez soy yo quien suena esperanzado.

—¿Sí? —Parece animada otra vez.

—Pues, por lo visto, vamos a tener que encargarnos de que la nueva reina reciba un cursillo acelerado antes de ocupar su lugar en el trono junto al nuevo rey de Dinamarca.

—¡Oh, no! Eso significa que el rey ha muerto... Qué pena.

Ay, qué dulce es mi chica. Demasiado. Y lista como ella sola. ¡Ay, Dios! Tengo la cabeza embotada por el alcohol y la falta de sueño.

—Sí, es una pena, pero el lado bueno es que el príncipe heredero se casará con su reina dentro de dos domingos.

Ella ahoga un grito y me la imagino sentada en la cama, con las piernas cruzadas y el teléfono pegado a la oreja. Con el pelo hecho un nido de rizos dorados, ni rastro de maquillaje en la cara y vestida sólo con unas braguitas y un top de tirantes, que es lo que siempre se pone para dormir. A menos que duerma conmigo. Si estuviera conmigo le quitaría toda la ropa y me daría un festín con su piel desnuda y sus rincones más escondidos, dulces y calientes.

Me endurezco al pensarlo, pero no del todo. Estoy demasiado cansado hasta para meneármela a estas horas.

—Parece que vais a estar ocupados. El entierro del rey, la subida al trono del nuevo monarca y una boda real... —Suelta el aire en un silbido.

—Sí, vamos a ir de culo.

—Y ¿qué habías pensado para nosotros? —me pregunta tan esperanzada que me acomodo en la cama y sonrío.

—Pues me estaba preguntando, señorita Paige, si te gustaría acompañarme a la boda real del rey Sven Frederik de Dinamarca y su novia la princesa Christina Kaarsberg dentro de dos domingos. He pensado que podrías venir el sábado y ser mi pareja para la boda.

—¡¿Me tomas el pelo?! —grita con tanta fuerza que tengo que apartarme el teléfono de la

oreja—. ¡Oh, Dios mío! ¡Increíble! Una boda real con princesas, reyes y reinas... ¡Dios! —grita, y oigo el crujido que hace la cama al moverse. Es un crujido que conozco bien, porque lo oigo cada vez que follo con ella y la clavo con fuerza sobre el colchón.

—¿Qué haces? —Me río, contento de haberla hecho tan feliz con mi propuesta.

—¡Doy saltos en la cama, por supuesto! —Los gritos y los crujidos no paran.

Espero un minuto hasta que se calma un poco y vuelve a hablar conmigo, jadeando.

—Vale, a ver, para que no haya malentendidos. Quieres que sea tu acompañante a una boda real que se celebrará dentro de dos semanas.

—Sí, pero si estás ocupada...

—¡No, joder! ¡Allí estaré, niño bonito! Sólo tengo que conseguir el permiso del director y de la productora, pero no creo que pongan problemas. Asistir a una boda real es propaganda de la buena, sobre todo si me comprometo a responder a algunas preguntas... —Parece que está pensando en voz alta.

Me echo a reír, pero quiero que vuelva al presente.

—*¿Niño bonito?* Eso es nuevo.

—Bueno, eres bonito y me gustas. Además, eres un chico.

—Y ¿qué ha pasado con lo de «cariño»? Me gustaba más «cariño» —le digo, bajando el tono de voz para demostrarle lo mucho que me gustaba.

Ella hace ese ruidito con la boca cerrada que hace que mi polla agotada se levante a media asta. Me la agarro y la aprieto un poco, compadeciéndome de ella.

—Le diré a Wendy que se ocupe del billete.

—Puedo comprarlo yo.

—Lo sé, pero te he invitado a la boda y, cuando te invito a una cita, pago yo y punto.

—Qué caballeroso. —Me toma el pelo—. Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo tengo ganas de que llegue el sábado, porque me voy a pasar la noche follándote. No cuentes con dormir ese fin de semana, ya dormirás en el viaje de vuelta.

Ella se ríe con ganas. Dios, cómo añoro su risa, tan libre y llena de vida.

—Tomo nota. Espero la llamada de tu secretaria.

—Vale. Te pedirá información sobre tus guardaespaldas. Ellos también vendrán, habrá mucha prensa para la boda.

Ella suspira hondo.

—Vale, tiene sentido. Estoy seguro de que a Rachel le encantará asistir a una boda real.

—Prefiero que le encante cerciorarse de que nadie, aparte de mí, te pone sus sucias manos encima.

—¡Qué dramático!

—Eh, quiero asegurarme de que podré seguir follándote.

—¿Es que no puedes pensar en nada más? ¿Sólo me quieres para follar? —Sé que trata de sonar indignada, pero la conozco bien. Esta mujer está tan interesada en que me la folle duro

como yo en hacerlo.

—¡Sí! Y no finjas que tú no estás deseando quedarte a solas conmigo en la cama. No sé tú, Melocotones, pero la bestia está harta de mi mano derecha.

—Pues menos mal que Grandullón no va a tener que esperar demasiado. —Baja el tono hasta convertirse en ese susurro sexy que me vuelve loco.

—¡Lo sabía!

—¡Oh, cállate!

—Me deseas.

—¡He dicho que te calles! —repite sin poder aguantarse la risa.

—Quieres desnudarme —insisto con mi tono más sexy.

—¡No!

—Y quieres que yo te desnude.

—¡Ni hablar!

—Quieres que lo hagamos contra la puerta, en la cama, en la ducha, en el suelo, contra cualquier superficie que nos pille a mano. Y, créeme, Sky, te lo haré en todos esos sitios. Es una promesa.

—Eeehhh..., vale. ¡Sí, por favor!

Me río con ganas, pero la risa se transforma en un bostezo.

—Nena, tengo que dormir un poco. Y tú tienes que hacer planes para poder estar en Dinamarca dentro de dos semanas.

—Me muero de ganas —admite soñadora.

—Oye... —Me preparo lo que quiero decirle durante unos segundos.

—¿Sí?

—Aparte de follar..., te echo de menos, Sky. Echo de menos tu risa, tu sonrisa, comer contigo. Joder, y cómo añoro dormir en tu cama. Siento como si llevara semanas sin dormir. —Gruño para demostrarle lo frustrado que estoy. Esta mujer me ha hecho algo, me ha cambiado, aunque no quiero pensar demasiado en esos cambios.

—Yo también. ¿Por qué será? Llevaba toda la vida durmiendo sola tan a gusto, pero llegas tú, pasamos tres semanas juntos y ¡ya no puedo hacerlo! —confiesa riendo.

Suelto un murmullo de asentimiento que se convierte en otro bostezo.

—Pues ya somos dos. Hasta pronto.

—Vale, cariño. —«Oh, ahí está mi *cariño*»—. Sueña conmigo —añade, y cuelga, dejándome convencido de que, cuando cierre los ojos, lo único que voy a ver es a ella.

9

—No, no, no. Los hombros atrás, endereza la espalda. —Elizabeth le pasa la mano por la columna para mostrarle cómo debe hacerlo.

Christina suelta un gruñido de protesta.

—Estoy cansada. Ya sé cómo tengo que ponerme, Lizzie. Y también sé qué tenedor usar con cada plato. He vivido en este palacio toda la vida y me han educado igual que a ti...

Elizabeth entorna los ojos.

—Pero tú pasabas más rato escapándote para achucharte con Sven que estudiando o preparándote. —Cruza los brazos sobre el pecho—. ¿Quieres que te ayude o no?

Christina pone los ojos en blanco, pero acaba asintiendo.

Elizabeth abre un archivador lleno de reglas, consejos y una abrumadora cantidad de protocolo para casi cualquier situación que pueda producirse en el entorno de la familia real.

—Te voy a hacer un examen. —Aplaude entusiasmada. No puede disimular lo mucho que está disfrutando con estas clases particulares de reina.

—Necesito un descanso, Lizzie. Me estás matando de aburrimiento, querida hermana.

De los ojos de Elizabeth parecen salir rayos láser.

—Esto no es aburrido; es necesario. Te lo aprenderás todo y harás que la familia se sienta orgullosa de ti.

—Y ¿no crees que sea capaz de hacerlo sola, simplemente siendo yo misma? —salta Christina.

—Yo no he dicho eso —protesta Elizabeth llevándose la mano al pecho.

—Tal vez no con esas palabras. —Christina se da la vuelta y está a punto de salir de la habitación cuando Bo la detiene.

—Ven aquí, preciosidad. —Toma la mano de Christina y se la pone en el hueco de su brazo —. Sentémonos un rato a tomar café y charlar, ¿te apetece?

—¿Para qué? Nunca se me va a dar bien esto —responde desolada.

Bo mira por encima del hombro.

—Princesa, ¿podría darnos un descanso de media hora? Parker y yo tenemos que hablar con Christina.

Elizabeth suelta el aire exasperada.

—De acuerdo, pero sólo media hora, ni un segundo más. —La princesa sale de la habitación como si llevara un palo real metido por su culito prieto.

—Qué fría es. —Bo finge estremecerse.

Christina se ríe, pero luego salta a defender a su hermana.

—No, lo que pasa es que para ella esto es muy importante, igual que para mi familia. ¿Lo ves?, por eso decía que yo no valía para ser reina.

Alargo la mano y le doy unas palmaditas en la suya.

—Eh, eh, lo estás haciendo de maravilla. Además, no estamos en el siglo XIX. Han cambiado muchas cosas en las monarquías, y más que cambiarán según quién se siente en el trono. Sven y tú vais a hacer grandes cosas juntos, sois un equipo. No estás sola; él estará a tu lado en todo momento.

Christina frunce los labios.

—Es verdad. —Pero aún no ha acabado de decir la palabra cuando ya está negando otra vez con la cabeza—. Pero ¿y si no les gusto? ¿Y si piensan que soy mala reina?

—¿Cómo no les vas a gustar, preciosidad? —la interrumpe Bo—. Eres hermosa, educada, caritativa, amable y, lo más importante de todo, amas al rey de todo corazón.

A Christina se le empañan los ojos.

—No estoy segura de que sea suficiente.

Esta vez soy yo quien le toma la mano y se la cubre con las mías.

—Christina, llevas años sirviendo a tu pueblo. Has hecho de voluntaria en un montón de sitios. No te has limitado a dar dinero, sino que además has arrimado el hombro y has estado a su lado. Y todo el mundo lo sabe, la prensa se ha ocupado de sacarlo a la luz. La gente está encantada contigo. Lo que están haciendo es votar en las encuestas de la prensa para decidir qué clase de vestido debes llevar; nadie se plantea si serás buena o mala reina.

Ella se echa a reír.

Bo la mira fijamente.

—El Óscar de la Renta. Y punto. No hay más que hablar.

Gruño.

—Bo, en serio, te estás apartando del tema.

—No, tío, no. El vestido es primordial. Y tiene que llevar el Óscar de la Renta. Es perfecto para ella. Ese hombre era un genio creando vestidos para mujeres con cuerpos tipo reloj de arena.

Christina se tapa la boca con la mano porque se ha olvidado ya de las lágrimas y se está riendo con ganas.

—Bo tiene razón. De los vestidos que he recibido, me quedo con el Óscar.

Bogart ladea la cabeza en mi dirección y me mira sobrado.

—Dejando el vestido a un lado, quiero que me digas qué fallos te encuentras.

Ella se muerde el labio antes de responder.

—Durante los últimos meses, he salido de fiesta.

La interrumpo:

—Eso es el pasado. Ya lo hemos hablado con la prensa. Locuras de juventud, bla, bla. ¿Qué más?

—No sé tantas cosas como Lizzie.

—Por eso mismo te las está enseñando. ¿Siguiente problema? Créeme, puedo pasarme el día respondiéndote. Ponme a prueba. —Finjo bostezar como si el tema me aburriera.

—¿Y si lo hacemos al revés? —Bo se sienta a su lado—. ¿Y si nos cuentas las razones por las que crees que puedes ser una buena reina?

Ella se muerde el labio inferior y le da golpecitos con un dedo.

—Soy de la realeza.

—Aparte de eso. —La animo a seguir.

—Bueno, voy a intentar ser la persona que Sven necesita, que mi pueblo necesita —responde, y su tono es tan sincero que se nota que las palabras le salen del corazón.

Asiento.

—No se le puede pedir más a una reina acabada de salir del horno. Continúa.

Christina se pasa la lengua por los labios.

—Me preocupo por los problemas de nuestra gente y de nuestro país. Quiero involucrarme y ayudar.

—¿La familia real actual está involucrada?

—A su manera, pero creo que podemos hacer mucho más.

—A mí me suena muy bien. ¿Qué más? —la pincho, porque quiero que se dé cuenta de todo lo que aporta simplemente siendo ella misma.

Pasa el dedo por el borde de la taza de café.

—Me gustaría ayudar a las mujeres trabajadoras. Muchas de ellas todavía cobran menos que los hombres por hacer el mismo trabajo.

Sonriendo, echo la cabeza hacia atrás y rompo a reír. Bo se une a mí.

—¿Qué pasa?

—¿No te estás oyendo? Todo lo que dices demuestra que vas a dejar a los daneses con la boca abierta. ¡Bravo!

Ella ladea la cabeza.

—Nunca lo había visto de esa manera. Sólo quiero ayudar.

—Y ¿no se te ocurre que ese deseo de ayudar es lo que te va a convertir en una gran reina? Una que saldrá en los libros de historia, no lo dudes —añado.

Su rostro se ilumina como si un rayo de sol hubiera entrado por la ventana.

—¿Sabes, Parker? Quizá tengas razón. Tal vez pueda hacerlo simplemente preocupándome por la gente, estando al lado de Sven y... siendo yo misma.

—A una reina así la respetaría más.

El aire fresco de la mañana me alcanza la mandíbula acabada de afeitar, provocándome un escalofrío. Pero no me doy ni cuenta porque estoy junto a la limusina, esperando a que ella aparezca a través de las puertas. Por desgracia, debido a la boda real, el aeropuerto bulle de

actividad y hay paparazzi por todas partes. Pero cuando se lo comenté a Skyler anoche, le dio igual. Me dijo que quería que fuera a buscarla al aeropuerto.

Miro a mi alrededor y veo a varios paparazzi con las cámaras preparadas. Han visto la limusina y están esperando para ver qué famoso entrará en ella. Aprieto los dientes. Yo quería que aterrizara en un aeropuerto más pequeño y discreto, donde no hubiera prensa, pero llegan tantos invitados reales de todas partes del mundo que ha sido imposible. Hasta la reina de Inglaterra y su parentela van a asistir a la boda de los Frederik. Se rumorea que tal vez asistan el presidente de Estados Unidos y la primera dama.

Perdido en mis pensamientos, me apoyo en la limusina y cruzo los tobillos sin apartar la vista de las puertas. Dentro se desata el caos. Hay gritos y exclamaciones de sorpresa. Me imagino lo que está pasando y, cuando las puertas se abren, mis sospechas se confirman. Ahí está.

La chica de mis sueños.

Mi Melocotones.

Skyler Paige en carne y hueso, joder.

Al verme, sonríe y se dirige hacia mí con paso firme y seguro, sin vacilar ni por un instante. Podría estar perfectamente recorriendo una pasarela de moda. Nunca la había visto tan hermosa. Camina como si estuviera en una misión militar, y su objetivo soy yo. Sus ojos de color caramelo brillan a la luz del sol, y su pelo es un halo dorado que rodea esa preciosa cara que me obsesiona.

Viene flanqueada por un tipo corpulento y una rubia menuda. Aunque es pequeña de tamaño, lo compensa con su actitud. Ha alargado el brazo para crear una barrera protectora alrededor de Skyler. Al otro lado, el hombre hace lo mismo, manteniendo a la gente a distancia. Además, su mirada es suficiente para desanimar a los que pretendan acercarse. Mi Melocotones ni siquiera se da cuenta de la gente que se ha agolpado a su alrededor. Se limita a poner un pie delante del otro hasta que llega ante mí.

Nos quedamos mirándonos en silencio, como si no nos lo acabáramos de creer. Su sonrisa es alucinante.

—Hola —me saluda con timidez, a unos treinta centímetros de distancia.

Trago saliva y me paso la lengua por los labios.

—Estás tan jodidamente preciosa que casi no puedo mantener las manos quietas. —Las manos en cuestión me tiemblan por la urgencia de agarrarla y apretar su cuerpo por todas partes —. Necesito tocarte.

Ella me dirige una sonrisa irónica.

—Y ¿por qué no lo haces?

Le dirijo mi sonrisa más canalla.

—¿Vamos a hacer esto aquí, con todo el mundo mirándonos?

Ella alza una de sus cejas perfectas y sonríe con timidez.

—Si a ti no te da miedo, a mí tampoco.

Me doy golpecitos en el labio y ladeo la cabeza.

—¿Miedo de que me vean con la mujer más deseada de Hollywood? No, no es ésa la palabra que usaría.

Una bendición, *un honor*, *un cabrón con suerte*, todas esas palabras serían mucho más adecuadas.

—Ya, bueno. Me desean porque no me conocen; no saben dónde se meten. —Se muerde el labio inferior y quiero ser yo quien mordisquee ese trozo de carne.

—Yo sí lo sé. —Sonrío y decido tirarme a la piscina. Si a ella no le importa, a mí menos.

La agarro por la cintura con avidez. La otra mano se cuela bajo su melena sedosa y la sujeta por la nuca. Pego mis labios a los suyos y su cuerpo sale catapultado y choca contra mi pecho, que es justo donde lo quería.

Sus labios, suaves y ansiosos, se abren de inmediato. Acepto su invitación y bebo del pozo de su boca suculenta, en un beso largo y profundo. Sabe a champán y a frutos silvestres, es tan jodidamente dulce que no puedo parar.

A nuestro alrededor, la gente aplaude y nos jalea, pero no me importa. Nada importa cuando la tengo entre mis brazos. Le sujeto la barbilla y la penetro más hondo con la lengua, saboreando cada centímetro de su boca. Ella me succiona la lengua y me muerde el labio inferior. Me rodea con los brazos para acercarme más. La sensación de tener su cuerpo entre mis brazos y sus labios junto a los míos no se parece a nada que haya experimentado antes. La sangre ruge entusiasmada en mis venas y la bestia se revuelve, prisionera en el bóxer. Tengo que usar toda mi fuerza de voluntad para no ponerme palote. Sólo con oler a Skyler me pongo como una piedra. Estoy seguro de que la dichosa bestia está programada para activarse sólo con su olor.

Me separo de ella e inspiro hondo. Sky apoya la frente en la mía y sonríe.

—Esto sí que es un recibimiento, y lo demás son tonterías —susurra.

A nuestro alrededor, las cámaras de los paparazzi disparan como locas.

—Dios, cómo te he echado de menos —admito.

—Yo también.

Levanto la cara, la beso en la frente y le apoyo la mano en la mejilla mientras le acaricio los labios con el pulgar.

—Me encanta ver tus labios hinchados por mis besos.

Ella sonríe.

—Lo sé. Siempre los tocas después de matarme a besos.

—Es que besarte es tan alucinante que tengo que tocarte para creerme que ha pasado de verdad.

Skyler me echa las manos al cuello y me abraza.

—Vámonos de aquí. Ya les hemos dado bastante material a los paparazzi por hoy.

Asiento con la cara hundida en su pelo, pero no puedo resistirme a la tentación de inspirar hondo para capturar ese profundo aroma a melocotones y a nata que me vuelve loco. Me lleno los pulmones y una sensación de paz absoluta se apodera de mí.

Completo.

Cuando ella está cerca, me siento completo.

Estoy jodido.

Entramos de la mano en el vestíbulo del hotel. Tampoco hemos podido evitar que los paparazzi nos fotografiaran en la puerta. La sensación que da es que todos los medios de comunicación de Europa se han concentrado en la ciudad, y no han dejado ni una pista de aterrizaje ni un hotel elegante por cubrir.

Sky ignora los disparos de las cámaras. Va pegada a mí y sus guardaespaldas nos flanquean mientras caminamos.

—Señorita Paige, no vaya a ningún lado sola. Rachel o yo la acompañaremos a todas partes. Tanta prensa es una pesadilla —refunfuña Nate mientras entramos en el ascensor.

Sonrío y saludo con una inclinación de cabeza a Nate Van Dyken. Este hombre es enorme. Es grande y ancho de hombros como el rey Sven, lo que me hace pensar que tiene antepasados escandinavos. Podría ser el capitán de un barco lleno de vikingos, llevarlos a la batalla y volver sin un rasguño. Es un muro de puro músculo desde los hombros hasta los pies. Su esposa, Rachel, tampoco es un peso pluma. Es pequeña y delgada, pero la he visto darle un empujón a un tipo que trataba de tocar a Skyler. El tipo pesaba tres veces más que ella, pero lo ha desplazado tres metros de un empujón. Forman un gran equipo.

—Me gustan tus guardaespaldas —digo lo bastante alto para que me oigan.

Rachel disimula una sonrisa, pero Nate permanece impasible frente a las puertas del ascensor, con los musculosos brazos cruzados y los pies separados, en pose de batalla, actuando como un escudo protector mientras nosotros permanecemos al fondo del habitáculo.

—A mí también. Son increíbles. Y cuando nos quedamos a solas, se relajan y no son tan intensos, ¿verdad, chicos? —Lo dice como si los estuviera riñendo, pero ellos ni siquiera reaccionan. Están cien por cien concentrados en el trabajo, y eso me encanta.

Llegamos a la suite que reservé. Las tres habitaciones dan a un espacio común, donde hay un salón, un bar y una zona de comedor.

—Quédense aquí —ordena Nate, y nos detenemos frente a la puerta—. Voy a registrar la habitación.

Le doy la llave y entra sin hacer ruido. Segundos más tarde, oímos ruidos tras la puerta. Agarro a Skyler y la coloco a mi espalda, en un rincón.

Rachel abre la puerta.

—¡¿Necesitas refuerzos?! —grita, pero no se aleja de nosotros.

—Qué va, ya he atrapado a este sucio saltamontes. —Nate sale de la habitación con una cámara enorme en una mano y un tipo vestido con el uniforme del hotel colgando de la otra. Lo lleva agarrado por la camisa y la chaqueta, a la altura de la nuca. Él se resiste dando patadas y manotazos, pero no puede con el gigantón que lo ha atrapado.

Nate le da la cámara a Rachel. Ella la abre, saca la tarjeta SIM y se la guarda en el bolsillo trasero.

—¡No puedes hacer eso! —exclama el hombre mientras Nate llama el ascensor.

—Da gracias porque no te destrozo la cámara, trozo de mierda —replica Rachel con los dientes apretados, y le devuelve la cámara al tipo, golpeándole el pecho con ella.

—Nena, me lo llevo abajo, lo entregaré a seguridad. Asegúrate de que no quedan más insectos debajo de la cama.

Skyler ahoga una exclamación.

—¿Estaba debajo de la cama?

Nate asiente y mete al tipo en el ascensor de un empujón.

—Ahora vuelvo. Ellis, protéjala.

—Con mi vida —le aseguro, y hasta un momento después no me doy cuenta de lo cierto que es..., porque lo haría. Si alguien se acercara tratando de hacerle daño, moriría por impedirlo. Supongo que es lo normal cuando se trata de una persona cercana, a la que aprecias, ¿no?

¿La aprecio? Esa palabra se queda muy corta.

Cierro los ojos y me vuelvo hacia Skyler, tratando de no hacer caso del nudo que se me ha formado en el pecho.

—¿Estás bien?

Ella asiente.

—Sí, aunque no me hace ninguna gracia que ese tipo estuviera debajo de la cama. Puaj.

Respiro hondo y asiento a mi vez.

—No te preocupes. Pienso limpiar esa cama de cualquier mala vibración que ese tipo haya dejado por ahí. Las cambiaré todas por buenas vibraciones.

Ella sonríe y me echa los brazos al cuello.

—¿Ah, sí, señor Ellis? ¿Puede explicarme exactamente cómo piensa lograr esa hazaña?

Le apoyo la mano en la mejilla y le levanto la barbilla para mirarla a los ojos, que se han oscurecido un poco.

—Así.

Pego mis labios a los suyos y ella suspira dentro de mi boca mientras nuestras lenguas bailan girando poco a poco. Le succiono el labio inferior y luego se lo acaricio con la lengua hasta que ella gime. Después repito el proceso con el labio superior. Ella se pone de puntillas, juntando más nuestros cuerpos.

Estoy en el cielo.

—Todo limpio. —Rachel nos interrumpe y nos dice, aguantándonos la puerta—: Eehh..., sin ánimo de tocaros las narices, ¿podríais seguir con lo que estáis haciendo dentro de la habitación? Es más seguro.

Sky está radiante.

—¡Necesito una copa! —exclama.

—Yo también. Algo frío. Helado. —Intento morderle los labios y el cuello, pero ella se libra de mí y entra dando saltos en la habitación.

Rachel trata de disimular una risita irónica.

Le doy un golpecito en la punta de la nariz mientras entro en la habitación.

—No te tengo miedo, She-Ra —bromeo.

Su mirada es perturbadora.

—Pues deberías. Conozco treinta y siete maneras de matarte usando sólo las manos. —Pestañea y me fijo en sus ojos, de un azul tan claro que parece lavanda. Tiene el pelo muy rubio, casi blanco, recogido en lo que creo que llaman «trenzas de luchadora». No pienso enemistarme con ella.

—Me gustas —le digo con una de mis sonrisas más sexys.

Ella suelta el aire de golpe y cierra la puerta a nuestra espalda.

—¿Te crees que el encanto funciona conmigo? ¿No has visto a mi marido? Podría partirte en dos como si fueras una ramita. A mí me gustan las moles musculosas, Super Ratón, no los tipos que parecen salidos de la revista *GQ*.

Sky se acerca a nosotros y me rodea la cintura con un brazo.

—Oh, él también tiene músculos, no creas. Está muy en forma. —Me acaricia el pecho con la otra mano y noto cómo el placer me recorre el cuerpo, calentándome los músculos hasta volverlos líquidos.

Rachel ladea la cara y me observa de la cabeza a los pies.

—Gana veinte kilos de músculos y luego vuelve a hablar conmigo. Hasta entonces, pórtate bien con mi chica o tendré que matarte.

—¡Joder, She-Ra! Y yo que pensaba que íbamos a ser amigos... —Finjo estar muy ofendido.

—Eso ya se verá. No os vayáis sin avisarnos. —Mira a Skyler, como aconsejándole que no haga tonterías.

Ella me abraza con fuerza por la cintura.

—No te preocupes. Bebemos algo y nos metemos en la cama. Estoy muy..., eehh, cansada.

Rachel se la queda mirando como si le hubieran salido dos cabezas.

—¿Después de haber dormido todo el trayecto en el avión? —Me mira a mí—: ¿Sabías que es capaz de dormir ocho horas seguidas? —añade señalándola con el pulgar.

Niego con la cabeza.

—Como si estuviera en su cama. Increíble.

Skyler se encoge de hombros.

—Los aviones me dan sueño. Ese zumbido constante, tres chupitos de tequila, un plato de buey Wellington... y ¡buenas noches! —Se echa a reír.

Yo me uno a sus risas y la beso en la cabeza, aprovechando para inhalar su aroma natural una vez más. No logro saciarme. Huele tan jodidamente bien...

—Hay una botella de Patrón esperándonos. ¿Te apetece, Melocotones?

Sus ojos se iluminan.

—¡Oh, sí! ¡Me apetece mucho!

Mi polla queda envuelta en calor cuando Skyler se la traga hasta la garganta.

—¡Dios! —gruño y echo las caderas hacia delante. La agarro por el pelo a la altura de la nuca y tiro con fuerza.

Ella gime al notar el tirón, pero no deja de succionar con maestría. Saca la lengua y me recorre la bestia con ella, desde la base hasta la corona redondeada, a la que rodea. Luego mete la lengua en la abertura de la punta hasta que brota una gota.

Skyler gime y vuelve a inclinarse sobre mí, haciéndome una mamada de primera división.

—¡Joder! —grito con los dientes apretados—. Melocotones, si sigues así, me voy a correr.

—Mmm, pues córrete.

Me succiona más profundamente. Y cuando me pasa un dedo húmedo por el perineo y me rodea con él el ano, salgo disparado. La doble estimulación derriba todas mis barreras. No puedo más. Demasiadas sensaciones. Las pelotas se me contraen, igual que los músculos del vientre, y agarro las sábanas con tanta fuerza que estoy a punto de romperlas. Prefiero destrozar la tela que agarrarla por la cabeza y follarle la boca como me gustaría. Sé que ella disfruta con un poco de dolor mezclado con el placer, pero no quiero hacerle daño.

Mi chica me la sigue chupando como una campeona hasta que no queda ni una gota. Skyler las ha hecho desaparecer, igual que ha desaparecido la sensación de vacío que me había invadido al irme de Nueva York semanas atrás.

Sky se acurruca a mi lado y le acaricio el cuerpo desnudo, desde el hombro hasta la cadera, mientras mi cuerpo sigue experimentando las cosquillas y los estremecimientos causados por su boca mágica.

—Te devolveré el favor dentro de nada.

—Oh, ya lo sé.

—Pero antes haré que te sientes en mi cara.

Ella me muerde el pectoral y luego me lame el punto que ha mordido.

—Mmm, sabes y hueles bien, niño bonito.

Mierda, otra vez con lo de «niño bonito». Bueno, mientras me llame de alguna manera, me da igual cómo. Todo lo que sale de su boca es el evangelio para mí.

—¿Estás emocionada por lo de mañana? —le pregunto para darle a la bestia un poco de tiempo de recuperación antes de atacar a mi chica.

Ella me está recorriendo los abdominales con un dedo distraída.

—Sí, pero también un poco preocupada. No pensé que el evento fuera a ser tan público. Sé que debería haber pensado en ello, pero a veces se me olvida que no soy normal y que no puedo ir a una boda tranquilamente con el tipo con el que estoy saliendo.

—¿El tipo con el que estás saliendo?

Apoya la barbilla en mi pecho.

—Sí, ¿te parece bien esa descripción de nuestra relación?

Le doy un par de vueltas. De hecho, es lo mismo que le dije a la princesa Christina cuando ella me preguntó quién era Skyler la primera mañana en mi habitación.

—Sí, creo que es una buena definición por el momento.

Ella me dirige una sonrisa.

—Ojalá no me grabaran siempre, haga lo que haga. Me gusta ser actriz, adoro mi trabajo y, gracias a ti, he vuelto a disfrutar de la interpretación, pero el miedo no se aleja nunca del todo. Siempre anda enredado en mi cuello, dispuesto a ahogarme en cualquier momento.

—¿Cómo va la terapia? —No había sacado el tema, por si a ella no le apetecía tocarlo, pero, ahora que se ha abierto un poco, es un buen momento.

Sky se tumba de espaldas, poniendo distancia entre los dos. Mirando al techo, suspira y se enrolla un mechón de pelo en el dedo.

—Supongo que podría decir que va bien. Tracey está entusiasmada, sobre todo porque el estudio está encantado. Tal vez no debería decir eso, teniendo en cuenta que es mi mejor amiga, pero a ratos su ética profesional me toca las narices.

Me echo a reír y me vuelvo hacia ella, apoyando la cabeza en la mano.

—Si eso es lo que sientes, es lo que sientes. ¿Has pensado en hablarlo con ella?

Sky frunce los labios.

—No sé cómo hacerlo. Cada vez que quiero decirle que deseo tomarme las cosas con calma, ella me habla de un proyecto increíble, de que fulanito me quiere en su película o de que hay un anuncio que relanzaría mi imagen.

Le paso la mano por el pelo, echando a un lado sus largos mechones.

—Y ¿tú qué quieres hacer?

—Lo que más me apetece es dedicarme a aquello que hablamos de las organizaciones benéficas. Hacer voluntariado, ayudar a la gente... Y quiero seguir actuando, por supuesto. Hacer las películas que tengo firmadas y continuar leyendo los guiones que me lleguen. Ser yo la que decida en qué proyectos quiero involucrarme. Ella siempre elige proyectos comerciales, y ni siquiera tengo que hacer castings. Y sé que suena raro, pero me gusta hacer castings. Me gustaría hincarle el diente también a proyectos más pequeños, a los que pudiera sacar más jugo; que no todo sean películas de ciencia ficción o comedias románticas. ¿Por qué no una historia trágica, algo más artístico?

—¿Tienes algo en mente?

Niega con la cabeza.

—No, pero tengo un montón de guiones en mi despacho.

—Creo que deberías hablar con ella y contarle cómo te sientes.

—Supongo que echo de menos a mi mejor amiga. Ya nunca hablamos de nada que no sea trabajo.

—¿Has pensado en contratar a otro agente?

Ella ahoga una exclamación y se tapa la boca con la mano.

—No podría hacerle algo así; siempre hemos estado juntas en esto.

—Pues entonces tienes que hablar con ella. Cuéntale cómo te sientes y dile que quieres pasar tiempo con ella como amigas.

Skyler parece pensárselo.

—Sí, eso haré.

Me inclino sobre ella y la beso, mordiéndole el labio inferior. Ella me devuelve el beso con fervor y lo que empieza siendo un simple contacto se vuelve fiero y apasionado en segundos. Le deslizo el brazo bajo la espalda y la sujeto antes de darme la vuelta para dejarla sobre mí. A la bestia no le pasa inadvertido su cuerpo desnudo y se endurece al notar la gloriosa fricción de piel contra piel.

—Mmm —suspira ella feliz—, parece que Grandullón ha resucitado.

Me río por la nariz, la coloco sentada sobre mi cintura y le acaricio los pechos, pellizcándole los pezones hasta que se arquea, adoptando esa postura que hace que parezca una diosa del placer.

—Sube, quiero probarte —le ordeno.

Ella se ayuda de las piernas para avanzar por la cama y coloca las rodillas a ambos lados de mi cara. La cojo por las caderas y sitúo su centro justo encima de mi boca.

—Quieta ahí, Melocotones. Voy a hacer que te corras con tanta fuerza que vas a ver las estrellas. Te aconsejo que te agarres fuerte al cabecero.

—¿Qué...? —es lo único que le da tiempo a decir antes de que pase la lengua por su abertura de atrás hacia delante—. ¡Oh, Dios! —Alarga las manos y se aferra al cabecero con todas sus fuerzas.

Me entrego a fondo, lamiendo, mordisqueando, succionando y besando cada centímetro de su sexo hasta que queda deliciosamente resbaladiza.

Los muslos que me abrazan la cabeza me oprimen con fuerza y tiemblan al mantenerse en posición.

Me lo tomo con calma. Con la boca abierta, le empapo el sexo, marcándola por todos los rincones, no dejando ni una esquina por probar.

Cuando creo que está a punto de estallar, le rodeo el sensible botón de nervios de la entrada y lo succiono con ganas. Ella grita y sacude las caderas, cabalgándome la cara hasta dejarme sin aliento. Si me ahogo, me da igual. Si me fuera de este mundo con la lengua llena de sus fluidos y su sabor inundándome la boca, moriría feliz. Pero por suerte se levanta, con la espalda encorvada, y respiro hondo. Cuando trata de apartarse, no se lo permito. Quiero volverla loca de deseo para seguir. Sigo lamiéndola hasta que empieza a ondular las caderas una vez más.

—Park, cariño..., no puedo. Otra vez no. —Ladea el cuello y su melena sexy cae formando ondas sobre su espalda desnuda.

Tal vez sea cosa mía, pero a un tipo como yo esas palabras le suenan a desafío. Uno que acepto con entusiasmo.

Sin dejarla escapar, planto la cara entre sus muslos y vuelvo a follarla con la lengua hasta que se corre entre gritos, empapándome de nuevo la cara con sus fluidos.

Cuando el segundo orgasmo pierde intensidad, le doy la vuelta y la pongo a cuatro patas, con su culo redondo en pompa. Le manoseo las nalgas y le propino un cachete, dejándole la marca de mi mano en su piel perfecta. Ella grita, pero no protesta.

Mi polla late con fuerza al ver la marca de mi mano en su precioso culo.

Me inclino sobre su cuerpo, frotándole las nalgas mullidas y cálidas.

—Ahora me toca a mí, Melocotones —gruño, hundido en la nebulosa sexual que me ha provocado—. Te he visto correrte en mi cara dos veces, me he bebido tus fluidos y estoy tan cachondo que no puedo parar. Voy a llevarte muy alto, nena. ¿Estás lista? —Aunque mis palabras suenan como una pregunta, en realidad son una promesa.

—¡Sí, sí! Fóllame, cariño. Por favor, fó... lla...

Antes de que acabe de pronunciar la última palabra, estoy hundido en ella hasta las pelotas. Mi cuerpo se contrae de arriba abajo. Tengo todos los músculos listos para la acción; listos para penetrarla y follarla hasta hartarme de su cuerpo, que es un trozo de cielo en la tierra. Le paso una mano por la espalda, acariciando su piel. Mi suave caricia contrasta con el meneo que pienso darle, pero es que tengo que controlarme como sea o habré acabado antes de empezar.

Me muevo en su interior, con los ojos cerrados, saboreando las sensaciones. Tengo toda la atención puesta en mi polla. Sus paredes vaginales me abrazan palpitantes, provocándome, llamándome para que me clave más hondo, más lejos, más duro.

Inspiro con todas mis fuerzas y echo las caderas hacia atrás hasta que sólo me queda dentro la punta, que ella oprime con fuerza, resistiéndose a dejarla salir del todo.

—Joder, tu coño me está ordeñando. Dios del cielo, nunca me voy a saciar de ti.

Vuelvo a clavarme en ella con un movimiento brusco y su cuerpo sale disparado hacia delante, pero la agarro por el hombro para mantenerla en el sitio mientras pierdo la cabeza.

—¡Joder, joder, joder, joder! —repito con cada estocada.

—Sí, sí, sí, sí —replica ella al mismo tiempo.

Y, así, hasta que ninguno de los dos puede más.

El placer es demasiado intenso. Demasiado rico. Demasiado todo.

Con una última embestida, me inclino sobre su espalda, le rodeo el pecho con un brazo y la levanto.

—¡Dame tu boca! —gruño conteniendo el aliento, porque esta nueva postura hace que me clave aún más profundamente en ella.

Placer absoluto.

Sky vuelve la cabeza, echando un brazo hacia atrás para agarrarse de mi cabeza y sostenerse en esa postura. Le sujeto la cara con la otra mano, busco sus labios y penetro su boca con la

lengua. Bajo la otra mano hasta su sexo y lo palmeo, notando mi polla, que está clavada en lo más hondo de su abertura, entre mis dedos. Con el pulgar, le busco el clítoris y lo froto con fuerza.

Ella grita dentro de mi boca y yo me trago su grito, manipulando su clítoris el doble de rápido sin dejar de follarla. Sky se corre y las paredes de su sexo me oprimen con tanta fuerza que salgo disparado como una bala de cañón. Dejo que los temblores se apoderen de mí mientras la abrazo, con la lengua en su boca, mis dedos en su hendidura y mi polla perdiendo poco a poco su firmeza dentro de ella.

Cuando al fin le libero la boca, ella jadea.

—Nunca había experimentado algo así. —Se pasa la lengua por los labios y cierra los ojos con languidez.

Sonrío y le beso el cuello sudoroso.

—Yo tampoco. Contigo siempre parece la primera vez.

10

Las últimas dos semanas han sido un torbellino de actividad. No he parado ni un solo momento. Entre el entierro del antiguo rey, la coronación del nuevo, la formación de Christina y el día de ayer, que lo pasé entero entre las piernas de Skyler, estoy agotado, aunque debo reconocer que nunca me había sentido mejor.

Me vuelvo hacia Sky, que está mirando por la ventanilla del coche, serena. Lleva un vestido largo y está impresionante. El vestido, de satén de color mostaza, se pega a sus curvas desde el pecho hasta las caderas. Tiene un poco de vuelo a la altura de las rodillas y llega hasta el suelo. Se sujeta a los hombros por unas finas tiras que se entrecruzan en la parte alta de la espalda, pero que dejan el resto a la vista, hasta los dos hoyuelos que se le forman encima del culo.

Éstos de la realeza lo hacen todo con estilo. Los invitados deben llevar traje de gala. Tiro de la pajarita de mi esmoquin y me paso un dedo por el cuello, echando de menos más espacio para respirar.

—¿Tienes ganas de que empiece la recepción? —le pregunto a mi chica, que está entretenida observando a la gente que se agolpa a la entrada del palacio.

—Sí, la ceremonia en la catedral de Copenhague ha sido magnífica. No me puedo imaginar cómo será la recepción.

—Por si no te lo he dicho antes, Skyler, estás preciosa.

Ella sonríe.

—Ya me lo has dicho tres veces.

Me echo hacia delante y le doy un suave beso en los labios.

—Pues con ésta hacen cuatro.

Ella gime con la boca pegada a la mía y me mordisquea el labio inferior, lo que envía una señal eléctrica a la bestia. Ya estoy ansioso por reanudar nuestros juegos de cama.

Antes de poder profundizar el beso, el coche se detiene al final de una hilera de limusinas.

—Esto me suena.

Le doy la mano y entrelazo nuestros dedos.

—Pero es distinto, porque estás conmigo, y me aseguraré de que te lo pases bien.

Ella me dirige una sonrisa tímida.

—Gracias por invitarme. Sé que invitarme a mí es un follón..., los guardaespaldas, la prensa, la falta de privacidad...

Le doy unos golpecitos en los labios y le sujeto la barbilla entre el pulgar y el índice.

—Eh, no es un follón. Estar contigo es un privilegio, que no se te olvide.

Ella cierra los ojos y afirma con la cabeza.

—Yo siento lo mismo.

Vuelvo a besarla, con un poco más de intensidad y un puntito de lengua.

Cuando me aparto, abre los ojos.

—El espectáculo está a punto de empezar —le digo.

—Venga, vamos al lío —replica, más convencida que hace un momento.

—Ésta es mi chica. —Le aprieto la mano.

La puerta se abre. Nate y Rachel esperan a lado y lado. Llevan trajes negros, gafas de aviador y pinganillos para comunicarse entre ellos. Tienen aspecto de agentes secretos, de ésos con los que uno no se mete si sabe lo que le conviene.

Salgo de la limusina y piso la alfombra roja. Me inclino y le ofrezco la mano a Skyler.

—Mi primera alfombra roja. Acabas de desvirgarme, Melocotones.

Ella me da la mano y coloca un zapato dorado de tacón de aguja sobre la alfombra. Mientras sale del vehículo no puede parar de reír. Y ésa es la imagen que llega a la prensa: Skyler Paige radiante de felicidad mientras baja de la limusina y me toma del brazo.

Las cámaras se vuelven locas con ella. Más de lo que se han vuelto a la entrada de la catedral ante la llegada de otros famosos. A todos les ha sorprendido que Skyler asista a la boda real, del brazo de un desconocido, aunque dudo que mi nombre siga siendo un secreto durante mucho tiempo.

La guío hasta la escalera del palacio, y no puedo estar más orgulloso de ella. Cuando llegamos arriba, me doy cuenta de que la multitud está gritando su nombre.

Ella me da un apretón y una palmadita en el brazo antes de volverse hacia la gente y saludarla con la mano. La ovación es ensordecedora. Menea un poco las caderas y les lanza un beso antes de darse la vuelta y cogerme del brazo una vez más.

—Listos, vámonos.

Sonrío y sacudo la cabeza.

—Eres una tía con mucha clase. ¿Qué voy a hacer contigo?

Ella se da golpecitos en el labio.

—Ya lo tengo. Ahógame en champán, dame un trozo de pastel de bodas y luego me follas hasta que no sepa si es de día o de noche. ¿Cómo lo ves?

Me echo a reír.

—No hay duda: eres la chica de mis sueños.

Me golpea el brazo.

—¡Que no se te olvide, niño bonito!

—No creo que se me olvide mientras viva —le aseguro, y le doy un beso en la frente cuando cruzamos las puertas y dejamos el mundo exterior atrás.

Cuando llegamos al salón de baile, nos guían hasta la mesa que nos han asignado. En cuanto

el asistente se retira, llega hasta mi nariz un aroma muy familiar. Huele a azúcar y a especias. Sonrío porque sólo hay una mujer en el mundo que huela así. Veo ante mí la espalda desnuda de una morena que conozco bien, ya que he acariciado y besado cada centímetro de su piel.

—¿Sophie? —la llamo en voz alta y ella se vuelve hacia mí.

Me recibe con los ojos brillantes, las mejillas sonrosadas y una gran sonrisa. El corazón me da un brinco al ver a mi querida amiga tan preciosa.

—*Mon cher!* —exclama, y se abalanza sobre mí con los brazos abiertos.

La abrazo y hundo la nariz en su cuello, aspirando su aroma especiado con entusiasmo. Cuando me doy por satisfecho, me echo hacia atrás y ella me besa en las mejillas antes de sujetarme la cara entre las manos. Me observa, como si estuviera empapándose de mi imagen.

—*Pichosos* los ojos —me dice sonriendo.

—Se dice «Dichosos los ojos», SoSo. —Sacudo la cabeza y me echo a reír—. ¿Qué haces aquí?

—Soy amiga de la familia Kaarsberg, por supuesto.

—Es verdad. —Echo la cabeza hacia atrás—. Gracias a ti conseguimos el trabajo. ¡Otra vez! —Entorno los ojos y ella se ríe con naturalidad y me palmea el pecho.

—Ya sabes que tengo mucha fe en tus... habilidades. —Sonríe con ironía y da un trago al champán. Es imposible no darse cuenta del doble sentido de sus palabras.

—Me alegro mucho de verte. —Le aparto un mechón de pelo del hombro y la contemplo. Lleva un vestido rojo, elegante pero sexy al mismo tiempo, y muy ceñido, luciendo su tipo de modelo. Sin soltarle la mano, doy un paso atrás para verla mejor—. Joder, SoSo, debería haberte invitado a una cita. —Me río y le hago dar una vuelta sobre sí misma—. Y esos zapatos... Bo estaría orgulloso de ti. Ojalá estuviera aquí —empiezo a decir, pero me interrumpo al darme cuenta de que se acerca y la abraza por la cintura.

—Y ¿quién te crees que es mi acompañante, *mon cher*? Es que tú ya estabas pillado. —Me guiña el ojo—. Por cierto...

¡Oh, mierda! Siento una punzada de ansiedad. Me ha hecho tanta ilusión volver a ver a Sophie que no me he dado cuenta de que he dejado a Skyler colgada, a mi espalda.

Cuando me vuelvo hacia ella, veo que tiene una mano en la cadera y la cabeza ladeada. Es la viva imagen de una mujer que está enfadada y que piensa hacérmelo pagar.

—¿Una amiga tuya? —me pregunta haciendo batir las pestañas.

Me paso la lengua por los labios, hago una mueca de disculpa y pronuncio en silencio un: «Lo siento».

Ella pone los ojos en blanco.

—Preséntame a tu... amiga.

Me aclaro la garganta.

—De hecho, creo que os conocéis. Sophie Rolland, ella es Skyler Paige.

Sky abre y cierra la boca un par de veces, pero no sale nada de ella mientras mira arriba y

abajo a la nueva y mejorada versión de Sophie.

—Madre mía, eeehhh..., estás muy guapa.

Sophie deja la copa de champán, se acurruca a mi lado y me palmea el pecho antes de alargar una mano hacia Bo.

—¡Y todo gracias a ellos! Fui yo la que le recomendó a tu agente que contactara con International Guy.

Doy unas palmaditas a la mano de Sophie, que sigue en mi pecho, y me suelto para poder abrazar a Skyler.

—Y nunca podré agradecerte lo suficiente que lo hicieras. —Le doy un beso en la sien a Skyler, para enfatizar que estoy aquí con ella y que ninguna otra mujer me ha llamado la atención.

—Yo también debería darte las gracias. Parker y yo..., eeeh, no estoy segura de cómo definir lo nuestro. ¿Por qué no lo haces tú, Parker? —Me mira y alza una ceja provocadora.

Ha llegado la hora de la verdad.

Estamos en público, en una reunión social, entre amigos, como pareja. Es la hora de admitir lo que hay. Joder, los periódicos deben de estar ya llenos de imágenes de los dos besándonos. Y eso me recuerda que tengo que llamar a mi madre para que no vuelva a llevarse una sorpresa como la otra vez.

Inspiro hondo y miro a Bo y a Sophie, que están esperando pacientemente mi respuesta.

—SoSo, Bo: Skyler y yo estamos saliendo juntos.

Él cierra la boca y sonríe como un cabrón. Sé que no tardará ni un minuto en contarle a Royce que Skyler me ha retirado de la circulación. Capullo.

Por otra parte, Sophie parece satisfecha. Se ha llevado las manos unidas al pecho y finge estar rezando. Sé que se está conteniendo y que si no está dando saltos es por culpa de los zapatos de tacón.

—*Maqnifique!* ¡Me alegro mucho por vosotros! ¡Hacéis una pareja preciosa!

—Gracias. ¿Y si nos sentamos? —Señalo nuestra mesa y aparto la silla de Skyler—. ¿Te apetece una copa, Melocotones?

—Por supuesto.

—¿Sophie? ¿Una de recambio?

—¿Qué cóctel es un recambio? No lo conozco.

Suspiro.

—¿Otra copa de champán?

—*Oui.* ¿Por qué no lo dices así? —Sacude la cabeza y alarga la mano para apoyarla sobre la de Skyler—. Siempre me hace lo mismo. Nunca dice las cosas tal como son. Es agotador.

Skyler sonríe.

—Estoy totalmente de acuerdo... —Sé que está a punto de ponerme a caldo. Estoy seguro.

Agito el dedo en su dirección.

—Eh, vosotras dos. Nada de secretitos. Recordad que soy el bueno de la película.

Sophie se cruza de brazos y se echa hacia atrás. Skyler se pasa la lengua por los labios en un gesto seductor y luego los frunce como si estuviera decidiendo si ponerme a parir o no.

Bo me da una palmada en la espalda.

—Venga, tío. Vamos a buscar una copa para las chicas y otra bien grande para nosotros.

—Y que lo digas. Si esas dos empiezan a conspirar, voy a necesitarla.

—Hermano —mira por encima del hombro hacia la rubia y la morena, que han unido sus cabezas como si estuvieran compartiendo confidencias—, creo que vas a necesitar ración doble.

El día se ha convertido en noche, pero la fiesta sigue en pleno apogeo. Éstos de la realeza saben cómo divertirse. Tengo a Skyler pegada contra mi pecho en la pista de baile, y disfruto de tener su cuerpo cálido tan cerca del mío. Huele tan bien...

—¿Te lo has pasado bien? —le susurro al oído, acariciándole la mejilla con la mía y rascándola con la sombra de mi barba. Sonrío cuando ella se estremece entre mis brazos.

—Mucho. Eres la pareja perfecta para una cita perfecta —responde en el mismo tono que se lo dije yo en Nueva York.

—Gracias..., supongo. —Hago una pausa, la aparto de mí, le hago dar una vuelta y vuelvo a atraerla hacia mi pecho. Ella se ríe y apoya los labios en mi cuello. Cierro los ojos y le doy una serie de besos en la frente antes de seguir hablando—. La siguiente cita deberías planearla tú.

—¿Me estás desafiando, niño bonito? —murmura.

Yo me río flojito.

—Si quieres tomártelo como un desafío, por mí vale.

—Acepto el reto. Será una cita tan increíble que te va a dar vueltas la cabeza.

De momento, soy yo el que la hace dar una vuelta y media. Al acabar, la pego a mí, espalda contra pecho, y nuestras caderas se mueven al ritmo de la música.

—¿Ah, sí?

—Ajá. —Ella apoya las manos sobre las mías, a la altura de su pecho y de su vientre.

—Siento no haber conseguido billete en el mismo avión que tú para mañana.

Ella niega con la cabeza y yo vuelvo a hacerla girar para que quedemos de nuevo cara a cara.

—No pasa nada. Me va bien salir temprano. Rick vendrá a mi casa a cenar para empezar a repasar una parte del guion que nos acaban de pasar.

—Rick —refunfuño.

—¿Qué ha sido eso? —Ella pestañea coqueta, porque sabe perfectamente que con sólo oír ese nombre me pongo malo.

—Ah, nada, sólo me cagaba un poco en Rick, el tío del tic.

Ella se echa a reír.

—Rick no tiene tics.

—Bueno, es sólo un apodo para tu nuevo amigo.

—En realidad es un viejo amigo y, ya te lo dije, aunque en las revistas contaron que estábamos saliendo, fue un montaje. —Me acaricia el pelo de las sienes—. Además, estoy con alguien. —Hago una mueca poco convencido—. Alguien muy sexy —añade con la voz ronca.

—¿Ah, sí? Cuéntame más.

—Es alto, moreno, guapo y el pelo se le riza un poco cuando lo lleva demasiado largo. —Desliza un dedo en uno de mis rizos.

Es verdad que necesito un corte de pelo, pero me gusta tanto sentir el tacto de sus manos que me planteo no cortármelo.

—Parece que es un tío buenorro. —Sonrío canalla.

—Lo es. Y ¿sabes qué es lo que más amo de él?

Amor.

Amor.

Amor.

Joder, mi cuerpo se tensa, tengo la espalda como una tabla y me empiezan a sudar las manos. Siento que me va a estallar el corazón mientras las tripas se me enredan en mil nudos.

—Lo que más amo es... —sigue hablando y yo rezo en silencio, pidiendo que algo nos interrumpa. La intervención divina, una tradición de la boda, ¡cualquier cosa!

—Skyl... —Estoy a punto de advertirle que no estoy preparado para esta charla. Ni de lejos estoy preparado para esta charla.

—Su enorme polla.

—¡Por el amor de Dios, mujer! —Suelto el aire de golpe y me doy cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Ella echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas. Me quedo embobado mirándole el cuello y los pechos, apretujados entre los dos, lo que da una visión inigualable de su suculento canalillo. Esta mujer es sexo con patas y, además, ¡una bruja traicionera!

Me mira traviesa.

—Te he engañado.

—No —me defiendo.

—¡Me has dejado marcas de sudor en la espalda! —Se burla de mí.

—¡Tengo calor! —Me seco las manos en los pantalones. Joder, tiene razón.

Ella se encoge de hombros.

—Admítelo, te he enredado. Estabas a punto de salir corriendo por la puerta. —Señala hacia atrás con el pulgar.

La hago girar por la pista de baile.

—No pienso admitir nada.

Skyler se echa a reír y se pega más a mí.

—Parker, no sufras. Ya lo hablamos y los dos estamos en la misma onda. Lo nuestro es algo informal. Salimos juntos de vez en cuando, sin compromisos. Lo único que queremos es pasarlo

bien y vernos cuando a los dos nos cuadre por agendas. ¿No era en eso en lo que habíamos quedado?

Me detengo en mitad de la pista de baile y le sujeto la barbilla para mirarla a los ojos.

—Eres increíble, lo sabes, ¿no?

Ella sonríe pero no dice nada, y me parece muy bien, porque aprovecho el momento para besarla.

Alguien se aclara la garganta a nuestra espalda.

Pensando que es Bo, no dejo de besarla, pero gruño y le digo:

—Lárgate, idiota.

—*Undskyld?* —exclama una voz profunda. Conozco la palabra, significa «perdón» en danés; estaba en la lista de palabras y expresiones habituales que me preparó Wendy.

Mierda, el que ha hablado no es Bo.

Me aparto de Skyler y rezo porque no sea la persona que creo que es, pero se me cae el alma a los pies cuando compruebo que, efectivamente, es el rey. Y no está solo. El rey y la reina están ante nosotros con toda su pompa y su boato reales.

—Mierda. Quiero decir, lo siento, Sven, Christina. Quiero decir..., rey Sven y reina Christina, eeeh..., majestades. —Cierro los ojos y me ruborizo avergonzado.

Skyler se suelta de mis brazos y hace una reverencia.

—Majestad, majestad, gracias por haberme invitado a este acontecimiento tan especial. Ha sido un día mágico; me siento muy honrada de haber podido asistir.

La reina Christina sonríe y alarga la mano, igual que el rey Sven.

—Señor Ellis, quería agradecerle todo lo que ha hecho. Nada me ha hecho tan feliz como poder ir de la mano de mi esposa —declara el rey Sven, levantando la mano de la reina Christina y llevándosela a los labios.

—Yo también debería darle las gracias. Sin su intromisión, tal vez no habría tomado la decisión correcta —admite la reina.

Abrazo a Skyler y, cuando se pega a mi costado, me doy cuenta de que llevo algo en el bolsillo de la chaqueta.

—Disculpe, majestad. ¿Puedo hablar un momento a solas con la reina?

Él asiente.

—Puede. Señorita Paige, ¿me haría el honor de bailar conmigo?

—¿Con un rey? ¿Me toma el pelo? Ya puedo tacharlo de mi lista de cosas que hacer antes de morir. —Alza un puño victorioso en el aire, haciendo reír al rey.

Sven lleva a Skyler a la pista de baile y todos los ojos se clavan en ellos. Noto que unos bonitos ojos azules me están mirando y me vuelvo hacia Christina, que está radiante.

—Eres una novia preciosa. ¿Eres feliz? —Necesito oírlo de sus labios.

—Muchísimo. No me imaginé que todo saldría tan bien. Bueno, todavía tengo miedo. No quiero fallarle, pero Sven me ha asegurado que estará siempre a mi lado y que aprenderemos a

reinar juntos.

Busco en el bolsillo de la chaqueta y saco un estuche plateado con un lazo blanco iridiscente. Tiene unos quince centímetros de largo y unos diez de ancho.

—¿Me has traído un regalo? —pregunta sorprendida.

—Sí, lo vi mientras paseaba por las calles de Copenhague tratando de averiguar cómo domar a una princesa salvaje y cómo hacerle ver lo mucho que valía. —Sonrío, ladeando la cabeza.

Ella me mira con los ojos brillantes por la emoción.

—Ábrelo.

Retira el lazo y me lo da. Abre el estuche y encuentra dentro un espejo antiguo, de plata. Es largo y estrecho. Se lleva una mano a los labios.

—Es precioso, antiguo, único, me encanta. Gracias, Parker.

—Un detalle, ya sabes, como dormimos juntos y eso... —Ella abre mucho los ojos y mira a lado y lado para asegurarse de que nadie nos está escuchando—. ¡Es broma! Sácalo de la caja —la animo, acordándome del mensaje que le escribí en el cristal con el pintalabios de la cajera de la tienda de antigüedades.

El futuro es tuyo.
Con amor,

Yo

Christina cierra los ojos y sonríe. Cuando vuelve a abrirlos, veo que le cae una lágrima por la mejilla.

—Unas palabras muy adecuadas. No las olvidaré. Gracias... por todo. Si alguna vez nos necesitas, cuenta con nosotros.

Sonrío.

—No te extrañe si algún día te tomo la palabra.

—Estaremos encantados de ayudarte. Y ahora voy a buscar a mi marido para que me haga dar vueltas en la pista de baile.

Antes de que se vaya, la agarro de la mano y le doy un abrazo.

—Sé feliz, Christina.

—Lo seré, lo soy —susurra, y me da palmaditas en la espalda antes de apartarse.

Se aleja, dejando en el aire el frufrú del vestido y el brillo de los cristales bordados en él. Cuando llega junto a su marido, él se inclina ante Skyler y coge a su reina en brazos.

Skyler regresa junto a mí moviendo esas caderas que tanto me van a hacer disfrutar esta noche.

—¿Nos vamos? —le pregunto, porque me muero de ganas de tenerla bajo mi cuerpo, gritando mi nombre.

—Pero aún no hemos tomado el pastel. Me prometiste pastel de bodas —protesta.

La abrazo.

—A mí me gustan más los melocotones —refunfuño, acariciándole la mejilla con los labios y descendiendo por su cuello, donde le doy un mordisquito.

—Quiero pastel... para luego —gime débilmente, fundiéndose conmigo.

—¿Y si lo pedimos al servicio de habitaciones? —propongo, porque la necesidad de salir de aquí es cada vez más fuerte. Estoy seguro de que ella siente a la bestia despertarse contra su vientre.

Suspira mientras le paso la lengua por el cuello.

—Trato hecho —se rinde, jadeando.

Le recorro la espalda con la mano hasta llegar a sus nalgas y me apodero de ellas sin preocuparme de quién pueda estar mirando. Se las aprieto mientras le clavo la erección en el vientre.

—¿Nos vamos de una vez?

—Oh, sí. Llévame al hotel, niño bonito.

—Siempre a tu servicio, Melocotones.

Skyler

—¿Vas a hablarme de una vez de tu relación con Sophie? —Acaricio el pecho desnudo de Parker, disfrutando de su carne firme y su piel dorada. Si vestido es sexy, desnudo me deja sin aliento.

Froto la mejilla contra el pectoral y le doy un beso. Tengo las piernas enredadas con las suyas y me vibra el cuerpo entero por los dos orgasmos que acaba de darme. El sexo con Parker Ellis siempre es un escándalo. Me hace sentir adorada. Presta atención a cada centímetro de mi cuerpo, como si besar cada uno de mis rincones fuera su objetivo en la vida, su trabajo, un trabajo que se le da estupendamente.

Él hace un ruido de protesta y me acaricia el muslo desnudo que he colocado sobre sus piernas.

—¿Qué quieres saber? —Su voz no suena del todo convencida, lo que hace que sienta aún más ganas de saber qué relación tienen estos dos.

—Sé que fue tu clienta, pero ¿fue algo más? ¿Tuvisteis lo mismo que nosotros?

Parker me acerca más al calor de su pecho.

—Lo que he tenido contigo no lo he tenido con nadie más, Skyler.

Punto para él.

Sonrío y le doy un empujón.

—Pero tengo la sensación de que es más que una clienta. Se os veía muy cómodos, muy... amistosos.

Él se ríe y me acaricia despacio. Me consuelo pensando que yo estoy aquí, despatarrada sobre él tras dos asaltos de sexo del bueno, mientras ella está en la cama, sola. O tal vez esté con Bo.

—Somos amigos. —Se encoge un poco de hombros—. Es probable que sea la mejor amiga que he tenido. Puedo hablar con ella de cualquier cosa y me da buenos consejos. Me gusta. Sophie es la caña.

Hay tantas cosas que puedo leer en sus palabras que tengo que obligarme a calmarme porque el corazón se me ha disparado.

—Entonces ¿sois amigos? ¿No te acostaste con ella?

Todo su cuerpo se pone rígido; bueno, todo menos la parte que me gusta que se ponga rígida. Cierro los ojos y noto esa sensación en el estómago, la de cuando estás en una montaña rusa y experimentas la caída libre un segundo antes de caer de nuevo sobre la vagoneta.

—Sky... —dice con cautela, y suelta el aire poco a poco, como si quisiera ganar algunos segundos para encontrar la manera de no cabrearme con su respuesta.

«Informal, lo nuestro es informal», me recuerdo. Me duele, pero reprimo las ganas de levantarme de la cama, vestirme y subirme al primer avión que vaya a Nueva York. No lo hago porque ya no soy una niña pequeña. Sabía dónde me estaba metiendo cuando lo invité a entrar en mi cama.

Respiro hondo y recuerdo algo que mi madre me dijo cuando trataba de abrirme camino como actriz. Yo estaba dispuesta a hacer sacrificios, pero igualmente era duro. Todo en el ramo de la interpretación es duro, no se puede tener la piel fina. En aquel momento, mi piel era muy fina, pero mi madre me dijo algo que nunca olvidaré; unas palabras a las que recurro siempre que estoy tentada de abandonar: «Parte de la vida es aprender a encajar los golpes y a vivir con las cicatrices que nos dejan».

Me siento y lo miro a la cara. Parker se está debatiendo entre las ganas de decir la verdad y el miedo a las consecuencias.

—Te acostaste con ella.

Él se pasa la lengua por los labios y asiente.

—Sí.

—¿Todavía os acostáis?

Tengo que saberlo, y no sólo por una cuestión sentimental, sino también por un tema de salud. No usamos condones y, aunque lo que concierne al control de natalidad lo tengo cubierto, eso no me protege de las enfermedades de transmisión sexual.

Él se sienta, apoya la espalda en el cabecero y se pasa la mano por la cara.

—No.

—¿Te gustaría? —susurro, incapaz de preguntarlo en voz alta.

—No, somos amigos. Nada más. El tiempo que compartimos acabó y ahora compartimos una amistad sincera.

Ladeo la cabeza y lo miro fijamente.

—He visto a Sophie, Parker. Esa mujer es espectacular. Y francesa, es exótica. A todos los hombres os gustan las mujeres con acento exótico.

Él gruñe y se pasa las manos por el pelo revuelto por nuestros juegos de cama. Santo Dios, qué hombre más sexy.

—Ven aquí. —Me hace un gesto con la mano y frunce los labios—. Vamos, confía en mí.

¿Confiar en él?

¿Me fío de él? Sólo hace dos meses que lo conozco y, sin embargo, no me ha dado razones para no hacerlo.

Dejando a un lado mis desafortunadas relaciones pasadas, me acerco a él. Parker me agarra por las caderas para que me siente sobre su regazo.

Me acaricia la espalda con una mano y me desliza la otra por debajo del pelo para cogerme de la nuca.

—No me he acostado con ninguna otra mujer desde que te vi por primera vez en Nueva York.

—¿Y Sophie? —Necesito oírselo decir de nuevo, esta vez mirándome a los ojos.

—Es mi amiga. Una buena amiga. Además, me ha dicho que hacemos muy buena pareja, que somos muy monos juntos.

Sonrío.

—¿Ha dicho eso?

—Sí, está muy contenta de que haya encontrado a una mujer con la que quiera salir... oficialmente.

—¿Oficialmente? ¿Qué significa esa palabra para ti?

Me da un pico.

—Que eres la única mujer a la que beso.

Me da un beso más profundo.

—Eres la única mujer a la que toco. —Lleva las manos hasta mis pechos y me acaricia los pezones hasta que gimo.

Él sonríe porque le gusta mi reacción.

—Eres la única mujer a la que me estoy follando. —Me levanta las caderas, busca con la polla la entrada de mi sexo húmedo y se clava en mí poco a poco.

La gravedad se encarga de que se clave hasta el fondo.

Cierro los ojos y las paredes de mi sexo palpitan alrededor de su gruesa verga.

—Sí, así, me gusta —jadeo, haciendo rodar las caderas.

—¿Te queda clara nuestra relación y mi relación con Sophie?

Me apoyo en las rodillas y, sin apartar la mirada de sus ojos azules, vuelvo a desplomarme sobre él.

—¡Joder! —exclama, y me agarra las caderas con fuerza.

—Oh, sí, me ha quedado todo muy claro. Y ahora, voy a montarte, niño bonito. —Me muerdo el labio inferior y él me mira con los ojos vidriosos.

La lengua le asoma entre los labios y su modo de mirarme, como si no supiera dónde besarme, tocarme o lamerme primero, me da valor; me hace sentir atrevida, desinhibida.

Me incorporo, pero aprieto con fuerza la corona de su polla hasta que pone los ojos en blanco y vuelvo a descender, frotando el clítoris contra su hueso pélvico al mismo tiempo. Los dos gritamos y a partir de aquí ya no puedo seguir cabalgándolo porque él toma el control de la situación.

Unas voces que susurran me despiertan. Vaya nochecita. Con los ojos nublados, miro a mi alrededor. Aún es de noche, pero el sol ya empieza a asomar. Miro el reloj y veo que son las cinco de la madrugada. Todavía puedo dormir una hora. ¿Por qué demonios hay alguien hablando en la puerta de la suite?

Aparto la sábana, cojo la camiseta de Parker y me la pongo. Voy de puntillas hasta la puerta del dormitorio y la abro lo suficiente para ver el salón. Siento irritación e inquietud al reconocer

a Sophie, que está vestida e impecable para afrontar el nuevo día. Lleva un traje de chaqueta negro con una atrevida blusa blanca que se abre mostrando un profundo escote en uve que deja a la vista parte de sus pechos respingones. Lleva la melena castaña recogida en un moño bajo. Aprieto los dientes y me quedo inmóvil, porque quiero oír lo que dicen.

—Es un encanto, Parker, y no puedo decir que me sorprenda. Sabía que no estarías solo mucho tiempo.

Él da un sorbo a su taza de café. Lleva puestos los pantalones de vestir de ayer y nada más. Si no estuviera tan enfadada por esta visita matutina, me acercaría a él y le plantaría un reguero de besos en esa espalda fuerte y musculosa.

—Sophie, ¿a qué viene esta visita? —susurra, para no despertarme.

—Sólo quería despedirme. Vuelvo a Francia esta mañana.

—Sabes que no me refiero a eso.

Ella sonríe. Su atrevido pintalabios contrasta con su color de piel y hace que destaque más su sonrisa perfecta.

—Estoy preocupada por ti. La última vez que hablamos me dijiste que no estabas preparado para tener una relación.

—Sigo pensando lo mismo —replica él con tanta decisión que se me forma un nudo en el estómago y se me abre la boca.

Sophie se cruza de brazos y eso hace que los pechos casi se le salgan del sujetador, una pose de lo más favorecedora.

—*Mon cher*, no puedes estar hablando en serio. Esa mujer se está enamorando de ti.

Él se echa a reír.

Se ríe.

Contengo el aliento y las sienes me empiezan a palpitar.

—No es verdad. Nos lo pasamos bien juntos. Salimos, follamos, es genial.

No le falta razón, es genial, pero... ¿cómo puede no darse cuenta de que lo que tenemos es una relación? Quiero decir..., yo no salgo con nadie más. ¿Acaso él sí? No lo hemos hablado, aunque, cuando dijo que no se había acostado con nadie más, di por hecho que teníamos una relación exclusiva. Ahora ya no sé qué pensar.

Sophie niega con la cabeza.

—Ve con cuidado. Es fácil enamorarse de ti, te lo digo yo. —Le dirige una sonrisa dulce.

«Te lo digo yo.»

¿Significa eso que se ha enamorado de él?

No quiero seguir escuchando. Cada vez estoy más confusa y, para ser sincera, bastante dolida. ¿Es eso todo lo que soy para él? ¿Una chica para echar unas risas y un polvo cuando las ganas aprietan?

Sin saber qué pensar ni qué decir, voy al baño y por el camino cojo la maleta. Cierro el pestillo para que no me moleste nadie. Con el corazón en un puño, abro el agua caliente y dejo

que la ducha se ocupe de mis músculos doloridos. Por desgracia, no hay ninguna ducha que pueda aliviar un corazón roto.

Tengo que salir de aquí y alejarme de él. Sin montar ningún numerito, pero necesito poner distancia entre los dos.

Llama a la puerta.

—Sky, nena. Has cerrado con pestillo. Ahora no voy a poder enjabonarte.

—Vaya, lo siento, no me he dado cuenta. Tengo que arreglarme para el vuelo. Enseguida salgo.

Y, cuando salga, estaré totalmente vestida, me resistiré al polvo mañanero si a él le apetece, me despediré y me iré a casa.

Tengo un montón de cosas en las que pensar.

Fin..., de momento.

Biografía

Audrey Carlan es una autora de éxito internacional. Ha alcanzado el número 1 en la lista de libros más vendidos de *The New York Times* y sus títulos han aparecido en *USA Today* y *The Wall Street Journal*. Escribe novela romántica con la dosis perfecta de picardía y erotismo que la han llevado al éxito internacional. Traducida a más de treinta idiomas, es conocida mundialmente por sus series Calendar Girl y Trinity.

Vive en el valle de California, donde disfruta de sus dos hijos y del amor de su vida. Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla enseñando yoga, tomándose unos vinos con sus mejores amigas o con la nariz enterrada en una novela romántica bien calentita.

Todo es posible 1
Audrey Carlan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *International Guy. Volume 1 (Paris, New York, Copenhaguen)*

Diseño de la portada, Sophi Guët
© de la fotografía de la portada, ShutterStock

© Audrey Carlan, 2018
© de la traducción, Lara Agnelli, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20743-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!